



EFECTO DOMINÓ

OLIVIER NOREK

Grijalbo

OLIVIER NOREK

Efecto dominó

Traducción de
Sofía Tros de Ilarduya

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Chloé, Marianne y Xavier,
que aún lo tenéis todo por construir*

Prólogo

La psicóloga empujó el cenicero de cristal hacia delante. Aunque los estores estaban bajados tres cuartas partes, un rayo de sol cruzó la habitación e iluminó la danza del humo en suspensión.

—¿Le apetece contarme cómo empezó todo?

El hombre aplastó el cigarrillo con un giro de muñeca y dijo:

—Es una historia que tiene varios principios.

La psicóloga, nerviosa, balanceaba el bolígrafo entre los dedos. Era evidente que el hombre que tenía enfrente la intimidaba.

—Al menos, ¿sabe por qué está aquí?

—Porque he matado a dos personas. ¿Teme que se convierta en un hábito?

—Solo ha matado a una. Y en legítima defensa. Respecto al segundo caso...

Seco e impaciente, el hombre no la dejó terminar.

—Un miembro de mi equipo ha muerto. Es mi responsabilidad. Viene a ser lo mismo.

Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de tabaco aplastado. La psicóloga movió el bolígrafo entre los dedos con más ímpetu.

—Nadie ha vivido lo que usted. Nadie se atrevería a juzgarlo. Solo me gustaría que lo repasáramos juntos, desde el principio.

—¿Desde el asesinato o desde la fuga de la cárcel?

—Un poco antes.

—Entonces ¿desde el secuestro del crío?

—Ese es un buen principio, y, por favor, no olvide nada.

El hombre se encogió de hombros y encendió otro pitillo.

—No entiendo qué relevancia puede tener, puesto que mi decisión ya está tomada.

—Insisto. Además, sabe que en estas circunstancias esta conversación es obligatoria.

El hombre dio una profunda calada y luego accedió de mala gana.

—Me llamo Coste. Victor Coste. Soy capitán de la Subdirección de la Policía Judicial de Sena-Saint-Denis, departamento 93.

PRIMERA PARTE

Entre cuatro paredes

Aquí estás completamente solo. Y si algún día crees tener un amigo... no te fíes de él.

ESCALPELO

Tres meses antes

Centro penitenciario de Marveil

Módulo 2, celda de ingreso

Loco de amor. Casi adicto. Hasta un límite asfixiante. Así que a la mujer le faltaba el aire. Y cuanto más se alejaba ella, más se hundía él en una mórbida depresión. Demasiada medicación y unos nervios difícilmente controlables.

Una noche, con las maletas en la entrada, la mujer le dijo adiós, pero él se negó a creerlo y se interpuso entre ella y la puerta. Entonces, la mujer le habló del otro hombre y algo en su cerebro se desconectó. Pasó al modo ataque. El hombre la golpeó una primera vez, en el rostro. La impresión hizo que la mujer perdiera el equilibrio y apoyara una rodilla en el suelo, espantada ante ese primer gesto de violencia y sangrando por la nariz. Luego, él le miró los labios, pensó que otro los había besado y volvió a empezar, una y otra vez, sentado encima de ella, a darle puñetazos con ambos puños, lanzando la cabeza de izquierda a derecha, igual que un artista furioso lacera la tela.

Los policías escribieron en el atestado que el rostro de la víctima estaba cóncavo, completamente metido hacia dentro. Los médicos de urgencias intentaron salvarle el ojo; no lo consiguieron.

Durante la detención preventiva, al hombre lo vio el psiquiatra, que le dio varias pastillas para tranquilizarlo. Pero de eso hacía más de veinte horas. Nada más desde que fue puesto a disposición judicial y el juez decretó prisión provisional.

El hombre pasó de los calabozos del juzgado a la jaula de un furgón celular y luego a una celda individual del módulo de ingreso de la prisión de Marveil, para quedarse allí las primeras noches.

Antes de que la puerta de madera y metal se cerrara detrás de él, le preguntó al vigilante:

—¿Cómo está ella?

El vigilante era la mitad de joven que él e intentó interpretar el papel de adulto.

—Da un paso atrás para que cierre la puerta.

—¿Va usted a volver? No pueden dejarme sin pastillas.

—Mañana verás al subdirector de tratamiento cuando te evalúe. Preséntale una solicitud para ver

al psiquiatra y, si todo va bien, conseguirás la medicación en dos semanas, pero solo si te portas bien, das un paso atrás y cierro la puerta.

—Vale, ¿y para esta noche?

El vigilante apoyó la mano en el espray lacrimógeno que llevaba enganchado al cinturón y el detenido dio un paso atrás.

—Vale, vale. Entonces, solo un cigarrillo y fuego, ¿puede ser? Llevo tres días sin fumar.

—Tú no eres el único aquí. Deja que termine la ronda y volveré.

* * *

Centro penitenciario de Marveil

Videovigilancia, 23.30 h

En los monitores de control, todas las celdas del módulo de ingreso mostraban el mismo cuadro. Los nuevos detenidos estaban sentados en la cama, incapaces de dormir, mirando al vacío e intentando asumir la situación. Fundamentalmente, aceptarla. La esperanza alarga el tiempo y desgasta los nervios. La resignación permite estar en paz. Aceptar la pena es el único modo de soportarla. Sin embargo, esa aceptación puede tardar un tiempo.

En la celda número 6, el detenido se levantó. En la sala de control, los dos vigilantes nocturnos se sentaban a la mesa y se turnaban para calentar la fiambarrera en el microondas. El detenido se envolvió con las sábanas y luego con la manta y se sentó en medio de la celda. La fiambarrera de uno de los vigilantes giraba en el microondas, recalentando un guiso de la víspera. De entre las sábanas y la manta sintéticas escapó un poco de humo. A la temperatura deseada, el microondas emitió un tintineo. El plato estaba listo. El vigilante agarró la fiambarrera, la abrió sin mucha convicción y, al darse cuenta de que la mesita estaba invadida con la comida y las revistas de sus compañeros, se dirigió hacia la silla de las pantallas de control. Dejó los cubiertos, desdobló la servilleta, levantó la mirada y gritó:

—¡Fuego! ¡Joder, hay fuego en la 6!

Las llamas adquirieron tal magnitud que la pantalla se volvió loca y se quedó en blanco.

A todo correr, los dos vigilantes alcanzaron al que estaba de ronda, ya alerta por los gritos. Para entonces, este había desplegado una parte de la manguera de incendios y los tres tiraron de ella hacia la celda 6, al fondo del pasillo. La última, evidentemente.

—¡Tirad, mierda! ¡Tirad!

El que acababa de gritar, a todas luces el jefe de servicio, se dirigió al funcionario de ronda.

—¡Demarco! ¡Ve a abrir la celda, hay que inundarla! ¡Deprisa!

Dejaron atrás la 3 y luego la 4, la manguera se les escapó de las manos, tiraron más fuerte y deshicieron un nudo, ganaron un metro, dejaron atrás la 5 y se detuvieron en seco: la manguera estaba tensada al máximo, a cincuenta centímetros exactamente de la entrada de la celda 6. Sin ninguna posibilidad de llegar al incendio y de enviar allí la menor gota de agua. Demarco había abierto la puerta y estaba ahí, paralizado, frente a aquella bola de una intensa luminosidad, rodeada de llamas lo bastante altas como para lamer las paredes y el techo. Las sábanas y la manta se fundían, eran una con la piel, un amasijo de tejido, plástico y carne. Y ese olor a carne a la parrilla...

—¡La manguera es demasiado corta!

—Imposible. ¡Tirad, coño! ¡Demarco, mierda! ¡Échanos una mano!

No obstante, aunque los tres hombres hubieran tenido la fuerza de seis, nada habría cambiado. Desde que la instalaron, la administración nunca había comprobado la operatividad de aquella manguera, y le faltaba un metro.

Uno de los vigilantes corrió en busca de un extintor. La piel y la carne ya se habían consumido y entonces era la grasa la que se quemaba envuelta en una humareda agria y negra. El recluso había dejado de gritar desde hacía largos segundos.

Dos extintores vacíos más tarde, la espuma blanca química convertía el cuerpo carbonizado en un muñeco de nieve.

El jefe de servicio lo llamó «barbacoa». Aseguró que no era la primera que veía, aunque quiso respaldar al nuevo, al que estaba de ronda.

—No podíamos hacer nada, ¿estamos? ¿Me oyes, Demarco?

Demarco no había dicho una palabra y era muy probable que tampoco hubiera oído el apoyo del jefe de servicio. Solo pareció despertarlo la siguiente observación:

—Tendremos que mandar la información a la Rotonda^[1] para que se dupliquen los cacheos a los nuevos. ¿Cómo narices habrá podido prenderse fuego este tipo?

Ante esa pregunta, a Demarco se le encogió el estómago. Deslizó la mano en el bolsillo del pantalón del uniforme. Vacío. El jefe de servicio se dio cuenta de que el rostro del nuevo había pasado de un color blanco impactante a un lívido enfermizo.

—Demarco, no tendrías que haber presenciado esto en tu primera semana. Lo siento mucho. Voy a pedir que te den un día de baja.

Demarco asintió sin decir nada y se dirigió hacia el lavabo; los otros dos se quedaron convencidos de que iba a vomitar. Una vez solo, frente al espejo, empezó a rebuscar febrilmente en los bolsillos de la chaqueta. También vacíos. Estuvo a punto de perder el conocimiento, pero se mantuvo en pie gracias a las paredes.

A su vez, el jefe de servicio despertó en plena noche al subdirector de tratamiento, su superior directo, propietario de un chalé encantador en Marveil, donde fueron encendiéndose las luces a medida que el subdirector pasaba de una habitación a otra mientras escuchaba las malas noticias colgado al teléfono. Su subordinado siguió con el informe:

—Por la cara que puso el nuevo, creo que fue él quien le dejó el mechero.

—¿Seguro?

—Yo registré al preso cuando llegó. No llevaba nada encima.

El subdirector de tratamiento se sirvió un vaso de agua fresca en la cocina y con un gesto tranquilizador indicó a su mujer, que estaba apoyada en el marco de la puerta, que volviera a la cama.

—Está bien. Dele unos días de baja. Si va a verlo con remordimientos, envíemelo. A todos los efectos, el centro penitenciario no es responsable de esta muerte.

La ciudad de Marveil acoge el mayor centro penitenciario de Europa. Como a un vecino indeseable, un gemelo maléfico. Tanto la una como el otro son del mismo tamaño: exactamente ciento cuarenta hectáreas. Si se coge el plano de Marveil y se dobla por la mitad, ciudad y prisión se superponen a la perfección, con la simetría de un test de Rorschach.

Y, para empeorar aún más las cosas, las prisiones solo llevan el nombre del lugar que las alberga. De manera que, si alguien dice «vivo en Fresnes» o «en Fleury-Mérogis», el que lo escucha piensa que es un asesino o un violador. Marveil no es la excepción que confirma la regla.

Una prisión con las dimensiones de una ciudad, en la que el alcalde sería el director, los funcionarios serían los policías y los habitantes, todos criminales.

A quinientos metros del centro urbano y de las familias que hacen la compra semanal, se encuentran las primeras alambradas de espino que protegen los muros desconchados del monstruo de hormigón de arquitectura asfixiante. «Modelo del sistema carcelario francés», dijeron el día de su inauguración, en 1970.

Actualmente no es más que un caos de violencia que los funcionarios controlan a distancia, sin atreverse a entrar en las celdas ni a salir al patio. Un medio en el que hasta el cabrón más curtido se vuelve vulnerable como una pompa de jabón.

Y en ese nido de perros rabiosos es donde Nunzio Mosconi, al que llamaban Nano, veintidós años y tirando a guapo, no muy fuerte y, sobre todo, nada preparado, acababa de aterrizar por el atraco a una joyería, aunque le salió bien. El asunto se complicó por un reloj de lujo numerado que nunca debería haberse puesto. Un error de aficionado, de principiante.

Mal karma, Nano.

* * *

Alex esperaba fuera, ante la puerta principal del centro penitenciario. Aplastó el tercer cigarrillo en el suelo. A su alrededor, otras mujeres y familias enteras aguardaban el momento de la visita en una

inmensa zona de aparcamiento, rodeada de campo. Nadie para recibirlos. Simplemente, el altavoz colgado encima de la puerta escupió una lista de nombres. Alex oyó el suyo y se dirigió hacia la recepción con una bolsa de deporte negra en la mano. Detrás del higiafono y del cristal antibalas, el rostro severo de los funcionarios. También ellos en prisión.

—Vengo a ver a Nunzio Mosconi.

—¿Y usted es?

—Alex Mosconi. Su hermana.

Comprobación en las listas de visitas. Un timbre, un ruido de cerraduras metálicas. A un lado de la gigantesca doble puerta principal, otra, más pequeña, acababa de abrirse. Alex pasó por un arco detector de metales, luego por un túnel de rayos X, apretando con los dedos la bolsa de deportes y esperando que el contenido le diera valor a su hermano. Luego se dirigió a la Rotonda, el punto neurálgico de la prisión.

Desde la Rotonda parten, como en una estrella, cinco ramas que dan a Marveil una planta pentagonal. Esas ramas son los cinco módulos penitenciarios, separados por un patio. Cada módulo debería contener ochocientos reclusos y la suma de los cinco no sobrepasar las cuatro mil plazas, pero una sagaz organización del espacio, a la que algunos llamarían sin reservas hacinamiento, permitía acoger a mil presos más de la capacidad máxima.

Desde la Rotonda, Alex fue escoltada junto a los demás visitantes hasta una escalera que conducía al corredor del locutorio. Cada corredor, cada celda se parece a las otras, por lo que una vez dentro ya no hay ninguna referencia. Estás en una zona de la prisión como podrías estar en cualquier otra. Estás en ninguna parte.

Alex cambió su documento de identidad por un permiso de visita y vio que le atribuían un número de cabina. Abrieron la bolsa y la registraron. Algo de ropa limpia, unas revistas, una baraja de cartas. Alex ya se sabía casi de memoria la lista de efectos personales autorizados y los prohibidos.

Después de que se abriera la puerta de barrotes, otro control más y otro arco detector de metales. Tres días antes, un vigilante se encontró con el mango afilado de un cepillo de dientes atravesándole el cuello; le perforó la carótida. Los enfermeros penitenciarios le salvaron la vida *in extremis*. Mucha sangre en el embaldosado blanco. La dirección estaba aterrorizada, y el personal, de los nervios. Desde entonces, aumentaron los controles internos y externos.

Alex miró el tíquet de la cabina del locutorio y se dirigió hacia la número 8. Una cabina de plexiglás transparente, intimidad cero. Dentro, Nano ya la estaba esperando, con la cabeza gacha. Cuando se abrió la puerta, el chico levantó el rostro y a Alex se le encogió el corazón.

—Mierda..., pero ¿quién te ha hecho eso?

Salvo que ella era chica y le sacaba ocho años, físicamente Alex se parecía mucho a su hermano:

su misma cara de querubín, sus ojos de color verde pálido y una silueta delgaducha.

—Dime algo, Nano.

Nano se sorbió los mocos y la nariz desviada le lanzó una descarga eléctrica justo detrás del cerebro. Entre el ojo derecho hinchado y las costillas doloridas, las punzadas de dolor se mezclaban.

—No quieras saberlo. De todos modos, no puedes hacer nada. ¿Has visto al abogado?

Alex lo miró. Su hermano pequeño negaba la realidad.

—Nano, lo siento mucho. Ya no tienes abogado. Se acabó. Aparte de la remisión de la pena, no sé qué más podemos esperar.

Aquello era lo más doloroso para Alex. Ponerle los pies en la tierra a un chaval que no perdía la esperanza.

—Sabes que si fuera posible me cambiaría por ti —acabó diciendo, inútilmente.

Nano se quedó casi sin voz.

—Alex, tienes que sacarme de aquí, voy a reventar. Voy a reventar o acabarán reventándome.

Por detrás de ellos pasó un vigilante con chaqueta, pantalón de uniforme y polo azul, y controló el interior de la cabina a través del acristalamiento de plástico. Detuvo la mirada en las caderas de Alex y, sin ningún disimulo, le recorrió con los ojos el culo y las piernas. En la calle, Alex le habría dado un rodillazo en los huevos a modo de advertencia. Allí, apretó los dientes e hizo como si nada.

—¡Nano! Dime quién te ha hecho esto.

—Mi compañero de celda.

—Hijo de puta. ¿Lo dices en serio? El abogado me aseguró que los de nuevo ingreso estaban en celdas individuales.

—Sí. Eso creía yo también. Pero me metieron con todos nada más llegar. Parece ser que la semana pasada hubo un incendio en las celdas de ingreso. Todavía están restregando las paredes.

—¿Y no puedes decírselo a los guardias?

—A ellos se la pela. Ni me escupirían si me vieran envuelto en llamas.

Alex comprobó con disimulo que nadie la veía, se metió la mano en el sujetador y sacó una tarjeta de teléfono móvil. Los arcos detectores de metal estaban tan mal calibrados que, con un poco de inteligencia y valor, en Marveil podía meterse de todo.

—De cien minutos, como me pediste. ¿Crees que podrás conseguir un móvil?

Nano se escondió la SIM en la boca y con un lengüetazo la sujetó entre las encías y la mejilla.

—No es para mí, es para el Máquina.

—¿El Máquina?

—Es el mote de mi compañero de celda. Aquí pierdes tu nombre. A todos nos ponen un mote.

—¿Y a ti cómo te llaman?

—El Listo. Porque hablo correctamente.

Sonó un timbre estridente que anunciaba el final de la media hora de visita. Nano agarró la mano de su hermana.

—Alex, ¿puedes hacer algo por mí?

—Lo que quieras —le aseguró con convicción.

Las otras visitas ya se levantaban y, como esa era la única distracción humana de la semana, todos los reclusos miraban con interés quién había venido a ver a quién. Para tener envidia o burlarse después. Nano miró al suelo porque el favor que iba a pedirle a su hermana resultaría incómodo para los dos.

—Antes de irte..., dame un beso en la boca, delante de los demás.

Alex no lo entendió inmediatamente. Luego se dio cuenta de que su hermano tenía que demostrar que era heterosexual porque en ese lugar se aprovechaba cualquier debilidad.

Alex se levantó, se inclinó por encima de la mesa que los separaba y, adrede, permitió que se le subiera la camiseta dejando al descubierto su cintura, luego rodeó a su hermano con los brazos y lo besó con ternura durante un buen rato. Lo suficiente como para que todo el mundo se regodeara. Los vigilantes, tan dispuestos a acabar con cualquier contacto físico, esperaron unos segundos más de lo normal. Los otros presos grabaron la escena, la piel ambarina y las curvas, para volver a verla cuando llegara la noche.

Alex salió de la cabina 8 y, antes de seguir al vigilante hasta la salida, se volvió hacia Nano y gritó bastante fuerte:

—¡Te quiero, mi niño!

Módulo 3, celda 342

El Máquina (asesinato) y Listo (atracó)

El vigilante abrió la puerta haciendo tintinear el pesado juego de llaves y Nano se reencontró con su compañero de celda. La puerta se cerró a su espalda y la cerradura se engranó con un ruido metálico tan seco y grave como una sentencia.

Unas paredes pegajosas cubiertas de pósters de coches y de porno en primer plano, el suelo pringoso, dos camas que habían colonizado las pulgas, un televisor portátil crepitante, encendido las veinticuatro horas del día, una mesa de madera quemada por el hornillo de gas improvisado y un inodoro sin más intimidad que una sábana a modo de cortina. Olor a sudor, a pis, a calor y a mugre. Una ventana bloqueada. Nada de aire.

En medio de los nueve metros cuadrados institucionales, un negro imponente hacía flexiones contando en voz alta. Paró en la doscientas treinta y se levantó, sudando, con dos enormes manchas debajo de las axilas y las venas de la frente aún abultadas por la congestión. El mote de «Máquina» le pegaba mucho.

—Entonces, Nena, ¿has visto a tu tío?

Nano se sentó en la cama y dejó encima la bolsa que le había llevado su hermana.

—Era mi chica.

El Máquina se le acercó y le soltó una sonora bofetada.

—Tú no tienes chica, Nena; tú eres una maricon.

Realmente, Nano habría preferido «Listo», el apodo que se había inventado para su hermana. Pero su mirada dulce, su juventud y los rasgos delicados no habían jugado a su favor y lo habían clasificado entre las presas. Nano encajó el golpe sin rechistar. No era el primero.

—¿Tienes la SIM y la baraja de cartas?

Nano abrió la bolsa y empezó a rebuscar dentro. El Máquina, impaciente, se la arrancó de las manos, la vació completamente en el suelo y cogió la baraja de cartas. Luego Nano se metió los

dedos en la boca y le dio la tarjeta de teléfono. Se había sometido a las exigencias de su compañero de celda; quizá tuviera una tarde tranquila. Pero hacía tiempo que el Máquina no había tenido ninguna visita y algo así como una frustración se apoderó de él. Una frustración que solo sabía manejar de una manera.

—Acércate. No te habré hecho daño, ¿no?

Nano se levantó. Una vez se quedó sentado en actitud de temeraria rebeldía y ya sabía que eso no era buena idea. El negro se tumbó en su litera.

—Ve despacio, chaval.

Nano se arrodilló, cerró los ojos y empuñó la intimidad del Máquina mientras recitaba mentalmente, como una oración: «Veintiún días de prisión provisional. Quizá el día veintidós sea mejor».

Patio del Módulo 3, conocido como «la selva»

Duración: una hora. Trescientos detenidos, un vigilante en la torre

Día veintidós. Nano estaba en un rincón, entre una pared de hormigón armado y la alambrada, que tenía la parte superior cubierta de púas. Perseguía uno de sus sueños favoritos. El de ser invisible. Invisible en medio de los lobos.

Otro de sus sueños lo llevaba a Córcega, a cuando era niño y podía correr por la playa con los ojos cerrados, sin temor a darse de bruces con un recluso o con un alambre de espino en plena jeta.

Correr con los ojos cerrados. Ser invisible. Libre, en definitiva.

Por el patio deambulaban centenares de presos. Algunos se entretenían haciendo deporte, fumando porros o comentando los últimos cotilleos. Otros, en grupo, relataban sus hazañas de armas o decidían el siguiente objetivo. Todos se miraban de arriba abajo, se medían y se desafiaban. Centenares de presos y otras tantas amenazas.

En el extremo noroeste del patio se alzaba una torre de vigilancia de unos veinte metros de altura y, desde la garita de control acristalada, un vigilante observaba con prismáticos las idas y venidas de los reclusos. La torre no estaba directamente construida sobre el suelo del patio, sino sobre una plataforma de tres metros de alto y treinta metros cuadrados de superficie, para evitar que los presos pudieran escalarla. De manera que debajo de la torre había treinta metros cuadrados ciegos, que habían dejado sin ningún tipo de control a propósito, treinta metros cuadrados donde más valía no estar.

Aquí el futuro es escasamente mañana y, frente a ese futuro, a Nano le dio un ataque de ansiedad. Respiración entrecortada, visión limitada, un sollozo en la garganta. Los síntomas de una buena crisis de ansiedad en el lugar exacto donde no debía darle. Nano lo sabía, aquello no podría soportarlo durante mucho tiempo más. Nadie, y mucho menos él, estaba hecho para aquel infierno. Un hombre se apoyó en la misma alambrada que él, a un metro de distancia.

—Respira profundamente.

Nano no lo había visto hasta entonces y su cuerpo se crispó. Un individuo equivale a un peligro potencial. El chaval lo miró detenidamente. Unos cuarenta años, piel mate, cabeza rapada, mandíbula apretada y una mirada negra impasible.

El desconocido insistió:

—Respira profundamente. Si te ven lloriqueando, van a divertirse contigo.

Nano se repuso.

—No iba a llorar.

—Vale, entonces todo bien. ¿Por qué coño estás aquí?

—Atraco.

—Eso me la sopla. Si no eres un chivato o un pedófilo, a nadie le importan un carajo los motivos por los que estés aquí. Lo que te pregunto es qué haces en el Porche.

Al ver la cara que ponía Nano, el desconocido se dio cuenta de que debería enseñarle algunas reglas.

—Mierda, pero ¿tú cuándo has entrado? Ya deberías saber esto. Lo que hay debajo de la torre se llama Porche y tú no querrás que te arrastren allí. Ven, camina conmigo.

Nano sabía que un gesto amable, cualquier favor o el más mínimo consejo tenía un precio, y él se negaba a ser deudor. Cascársela al Máquina dos veces al día ya era bastante.

—Está bien, pero voy a quedarme. No te he pedido nada y no te debo nada.

—Chaval, que no pasa nada, no eres mi tipo...

Algo en un extremo del patio llamó la atención de aquel hombre. Preocupado, repitió el consejo:

—Créeme, tienes que salir de ahí.

A unos veinte metros, sentado en una esquina del patio en un trozo de hierba desgastada, un hombre achaparrado, estilo cabeza rapada, tatuado del cuello a los brazos, se liaba un porro sin demasiado disimulo. Se le acercó un grupo de seis presos jóvenes que fingían discutir entre ellos. Delgados y altos, todos en chándal, caminaban riéndose burlonamente. Parecían hienas mirando a su alrededor, como si un golpe a traición pudiera llegarles de cualquier sitio, cuando eran ellos los que se preparaban para dar ese golpe. En cuanto pasaron por delante del preso tatuado, dieron media vuelta y, por sorpresa, lo levantaron del suelo y lo llevaron al Porche. El hombre, al que cargaban como a una presa de caza, soltaba patadas y puñetazos al vacío. Desde todas partes sonaron pitidos, que no venían de los vigilantes sino de los presos que llamaban al espectáculo. Alguien iba a llevarse una buena tunda y nadie quería perderselo.

En el extremo opuesto del patio, el Máquina seguía jugando al póquer con otros presos. Levantó la mirada hacia el guirigay: una paliza en el Porche. Él había dado muchas más de las que había recibido. Hacía tiempo que eso ya no le interesaba. Volvió a concentrarse en la partida.

Una multitud se agolpó debajo de la torre, tan compacta que Nano no veía nada. Gritos de dolor y de ánimo divertidos; luego, en menos de treinta segundos, los cerca de sesenta espectadores se dispersaron y la víctima se quedó inerte en el suelo, con la cara hecha papilla y el brazo doblado en un ángulo imposible. Dos de las hienas se encargaron de agarrarlo por las piernas y arrastrarlo fuera de la arena del circo, al alcance de la vista del vigilante de la torre. El sol golpeaba en el cristal de los prismáticos del vigilante quien, tras evaluar la situación, escupió por el altavoz:

—¡A la puerta!

Las hienas lo arrastraron, dejando tras ellos un rastro de tierra ensangrentada, y lo soltaron delante de la puerta de entrada del patio, que se abrió tímidamente. De allí salieron los brazos de unos funcionarios, agarraron al preso, que seguía inconsciente, tiraron de él y la puerta se cerró de nuevo. Oficialmente, no había pasado nada y la calma reinó de nuevo. Nano, un poco alarmado, se dirigió al desconocido:

—Joder, podrían haberlo matado. ¿Cómo pueden dejar esta zona sin vigilancia?

—¿El Porche? Es la zona para desfogarse. Eso regula las tensiones. Si los presos no lo hicieran aquí lo harían en las celdas, en los pasillos o en el comedor, y eso a los guardias les acojona. De manera que les dan un ring para que ajusten cuentas. Cuanto más cerca estés del Porche, más peligro corres de que te arrastren hacia dentro, y, sin ánimo de ofender, tú no levantas un palmo.

Debajo de la torre una mancha roja coloreaba el suelo polvoriento. Nano se dio cuenta de que, probablemente, el patio era más peligroso que la celda. Incluso con el cabrón del Máquina dentro. Nano alargó la mano.

—Gracias, tío. Soy Nunzio, bueno, Nano.

—Ya lo sé, Nena. Yo soy Gabriel. Aquí, Escalpelo.

—¿Por qué?

—Dicen que degollé a una mujer.

—¿Y es verdad?

Escalpelo estalló en carcajadas.

—Pues claro que sí.

El timbre anunció el final del patio. Nano aprovechó para pedirle un favor a ese ángel de la guarda.

—Las cosas no andan muy bien en mi celda. ¿Crees que podrías ayudarme? Puedo hacer que te manden pasta, si quieres.

Escalpelo le dio dos palmadas en la espalda, sonriendo.

—Aquí estás completamente solo. Y si algún día crees tener un amigo... no te fies de él.

Módulo 3, celda 342

El Máquina (asesinato) y Nena (atracó)

El Máquina entró en la celda con los puños cerrados, visiblemente furioso. Cuando la puerta se cerró a su espalda, dio dos golpetazos contra la pared y Nano se acurrucó sobre su colchón. El Máquina se dirigió hacia su litera, metió la mano debajo de la almohada y sacó un porro ya liado. Se plantó otra vez delante de la puerta, la golpeó y gritó con voz grave de animal:

—¡Guardia! ¡Eh, guardia!

Apareció un ojo que oscureció la mirilla de la puerta.

—Eh, guardia, dame fuego.

—¿Ya no tienes?

—No, lo he perdido al póquer.

Un ruido de llave, de cerrojo y luego la puerta se abrió. El vigilante extendió el mechero y encendió el canuto del Máquina, que dio dos enormes caladas malolientes. El vigilante desapareció envuelto en humo y la puerta volvió a cerrarse.

La marihuana, otro modo de garantizar algo de tranquilidad. Una parte nada desdeñable de los que estaban en Marveil era por delitos relacionados con las drogas. Que estas se toleraran dentro de la prisión era una ironía de la vida.

Antes de que al Máquina se le ocurriera emprenderla con él, Nano intentó ser compasivo.

—Siento mucho lo de tu mechero.

El negro enrojeció el extremo del canuto absorbiéndolo como un aspirador.

—También he perdido la baraja de cartas. Necesitaré otra.

—Se la pediré a mi chica.

—También le pedirás fotos tuyas en pelotas. No te molestará compartirla, ¿no?

Nano se imaginó la cabeza del Máquina estallando contra la pared.

—No, claro que no.

Módulo 3, celda 321

Escalpelo (asesinato) y Cocinas (envenenamiento)

Escalpelo se estaba afeitando mientras su compañero de celda, un viejo turco de setenta años que olía a especias, terminaba de construir un hornillo para calentar la comida con una lata de conservas y dos resistencias.

Una maquinilla al mes. La cuchilla desgastada cortó superficialmente el cuello de Escalpelo, que se cubrió la herida con un trozo de papel higiénico para detener las pocas gotas de sangre.

—¿Conoces al Máquina?

Cocinas ni levantó la cabeza; estaba completamente concentrado en su faena. Había sido condenado a doce años por envenenamiento, y desde hacía algunos ocupaba el puesto de responsable del comedor. Si alguien necesitaba artículos de baño, comida decente o cigarrillos, Cocinas podía proporcionárselo.

—Sí. Es de los negros de Saint-Ouen. Ni muy agradable ni muy inteligente. Una mala mezcla.

Escalpelo se quitó los restos de espuma de afeitar echándose agua y se pasó la palma de la mano por la piel. Cocinas interrumpió su tarea.

—¿Me lo preguntas por el chaval? Te he visto hablando con él en el patio.

—¿Crees que podemos hacer algo?

—Anda, déjalo. Ya sabes que lo único que tenemos que hacer es protegernos de los demás. Yo vendo comida a esos animales, por eso me dejan en paz. Y también porque voy a palmarla aquí. Eso lo respetan. En cuanto a ti, desde que saben que decapitaste a tu mujer, tienen miedo de que les rajes.

—Degollé, no decapité. Y no era mi mujer. Tengo una mujer. A la otra apenas la conocía. Y, además, no lo hice.

El turco levantó la mirada al techo, exasperado.

—¡Cállate! Bastante me ha costado elaborar tu leyenda. Incluso me inventé tu mote. Hazte un favor, Gabriel, olvida a ese chaval.

Escalpelo comprobó la hora, agarró la toalla y se colocó delante de la puerta.

—¿No vas a la playa, Cocinas?

—No, tengo que terminar este hornillo para la 323.

En fila, con otros diez reclusos, Escalpelo siguió al vigilante hasta las duchas. El Máquina y Nano se habían puesto al principio de la cola. El suelo enmohecido, las baldosas rotas y cortantes, una constelación de manchas de todos los fluidos que el cuerpo pueda fabricar incrustadas en las paredes, ratas y garrapatas... hongos garantizados. Cada uno se colocó debajo de una alcachofa roñosa, de donde un escuálido hilo de agua se escapaba con dificultad.

—Tenéis diez minutos —soltó el vigilante antes de salir de allí y dejarlos sin vigilancia.

El Máquina y Nano se situaron al lado de Escalpelo. El negro lo miró de arriba abajo durante unos segundos y Escalpelo no dejó pasar aquel desafío.

—Deja de mirarme así, que me voy a enamorar. Y ya sabes que no es bueno que me enamore.

El Máquina sonrió dejando asomar dos dientes rotos. Sabía que ese hombre de cabeza rapada y mirada negra, casi vacía, tenía la lengua afilada. Miró a su alrededor y luego volvió a fijar la atención en Gabriel.

—Creo que ya estás limpio, Escalpelo. Tendrías que dejarnos un poco de intimidad.

Apenas terminó la frase, entraron tres tipos en las duchas y todos los presos se marcharon. Nano mantuvo la mirada baja mientras Gabriel evaluaba a los recién llegados. Si tumbaba a uno, quizá los otros darían marcha atrás. El Máquina se quedó asombrado al ver que no se iba.

—¿Estás seguro, Escalpelo? ¿De verdad no quieres hacerme caso?

Gabriel recordó las primeras palabras de Cocinas: «Aquí lo que sobra son problemas, y puedes estar seguro de que los tendrás, así que no te metas en los de los demás porque podrías tener una indigestión».

Gabriel cruzó la mirada con Nano. La postura encorvada del chaval lo decía todo. Había cedido, no se resistía, se había convertido en una víctima. De mala gana, Gabriel cogió el gel y la toalla y se largó. Para sorpresa de Nano, el Máquina hizo lo mismo y el chaval pensó que tal vez había decidido darle un respiro. Cogió sus cosas y se apresuró a seguir al Máquina, pero este lo frenó poniéndole una mano en el hombro.

—No, tú quédate un poco más.

Nano miró preocupado a los otros tres que estaban desnudándose. Luego, como quien no quiere la cosa, dijo:

—Pero si ya he terminado.

—Ya lo sé. Pero también te he perdido al póquer.

A pocos metros de la puerta de las duchas, el funcionario Demarco contó por segunda vez a los reclusos. Seguía faltando uno. Desde hacía un mes, Demarco sustituía a Chabert, de quien se decía que había recibido un tajo en la carótida con un cepillo de dientes afilado como un puñal a base de restregarlo por el suelo. Así que se había dado prisa en aprender a identificar los lugares problemáticos: el patio, las duchas y el comedor. Aunque allí se conocían, con el humor resignado de los presos, como «la Selva», «la Playa» y «el Restaurante».

El centro penitenciario de Marveil había vivido tres grandes épocas. De 1970 a 1990, la prisión respetó la proporción vigilantes/presos, lo que permitía un control interno favorable para la vida en común de los elementos más peligrosos de la sociedad. A partir de los años noventa, empezó la superpoblación carcelaria al mismo tiempo que los recortes presupuestarios. Con un funcionario por cada cien reclusos, las complicaciones eran inevitables. Entonces se inició la segunda gran época de Marveil, la de la represión violenta, a veces injusta, constante y autorizada, por miedo, por autoprotección y, la deriva obliga, a veces por placer. Cuando los altos mandos toleran ese camino hacia la violencia se produce lo que se llama el «efecto Lucifer». Científicos y psiquiatras estadounidenses llegaron a desarrollar un estudio con alumnos voluntarios en una facultad,^[2] y demostraron que no falla: cuando está permitido, pegas.

Luego, hacia el año 2000, con un número de reclusos cada vez mayor, un efectivo de funcionarios cada vez más reducido y unas instalaciones que convertirían la peor de las pocilgas en un lugar selecto, llegó la tercera y última gran época de Marveil: la del secreto y el abandono. La única misión de los vigilantes era volver a casa enteros, solo había que dejar que los reclusos se insultaran, se pelearan, trapichearan, se drogaran y follaran entre sí, con el único límite moral del suicidio y el asesinato.

Demarco empezaba a entender la diferencia entre las promesas del empleo y la realidad. Como lo que pone en el envoltorio de un plato precocinado y la cosa marrón asquerosa que contiene su interior. Regresar a casa, encontrar allí a su mujer y a su hijo. Demarco solo pedía eso. Pero había contado dos veces y seguía faltándole un recluso. El número 4.657. Nunzio Mosconi.

Demarco abrió la puerta de las duchas y vio, en un rincón, un cuerpo inerte sobre el que caía el chorro de agua de una alcachofa. Tenía sangre en los labios y en el interior de los muslos. El vigilante entró, comprobó que el vientre aún se levantaba y que respiraba. Presa del pánico, activó la alarma, aunque sus jefes se lo habían desaconsejado insistentemente. En menos de veinte segundos, dos funcionarios llegaron a la zona del conflicto con aspecto contrariado.

—¿Hay algún muerto?

—No, pero uno está malherido —respondió Demarco.

El segundo vigilante dijo:

—¡Mierda! ¿A ti qué te han dicho? ¡Nada de alarmas! Ahora ya sabe todo el mundo que ha pasado algo. La alarma solo es para cuando hay un muerto, porque para estos cabrones es como el Viagra.

El otro siguió:

—¡Calientapollas! Tú los has excitado, pues esta noche los calmas tú.

—Nosotros nos ocupamos de meter a tu fila en las celdas. Tú, lleva a tu protegido a la enfermería.

Los dos vigilantes se alejaron dejando atrás a Demarco, quien, por la bronca que le había caído, tenía la sensación de ser el culpable de aquella situación. De ser él quien había apaleado y violado al recluso 4.657.

Nano se había sumergido en lo más profundo del mar, se había dado la vuelta y observaba a través del agua cómo el sol cambiaba de forma a capricho de las olas, en un silencio hipnótico. Una ola rompió por encima de él en un millón de burbujas, una nube de espuma en un cielo de agua. Tomó impulso en el suelo arenoso para salir a la superficie y, mientras cogía aire en cada una de las brazadas que lo acercaban a la orilla, volvió a escuchar el viento y el sonido del Mediterráneo. Luego sintió la arena fina que le alcanzaba los tobillos con cada zancada. El sol en la espalda como una caricia reconfortante. El sabor a sal cuando se pasaba la lengua por los labios. Detrás del pinar, Cargèse, un pueblo costero, apacible. El pueblo de sus padres. Jadeante y chorreando agua, se sentó en una roca junto a su hermana. Que llevara cinco relojes en cada muñeca no le extrañó lo más mínimo. Después de todo, su hermana hacía lo que quería.

—Cuando era pequeño, me decías que en estas aguas había un tesoro. Un viejo cuento de piratas.

—Hay uno, pero lo buscas mal, 4.657.

—Me he sumergido aquí tantas veces que de haber aunque fuera una moneda de oro ya la habría encontrado y te la habría regalado.

—El tesoro existe. Tienes que abrir los ojos, 4.657.

Los pies de Nano se despegaron de la arena, su cuerpo entero se levantó por los aires, el mar reculó unos veinte metros de golpe, como ocurre antes de un tsunami.

—¡Eh! ¡4.657! ¡Abre los ojos! ¡Cómo estás?

El médico se volvió hacia el enfermero.

—Ha recibido duro, será mejor que pase aquí la noche.

Nano cerró los ojos y cayó de nuevo en la arena de Córcega.

* * *

El personal médico era consciente de que pasar la noche en la enfermería tenía que seguir siendo algo excepcional. De lo contrario, todo el mundo tentaría a la suerte y pronto estarían saturados. De manera que ni hablar de que Nano pasara ni una hora más allí. El enfermero movió su cama con un golpe de cadera, desde la suficiente distancia como para esquivar un despertar agresivo. Y Nano padeció la tortura diaria de los dos segundos de ajuste de su cerebro.

Dos segundos, todas las mañanas, desde que estaba encerrado. Dos segundos durante los que podía creerse en todas partes, en cualquier sitio. En Córcega, en París, en la habitación de un hotel o en la cama de una desconocida. Luego se le encendía la mente y sus ojos empezaban a reconocer el lugar, como si le cayera la sentencia de nuevo: centro penitenciario de Marveil.

—Despierta. Martineau quiere hablar contigo.

—¿Quién?

—Martineau, el subdirector de tratamiento. Sobre lo de anoche.

Nano se incorporó en la cama e, inmediatamente, el dolor le empañó los ojos y se le crispó el final de la espalda. El enfermero le informó.

—Lo tienes desgarrado. No lo bastante como para que te lo cosan, pero habrá que dejarlo reposar.

Nano miró fijamente a su interlocutor.

—Lo prometo, intentaré que no me violen más.

*Módulo 3**La Rotonda (área de los funcionarios)*

Demarco entró en el despacho del subdirector de tratamiento, donde Martineau hablaba con un vigilante de otra planta que, con las manos en las rodillas, no las tenía todas consigo. Demarco se situó en una esquina y esperó a que terminara la conversación.

—¿Te ha reclamado la visita en el locutorio o no? —preguntó Martineau.

—Sí, pero siempre exige diez favores al día.

—El locutorio es lo único con lo que no hay que andarse con tonterías, y lo sabes. Si les quitas eso te lo hacen pagar.

Pese a todo, el vigilante en apuros intentó escaquearse y señaló a Demarco con un gesto de cabeza.

—¿Y tengo que ir yo? ¿No puede mandárselo al nuevo?

—Se ha perdido la visita de su amiga por tu culpa. Y por eso se ha cubierto todo el cuerpo con su propia mierda. Sería muy descortés enviar a otra persona, así que coge la manguera de incendios y límpialo.

El vigilante se levantó con la cara sombría y salió por la puerta, dejando el sitio a Demarco. En cuanto se sentó, el novato no pudo contenerse y dijo:

—Pero ¿es que aquí esto no para nunca?

Martineau lo miró de arriba abajo. Había necesitado doscientos diez puntos de sutura, casi todos en manos y brazos, para convertirse en el subdirector de tratamiento y estaba asqueado. Sabía que dos semanas antes Demarco había asistido a una barbacoa y ese día a una violación colectiva. Se preguntó cuánto tiempo tardaría ese muchacho en desmoronarse. Porque allí todo el mundo se desmoronaba tarde o temprano.

—Tengo a casi cinco mil bestias que disponen de veinticuatro horas al día para pensar en qué imbecilidad montar. Así que no, esto no para nunca. Borra esa cara de novato y haz entrar al recluso.

Demarco estaba de pie detrás de Martineau; este, repantingado en un mullido sillón, y ambos frente a Nano. El subdirector de tratamiento, con su bigotillo y la coronilla de fraile, llevaba la conversación.

—Bueno, ¿qué coño pasó ayer en las duchas?

Nano intentó permanecer tranquilo.

—¿Y me lo pregunta a mí?

—¿Por qué no llamó al funcionario encargado de las duchas?

—¿Está de broma? En las duchas nunca hay ninguno.

—Eso lo dirá usted. Es obligatorio, lo dice la ley. Así que ayer había un vigilante.

Nano se dio cuenta de que el único objetivo de aquella entrevista era proteger a la administración penitenciaria en caso de que hubiera consecuencias.

—Bueno, ¿quiere presentar una denuncia nominativa y regresar a su celda?

—No. Quiero presentar una denuncia y que me metan en otra parte, solo. Si vuelvo a mi celda como un soplón, no aguantaré ni una noche.

El subdirector se acomodó en su asiento y juntó las manos delante de él.

—¿De eso se trata, Mosconi? Escúcheme, Mosconi, o considera que lo que pasó ayer es inaceptable y presenta una denuncia, o bien está de acuerdo conmigo en que este tipo de cosas pasan y que una actitud apropiada quizá le habría evitado problemas.

Nano se levantó de la silla de un salto y un tercer funcionario, al que no había visto hasta entonces, lo obligó a sentarse por la fuerza, despertando inmediatamente su herida íntima. Le cayó una lágrima de dolor.

—¿Una actitud apropiada? ¿Está de cachondeo? ¿Yo los provoqué?

—Si no es así, no dude en darme el nombre de sus agresores. Les tomaré declaración, igual que estoy haciendo ahora con usted, y ya veremos adónde nos conduce todo esto.

Martineau empujó hacia Nano un bolígrafo y un cuaderno de espiral y esperó. Nano observó a Demarco, que permanecía en silencio. El joven vigilante hacía esfuerzos para no cruzar su mirada con la del preso 4.657. Nano suspiró y rechazó el cuaderno.

—Me las apañaré, gracias.

El subdirector se volvió hacia su subordinado y zanjó el caso Mosconi con una frase:

—Perfecto. Demarco, que pase por el psiquiatra y que regrese a su celda.

Escondido detrás de su bigote, Martineau debía de estar pensando que había gestionado aquella situación de la mejor manera posible. Muerto el perro, se acabó la rabia.

No pocos reclusos estaban en Marveil por agresiones sexuales. Que estas se ocultaran dentro de la prisión, o incluso que estuvieran toleradas, era otra ironía de la vida.

Módulo 3
Consulta del psiquiatra

El médico tuvo la consideración de colocar un cojín en la silla de Nano. A este podría haberle conmovido el gesto pero, al contrario, le aterró el hecho de que el psiquiatra tuviera un cojín para aquellos a quienes les doliera sentarse. Se quitó esa idea de la cabeza y atacó de frente.

—Si me mandan a la consulta del psiquiatra será porque al menos son conscientes de que soy la víctima de algo, ¿no?

El psiquiatra, con los sesenta ya cumplidos y el sobrepeso que acompaña al trabajo burocrático, se restregó los ojos detrás de las gafas. Nano leyó la indiferencia y el cansancio como si el médico los tuviera tatuados en la frente.

—Mosconi, ¿no? Mosconi, se lo voy a resumir. Si piensa que tengo la mínima capacidad para solucionar sus problemas se está equivocando de medio a medio. Yo trato a toxicómanos, depresivos, suicidas y a cualquier caso psiquiátrico del mismo modo, a golpe de antidepresivos y metadona. Aquí solo soy un camello.

—¿Y el curro de psiquiatra lo hace en su tiempo libre?

—¿Un gracioso? Buena señal. Querido amigo, hace ya mucho tiempo que he dejado de poner en práctica la psicoterapia. Aquí todo es desigualdad y ultraviolencia; no sirve de nada reparar las mentes en plena tormenta. De todos modos, la mayoría están convencidos de que no valen nada. Y con el tiempo que llevan repitiéndoselo, no es de extrañar la cifra de reincidencia. El sesenta por ciento. Espantoso, ¿no? ¿Ha oído hablar de la teoría del fracaso programado?[3]

Nano no prestó atención a la disquisición ni a la pregunta final y, por muy pocas esperanzas que hubiera albergado, vio cómo estas se esfumaban.

—Entonces, doctor, dígame por qué estoy aquí.

El psiquiatra abrió el expediente delante de él y, aunque solo tuviera dos folios, se dedicó a ojearlos hasta la exasperación.

—Actos sexuales en las duchas colectivas sin presentar denuncia. Imagino que tengo que hablarle de su homosexualidad y de los problemas que puede ocasionarle en un medio cerrado exclusivamente masculino.

Pese a la situación, Nano casi se parte de risa.

—¿Me toma el pelo? Yo no soy marica, ¡me han violado! Lo único que pasa es que el del bigote se niega a protegerme si doy los nombres.

—Martineau. Y no se burle de su bigote, es muy susceptible.

La susceptibilidad era uno más de los sentimientos que habían dejado de tener vigencia en la vida de Nano, como la vejación, la amargura, la ofensa, la melancolía y la indignación. Los estados emocionales del hombre libre.

—Me importa un bledo que sea susceptible. Quiero que me diga qué tengo que hacer para no volver a esa cloaca. Al menos habrá un módulo disciplinario donde me puedan meter, ¿no?

El psiquiatra pareció meditar seriamente la pregunta y la respondió con una lasitud desalentadora.

—Sí, claro que sí, pero tendría que cometer un acto grave, como agredir a un funcionario.

—¿Y eso es lo que me aconseja?

—Por supuesto que no. Así solo conseguiría alargar la pena unos cuantos meses. Sin embargo, si usted es homosexual, pueden mandarlo a aislamiento.

—¿Perdón? ¿Dice que si me juego el cuello no pueden mandarme a aislamiento, pero que si soy marica sí pueden?

—O pedófilo, o transexual o también expolicía; elija usted. De hecho, estamos obligados a tener en cuenta cualquier perversión de la conducta que le ponga en peligro con respecto a los demás.

Nano se sujetó la cabeza con las manos; no sabía si reír o llorar. El psiquiatra continuó con la misma indolencia que si estuviera en un trabajo de verano y apuntara la comanda en un restaurante:

—Bueno, entonces ¿qué apunto?

Nano dudó un segundo.

—Ponga que soy marica.

—¿Le doy antidepresivos?

—¿Cómo son?

—Eficaces.

—Entonces ¡bien por los medicamentos!

Alex Mosconi esperaba desde hacía casi una hora en un banco de la Rotonda, en el centro de la cárcel. Había visto cómo conducían al grupo de visitas hacia el locutorio, pero su nombre no estaba en la lista. Más que impaciente, se sentía inquieta. Reconoció al vigilante mirón cuando se dirigió a ella.

—Es por Nunzio Mosconi, ¿no?

Alex asintió.

—Pues no va a ser posible, está en aislamiento.

—¿En aislamiento? ¿Qué gilipollez es esa? ¿Qué le ha pasado?

—No me lo han dicho —respondió el vigilante a desgana.

—¿Y hasta cuándo?

—Tampoco me lo han dicho.

Un pasajero impulso asesino, y Alex recuperó la calma.

—Entonces ¿qué hago?

—Vuelva a su casa y presente otra solicitud de visita.

Sin darle tiempo a protestar, con un gesto le indicó que se levantara y lo siguiera fuera del recinto. Alex estaba tan absorta imaginando los motivos por los que su hermano había aterrizado en el módulo de aislamiento que ni se enteró de haber hecho el trayecto hasta la salida. Desde lejos, desde una galería en la planta superior, Demarco la había estado observando y vio el parecido incuestionable con el 4.657. Sabía muy bien el motivo por el que se le había cancelado la visita. Cuando la chica salió de su campo de visión, Demarco se quedó solo, con un sentimiento de culpabilidad pegajoso como una cortina de ducha.

Una vez en el exterior, Alex se vio en el aparcamiento desierto. Buscó el móvil y marcó febrilmente un número que desde hacía tiempo se sabía de memoria y, en algún lugar del distrito VIII de París, sonó el teléfono de un bufete de abogados.

Al tercer tono, el letrado Tiretto descolgó. Una mesa de ébano, un traje impecable, un corte de

pelo perfecto y los cuarenta bien llevados; la clase de tipo al que Barbie perseguiría. A su espalda, un cuadro inmenso de manchas de colores lanzadas al azar, como vomitadas después de una cogorza de pintura. Arte moderno lo bastante espantoso como para tener un precio desorbitado.

—Buenos días, señorita Mosconi. ¿Cómo está?

—Hola, Tiretto. Mal. Estoy mal. Nano está en aislamiento y no sé por qué.

—¿No me dijo que estaba ligeramente magullado la semana pasada? Quizá esta vez se defendió.

—¿Nano? Usted lo conoce. No es de esa clase...

—Tampoco es que esté en el módulo disciplinario, solo en el de aislamiento. Tal vez sea mejor para él.

—¿Sin ventanas y sin efectos personales? ¿En una celda aún más pequeña? Tardó seis meses en empezar a soportar París. Tiene que decirme qué ha pasado. Por qué lo han metido ahí. No puedo dejarlo así.

—Tengo varios clientes en Marveil. Puedo enterarme. Pero necesitaré tiempo y unos billetes.

Alex cerró los puños y subió el tono de voz.

—Tiretto, si es dinero lo que quieres, mi familia ya te ha dado mucho. Demasiado. Así que dame la información que te pido o te arrepentirás.

Tiretto intentó tranquilizar a su cliente, pero Alex le colgó. El abogado se quedó con la palabra en la boca y el teléfono en la oreja. Alex Mosconi procedía de una de esas familias corsas por las que se pirran los abogados. Siempre entre dos aguas, siempre con un primo o un hermano al que sacar del atolladero. A cuenta de los alegatos, los Mosconi le habían pagado la piscina en Niza y el Audi TT de pez gordo. No podía dejar esa llamada sin respuesta.

*Primera noche**Celda de aislamiento 2**Nunzio Mosconi*

Nano pasó de nueve metros cuadrados a cuatro sin rechistar. En el pasillo de aislamiento había veinte celdas individuales y a él le tocó la número 2. Primero una puerta, igual que las otras celdas. Después, un espacio de un metro cuadrado, luego unos barrotes y, por último, detrás de los barrotes, la celda de aislamiento. Dentro, un banco de hormigón, una mesa sellada al suelo, un lavabo y un inodoro a la turca por todo mobiliario. En las paredes, centenares de mensajes, no todos legibles, escritos con ceniza, sangre o mierda. Encima de él, un fluorescente protegido con una rejilla proyectaba una potente luz blanca, de las que hay en los hospitales, como si en cualquier momento un tipo con bata fuera a presentarse con un bisturí en la mano.

Durante la primera hora, Nano se deleitó con el silencio, libre del peso del miedo y las amenazas. La segunda hora le pareció extraña. Tenso, empezó a dar vueltas en redondo. En las siguientes horas tuvo la impresión de que su celda se encogía y que le costaba respirar. Antes de que acabara la noche, comprendió por qué a algunas personas el aislamiento les resultaba insoportable.

Justo en mitad de la pared, uno de los mensajes, rascado con torpeza, le saltó a los ojos: «Tú eres tu único enemigo».

Hacia las nueve de la noche resonó un ruido extraño, parecido a un golpe contra la pared, al que siguió un alarido. Pocos segundos después, el mismo ruido. Luego volvió el silencio. Nano cerró los ojos, tumbado en su playa de Córcega. Pero no le servía de nada, incluso en sueños lo alcanzaba la realidad. La arena era pegajosa como el alquitrán y el mar olía a gasolina. A lo lejos, su hermana solo era una silueta imprecisa. La noche sería una tortura.

Celda de aislamiento 13

Habían pasado doce días desde que el preso presentó la solicitud. Lo que en el exterior parece banal, entre esas cuatro paredes, se convierte en una carrera de obstáculos administrativos. Hasta una simple solicitud para visitar al dentista. Los doce días no eran realmente un problema. Pero las doce noches, cuando el dolor de muelas volvía a empezar, se alargaban segundo a segundo. En la escala del dolor soportable, el dolor de muelas se sitúa entre los sufrimientos suicidas. Es de esos que te hacen pensar que la muerte sería una liberación. Y desde hacía doce noches, Doucey se acurrucaba encima del catre y rechazaba la comida, incapaz de masticar sin enviar diez mil voltios al cerebro. Se pasaba las noches llorando, con la mano sobre el lado derecho de la cara, con un flemón, hinchado como si ocultara una pelota de golf dentro. Noches soñando con un martillo para, de una vez por todas, romperse la boca entera.

Con cincuenta años y una ligera cojera en la pierna izquierda debido a una malformación de la cadera, era la segunda vez que Doucey pasaba por Marveil. Las dos veces por los mismos hechos y siempre en aislamiento. Separado de los otros, no había tenido la suerte de que le endilgaran un apodo ridículo como Nena, Escalpelo o el Máquina. A veces, Doucey se preguntaba cuál le habrían puesto: ¿el Monstruo?, ¿el Diablo? Doucey no necesitaba que lo encerrasen, sino enmendarse. Pero si lo hubieran metido con los presos comunes, la naturaleza de sus crímenes lo habría convertido en un blanco y su esperanza de vida no habría superado los dos días.

A las nueve de la noche, el dolor se hizo insoportable. Un tornillo ardiendo que te vuelve loco, que te empuja a tomar medidas radicales. Desde hacía unas noches, Doucey había puesto en práctica una técnica. Se levantó con los ojos llenos de unas lágrimas incontrolables. Solo el sueño podía liberarlo. De espaldas a la puerta de la celda, respiró despacio, luego se llenó los pulmones al máximo y corrió con la cabeza gacha contra la pared de enfrente. El ruido resonó por toda la planta. El choque, cráneo contra piedra, le hizo ver las estrellas y sintonizó todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Doucey aulló de dolor. El primer golpe siempre era demasiado tímido. Tambaleándose, apoyó de nuevo la espalda contra la puerta de la celda, respiró una vez y se lanzó más deprisa para golpearse más fuerte. Se machacó contra la pared y se derrumbó como un muñeco de trapo, inconsciente, en el suelo pegajoso de la celda. Al fin en paz. Volvió a ver a su Léo, de ocho años, tan presente en sus recuerdos. Lo echaba tanto de menos... Si pudiera abrazarlo, aunque solo fuera una vez, unos segundos, apartado de sus padres.

Léo.

Martineau había mencionado la peligrosidad del recluso de la celda de aislamiento 20. Desde entonces, él y solo él se ocupaba de ese caso y, con sus dieciocho años de experiencia como subdirector de tratamiento en Marveil, nadie puso ninguna objeción.

A las nueve, como todas las noches, Martineau se dirigió a la celda 20 con una nevera portátil. Dio dos golpes secos en la puerta antes de girar la llave en la cerradura. Olor a limpio, un colchón grueso sobre el banco de cemento, microondas, televisión por cable, ordenador portátil con lector de DVD y conexión a internet. Unas consideraciones tan raras como las notas discordantes en una partitura.

—Buenas noches, Boyan.

El recluso, que se encontraba en el fondo de la celda, se levantó y se acercó a Martineau. El efecto siempre era sobrecogedor. Boyan era un auténtico armario; serbio, antiguo militar condecorado. Durante la guerra, matar lo había convertido en un héroe; sin embargo, la relativa paz de que disfrutaba la antigua Yugoslavia lo había dejado en paro y la vuelta a la vida civil lo desorientó por completo. Se manchó las manos de sangre por una mala mirada en un bar; esa vez matar lo convirtió en un criminal y encontró refugio en la Legión Extranjera. Pasó seis años bajo el estandarte francés y luego lo dejó para hacerse guardaespaldas. Trabajó para jefes paranoicos con socios viciosos, dio la vuelta al mundo contrato tras contrato y, al final, aterrizó en Francia tres años atrás. Nadie conocía realmente los motivos de su encarcelamiento. Pero, sobre todo, nadie sabía cómo un simple matón a sueldo podía beneficiarse de semejantes privilegios dentro de Marveil. Nadie excepto Martineau.

El subdirector de tratamiento dejó la nevera y sacó de ella, en tres envases de plástico de distintos colores, la comida de Boyan.

—Pasaré dentro de una hora para recogerlo todo.

Boyan levantó sus ojos grises casi blancos hacia Martineau y asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

Pese a la tranquilidad aparente y a la sorprendente docilidad del detenido, el subdirector de tratamiento salió de la celda reculando sin apartar la mirada de él.

—Te dejo que comas.

Boyan no respondió. A decir verdad, Martineau ni siquiera sabía si Boyan hablaba francés. Solo sabía que tenía que proporcionarle todo lo necesario para que se le pasara el tiempo volando, porque para alguien, en alguna parte, Boyan era importante hasta ese punto. Y lo que Martineau era capaz de hacer para cumplir ese encargo lo confirmaba.

Celda de aislamiento 2

Nunzio Mosconi

A las once de la noche, Demarco se dirigió a las celdas de aislamiento y se detuvo delante de la de Nano. Abrió la primera puerta, entró en la cámara y se apostó delante de los barrotes. Dentro, el chico seguía dando vueltas en redondo y ni siquiera se paró cuando vio al vigilante.

—Hola, Mosconi, ¿cómo lo llevas?

Nano se detuvo en seco y de una zancada se puso frente a Demarco, con los barrotes de acero entre los dos. El chico se dirigió a él como si ya llevaran diez minutos de conversación:

—¿Puede dejarme su reloj? Me gustaría saber qué hora es.

—Es casi medianoche —respondió el vigilante.

—No. No me has entendido. Quiero saber qué hora es todo el tiempo. Empiezo a perderme.

—Claro, no tienes referencias, ni siquiera una ventana; es normal que te desorientes.

Mientras terminaba la frase, Demarco rebuscó en el bolsillo y sacó un cigarrillo, una barrita de chocolate y un libro que entregó a Nano a través de la reja. *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley.

—De parte de Escalpelo. Me ha dicho que te diga que has tomado una buena decisión, que este es el mejor sitio para ti.

Nano dejó escapar una risita burlona y acercó el cigarrillo a la llama del mechero que le tendía el vigilante, luego se recuperó.

—Yo sé cuál es el mejor sitio para mí, pero está el Mediterráneo por medio. Con los otros, tengo miedo de que me maten, y aquí, solo, me da miedo volverme loco.

—No estoy seguro de que haya un lugar mejor que otro, si eso es lo que quieres saber. Escucha, Mosconi, seré sincero contigo. Como has pasado de la enfermería al aislamiento y eso parece un trato de favor, en el módulo 3 se empieza a rumorear que has hablado o que has puesto una denuncia. Tengo mis dudas de que estés a salvo si regresas allí. Me temo que Escalpelo tiene razón. De momento, el mejor sitio para ti es este.

Demarco le señaló el libro con un gesto de cabeza.

—Se va a convertir en tu mejor amigo. Acáballo y te traeré otro.

—¿Un libro? —respondió Nano casi con desprecio.

—Confía en mí.

Al salir del pasillo de aislamiento, Demarco hizo balance de sus primeras semanas en Marveil. Lo que había visto allí y lo que comprendía ahora. Recordó un reportaje en el que había oído decir al anterior director que consideraba que la prisión era un fracaso con la organización actual: «Un centro

penitenciario solo es eficaz si establece una sociedad carcelaria justa, sin depredadores y sin presas, en perfecta equidad, sin privilegios ni favores lícitos, sin necesidad de violencia y sin envidia de que otro pueda tener algo más o mejor. Cuando la fuerza se vuelve inútil, solo queda vivir juntos, en buena convivencia. Por desgracia, no hay un lugar más peligroso, desigual e injusto que la cárcel. Y los internos, en lugar de salir equilibrados o centrados, salen de allí más violentos, desorientados, perdidos y agresivos, sin ningún plan de reinserción. De la cárcel salen más tóxicos. La prisión como escuela del crimen».

Dos semanas después de aquella entrevista sustituyeron al director. Lo que pasa en Marveil se queda en Marveil.

—Dame la mano, por favor. Necesito contacto.

Alex había necesitado una semana para conseguir otro permiso para el locutorio. Pese a las horas que pasó colgada al teléfono, la administración penitenciaria no le había dado ninguna información.

Su hermano llevaba una semana en aislamiento y Alex solo había podido imaginar. La ignorancia fuerza a pensar en lo peor.

En ese momento, Alex estaba en una cabina transparente y Nano enfrente, igual que un niño perdido y traumatizado. Soltaba frases interminables sin mucho sentido. Amenazas, miedos, bastantes insensateces. Nano se estaba hundiendo poco a poco, hasta él se daba cuenta. Su hermano necesitaba pisar tierra firme de nuevo.

—Dame la mano, por favor. Necesito contacto.

Alex obedeció y, cuando apenas se hubieron tocado los dedos, un violento porrazo hizo temblar el plexiglás de la cabina.

—¡Nada de contacto!

Alex y Nano se alejaron como dos amantes enfrentados.

—¿Puedes explicarme qué está pasando? —preguntó Alex.

Nano soltó otra perorata apenas incomprensible.

—¿Quieres hablar del aislamiento? Es de locos, ¿no te parece? Una cárcel dentro de la cárcel. Escalpeló dice que tengo que quedarme ahí, pero a mí eso me pone un poco nervioso. Leo. Libros. Y los mensajes de los otros. Soy mi propio enemigo, ¿sabías eso? De todos modos, no me conviene volver con los demás. Parece ser que he llegado a un acuerdo por chivarme. Pero yo no he dicho nada. Joder, qué bien me sienta hablar. Hablar con alguien, quiero decir. ¿Cómo está el resto de la banda? Te echo de menos. Me encantaría que estuvieras aquí conmigo.

Alex no reaccionó. Que su hermano la imaginase allí dentro en lugar de proyectarse él fuera, en el mundo real, era un reflejo de su maltrecho estado mental.

—¿Y tú qué has hecho para acabar ahí? —insistió ella, preocupada.

—Me peleé con los negros. Pero lo han entendido, ya no me joderán más.

Alex lo había protegido durante toda su infancia y lo conocía demasiado bien para imaginárselo dando puñetazos en un combate cuerpo a cuerpo. ¿¡Nano, un chulo camorrista!?. Su hermana no le creyó ni una palabra. Un mes antes, ya le extrañó que Nano quisiera participar en el atraco con Dorian y la banda, y ella hizo todo lo posible para que cambiara de opinión. Pero no le sirvió de nada y Nano cogió un avión y se presentó en París.

Alex y Dorian eran pareja desde hacía cinco años y habían perpetrado cinco atracos. Únicamente a joyerías. Tantos atracos como celebraciones de aniversario. Alex también quiso disuadir a su novio y puso la excusa de que su hermano estaba muy verde, pero Dorian le aseguró que el golpe no comportaba riesgos. Y así fue, si no hubiera sido por la chorrada del reloj numerado.

Cuando terminó el tiempo reglamentario y sonó el timbre, Alex abrazó a Nano hasta que volvió a temblar el plexiglás. La chica miró cómo su hermano se alejaba y esperó a que se volviera para sonreírle y darle ánimos, pero él no lo hizo. La mente de Nano ya estaba de vuelta en los cuatro metros cuadrados.

Una vez fuera, entró en el coche, miró el lúgubre edificio de Marveil como si se tratara de una persona, volvió a salir precipitadamente y vomitó al amparo de la puerta abierta del coche. Cuando se sentó de nuevo al volante, Alex ni siquiera tuvo fuerzas para arrancar.

—Me temo que esto no le va a gustar.

—Tiretto, ya he barajado todas las posibilidades; ahora lo que quiero es saber.

El abogado cogió un cuaderno y consultó las notas.

—La situación es realmente mala para su hermano. Tengo varios clientes dentro de Marveil y sus informaciones coinciden. Al principio, Nunzio estuvo en la celda con un auténtico animal. Un tipo al que llaman «el Máquina». Solía descargar sus nervios con él, pero sobre todo lo usaba como amiguito.

El silencio de Alex empujó a Tiretto a continuar.

—Y ahora se ha puesto a todo un grupo en contra. Algo sobre una denuncia que habría puesto contra ellos, según se rumorea.

—¿Una denuncia? ¿Por qué motivo?

Al abogado le costaba mucho expresar lo que venía a continuación y Alex perdió la paciencia.

—¡Habla, Tiretto!

—Una violación colectiva. Creo que el aislamiento no es un castigo. Más bien una protección. Él mismo lo solicitó.

Alex sintió que el teléfono le explotaba entre los dedos. Una serie de imágenes pasaron por su cabeza sin que pudiera reprimirlas. Controló la respiración al mismo tiempo que su nerviosismo, que solo pedía que le dieran rienda suelta.

—Tenemos dinero, ya lo sabes. Di a tu gente de dentro que proteja a mi hermano y sabremos agradecerlo. Sabes que sabremos agradecerlo. Eso puedes hacerlo, ¿no?

Tiretto torció el gesto. No consideraba segura esa línea de teléfono fijo y la conversación se volvía incómoda.

—Esos no son los métodos de mi bufete —terminó de manera seca y colgó.

Esperó a que se le pasara la irritación y luego sacó del cajón un teléfono móvil casi nuevo, con un contrato con nombre falso, que utilizaba solo para esa clase de llamadas. Alex descolgó inmediatamente.

—Lo siento, abogado.

—No pasa nada, continuemos. Todo el mundo tiene un punto débil. El suyo es su hermano. Incluso en el último atraco, su punto débil fue él.

Alex lo sabía demasiado bien.

—¿Y? ¿Cree que podrá pagar a alguien de dentro?

—Puedo pedirlo, pero el dinero no tiene el mismo valor en la cárcel. No sé si alguien querrá arriesgarse por él. Ni siquiera con una bonificación al final.

—Entonces, ¿podríamos untar a uno de los guardias?

—No creo que estén en situación de hacer de carabina de su hermano. Además, no están todo el tiempo con los presos y hay cambio de turno. Habría que pagarles a todos, y ni aun así. Y, si cuenta con la protección de los guardias, los otros presos se darán cuenta y les sentará muy mal. De manera que también podríamos cavar su propia tumba.

—Tiretto, ya puedes estrujarte el cerebro. ¡No voy a dejar a Nano en esas condiciones!

El abogado se echó hacia atrás en el sillón y, como desde el principio era ahí a donde él quería llegar, lanzó el anzuelo.

—Desde que me llamó la semana pasada he estado pensando. Quizá haya una solución factible, pero es temeraria. Incluso peligrosa.

—Si puede ayudarlo, estoy dispuesta a todo.

—No estoy pensando solo en ayudarlo, más bien planeaba sacarlo de allí.

—¿Una fuga?

—¡Ni pensarlo! Aunque las prisiones están en un lamentable estado, no deja de ser muy complicado. Además, eso solo le proporcionaría una vida de fugitivo. Digamos que es una forma de evasión. Algo más inteligente, sin puertas que exploten ni helicópteros. Una fuga, digamos, legal.

El abogado picó la curiosidad de Alex pero, sobre todo, le ofrecía una puerta de salida que ella estaba dispuesta a derribar de un empujón.

—Te escucho, abogado.

La secretaria de Tiretto entró en el despacho con un café bien cargado en una bandeja. El letrado frunció el ceño, al tiempo que tapaba con la mano el micro del teléfono y ella comprendió al instante que no era bien recibida. Dio media vuelta, cerró la puerta tras ella y volvió a sentarse delante del ordenador. Un azucarillo, un poco de leche y se tomó el café de su jefe.

* * *

Unos quince minutos más tarde, Alex colgó poniendo fin a una conversación que Dorian había

escuchado palabra por palabra. Después del atraco, un tío de Alex le había prestado una casa en París. Un loft situado en el ático de una empresa que nunca inició su actividad por falta de licencia. Una sola pieza diáfana de doscientos metros cuadrados que incluía una espaciosa zona de salón, una cocina, un inmenso sofá cama y unas camas supletorias en una esquina. Un mirador acristalado de unos quince metros de largo ofrecía una vista de postal de Belleville y del distrito XX. Una mesa en el centro, con una decena de teléfonos móviles cargando y un ordenador encima y, a su alrededor, unos sillones y unas sillas. Junto a la pared había un burro de ropa y, entre esa ropa, varios uniformes de diferentes tallas y empresas: uno de correos y otro de la compañía eléctrica de Francia. Si un policía hubiera puesto un pie en ese sitio, las expresiones «piso franco» o «escondite» serían lo primero que le hubiera venido a la cabeza.

Alex recorrió varias veces el loft en silencio. Dorian la miró sin interrumpirla. Ella había sido el cerebro de los cinco atracos, y él, el ejecutor. Sabía que sin su ayuda, y la ayuda logística de su familia, ninguno habría salido bien. De manera que dejaba que ella decidiera respecto a ese nuevo trabajo.

Dorian la conoció seis años antes y tardó más de uno en conseguir que aceptara tomar una copa con un parisiense, un tipo del continente. La primera vez que lo llevó a la isla, sus padres y sus primos recibieron con frialdad a aquel tipo de la capital. Pero con su sempiterno traje negro con camisa blanca, tan bien llevado que parecía su segunda piel, la mandíbula cuadrada estilo americano y la labia de un vendedor de coches, los familiares de Alex lo aceptaron e incluso lo apreciaron enseguida..., siempre que tratara como es debido a su Alexandra. Era un ladrón de poca monta, un profesional del robo en chalés y de la estafa rápida sin grandes beneficios, y ella lo había convertido en un atracador de joyerías: experto en alarmas, en cerraduras de puertas y cámaras de seguridad, con una debilidad demostrada por todas las cajas fuertes antiguas.

La banda la componían otras dos personas más. Franck Mosconi, un primo carnal, que hacía de conductor y tenía París cartografiado al milímetro en su cabeza, desde las grandes arterias hasta los callejones sin salida, pasando por los aparcamientos subterráneos con varias salidas. La importancia de ese papel solo se aprecia con una guirnalda de luces de la policía pegada al parachoques. Sin embargo, limitarlo a esa función no le hacía justicia. Franck también era muy buen intendente y se ocupaba de la relación entre el botín y el perista, entre el continente y Córcega, vía el aeropuerto privado de Bourget. Sabía dar con los vehículos adecuados y las armas sin pasado. Y, sobre todo, sabía hacerlas desaparecer para que nadie llegara nunca hasta ellos. Una especie de mayordomo o de navaja suiza.

Y por último, Rino, un modelo de apenas un metro sesenta, todo nervio, sólido como un roble y con una bella cicatriz de mejilla a mejilla, que se ocupaba del «Tranquilo todo el mundo, esto es un

atraco». La parte más importante. Según Alex, un buen atraco solo se podía llevar a cabo si todo el mundo estaba atento, preferiblemente aterrizado. En consecuencia, a las presentaciones por lo general le seguían una nariz rota o una mandíbula desplazada. El miedo paraliza, y esa era exactamente la función de Rinoceronte.

Una vez perpetrado el atraco, el botín salía en avión privado hacia la isla, donde lo esperaba un perista de confianza. Tres semanas después Alex y su banda recibían el cincuenta por ciento en metálico del valor de las joyas y objetos de lujo. Su negocio iba sobre ruedas, hasta que Nano se hizo el listo y decidió no seguir las instrucciones de seguridad básicas, como jamás llevar encima uno de los objetos robados. Jamás.

Con la decisión tomada, Alex fue a sentarse junto a Dorian en uno de los cómodos sillones y se echó casi encima de él.

—¿Crees que podemos confiar en el abogado? —le preguntó.

—Creo que sabe que más le vale no jugárnosla. Y, además, no entiendo qué interés puede tener en embaucarnos.

—¿Quieres hacerlo?

Alex le sacó la camisa por fuera del pantalón y le acarició el pecho.

—Si tenemos que pasar por ahí para sacar a Nano... En realidad es un robo con allanamiento. Probablemente el más atrevido de los robos con allanamiento, pero no deja de ser eso. Pienso que es factible.

—Sí. Pero habrá polis por todas partes. Debe de ser la cosa mejor guardada en todo Sena-Saint-Denis. Y tenemos que encontrar un punto de entrada.

—El abogado se ocupa de eso. Lo has oído igual que yo. Dice que tendrá el nombre de un contacto y su dirección en cuarenta y ocho horas.

Dorian no parecía convencido.

—Después se nos echará encima toda la policía...

La mano de Alex pasó del pecho de su novio a su bajo vientre con un descaro cada vez más placentero.

—Podemos hacerlo. Sé que podemos. ¿Y desde cuándo te preocupa la pasma?

—Ya sabes, basta con un poli terco...

* * *

El abogado le pidió el café a su secretaria y esta se apresuró a preparar otro y llevárselo. La mujer salió del despacho mientras Tiretto marcaba un número en el móvil seguro. Después de varios tonos, el interlocutor descolgó.

—Buenos días, señor Darcy. Soy Tiretto, el abogado.

—¿Problemas? —preguntó el hombre casi por costumbre.

—Más bien todo lo contrario. Una oportunidad. ¿Sigue preocupado por Boyan Mladic?

—Me preocupa lo que le mandé hacer y lo que sabe.

—Sin embargo, me dijo que era un tipo leal.

—Boyan es un soldado. Legionario y mercenario, no le harían hablar a golpes, de eso estoy convencido. No obstante, el encierro acaba con la mayor de las lealtades y el juez que instruye el caso es un Fausto muy tentador. Temo que ante un trato beneficioso Boyan se vuelva un charlatán.

¿Qué tiene planeado?

—Sacarlo de allí. Pero enviando a otros para que hagan el trabajo.

—¿Sin ninguna posibilidad de que nada me relacione a mí o a mis empresas?

—Tranquilícese. Ni siquiera sabrán que trabajan para nosotros.

SEGUNDA PARTE

El rescate

No os equivoquéis, nos corresponde a nosotros conseguir que este caos tenga un final feliz.

Capitán VICTOR COSTE

Coste pulsó por segunda vez el timbre de la puerta de entrada, que tenía la parte superior acristalada. Nadie contestó. El picaporte se movió tímidamente y la puerta se abrió sola. Coste tuvo que bajar la mirada para ver a una niña de ojos chispeantes. Cuando la pequeña lo reconoció, se le iluminó el rostro, dio media vuelta y desapareció por el fondo de la casa gritando:

—¡Mami! ¡Mami! ¡Es Victor!

Coste se quedó solo un instante, con un ramo de flores y una botella de vino en las manos, hasta que vio aparecer a Johanna De Ritter.

—Hola, jefe.

El marido de Johanna apareció tras ella y lo saludó en tono burlón:

—Buenos días, señor Coste.

—¡Karl, no! Prefiero «Victor». El señor Coste es mi padre.

Johanna lo abrazó cariñosamente en el rellano y, pese a la anchura de su espalda, Coste casi desapareció entre sus brazos. Karl fingió sentir celos.

—Ya os vale. Como si no curraseis juntos todos los días...

Coste le entregó las flores.

—No te pongas celoso, te he traído tus preferidas.

Johanna lanzó una mirada a su marido, entre afligida y divertida, e invitó a Coste a entrar. Tras cruzar el salón y un pasillo, llegó a la puerta que daba al jardín. Unos escalones de piedra conducían a un césped bien cuidado, mesa y sillas de madera, fresas maduras, un cerezo repleto de frutos y una barbacoa en el centro. Coste se tomó unos segundos para observar a su equipo. El Grupo Crimen 1 de la SDPJ 93, la subdirección de la policía judicial de Sena-Saint-Denis, departamento 93.

Ronan, su segundo, camisa abierta y gafas de sol, se soplaba una cerveza bien fría mientras peleaba con las brasas de la barbacoa. Sam, el friki de la informática, estaba sentado con un niño en una rodilla y un portátil en la otra, con aspecto concentrado y el ceño fruncido. Quedaba Johanna, la única fémina del grupo, aunque «fémina» no era lo primero que a uno se le pasaba por la cabeza cuando se mencionaba a De Ritter.

—Pero ¡si no tienes antivirus! —gritó Sam, inclinado sobre la pantalla del ordenador. Se volvió hacia Johanna, que acababa de llegar a la mesa del jardín—. ¿Jo? El nuevo PC de Malo está sin protección. No me extraña que se descuajaringue cada dos por tres.

Ronan abandonó por un instante el gigantesco chuletón de buey que asaba con esmero.

—¿Sin antivirus? Hasta yo sé que eso es mala cosa. Es como viajar a Tailandia sin condones.

Johanna le soltó un cachete maternal en el cogote que puso fin a ese ejemplo tan poco apropiado.

—¡Ay, Ronan! ¿Te importaría adaptarte a tu público? Malo tiene siete años, y Chloé, cinco. No puedo creer lo cerdito que eres algunas veces.

—¿Qué es un condón? —preguntó Chloé con la misma inocencia que si hablara de un unicornio.

Johanna lanzó una mirada asesina a Ronan.

—Bravo, idiota.

Coste bajó los pocos escalones. Johanna casi se lo llevó por delante, con su hija en brazos mientras huía hacia el rincón del televisor para evitar que la niña creciera demasiado rápido. Al pasar, señaló a Ronan con un gesto de cabeza, al fondo del jardín.

—En serio, Víctor, sabes que Ronan me cae bien, pero prométeme que, si se nos rompe, no compraremos otro igual.

Sam estalló en carcajadas, Malo lo imitó con todas sus fuerzas y todo el mundo recibió a Coste al unísono.

—Hola, jefe.

* * *

Con los platos vacíos pero los vasos aún llenos, la conversación continuaba en grupitos separados. Johanna, con Karl de la mano, comentaba la posible distribución de la nueva casa y el hecho de que Chloé y Malo pudieran tener por fin su propia habitación. Ronan y Sam se reían como dos tontos en un rincón, igual que dos críos que acabaran de descubrir un *Playboy* en el desván. Por otra parte, Coste, con Chloé en las rodillas, escuchaba la sorprendente e interminable historia de un monstruo que habitaba debajo de la cama. Conmovida, Johanna dirigió la mirada hacia él.

—Bonita estampa...

Karl, de manera involuntaria, metió la pata.

—Por cierto, Víctor, podrías haber venido acompañado, ¿no?

Johana le dio una patada por debajo de la mesa mientras pensaba que no podría pegar a todos los que no supieran comportarse aquella tarde de domingo.

—Es complicado —susurró Coste, divertido.

—Y, como es complicado, me chupo todas las autopsias —añadió Ronan.

Todo el mundo sabía que Coste y Léa Marquant, la médica forense del Instituto de Medicina Legal, mantenían una relación con muchos altibajos. Una historia de picos y valles que últimamente estaba en lo más profundo del valle. Karl aprovechó la tensión que él mismo había provocado para escabullirse a la cocina a preparar el postre y el café. En cuanto estuvieron solos, Johanna se dirigió a Sam y Ronan.

—Bueno, capullos, ahora que Karl se ha largado, vais a decirme de qué os reíais a mandíbula batiente.

Ronan no pudo contenerse y le contó lo que, unos días antes, Coste le había aconsejado que se guardara para él.

—Hace un rato nos preguntaste si nos había costado encontrar tu casa.

—¿Y?

—Pues que no tenía pérdida. —A Ronan le entró la risa tonta.

Johanna se quedó unos segundos pensativa y luego cayó en la cuenta.

—¿No? ¿En serio? ¿En este barrio?

—En esta misma calle, a dos números de aquí.

Después de doce años en la Brigada contra el Crimen de la SDPJ 93, les resultaba complicado hablar de cualquier calle que no conocieran por alguna violación, secuestro u homicidio.

—Cuenta.

—El caso del noruego. Un tipo de sesenta años que encontramos atado de pies y manos a una cama, con una sobredosis de éxtasis y popper. Nos llamó su joven amante. Cuando intentamos ponernos en contacto con la familia, descubrimos que estaba aquí en viaje de negocios, con un proyecto para hermanar dos iglesias, una francesa y otra noruega. El tipo era sacerdote. Yo sé que por allí son muy abiertos de coco y que les gusta bañarse en pelotas en agua helada, pero aun así la noticia debió de impresionarlos un poco.

—Vale, de acuerdo —concluyó Johanna—. Gracias por chafarme la presentación de mi nueva casa. Pero Ronan, por favor, no le digas nada a Karl. Solo está casado con una policía, no tiene por qué aguantar todo lo demás.

—Pero podré contarles la historia a los críos, ¿no?

—¿Sabes que aquí abajo hay un sótano insonorizado? —lo amenazó Johanna.

En ese momento llegó Karl y se acabaron los secretitos. Él llevaba los cafés, y Malo, la tarta de chocolate.

—¿De qué hablabais?

—De nada —intervino Coste—. Bendecíamos el lugar.

Johanna puso las manos en los hombros de su hijo y guiñó un ojo a Karl antes de lanzarse, un poco emocionada:

—He sido la última en llegar al grupo. Reemplacé a un buen amigo tuyo, Víctor, y, sin embargo, enseguida me sentí integrada. Para Karl no fue una buena noticia lo de tener que mudarse a Sena-Saint-Denis, pero me habían asignado aquí y él sabía que yo quería ser policía. Unos amigos nuestros iban a mudarse también a esta zona, aunque finalmente no lo hicieron. El marido era un amigo de Karl de la infancia, así que pensamos proponerle que fuera el padrino de Malo. Luego pasó el tiempo y lo dejamos correr, así que ahora Malo, con siete años, sigue sin tener padrino. Y por eso, ya está, Karl y yo nos preguntábamos si tú querías concedernos ese honor.

Sam levantó los ojos hacia Coste, que a su vez lo estaba mirando a él, y luego, intrigado, se volvió hacia Ronan, hasta que se dio cuenta de que se dirigían a él.

—¿Perdón? —balbuceó.

—Vienes a casa un fin de semana sí y otro también para arreglarle el ordenata. Pasáis mucho tiempo juntos. Te inventas programas para él, le pasas tu colección de muñequitos. El crío solo habla de ti. Karl y yo estamos seguros de que nadie lo cuidaría mejor que tú.

—De eso nada —se burló Ronan—, lo hacen sobre todo porque eres huérfano y les das pena. Porque yo podría enseñarle a pelear y a ligar.

—Pues tienes razón. Visto así, empiezo a lamentar nuestra decisión —respondió Karl, apenado.

Sam dejó el tenedor con el trozo de tarta mientras Malo se quedaba sin respiración, mirando a su posible futuro padrino.

—¿Entonces? —continuó Johanna.

—Eh, bueno, pues claro, con mucho gusto.

Malo dio la vuelta a la mesa corriendo y se colgó de su cuello. Sam lo abrazó con sus enormes y delgados brazos, visiblemente emocionado. Si se le escapaba una sola lágrima, se pasaría semanas aguantando pullas impertinentes y machistas.

—Pues ya está. Problema solucionado —siguió Ronan—. ¿Pasamos a lo del gato o no?

Johanna se volvió hacia él sorprendida. Ronan le recordó sus continuas quejas durante las últimas semanas.

—¿Qué? No has parado de decirnos que había un puñetero gato que se colaba por la valla para venir a cagar expresamente a tu jardín, ¿no?

—Y no en cualquier sitio del jardín, justo en el arenero de Chloé. Y, además, se come todas las fresas, así que está gordo como una vaca. ¿Y qué?

Ronan rebuscó en su mochila y sacó cuatro cajitas de cartón que tenían un dibujo de una pistola a presión sobre una cama de bolitas amarillas.

—¿Y qué? ¡Se ha abierto la veda!

* * *

Cómodamente sentados en las sillas del jardín, Coste, Sam, Ronan y Johanna llenaban los cargadores de bolitas y se divertían con el hecho de que ninguna caseta de tiro fuera tan agradable. Con un chupito de aguardiente a sus pies y sin los niños, a los que Karl se había llevado, el jardín era para ellos. Solo faltaba el gato.

Un imponente minino de color gris cemento deslizó una pata por debajo de la valla e irrumpió en el césped, que Karl acababa de cortar esa misma mañana. Sin una pizca de miedo, los miró de arriba abajo y siguió avanzando, confiado; cualquiera pensaría que se creía que era un tigre.

La bala de Sam reventó una jugosa fresa y el gato levantó una oreja. Sam era el único del equipo que manejaba la pistola como si tuviera garfios en lugar de manos. Desgraciadamente para el animal, Coste y Ronan eran buenos tiradores y Johanna formaba parte del grupo de élite de la policía en esa disciplina. Los tres policías apuntaron al culo de su objetivo. Los pequeños proyectiles amarillos volaron por el aire y acertaron en el trasero del gato, que saltó hacia arriba pero en el mismo sitio, con un maullido de sorpresa. Se largó en menos de un segundo, no sin firmar un tratado de paz con las fresas y el arenero. Ronan estalló en carcajadas.

—*Yes!* ¡Toma gato de mierda!

Aún esperaron un rato, sobreestimando la valentía del gato, que no volvió a presentarse. Entonces se rindieron y Ronan convirtió a Sam en su objetivo. Los niños, excitados después de un día tan animado, dormían a pierna suelta. El sol se volvía cada vez más tímido y Coste cogió su chaqueta.

—Me piro, Jo. Gracias por este magnífico día. No quiero ver a nadie en la oficina antes de las diez de la mañana.

Con la perspectiva de quedarse más rato en la cama al día siguiente, Ronan destapó la botella de aguardiente y rellenó los vasos.

Subdirección de la policía judicial

de Sena-Saint-Denis (SDPJ 93)

5.45 h

Coste atravesó los pasillos de la subdirección, pasó por delante de la oficina del Grupo Crimen 1 sin detenerse, se adentró por la pasarela acristalada que separaba las dos alas de la policía judicial y se dirigió al lugar en el que estaba seguro de que encontraría a su equipo: el cuarto del café. A esas horas tan tempranas, nadie habría tenido el valor de llenar de agua la cafetera de la oficina, apretar el botón ON y menos aún esperar los pocos minutos del gota a gota hasta que se llenara sin dormirse de pie. Como la víspera todos se habían agarrado una media cogorza con aquel aguardiente tan traidor como una curva cerrada, necesitaban cafeína, mucha y rápidamente. Coste abrió la puerta de la sala muy despacio.

—¿Qué tal, queridos míos? Tenéis una cara que da pena.

Ronan introdujo una moneda en la máquina.

—No te pases. Y no me digas que estás en forma porque eso me cansará aún más.

Salió el café y Ronan le ofreció el vasito de plástico a Sam, luego alimentó la máquina con unas cuantas monedas más y le dio otro a Coste. Johanna se masajaba las sienes, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Nos dices por qué estamos aquí? —preguntó Ronan.

—Porque una fiscal me ha despertado a las cuatro y media de la madrugada, Fleur Saint-Croix. No hay nada más desagradable, pero tú ya sabes lo que es eso.

Pese a tener el cerebro a cámara lenta, Sam lo pilló al vuelo.

—Ah, sí, Ronan, cuéntenos cómo es que te despierte Fleur.

El aludido removi6 el café algo molesto. Fleur Saint-Croix siempre decidía cuándo tenía que ir él y cuándo tenía que marcharse, por lo general en plena noche. Muy pocas veces se despertaban juntos. ¿Porque ella era una mujer con poder? ¿Porque él no era más que un teniente de policía? ¿Porque ella

solo lo consideraba un juguete sexual? Ronan se hacía regularmente todas esas preguntas. A todas luces, ese buen corazón se había enganchado a la única que lo maltrataba.

—¿Os pone mi vida privada? —dijo para escaquearse.

Johanna salió de la bruma y articuló las primeras palabras del día.

—Bueno, ¿nos hemos levantado antes que las gallinas para hablar del sexo de los ángeles o tenemos curro?

Coste cogió las riendas de su equipo con un tono más profesional:

—Este es el resumen que me ha hecho Saint-Croix. David Sebag. Diecinueve años. El sábado por la noche sus amigos lo vieron salir de la discoteca en la que estaban. Al parecer, para ir a comprar un gramo de coca a un tipo que no quería vendérselo dentro. No volvieron a verlo en toda la noche. Domingo por la tarde, Marc Sebag, el padre, se preocupa cuando ve que su hijo no aparece y llama a sus amigos. Al principio, los chavales lo engañaron como a un chino, pero cuando vieron que el hombre estaba cagado de miedo le contaron lo de la coca.

—Espera, se trata de una desaparición en la que ni siquiera han pasado cuarenta y ocho horas. El David ese estará durmiendo con una amiga. Esto es un caso para la policía —señaló Sam.

—Si no fuera porque el padre ha recibido un SMS a las dos de la madrugada.

—Mierda —susurró Ronan.

Johanna perdió el hilo de la conversación.

—¿Qué es eso del SMS?

—El inicio de un secuestro con extorsión. No es una buena noticia —concluyó Coste—. Pero tampoco nada nuevo. Sabemos cómo actuar.

Antes de las seis de la mañana, Victor Coste había repartido las tareas entre los miembros de su equipo. Sam y Ronan llamaban a declarar uno a uno a los amigos de David Sebag presentes aquella noche, mientras Johanna lidiaba con el jefe del local nocturno para que le pasara todos los vídeos de seguridad. Coste, por su parte, en ese momento estaba frente al padre, Marc Sebag, cuyo rostro mostraba los trazos que había dejado una noche en vela. Vestía un pantalón vaquero, una vieja camiseta estirada y unas zapatillas de deporte sin calcetines, como si hubiera salido de casa a todo correr en pleno incendio. El policía le pidió su teléfono móvil y Sebag se lo entregó.

—Recibí el SMS a las dos en punto de la mañana.

Coste rozó la pantalla táctil y apareció el mensaje: «Calle Favon 74 BR 616 VE aleta trasera Tombola 16.03.90 Samuel. Nada de policía si quieres volver a verlo vivo».

Victor continuó la conversación sin levantar la mirada del teléfono.

—¿Dónde está su mujer, señor Sebag?

—En casa, en Stains, por si David regresara.

Igual que para anunciar una muerte, Coste sabía por experiencia que no servía de nada andarse con rodeos ni adornar los hechos. Preciso y concreto, no había ningún otro método.

—Señor Sebag, por desgracia debo confirmarle lo que usted se teme. Mi equipo y yo pensamos que han secuestrado a su hijo el sábado por la noche en los alrededores del VIP Room, una discoteca de París.

El padre se tapó la cara con las manos y sopló para evacuar el flujo de miedo y ansiedad que lo abrumaba. Coste no le dio tiempo a pensar.

—La dirección, la del SMS, imagino que habrá ido.

—Sí, por supuesto, pero no vi ningún coche con esa matrícula. No lo entiendo, mi hijo tendría que haber estado dentro, ¿es eso? ¿He hecho algo mal?

—No, tranquilícese. Aunque el coche hubiera estado allí, su hijo no se encontraría dentro. La dirección y la matrícula solo son una señal. Según el *modus operandi* habitual, los secuestradores habrían enganchado un teléfono móvil debajo de la aleta trasera del coche con matrícula BR 616 VE

en el número 74 de la calle Faván de su municipio, Stains. Lo demás es información personal para demostrarle que realmente tienen a su hijo. Solo usted puede confirmármelo.

Y Sebag lo confirmó.

—Tombola es el nombre de su hurón y el 16 de marzo de 1990 la fecha de nacimiento de mi hijo. Samuel es su segundo nombre. Todo es correcto.

Coste lo anotó sobre la marcha y luego continuó:

—El móvil habría sido para contactar con los secuestradores y saber sus exigencias.

—¿Está hablando de un rescate?

—Que nunca hay que pagar, señor Sebag. Solo hay que hacerles creer que tiene esa intención. Pero de todo eso nos encargaremos nosotros si usted quiere.

—Todo lo que ustedes digan, pero seguimos sin el coche.

—Respecto a eso, solo se me ocurren dos opciones: o lo han robado o está en el depósito de vehículos.

—No entiendo. Si tienen mi número de móvil para enviarme un SMS, ¿por qué querrían darme otro para comunicarse conmigo?

—Es lo que se conoce como móviles de guerra. Solo se usan una vez. Cuando se pongan en contacto con usted cambiarán de teléfono, por miedo a que nos haya informado e intentemos localizarlos o intervengamos la línea. De momento, la rapidez es nuestra aliada y tiene que confiar en nosotros.

Las palabras de Coste parecieron rebotar sin alcanzar a aquel padre destrozado, cuyo mundo acababa de estallar en mil pedazos.

—También debería pedirle a su mujer que se reúna con usted. Tal y como están las cosas, esperar en casa no servirá de nada.

Ese policía al que nunca había visto antes le pedía que dejara todo en sus manos para encontrar a su hijo. El SMS decía «nada de policía», y él habría respetado esa consigna si el coche hubiera estado en el sitio indicado. Pero no estaba. De manera que, en contra de la opinión de su mujer, había acudido a la policía judicial y había aceptado la oferta de ese capitán, Víctor Coste. Y ya fuera por la serenidad de ese hombre o por la sabiduría de su mirada, Sebag lo ignoraba, el caso es que por espacio de unos breves segundos se sintió casi tranquilo. Desde ese momento, la policía se responsabilizaba de todo el asunto.

Depósito de vehículos de Saint-Denis

6.15 h

Un tipo bastante sucio, con un pantalón que no conseguía teparle el culo, guio a Coste y Johanna hasta los últimos coches que había retirado la grúa. El depósito recibía los vehículos infractores de varios municipios, entre ellos Stains, donde el matrimonio Sebag tenía su domicilio.

En un solar sin fin, los montones de estructuras oxidadas daban al lugar un aspecto postapocalíptico. En un 4 x 4 blanco, con las lunas destrozadas y toda la parte delantera aplastada por un accidente, había parido una perra y se había cargado irremediabilmente los asientos de cuero beis. En ese momento, el animal estaba atento a los recién llegados, un poco preocupado por su camada; sin embargo, estos últimos parecían buscar otra cosa y la perra se tranquilizó.

—¡Lo tengo! Matrícula 616, ¿es eso? —avisó Johanna por radio.

—Bravo Romeo 616 Victor Eco, ¿lo confirmas?

—Sí, es el vehículo. Estoy al fondo, detrás del camión de Correos quemado.

Coste se dirigió hacia los restos calcinados y estuvo a punto de tropezarse con la perra, que había abandonado por un instante su guarida. El animal movió la cola y mendigó. Coste le acarició el lomo.

—No tengo nada para ti, preciosa. Lárgate.

Una vez delante del coche, un Twingo en pésimo estado, encontró a Johanna con una rodilla en el suelo y la mano enguantada metida detrás de la aleta posterior izquierda. Johanna sintió algo en los dedos, dio un tirón y recuperó el móvil envuelto en cinta de celo de doble cara.

—Por suerte, lo sujetaron bien.

Johanna se levantó, se sacudió el polvo del vaquero y entregó el móvil a Coste, que ya había sacado una bolsa precintada para protegerlo.

—¿Capitán Coste?

Este se dio la vuelta. Tenía enfrente a dos hombres que parecían salidos de los años ochenta. El primero, pantalón de cuero y pañuelo rojo, aún rubio pese a tener los cincuenta cumplidos, y el

segundo, un tipo rechoncho de unos cuarenta años al que había que reconocerle el valor de usar, en pleno siglo XXI, botas camperas. A pesar de sus pintas, al límite de la legalidad, Coste supo en el acto que tenía delante a dos policías. Como si la profesión dejara un aura o un olor.

—Comandante Tissier y capitán Matin, BRI[4] de París.

Tissier, el rubio, dio un paso hacia delante y le quitó la bolsa precintada de las manos.

—Este es para nosotros... —A continuación le tendió su propio teléfono a Coste—. Y este para ti.

Johanna comprendió de inmediato lo que estaba pasando; a Coste se le ensombreció el rostro. Se puso el teléfono en la oreja.

—Victor Coste, la escucho.

Pocos segundos, exactamente el tiempo que se necesita para que te roben un caso. Aun así, intentó enfrentarse a la fiscal al otro lado de la línea.

—¿En serio, Saint-Croix? ¿Nos pasa el caso y nos lo quita en menos de dos horas? La víctima procede del 93 y el padre se ha dirigido a nuestra comisaría. París no lo hará mejor que nosotros.

—Esto no es cosa mía, Victor; de lo contrario le habría advertido antes.

—Con petición de rescate, un secuestro se resuelve en veinticuatro horas. No somos principiantes.

—No tiene nada que ver con su competencia, capitán. Lo único que ocurre es que mi jefe prefiere que lleve el caso la BRI.

—De acuerdo, pero eso no explica nada. Podemos llevar el caso perfectamente con...

Coste se detuvo en mitad de la frase, en cuanto recordó el apellido de la víctima y comprendió que no serviría de nada discutir.

—¡Joder! Sebag, claro. Todo esto porque es judío, ¿no?

—Jamás conseguirá que lo confiesen, pero así es. Tiemblan como parkinsonianos ante la idea de un nuevo Ilan Halimi. Marc Sebag ha abierto este año su tercera empresa de consultoría informática en Sena-Saint-Denis. Sus negocios funcionan muy bien y eso le ha puesto una diana en la espalda. Envidias de barrio. Sea como fuere, cuando la prensa se entere, será inevitable que se decante por el antisemitismo y el caso tendrá cobertura nacional. Deje actuar a París y abandone este caso, Coste.

Saint-Croix colgó como en las películas, sin dar tiempo a su interlocutor para responder. De todos modos, se trataba de la instrucción de un caso y Coste estaba bajo sus órdenes.

—¿Podrás dejar libre un despacho en tus dependencias? —preguntó Tissier a Johanna, al mismo tiempo que, de una patada, mandaba a paseo a la perra, que había tenido la desgracia de perderse entre sus piernas.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para facilitaros el trabajo, por supuesto.

La perra, nada rencorosa y con la cola azotando el aire, se acercó otra vez a Tissier. Este se agachó para coger una piedra y apuntó. Johanna no se lo permitió esta segunda vez.

—Te prometo que no te apetece nada hacer eso.

Tissier calibró a aquella rubia, alta, de aspecto militar y, para hacerlo, tuvo que levantar la mirada. Efectivamente, se le pasaron las ganas y tiró la piedra al suelo.

—Tenemos un Mégane azul en la entrada del depósito, os seguimos —dijo para apaciguar la situación el segundo oficial de la BRI.

Los dos policías de París se alejaron. Johanna apoyó la mano en la culata de su revólver y lanzó una mirada a Coste.

—Vamos, Victor. Estamos en el depósito sin testigos. Tiramos los cuerpos a la trituradora y nadie sabrá nunca nada.

A Coste le pareció una idea bastante sugerente.

Ya habían pasado dos horas sin que Marin y Tissier, los dos negociadores de París, salieran del despacho que les habían reservado. Sandra Sebag, a la que fue a buscar un vehículo policial, se había reunido con su marido en la SDPJ 93 y estaba, cogida de su mano, encerrada a cal y canto encima del portátil, esperando el primer contacto real con los secuestradores.

Habían pasado dos horas angustiosas pero, aunque les habían robado la investigación, Coste y su equipo se mantenían al acecho del menor movimiento. Había una vida en juego y se palpaba la tensión.

Durante la espera, Sam y Ronan tuvieron el refuerzo de cuatro policías para terminar lo antes posible la toma de declaración a los amigos de David Sebag. Ninguna había dado resultado, todas describían la misma noche. Bastante alcohol, David muy pasado y la misma frase: «Voy a comprar un gramo. El tipo está fuera, ahora vuelvo». Pero nadie había visto a ese tipo. Incluso en los vídeos, que Sam ya había visionado, David Sebag salía solo del VIP Room a la una y media de la madrugada y luego desaparecía del campo de visión de las cámaras.

Cuando, al fin, el comandante Tissier salió del despacho, toda la atención se centró en él. Tissier atravesó el pasillo, se dirigió a la máquina de café y luego regresó con un vasito humeante en la mano, sin que al parecer tuviera ninguna intención de informar a nadie sobre la situación. Coste lo alcanzó antes de que desapareciese de nuevo.

—¿Te importa si entro contigo? Ya sé que el caso ahora es vuestro, pero tengo una buena relación con el padre y eso siempre es útil; él confía en mí.

—¡Genial! Pues cuando todo esto acabe, os podéis ir a tomar algo por ahí —cortó en seco Tissier y luego le cerró la puerta en las narices.

Coste, delante de la puerta, no pudo contener una sonrisa.

—Creo que tengo debilidad por él.

Tras la tercera hora de silencio, hasta la comandante Marie-Charlotte Damiani, superior directa de Coste y jefa de los dos Grupos Crimen, empezó a preocuparse. Damiani llamó a Víctor a su despacho

y cerró la puerta. Cajas apiladas y paredes desnudas. Una vaga impresión de traslado. La comandante, vestida con un traje de chaqueta gris antracita a juego con su pelo corto a lo chico casi blanco, seguía conservando el aspecto de profesora de escuela superior, un poco soberbia y esnob. Una fachada en la que saltaba el barniz en cuanto tocaban al jefe de su equipo.

—Es lamentable, Víctor.

—Estoy de acuerdo. Podríamos habernos quedado con el caso.

—Este caso u otro... Eso qué importa. Realmente trabajo no os falta, ¿no? Esta es mi última semana y me habría gustado que fuera tranquila, para disfrutar un poco de todos vosotros y celebrar mi fiesta de despedida. En lugar de eso, tengo un secuestro en mi zona y a la BRI acampada en mis oficinas.

—¿Disfrutar de nosotros? Eso es encantador, Marie-Charlotte.

—No seas tonto, Víctor. Sabes que os voy a echar de menos.

—Más que nada lo constato, ya has retrasado tu marcha seis meses... ¿Cuántos días llevas diciendo que vas a bajar estas cajas al coche?

Damiani recorrió su despacho con la mirada y decidió no responder a la pregunta.

—El caso es que falta una semana; son siete días para dar la talla. No me apetece marcharme con un caso fallido.

—Si el caso fracasa será por culpa de la BRI. Puedes ir encargando los canapés.

—Yo no estaría tan segura. Si meten la pata, cabe la posibilidad de que nos pasen la patata caliente. Y ya van tres horas sin ningún contacto con los secuestradores; esto no me huele nada bien.

—¿Entonces?

—Prepárate para recoger la mierda y mantén a tu equipo alerta. Mientras tanto, voy a conseguir que Chip y Chop nos hagan un resumen de la situación. Lo quieran o no, son nuestros invitados.

* * *

Matin y Tissier no se molestaron en organizar una mesa redonda en la sala de reuniones hasta la cuarta hora de *statu quo*. Allí estaba el Grupo Crimen 1 de Coste, el Grupo Crimen 2, que dirigía la rechoncha y autoritaria capitana Lara Jevric, homóloga de Coste, además de algunos miembros del Grupo de Represión de Bandas Armadas, acostumbrados a operaciones abiertas. La introducción que hizo la BRI dejó claro que la idea de compartir la información no salía de ellos.

—Además de perder el tiempo, no entiendo muy bien qué podemos ganar con esto, pero aquí estamos.

Con una sola frase, Tissier había conseguido la hazaña de ponerse a todo el mundo en contra. Una

extraña cualidad que solo Lara Jevric compartía con él. Tissier contó otra vez el asunto de la discoteca, del desconocido con el gramo de coca, del secuestro de David Sebag y del SMS que recibió su padre hacía, en ese momento, ocho horas y quince minutos.

—Tendríamos que haber recibido instrucciones hace ya mucho tiempo pero, por lo que se ve, nos enfrentamos a unos aficionados. Quizá incluso se hayan rajado y lo hayan dejado correr, pero seguimos esperando. Una hospitalidad como la vuestra no se rechaza.

—Más de ocho horas sin establecer contacto. Aquí falla algo. Ni una llamada y ninguna información en el móvil que estaba pegado al coche. Esto no tiene sentido —comentó Sam, preocupado.

En aquella mesa redonda, Sam era el que se encontraba más cerca de Martin y aquello pareció desconcertar al policía de la BRI. Martin se inclinó hacia Tissier, le murmuró algo al oído y, como un camaleón, Tissier adquirió el mismo tono blanquecino de su secuaz. Ambos cerraron sus informes y se levantaron, pero a Coste no se le había escapado su nerviosismo.

—¡Eh, vosotros dos! Que nadie se mueva de aquí. ¿Qué significan esas caras de culpa? ¿Hay algo que no nos habéis dicho?

—Solo queremos verificar un detalle —balbuceó Martin, que se ganó una mirada severa de su superior.

Un silencio glacial reinó en la habitación. Nadie se atrevía a decir en alto lo que todo el mundo temía. Coste se prestó a ello de buena gana.

—¿Es cierto? ¡Solo decidme que habéis revisado el móvil! ¿Me estáis diciendo que lleváis cuatro horas mirando ese teléfono como gilipollas, sin que por un segundo se os haya pasado por la cabeza que, sencillamente, las instrucciones estaban ahí?

Martin y Tissier esquivaron la mirada. Coste se lanzó a la ofensiva.

—Johanna, cógelo.

—Esperad, vamos...

—Cierra el pico —le cortó Johanna, con la mano ya en el teléfono.

Se lo lanzó a su jefe al otro lado de la sala de reuniones y Coste lo atrapó al vuelo. Pulsó algunas teclas y fue al archivo «mensajes». Vacío. Pulsó otras teclas y consultó el archivo «notas». La pantalla mostró una nota grabada. La leyó en voz alta:

—«Ochenta mil euros. Las nueve. Le Millénaire. Entrada principal.» ¡Mierda! La cita era hace hora y media —apuntó Coste—. Eso no es nada bueno.

Tissier bajó la mirada y Martin dejó escapar un juramento, mientras Sam, ya por su cuenta, tecleaba en su tableta.

—Centro comercial Le Millénaire, Aubervilliers 93. Cincuenta y seis mil metros cuadrados

comerciales, doce mil metros cuadrados de zona verde y ciento cincuenta establecimientos. Es demasiado grande para vigilarlo.

—¿Y para salir pitando? —preguntó Ronan.

—Para eso es perfecto: unas veinte entradas y salidas, sin contar los aparcamientos, dos líneas de metro, dos líneas de autobús, cuatro de tranvía, la carretera de circunvalación, una nacional, otra regional y un transbordador fluvial que pasa por los muelles del Sena. Es un coladero del tamaño de quince campos de fútbol rodeado de un laberinto de accesos.

Coste volvió a leer el mensaje y luego fue él quien lanzó el móvil a Sam.

—Encuentra todo lo que puedas en ese teléfono y sobre la línea por la que se ha enviado el SMS al padre esta noche. Tienes diez minutos. Ronan, consigue los vídeos del centro comercial de entre las ocho y las nueve y media. Solo los de la entrada principal. Son cincuenta y seis mil metros cuadrados, no tendremos tiempo de visionar los otros. Johanna, envía un informe a Saint-Croix; seguro que estará encantada de cómo van las cosas. Yo, mientras tanto, intentaré explicar la situación a los padres. —Coste se volvió hacia Tissier y le provocó solo por darse el gusto—. Tengo una buena relación con el padre, él confía en mí. No te importa, ¿verdad?

La información rebotó como una pelota por varios departamentos de la policía y de la justicia: la BRI se mantuvo en sus trece. El director de la policía judicial de París consideraba impensable que su brigada de élite volviera del 93 con el rabo entre las piernas. Y el comisario jefe decía que ni por asomo la BRI iba a seguir jugando en su campo sin que sus hombres participasen. Guerra de departamentos o guerra de egos, la decisión se deslocalizó y se tomó en el más alto nivel del Ministerio del Interior, con el acuerdo de los fiscales de Sena-Saint-Denis y de París. Demasiada leña en un fuego que ya ardía. El resultado fue una decisión salomónica y tibia que apenas resolvía la situación. Así pues, la BRI seguía a la espera, dispuesta a dirigir las negociaciones entre los padres de Sebag y los secuestradores. Y el Grupo Crimen del capitán Coste estaba autorizado a investigar todo lo que tuviera alguna conexión con el caso.

—¿Conexión? Eso no quiere decir nada —refunfuñó Johanna mientras colgaba en el tablero blanco de la oficina una foto de David Sebag en la playa, con la novia de turno, y otra en la que vestía un traje gris claro en una celebración de la universidad.

—Al contrario —la tranquilizó Coste—. Cuanto más imprecisa sea la orden, más libertad tenemos para actuar. Nuestros nuevos colegas están pendientes del móvil; parecen secretarias a la espera de que suene el teléfono. Nosotros nos quedamos con todo lo demás. No os equivoquéis, nos corresponde a nosotros conseguir que este caos tenga un final feliz. Y eso con unos secuestradores a los que acabamos de dejar plantados y que deben de estar que echan humo.

—Confiemos en que no descarguen los nervios con el chaval —pensó Sam en voz alta.

* * *

Una lluvia de verano azotaba la cristalera del despacho donde Marc Sebag y su mujer Sandra esperaban, con el miedo agarrotándoles el estómago. Tan violenta como breve, la tormenta dejó a su paso edificios y aceras brillantes de humedad. El jardín interior de la SDPJ 93 había recibido una

bocanada de frescor y las gotas perlaban los extremos de las hojas de los árboles y de los cuidados arbustos.

Coste había solicitado una entrevista en privado con el matrimonio Sebag, que Tissier y Marin no se atrevieron a negarle. En ese momento, sentado frente a los padres, el capitán podía leer en sus rostros un escepticismo justificado.

—Me pidió que confiara en usted —arremetió Sebag.

Coste habría podido cubrirse con el error de la BRI o echar la culpa al fiscal que les había apartado del caso, pero de nada servía buscar a un culpable. Para los Sebag solo existía una institución, la policía, y los secretos de su funcionamiento y de la cadena de mando no eran de su incumbencia. Ni tampoco una excusa.

—Ha sido culpa nuestra —asumió Coste—. Lo siento muchísimo. Pero les prometo que ninguno de mis hombres descansará hasta que David esté en casa.

—¿Cree que volverán a ponerse en contacto?

—Con toda probabilidad. Y los negociadores de la BRI estarán con ustedes para hacerles compañía y aconsejarles. Por ejemplo, los secuestradores se preguntarán por qué no se han presentado en el centro comercial. Tendrán que saber responder correctamente, señor Sebag.

—Les diré la verdad, que no encontré el coche en el sitio indicado sino en el depósito de vehículos.

—Ni se le ocurra. Usted no tiene modo de saber en qué depósito estaba, y mucho menos de acercarse al coche y registrarlo si no es su propietario.

—Entonces ¿qué les digo?

—La otra verdad: que no se le ocurrió mirar si las instrucciones estaban en el móvil.

—Tendría que ser muy tonto, ¿no?

Coste se sintió directamente aludido y lo encajó.

—Pero los demás no estamos todos a la espera. Por mi parte, junto con mi equipo, trabajaremos con los secuestradores, intentaremos identificarlos, ir un paso por delante.

El padre puso mala cara al oír esa última frase. Su mujer y él no se soltaban de la mano, tranquilizándose mutuamente con su sola presencia. Ni una histeria estridente, ni lágrimas a raudales. Un miedo digno, un terror casi controlado que dejaba asombrado a Coste.

El pelo recogido deprisa y corriendo, un ligero aroma a sueño... Aunque hubiera pasado la noche en blanco, en ese momento Sandra Sebag estaba muy despierta y no iba a dejar que esos policías pusieran en peligro la vida de su hijo.

—Corra tras ellos si quiere. Nosotros solo deseamos que David vuelva, y vamos a pagar.

—Lo comprendo perfectamente, pero...

—Me da igual si es un error. Si quieren dinero, lo tendrán, todo lo que pidan. Ya he llamado al responsable financiero de nuestra empresa para que reúna esa suma. Pagaremos. ¿Me ha oído?

Pagar el rescate probablemente era la salida adecuada en ese caso concreto, pero esa información correría como la pólvora por los barrios y quizá animara a otros. No obstante, Coste comprendió sin dificultad que, en ese momento de sus vidas, al matrimonio Sebag le importaba un bledo las posibles futuras víctimas y no insistió.

Ronan cogió la moto y había vuelto en un tiempo récord con los vídeos de la entrada principal del centro comercial Le Millénaire en un pendrive del Grupo Crimen.

—Según los de seguridad, por allí empujan el carrito de la compra entre trece mil y quince mil personas al día. Visionar las cintas sin saber lo que buscamos solo nos servirá para perder el tiempo.

—Lo sé —contestó Coste—. Pero, en el punto en el que estamos, más nos vale tener todas las evidencias a nuestra disposición.

Sam, por su parte, se encontraba en su salsa: nuevas tecnologías y telefonía móvil. Por desgracia, los secuestradores eran extraordinariamente prudentes y habían montado el golpe de manera muy inteligente. Sam se dirigió al resto del equipo:

—Vale. En la noche del domingo al lunes, Marc Sebag recibió el SMS con la dirección de la calle Favon y la matrícula de un Twingo. El móvil que envió el SMS se compró dos días antes con identidad falsa.

—¿Por qué estás tan seguro? —le cortó Ronan.

—Escucha, si nuestro sujeto no se llama Bruce Willis, así, intuitivamente, me inclinaría por la falsa identidad.

—¿Bruce Willis? Joder, son atrevidos.

—El SMS que recibió el padre nos lleva a otro móvil, el que estaba sujeto en el coche, al que no quitan ojo Tintín y Milou mientras esperan a que suene. Este solo es un soporte, les sirvió para apuntar ahí sus exigencias, la cantidad que piden y la dirección de entrega. Es evidente que queman un móvil en cada acción; así que es inútil pincharlos porque no vuelven a usarlos. He comprobado el número de serie y este también lo compraron con identidad falsa.

—¿Y quién ganó el casting esta vez?

—Christopher Walken. Dos actores que han interpretado papeles de capos de la mafia.

—Mierda, con todos los controles a los que están sometidas las ventas de telefonía móvil, ya no debería ser tan sencillo contratar líneas con identidad falsa —comentó sorprendida Johanna.

—Por eso utilizaron Arbarel, un operador especializado en llamadas al extranjero. Sus móviles

prepagado se venden por tres pavos en pequeños comercios, unas tiendas de pocos metros cuadrados, casi sin ningún control, que generalmente regentan los pakistaníes, incapaces de distinguir un documento de identidad verdadero de otro falso.

—¡Bruce Willis! *Jungla de cristal*... Por Dios, si ese nombre ha recorrido el mundo entero. Hasta en Pakistán tiene que sonarles de algo.

Coste se desplomó en el gran sofá rojo de la oficina. Su mirada, a través de las ventanas, se posó en la ciudad. En algún sitio de ese departamento, quizá a dos calles de allí, había un chaval secuestrado que estaría encomendándose tanto a Dios como a sus padres. Y, después de la metedura de pata de la BRI, sobre todo había un chaval que no entendía por qué su familia no había pagado a sus secuestradores, que seguramente ahora estaban furiosos. Coste dejó vagar el pensamiento e intentó imaginar a sus adversarios. Hacía falta un tipo para vigilar a David Sebag, otro que estuviera dando vueltas por el centro comercial para recoger el rescate y al menos uno más al frente de la banda, con las manos libres para poder dirigirlo todo. Así que como mínimo eran tres. Tres desconocidos, geográficamente separados, que debían mantenerse en contacto permanente. Una idea se despertó en el cerebro del capitán.

—Sam, ¿puedes rastrear los dos móviles hasta el punto de venta?

Sam cogió la documentación que había conseguido con la requisita telefónica y ojeó los folios.

—Easy Phone Shop, en Drancy. Ya veo dónde quieres ir a parar, Victor, pero si esos tipos compraron los móviles hace dos días, ¿cómo quieres que el vendedor se acuerde de sus caras?

—Pero, sobre todo, ¿le apetecerá acordarse? —puso en duda Ronan.

—No necesito la memoria del vendedor —zanjó Coste—. Si, tal como crees, los secuestradores utilizan móviles de guerra para contactar con el padre y son lo bastante prudentes para no utilizar sus propios móviles para comunicarse entre ellos mientras dura la operación, no habrán comprado solo dos aparatos, sino muchos más.

—Al menos uno por cabeza.

—Y si sabemos dónde compraron los dos primeros, con un poco de suerte también habrán comprado allí los otros. Entonces podríamos saber qué líneas utilizarán más adelante y...

Igual que un colegial al que le quema en los labios la respuesta correcta, Sam no tuvo paciencia para dejarlo terminar.

—¡Y podemos tomarles la delantera! ¡Pinchar los teléfonos y geolocalizarlos! En cuanto se llamen o se envíen un mensaje de texto, estaremos encima de ellos.

Una buena pista. Coste dio dos palmadas.

—Vamos. Coche. Sirena. Luces. Drancy. Ya estamos saliendo.

Ronan, al volante del 306 del grupo, se saltó dos semáforos y tocó el claxon dos veces durante el trayecto, pese a la sirena y a las luces azules del girofaro que ya no impresionaban a mucha gente de la zona. Coste, en el asiento del copiloto, tenía en línea a la fiscal Fleur Saint-Croix y le explicaba cómo pensaba sacar la delantera a los secuestradores gracias a los móviles de guerra, también llamados «Paul Bismuth»: los teléfonos de un presidente caído en desgracia, pero ese nombre no se lo había puesto la policía sino los criminales, que vieron a ese ilustre político en apuros como un hermano de armas. Ronan cortó la sirena y, subiéndose a la acera, aparcó delante de la tienda, tan discreto como una gabarra fuera del agua.

Al abrirse, la puerta de la tienda de Ravisha Kumar hizo sonar una campanilla. El interior estaba tapizado con pósteres de estrellas indias y en las paredes había unas estanterías con DVD piratas, cremas de belleza, pasteles secos y accesorios para móviles. Sentado sobre una silla giratoria, Kumar levantó la mirada del ordenador y vio entrar a dos hombres. Bajó el sonido de la radio y, como señal de bienvenida, abrió los brazos igual que si estuviera presentando un espectáculo circense. El marcado acento hacía que las palabras, antes de salir, le rebotaran y tropezaran en la boca.

—¡Buenos días, policía!

El sexto sentido de los que tienen algo que reprocharse.

—Buenos días —respondió Coste al tiempo que se sacaba del bolsillo de la chaqueta una hoja que deslizó delante del dependiente y en la que señaló con el dedo un párrafo concreto—. Estas son dos líneas que diste de alta hace dos días. No tenemos mucho tiempo. Quiero que los localices en el archivo de ventas.

El pakistaní cabeceó sin borrar la sonrisa de la cara.

—¿Y el secreto cliente? ¿Requisa policial?

Coste comprobó que, aunque su interlocutor no manejara mucho vocabulario francés, tenía el necesario. Le puso una mano en el hombro a Ronan, que ya había dado un paso adelante para pasar de las palabras a los actos. El dependiente se sintió dispuesto a colaborar y cambió de opinión.

—Vale. No hay requisita. No hay problema.

Con un movimiento del ratón, las líneas desfilaron por la pantalla del ordenador y Kumar retrocedió hasta la fecha que le habían pedido.

—*Yes*. Bruce Willis y Christopher Walken.

Ronan estalló.

—¿Y ya está? ¿Lo dices como si nada? ¿No les pediste un autógrafo? ¿Los americanos te enseñaron algún documento de identidad?

Kumar cabeceó y sonrió de nuevo, confiando en que su buen humor pudiera sacarlo de aquella situación.

—Evidentemente no —concluyó Ronan—. No sé ni por qué lo pregunto.

Coste recuperó el mando.

—Quiero que me digas cuántos móviles listos para usar compraron y cómo pagaron.

—¿Requisita? —intentó una última vez Kumar, que temía por igual a la policía y las represalias del barrio si hablaba.

Ronan, que sabía hasta dónde ser cortés, lo agarró del cuello, lo zarandeó un poco para recolocarle las ideas y le preguntó en voz baja:

—¿De verdad quieres que te lleve detenido con tu sonrisa de gilipollas?

Kumar volvió a sumergirse, lleno de buena voluntad, en el archivo de clientes. A medida que lo iba leyendo, perdía seguridad en sí mismo y sus gestos se volvían más lentos, como si intentara ganar tiempo. Coste dio la vuelta al mostrador, lo apartó de un empujón y ocupó su sitio. Encontró las dos primeras compras: Willis y Walken. Movié la página hacia abajo para consultar los nombres que venían a continuación. Ahí estaba todo Hollywood con un pequeño toque francés.

—Pacino, Brando y... Delon.

Otras tres líneas. Ronan miró a Kumar de arriba abajo. Este se había perdido en la contemplación de la punta de sus zapatos.

—Quiero creer que no eres cinéfilo y quiero creer que ni siquiera conoces esa palabra, pero ¡hay que joderse! Por culpa de vendedores de mierda como tú vamos a la zaga en nuestros casos.

Coste se puso a imprimir la parte del archivo que le interesaba, levantó la mirada y vio una cámara en lo alto que abarcaba la entrada y la caja registradora. Esperanzado, llamó al dependiente y la señaló con el dedo.

—¿Funciona?

Kumar volvió a sonreír.

—¿Cámara? De mentira. Plástico. Veinte euros. ¿Quieres como regalo?

Los policías salieron de la tienda antes de cometer un acto irreparable.

Durante el trayecto de vuelta, siempre a toda velocidad, Coste transmitió la información a Sam, que estaba en ascuas: las identidades falsas, las líneas contratadas y los números de serie de los tres nuevos teléfonos móviles, obviamente pagados en metálico. La escucha telefónica, igual que la geolocalización, estaban en pausa y solo esperaban eso para arrancar.

La jefa de los dos Grupos Crimen estaba al corriente de los progresos de la investigación y cuando vio llegar a sus hombres sintió casi orgullo. Marie-Charlotte Damiani le guiñó un ojo amistosamente a Coste cuando este pasó por delante de ella de camino a su oficina. Después de todo, la última semana no sería tan catastrófica.

Sam ni siquiera le dio tiempo a Coste a que dejara la chaqueta en el respaldo de la silla. Le puso delante dos ordenadores portátiles y le explicó:

—Ya tenemos vigiladas las tres líneas que acabas de descubrir. En la pantalla de la izquierda tienes un plano del 93. No hay motivo para que actúen en otra parte, salvo que no sean de la zona, pero lo dudo. Tienen la costumbre de robar en su propio gallinero. Así que, en cuanto uno de los móviles se ponga en marcha, aunque sea con un SMS, los repetidores telefónicos lo detectarán y podremos geolocalizarlo. Pero si nos dieran el gusto de llamarse y hablar entre sí, todo quedaría transcrito en la pantalla de la derecha y entonces los tendríamos. Estaremos con ellos y lo oiremos todo. Quedarán anillados como el animal de una especie en vías de extinción.

—¿Y han utilizado esas líneas desde que las compraron?

—Sí, Delon ha llamado a Brando hoy a las ocho y media, diez segundos de comunicación. Brando activó un repetidor en Porte de la Chapelle, en el distrito XVIII, y Delon, otro en Aubervilliers, a la altura del centro comercial. Pero, como aún no estaban pinchados, desconozco de qué han hablado.

—Vale. Entonces Delon ha debido de avisar a Brando de que ya estaba en el centro comercial, a la espera del rescate. Normal. Imagino que se habrá producido otra llamada cuando vieron que no llegaba el dinero.

—Exacto. Delon volvió a contactar con Brando a las diez y media. Doce segundos de

comunicación. Delon seguía ubicado en el centro comercial, pero en esa ocasión Brando se encontraba por Porte Maillot.

—¿Y nadie ha llamado a Pacino?

—Nada en la lista.

Coste se incorporó y apartó la mirada de las pantallas, bastante satisfecho.

—Perfecto, así que tenemos la banda al completo. Delon está en el centro comercial, es el receptor. Brando en movimiento continuo, el cabecilla de la banda. Y a Pacino lo tenemos bajo los radares. Nadie lo llama y él no llama a nadie. Él es quien vigila a David Sebag.

Sam se apostó delante de los dos ordenadores, atento.

—Vamos, chicos, no seáis tímidos. Decid algo.

—Es cuestión de paciencia. Y odio estar en modo espera —renegó Ronan dando vueltas por la oficina con un pitillo encendido en los labios—. No sé cómo consigues quedarte sentado delante de las pantallas, Sam.

—Estoy acostumbrado. Por si no lo sabes, un usuario medio de ordenador se pasa tres meses de su vida mirando cómo avanza una barra de descarga. Y, en un friki como yo, esa cifra puede multiplicarse por cuatro o cinco. De manera que sí, estoy acostumbrado. Y está prohibido fumar en esta oficina.

—¡Qué curioso! Eso nunca se lo dices a Coste.

Sam se disponía a responder cuando Marin, el capitán de la BRI, abrió la puerta de la oficina de par en par.

—Llaman. ¿Tenéis algo? —dijo con cierto nerviosismo en la voz.

Sam se volvió hacia la pantalla. En ese momento el repetidor enviaba información y la pantalla se activó.

—Es Marlon Brando, el cerebro.

—Manos a la obra —resopló Coste.

En el despacho contiguo, el primer tono del teléfono había impactado al matrimonio Sebag y a los miembros de la BRI, como cuando estás a punto de caerte desde una gran altura y el susto hace que se te contraiga todo el cuerpo. Aquel timbrazo hasta entonces desconocido, que esperaban desde hacía tanto tiempo, imitaba al de los teléfonos fijos de disco.

Marin había salido para avisar al equipo de Coste y cuando sonó el segundo timbrazo Tissier le tendió el móvil a Marc Sebag, que lo cogió con mano temblorosa.

—Tranquilícese, señor Sebag. Lo hemos ensayado, todo saldrá bien. Déjeles hablar y cuando tenga dudas sobre alguna respuesta, míreme. Puede hacerlo. Saldrá bien.

Al tercer timbrazo, Sandra Sebag se acercó a su marido, le susurró que le quería y que tenía que

traer de vuelta a casa a su hijo. Descolgó.

—Soy Marc Sebag.

—¿Qué tal todo? ¿Has dormido bien? ¿No tienes la sensación de haber olvidado algo?

A los padres aún les quedaba la esperanza de que todo aquello se tratara de una broma perversa, la sensación de que era imposible y de que «eso solo les pasa a los demás». Pero en ese momento, al escuchar esa voz barriobajera y agresiva pero sorprendentemente pausada, la amenaza se volvió real, personificada. Todo aquello era verdad y les estaba pasando a ellos.

—Lo siento. No se nos ocurrió comprobar el móvil. Por eso faltamos a la cita. Pero les prometo que haremos todo lo que nos digan. ¿Cómo está David? ¿Puedo hablar con él?

—¿De verdad? ¿Te pasamos un móvil y no lo miras? ¿Tú eres tonto o qué?

Sebag echó una mirada siniestra a Tissier y no respondió. El secuestrador continuó:

—¿Sabes que esta es una conversación que ni siquiera deberíamos tener?

—Lo siento mucho.

—Vas a disculparte encima de la tumba de tu hijo, capullo. Y piensa que has sido tú el que ha apretado el gatillo.

Sandra Sebag, aunque sentada, estuvo a punto de desmayarse y a su marido, de la angustia, por poco se le escapa el teléfono de las manos. Tissier, con un gesto apaciguador, intentó tranquilizarlo. Los secuestradores solo estaban enseñando los dientes, querían demostrar que tenían el control.

Oficina del Grupo Crimen 1. Todo el equipo de Coste estaba pegado a las dos pantallas de los portátiles de Sam. La conversación empezó y las voces tenían un pequeño añadido metálico.

«Lo siento. No se nos ocurrió comprobar el móvil...», se excusaba Marc Sebag.

—Vale, lo tengo. El teléfono de Brando acaba de poner en marcha un repetidor en el 93, en el municipio de Lilas.

«Sabes que esta es una conversación que ni siquiera deberíamos tener...»

Todos buscaban pistas en la voz y en la actitud del desconocido: el acento, la entonación, el vocabulario que utilizaba, la manera en la que manejaba la situación, los ruidos exteriores. Cada particularidad podía ser útil. Otro punto rojo apareció en la pantalla.

—Brando se está moviendo, acaba de activar otro repetidor. Distrito XX de París, hacia Bagnolet. Se desplaza demasiado rápido para ir a pie.

La conversación continuó y todo el mundo frunció el ceño en el momento crítico: «Vas a disculparte encima de la tumba de tu hijo...».

La velocidad a la que se desplazaba Brando sorprendió un poco a Sam.

—Aquí tenemos un problema, acaba de llegar a Vincennes en menos de un minuto.

Ronan, acostumbrado a los trayectos rápidos, observó el punto rojo que acababa de encenderse. Sam se levantó y se plantó delante de un plano de París y del 93, que ocupaba la mitad de una de las paredes de la oficina.

—Noreste de París, distrito XX hasta Porte de Vincennes en un minuto. Como no atraviere los edificios, es imposible —resopló Sam.

—Es que no está en la ciudad. Está encima —concluyó Ronan.

—¿En avión?

—¿Tú tienes ocho años o qué? No, en avión, no, está en el periférico y dando vueltas. Imposible seguirle el rastro.

—El muy cabrón.

En el despacho reservado para la BRI y los padres, la tensión había subido al máximo después de las amenazas. Pero lo que venía a continuación iba a poner en apuros al pobre padre.

—Escuche. Me ha pedido ochenta mil y puedo subir hasta cien mil. ¿De acuerdo? Los tengo. Están preparados. Solo quiero oír la voz de mi hijo.

—Imposible. No estoy con él. Tendrá que confiar en nosotros.

Confiar. Era la segunda vez que se lo pedían ese día y la primera no había salido bien. La voz continuó:

—Y yo, ¿puedo confiar en ti?

—Por supuesto, haré todo lo que sea necesario.

—¿No se te habrá ocurrido ir a la policía?

—Le juro que no.

Un silencio glacial siguió a aquel juramento, como si el interlocutor sopesara la verdad de aquellas palabras.

—¿Te das cuenta de lo que te juegas si nos mientes?

—No miento.

—Solo quería comprobarlo. Así que confiaré en ti. Sigue así; dentro de una hora volveré a ponerte en contacto contigo.

El desconocido colgó y Sebag mantuvo el teléfono pegado a la oreja, paralizado. Su mujer se acercó a él, apartó despacio el móvil y abrazó a su marido, que arrancó a llorar.

—Lo ha hecho muy bien —le aseguró Matin.

Tissier dejó que su subordinado se ocupara de los padres, salió del despacho y pasó a la oficina de al lado.

—¿Y qué, Coste? ¿Tienes algo?

Victor se apartó de las dos pantallas y lo invitó a acercarse.

—No, nada que podamos usar. Está en el periférico dando vueltas como una peonza. Pero tendrá que llamar a sus hombres para decirles que la operación sigue en marcha. Habrá más posibilidades.

—No voy a darte lecciones, pero la gente que lleva a cabo los secuestros conoce la capacidad económica de sus víctimas. Por lo general son allegados o antiguos empleados.

—¿Y te gustaría que Sebag escuchara las voces?

—No ha reconocido la primera, la del cerebro. A lo mejor tenemos más suerte con los otros.

—Vale... Dile que venga. Brando tiene que informar a la banda, no debería tardar demasiado.

Y como si los secuestradores le hubieran escuchado, el teléfono de Brando se puso a funcionar otra vez. Sam, en primera fila, pidió a todos que prestaran atención.

—Vuelven a la carga, pero no es una llamada. Brando envía un SMS.

Se desplazó hacia la segunda pantalla para leer en alto el contenido:

—«919 235 #1# LOC.»

—¿Un código? ¿Conocemos el destinatario?

Sam señaló el número en la pantalla. No era de Delon ni de Pacino. El mensaje era para un desconocido; tal vez ese cuarto hombre formaba parte de la banda.

—¿Qué es esta mierda? —dijo Ronan—. ¿Se pasan información delante de nuestras narices y no entendemos nada?

Coste no se dejaba desconcertar.

—Johanna, comprueba el número del destinatario en el listín telefónico inverso; no cuesta nada intentarlo.

Sin dejarles respirar ni un segundo, la pantalla de las escuchas se activó otra vez. Sam tradujo lo que pasaba:

—Brando de nuevo. Esta vez sí es una llamada. Y va para... Delon, que sigue en el centro comercial.

—Normal —se tranquilizó Coste en voz alta—. Llama al receptor para decirle que el rescate va a llegar, que se quede allí. Tengamos las orejas bien abiertas y tomemos nota de todo lo que pueda sernos útil.

Se estableció la conexión y la voz, ahora familiar, se volvió más autoritaria.

«—Sí, ¿dónde estás?

—En Le Millénaire, tío, no me he movido de aquí.»

Acento de barrio. Algo más joven. ¿Menor? Interferencias. Sensación de multitud alrededor.

«—Pues ya puedes largarte, todo anulado —ordenó Brando.»

Los policías se miraron con cierta incompreensión ante este giro inesperado de la situación.

«—¿Qué está pasando?

—Ese hijo de puta está en la comisaría.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo. No está en Stains. La señal está congelada en la calle Carency, en Bobigny, justo en la dirección de la policía judicial.

—¿Lo tenemos complicado o qué?

—No, solo hemos utilizado teléfonos de guerra, no pueden identificar las líneas. Tira la tarjeta y la batería del móvil y lárgate de ahí.»

Un clic y el silencio ocupó todo el espacio de la oficina del Grupo Crimen 1. Coste, como Ronan, solo era un aficionado en lo que a nuevas tecnología se refiere y se volvió hacia el experto oficial.

—Sam, ¿qué acaba de ocurrir?

—Espera, dame unos segundos. Yo también he perdido el hilo. Hemos geolocalizado a Brando en el periférico y sin embargo dice que ve a Sebag en nuestra comisaría. Ya no entiendo nada, me he perdido.

Johanna se encargó de seguir el rastro de la línea desconocida que había recibido el SMS codificado de Brando y que había respondido al instante. Con la respuesta a la vista en la página web, advirtió a Coste:

—Brando envió un SMS a Arbarel, su operador. No entiendo por qué hablar con un operador en pleno secuestro.

Sam reorganizó mentalmente toda la información e intentó crear un escenario coherente. Con las piezas encajadas, se dio de bruces con la realidad.

—¡Mierda! Si es eso, son listos.

—¿Lo compartes con nosotros? —se impacientó Johanna.

—Dices que envió un SMS a su operador e inmediatamente después sabe, a distancia, que el móvil que le endilgaron a Sebag está aquí y no en su casa en Stains. Pues muy fácil, ha debido de activar la opción «localiza mi teléfono». Ahora todos los operadores la ofrecen.

Leyó de nuevo el mensaje, ya descodificado.

—«919» debe de ser su identificación; «235», su contraseña, y «#1# LOC», la solicitud. En resumen, entrega a Marc Sebag el teléfono que estaba pegado debajo del coche y nosotros lo metemos en nuestras dependencias. Para estar seguro de que Sebag no ha ido a la policía, el cerebro avisa por SMS que ha perdido el teléfono y el operador le responde con una geolocalización. Pensábamos que solo era un medio de comunicación entre Sebag y los secuestradores y resulta que se trataba de un teléfono espía al que hemos invitado amablemente a entrar en nuestra casa. Un caballo

de Troya y no me he dado cuenta. Llevamos quince años jodiéndolos con los móviles; es normal que empiecen a utilizar nuestras mismas armas. Tenía que ocurrir tarde o temprano.

—Pues que tengan que empezar justo ahora no es lo que necesitamos —estalló Coste—. Este caso es una pesadilla.

La pantalla de la derecha, que avisaba de que entraba una nueva comunicación, llamó la atención de Ronan. Este dio un golpe en el hombro a Sam para que volviera a centrarse.

—¡Atención! Nueva llamada. Sigue siendo Brando y se dirige a... ¡Sí! Está llamando a Pacino.

—¡El que vigila a David Sebag! —exclamó Johanna—. Es la primera oportunidad que tenemos para saber dónde está retenido.

—Y será la última —precisó Sam—. Porque, después, seguro que le pide que queme la línea.

Clics de conexión. Voces metálicas.

«—Sí, soy yo.

—¿Todo bien?»

Nueva voz. Casi adulta. Estresada. Impresión sonora de eco y profundidad, como en una iglesia.

«—No, está en comisaría. Lo dejamos.

—Qué hijo de puta.

—Lo demás es culpa suya. Se lo advertimos.

—Sí, lo sé, pero yo ya no estoy tan seguro.

—No te conviene fallarnos. Sabes lo que tienes que hacer. Hemos elegido expresamente a un judío para que se hable de nosotros y ahora, si lo soltamos, todo el mundo pensará que somos jugadores de poca monta. Nadie nos tomará en serio. No tenemos elección. Conseguiremos pasta con el siguiente. No se atreverán a llamar a la poli. Y tú, si no llegas hasta el final, ya sabes de lo que soy capaz.»

Se oía la respiración de Pacino, jadeante. Brando no le permitió dudar y le asestó la orden:

«—Quema el móvil y pírate. Pero antes cárgatelo.»

Esas últimas palabras quedaron flotando en la oficina. David Sebag se jugaba su futuro en los siguientes minutos, o quizá ya fuera demasiado tarde. Coste se levantó y se volvió hacia su equipo, preparado para dar órdenes. Entonces fue cuando se encontró de frente a Marc Sebag, de cuya presencia se había olvidado, petrificado en el marco de la puerta. Igual que todos los demás, acababa de oír la sentencia. «Cárgatelo.» Aturdido, con la mirada perdida, como si nada tuviera sentido a su alrededor, escrutó a los policías uno tras otro. Cualquiera que fuese el desenlace de aquella historia, todos recordarían aquella mirada desesperada, cargada de reproches. Las piernas de Marc Sebag cedieron y se deslizó despacio por la pared, hasta sentarse en el suelo. El comandante Tissier le ayudó a levantarse y, cogiéndolo de un brazo, lo sacó de la oficina. Ya habría tiempo para las

disculpas, para sufrir la rabia de los padres o comerse un puñetazo, bien merecido sin duda; sin embargo, de momento, Coste hizo tabla rasa de los sentimientos paralizantes y se centró en la última posibilidad de localizar a David.

—Sam, dime qué repetidor ha activado Pacino.

—Terminal 2.347. El repetidor cubre desde la calle Jacques-Saussey a Pantin.

—¿Qué tenemos ahí?

Ronan se sentó delante del ordenador, introdujo la dirección en la aplicación Street View y, con las fotos que aparecieron, hizo un resumen.

—Prácticamente deshabitado. Un edificio de cuatro plantas, el ayuntamiento de Pantin, una guardería y una piscina pública.

—Podemos descartar el ayuntamiento, la guardería y la piscina pública. No los imagino escondiendo a David Sebag en sitios tan transitados. Queda el edificio, pero seguro que no lo tienen en uno de los pisos, no es lo suficientemente discreto. Un vecino podría haberlos visto llegar u oír los gritos de David. Quizá el sótano.

Sam, entretanto, había cotejado en el ordenador los lugares mencionados. Posibles locales cerrados, huelgas, obras en curso, todo lo que hubiera podido dejar el campo libre a los secuestradores estaba comprobado. En la página web del ayuntamiento aparecía el horario de apertura y cierre de la piscina pública y lo que leyó le ofreció una esperanza.

—¡La piscina! Lleva un año cerrada. Nada concurrida. El terreno está en venta. ¿Has oído cuando Pacino hablaba? Había una especie de eco, como un espacio grande y vacío.

—Bueno, tenemos que decidirnos ya —dijo Ronan, nervioso—. ¿El sótano del edificio o la piscina? ¿Cable azul o cable rojo?

E instintivamente se volvieron hacia Coste. Este se permitió un segundo de reflexión y miró una última vez el rostro de David Sebag en las fotos colgadas en el tablero blanco.

—Yo me ocupo de la piscina con Sam y Ronan. Es la opción más prudente para ellos. Johanna, reúne a todos los policías disponibles y registrad el edificio. Reventad las puertas si hace falta. Ya nos disculparemos luego.

Pantin

11.45 h

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Está a quince minutos —aseguró Ronan mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—.

Puedo estar allí en seis.

Coste cogió la radio, reguló la frecuencia y contactó con Johanna, que iba en otro vehículo justo detrás.

—Johanna, iremos algo rápido. Pégate a nuestro parachoques, ¿de acuerdo? Ronan abre el camino.

—Vale. No os perderé.

Con las sirenas rugiendo y a esa velocidad, los peatones se volvieron al paso de los coches de policía. Algunos, que estaban cruzando la calle, tuvieron que dar un salto para alcanzar la acera, y los ciclistas, prudentes, se detuvieron hasta que les pasaron.

En cuanto llegaron a la zona prevista, Johanna enfiló hacia el edificio de apartamentos y Ronan giró a la derecha. Justo frente a la piscina pública, derrapó con el freno de mano y se detuvo en paralelo a la verja que cerraba el acceso. Detrás, el viejo edificio de ladrillo rojo de tres plantas estaba envuelto con redes de protección para contener su deterioro; parecía una presa prisionera en una inmensa tela de araña.

Los tres policías salieron disparados del coche, recorrieron la verja y se detuvieron frente a unas cadenas que colgaban, cortadas con un golpe de cizalla.

—No somos los primeros —confirmó uno de ellos.

Coste, Ronan y Sam se deslizaron dentro del recinto, pasaron por delante de un cartel de plástico que mencionaba el inicio de las obras de remodelación en 2013, el presupuesto de las obras y el nombre de la empresa que habría debido realizarlas dos años antes. En ese momento, los tres tenían delante nueve escalones que conducían a la entrada. La puerta también estaba forzada. La falta de

vigilancia, pues no había nada que robar en el edificio, había facilitado el acceso a los secuestradores y seguro que por eso lo habían elegido.

Aunque el sitio estaba abandonado, nada más empujar la puerta acristalada percibieron un tufo a cloro, probablemente incrustado para siempre en las paredes y en el suelo embaldosado. Sus pasos resonaron en el espacio vacío. Todos habían sacado el arma de la funda y la sujetaban apuntando al frente, ligeramente inclinada hacia abajo. Pasaron por delante de la recepción y empujaron las dos puertas batientes que daban a la piscina. Por encima de ellos, tres plantas de corredores, con los vestuarios y las duchas, rodeaban el vaso de la piscina, ahora vacía.

El equipo se concedió cinco segundos, atentos al menor ruido, al menor movimiento, conteniendo la respiración. Coste avanzó unos pasos y miró al fondo de la piscina. Luego guardó el arma.

El desagüe debía de estar obstruido con algunos pañuelos, trozos de yeso y restos de pelo enmarañado y el agua no se había evacuado del todo. Quedaban unos cientos de litros, que formaban un charco turbio, de un color rojo sucio donde flotaba un cuerpo, boca abajo, con los brazos abiertos. Ronan se sentó en una de las plataformas de salida, aturdido, mientras Sam se arrodillaba en el suelo, con el arma aún en la mano.

Coste se quitó la chaqueta y dejó encima su arma. Se deshizo del chaleco antibalas y de las esposas, que dejó caer al suelo. Bajó por la escalera metálica de la piscina. Empezó a caminar, primero por la parte seca y luego, a medida que llegaba a lo más hondo de la piscina, se iba hundiendo en el agua. Hasta los tobillos, después hasta las rodillas y por último hasta la cintura. Agarró el cuerpo por una de las manos inertes y lo acercó hacia él, ligero como en un estado de ingravidez. En la nuca, un agujero color carmín de sangre viscosa.

La radio de Sam retumbó y la voz de Johanna resonó contra las paredes.

—Hemos registrado dos tercios del sótano y no hay nada.

Sam, mientras miraba a Coste con medio cuerpo en el agua, apretó el botón de comunicación.

—Puedes dejar de buscar.

Johanna conocía lo bastante a su compañero para saber que, si hubieran encontrado a David con vida, habría respondido de otra manera, otra cosa, con otro tono.

—Mierda. Vale, vamos para allá —zanjó ella a media voz.

Coste llegó a la parte seca de la piscina, dio la vuelta al cuerpo y, pese al estado del rostro, la mejilla izquierda reventada, reconoció al chaval de las fotos que estaban colgadas en el tablero blanco de la oficina. La de la playa y la otra en la fiesta de la universidad. David Sebag. Hijo de Marc y Sandra Sebag. Diecinueve años.

Se sentó junto a él y se apoyó en la pared. Johanna y los demás llegarían en dos minutos. Sin ponerse de acuerdo, los tres policías decidieron pasar ese rato sin hacer nada, solo estar ahí, juntos.

Ronan en la plataforma de salida, Coste en el interior y Sam sentado en el borde, con las piernas colgando en el vacío de una piscina abandonada.

Hacia las seis y media de la tarde, Yassine Chelli aparcó su coche en Stains, en pleno barrio del Clos-Saint-Lazare, uno de los más conflictivos del departamento. Con una bayeta, limpió meticulosamente el volante, la palanca de cambios, el retrovisor y toda la superficie del salpicadero, hasta los cables del motor de arranque que estaban colgando debajo de su caja desde que Chelli hizo un puente para robar el vehículo esa misma mañana y dar vueltas continuamente por el periférico. Ni rastro de huellas dactilares.

Un chaval con chándal, subido a su bici, pedaleó unas cuantas veces alrededor del coche. Reconoció enseguida a Yassine, lo saludó y salió pitando hacia el grupo de camellos encapuchados, a los que su presencia había alertado.

Yassine recogió del asiento del pasajero los tres móviles: Brando, Pacino y Delon. Tenía que deshacerse de ellos lo antes posible, destruyéndolos o revendiéndolos en el mercado negro o en el rastro. Revisó una última vez el habitáculo para no olvidarse de nada. Sacó del maletero un extintor, le arrancó el pasador y lo vació dentro, en los asientos, las puertas, las manecillas, los reposacabezas y las alfombrillas. Nieve en el interior. Alteración de los rastros de ADN.

Metió los móviles en la mochila, se la puso al hombro y se dirigió hacia el bloque de pisos donde vivía, a unos cuantos metros de allí. Por el camino, las rejas de hierro cerradas en las puertas de los comercios daban una impresión de temporada baja, y la vida del barrio podía leerse en braille en las ventanas de los edificios, estrellados de balas perdidas. Trece muertos en lo que iba de año por ajuste de cuentas, con ametralladora, a plena luz del día. Un ayuntamiento amorfo y una policía cansada se echaban las culpas mutuamente en la segunda ciudad más pobre de Sena-Saint-Denis, a diez minutos de París. Hasta el director de Seguridad Pública del 93 había confesado su impotencia delante de una cámara, en un reportaje, del que aún debía de arrepentirse: «¿Por qué la policía no acaba con el tráfico de drogas? ¿Por qué la policía no acaba con la delincuencia? ¿Y por qué la Tierra sigue girando?»,^[5] se quejaba.

Un lugar que se abandona a la primera ocasión, sin mirar atrás, sin añoranza, como cuando uno se

va de una ciudad irradiada después de una catástrofe nuclear, dejando allí a los que no han tenido esa oportunidad, que enferman, se debilitan y agonizan.

Una ciudad en la que el éxito de Marc Sebag no había pasado desapercibido.

Yassine llegó al pie de su bloque, empujó la puerta de entrada descuajaringada con el pie, pasó por delante del ascensor averiado, con las puertas siempre abiertas, y subió las cuatro plantas sorteando unas bolsas de basura reventadas que nadie se molestaba en bajar. Ya antes de abrir la puerta de su casa, reconoció el aroma familiar de la cocina de su madre.

Una ducha rápida y se sentó a la mesa. Su padre, obrero de la construcción, estuvo muchos años trabajando en las obras de desamiantado de las facultades de París y luego fueron los médicos los que intentaron desamiantarle los pulmones a él, sin éxito esta vez. Así que la familia de Yassine la formaban su madre, Suila, y su hermano pequeño de doce años, Saïd. Yassine, a sus veintidós años y sin estudios, era el hombre de la casa y se las arreglaba como podía para sacarlos adelante.

Suila llenó los platos hasta arriba de sopa turca, *chorba*. Yassine se fijó entonces en la expresión cariacontecida de su hermanito y en la agenda escolar del colegio Pablo Neruda, que estaba encima de la mesa.

—¿Qué te pasa?

Suila solo esperaba que le dieran pie para lanzarse:

—Vamos, Saïd, cuéntale a tu hermano. Cuéntale lo que has hecho. Que tu profesor te ha mandado a la cárcel del colegio.

—¿Qué son esas gilipolleces? —gritó Yassine.

—Que no es eso —aseguró Saïd—. Me ha castigado a ir al cole tres horas el sábado.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—He llegado tarde. No es por mi culpa, tengo que ir andando, no pasa el autobús. Hace dos días agredieron al conductor y están de huelga. Yo no tengo la culpa.

—¿Ya está? ¿Te han castigado solo por eso?

Suila lanzó una mirada severa a su hijo pequeño que a este le quitó todas las ganas de enmascarar la verdad.

—También me han llamado cuando estaba en clase y no tenía el móvil en vibración. Me han echado de clase.

Como un coche de carreras, Yassine pasó de cero a cien en unos segundos y se puso hecho una furia. Agarró a su hermano pequeño del pelo hasta inmovilizarlo, lo miró fijamente a los ojos y, con tono amenazador, violento como un grito, como si le faltara el oxígeno, dijo:

—Pero ¿tú qué te crees? ¿Que vas a dejar el colegio? ¿Quieres dedicarte a vender costo a los

parisienses como esos mariquitas del barrio? ¿Es eso? ¿No te has enterado de que es la única manera de salir de aquí? Si a mí me pasa algo, ¿quién va a ocuparse de mamá?

—Bueno, Yassine, suéltalo, ya vale —jadeó Suila, protectora.

Yassine se vio como un idiota delante de su hermano pequeño, que con la mandíbula apretada y los ojos llenos de lágrimas, pero sin derramar ni una sola, le sostenía la mirada. Se le había echado encima, había bramado sus propios miedos y frustraciones. Yassine lo soltó, molesto.

—Perdóname, Saïd. Pero tienes que entender que es jodido para mí. Yo solo hago gilipolleces. Contamos contigo.

—Ya lo sé —murmuró el niño.

—Dame el móvil.

—Vamos, no hagas eso... Porfa, el móvil no.

Y como su hermano mayor seguía con la mano estirada por encima de la mesa, Saïd se levantó, fue como un relámpago a su habitación y regresó con el teléfono. Yassine se lo guardó y observó a la esperanza de la familia.

—Mañana te llevaré yo al cole, así no llegarás tarde.

—¿Tienes coche?

—No preguntes. Encontraré uno.

Damiani rebuscó en una de las cajas de su despacho y, entre los recuerdos de toda su carrera, sacó una botella parda con la etiqueta medio arrancada. Un coñac excepcional que nunca se había permitido abrir.

—Esto no nos volverá inteligentes —señaló Coste.

—Ese no es el objetivo deseado.

Eran las doce de la noche pasadas, las oficinas estaban vacías y solo las luces de salida de emergencia iluminaban los lúgubres pasillos. Coste acababa de mandar a todo su equipo a casa porque consideraba que ya no quedaba nada urgente que hacer. Se oía únicamente el ronroneo de la fotocopidora y de los ordenadores encendidos. De vez en cuando, en algún despacho, sonaba un teléfono, insistía y luego se callaba.

—¿Y la policía científica? —preguntó Damiani.

—Han peinado la piscina. Huellas y ADN. Mañana por la mañana se ocuparán del móvil. Con un poco de suerte quizá encontremos alguna huella en la batería o en la tarjeta SIM. Por lo demás, ha aparecido el casquillo en un rincón de la piscina. Inservible para balística, completamente aplastado; no se podrá rastrear el arma.

—¿Y los actores americanos?

—Han quemado todas las líneas. La geolocalización está inactiva, y las escuchas, muertas. Han desaparecido y no tenemos ni una pista. —Coste dio un sorbo al coñac, ligeramente dulce, y le quemó la garganta—. Cuando regresé, no vi a los padres. Creía que se me iban a echar encima.

—Se fueron directamente al depósito. Les dije que eso no servía de nada, pero querían estar cerca de su hijo. Los entiendo.

Por asociación de ideas, Coste pensó en Léa Marquant, la forense del Instituto Anatómico Forense, que debía de haber recibido el cuerpo aquella tarde. No la había visto desde hacía meses y esperaba, tanto como temía, que hubiera encontrado a un buen tipo. Al menos mejor que él.

—Me voy a tomar unos días, Marie-Charlotte.

—¿Y vas a dejar a tu grupo en medio de una investigación?

—Los cogerán. Caerán. Siempre caen. Solo es cuestión de tiempo. No me necesitáis; le paso el mando a Ronan. Pronto será capitán y tiene que entrenarse para dirigir al grupo.

—¿Confías en él?

—Y tú también. Sé que lo aprecias mucho. Se cabrea un poco, pero cuando sea el jefe del equipo se centrará.

—De acuerdo. Pero, antes de irte, ¿querrías supervisar la autopsia mañana por la mañana?

—No. De verdad que no.

—Has tenido una buena relación con los padres y sé que estarán en el Anatómico Forense. Necesitan saber que seguimos trabajando, que no vamos a olvidarnos del caso.

—De momento, me parece que eso les importa muy poco. El odio y la necesidad de venganza no llegan hasta más tarde.

Damiani miró atentamente al oficial. Los cuarenta bien llevados, pelo canoso que transmite confianza, podía contar con él ciegamente y valoraba sus decisiones, aunque no siempre siguiera el reglamento a pies juntillas.

Pese a todo, parecía ausente, como despegado. Ella conocía la diferencia entre el cansancio y el desgaste, y lo que estaba viendo le preocupaba.

—¿Te tomas unos días y luego vuelves?

—Me tomo unos días.

La lacónica respuesta estuvo lejos de tranquilizarla.

—Victor, yo me marcho a finales de semana. Habrá que cubrir la suplencia de jefe de la Brigada contra el Crimen hasta que llegue mi reemplazo. Ya puedes imaginarte que no se lo voy a pedir a Lara Jevric. Carece de tacto, y corremos el riesgo de que se cargue a la brigada. Quédate.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana, diez días máximo.

Coste levantó una ceja, intrigado.

—¿Quieres decir que estaré al mando de mi grupo y que también dirigiré el de Jevric? ¿Sabes que odiará eso?

Marie-Charlotte sonrió.

—¿Lo ves? Ya empiezas a divertirme.

* * *

Medianoche. Sonó el timbre. En la pantalla del videoportero de la casa de Ronan apareció una silueta conocida y el policía apretó el botón. Dejó la puerta entreabierta y se dirigió al salón. Fleur

Saint-Croix cerró la puerta tras ella y soltó el abrigo en el sofá blanco. Se sentó a un metro de él, dentro de una especie de perímetro de seguridad, aún no muy segura de ser bien recibida. Siendo una fiscal muy joven, la enviaron con veinticinco años al 93, tuvo unos inicios complicados y algún que otro desacuerdo con el grupo de Coste, aunque luego se dio cuenta de que nunca aprendería el oficio tan rápido como con él. Su carácter, un poco infantil y engreído, pronto se adaptó a la violencia de su oficio. Se colocó el pelo detrás de la oreja, encendió un cigarrillo de Ronan y, con la punta del pie, se descalzó y tiró los zapatos de tacón al suelo.

—¿Coste está enfadado conmigo?

—No, sabe que tú también tienes jefes.

—¿Cómo lo llevas?

—Como puedo. Coste siempre dice: «No es tu familia, no es tu dolor», pero no puedo evitar que me duela un poco.

—¿Puedo quedarme esta noche? —probó suerte Fleur.

La propuesta sorprendió a Ronan, pues ya estaba acostumbrado a no tomar decisiones en aquella relación.

—Si duermes en mi casa, no podrás echarme en plena noche. Estaré aquí para el desayuno.

—Déjalo. Solo tengo ganas de estar contigo.

Ronan le quitó el pitillo de los dedos. Una parte de él aún estaba en el bordillo de una piscina abandonada. Fleur Saint-Croix se acercó y le acarició el pelo.

—¿Sabes?, no tenemos por qué follar.

—La vulgaridad te pega menos que a mí, pero me encanta saber que no solo me quieres para eso —señaló Ronan.

* * *

Karl De Ritter, el marido de Johanna, abrió lo más silenciosamente que pudo la puerta de la habitación de su hija Chloé. Se dirigió al otro lado de la cama, se sentó en la moqueta, estiró los brazos, con mucho cariño apoyó la mano en el hombro de su mujer y lo acarició.

—¿Jo?

Johanna abrió los ojos y se despertó casi sobresaltada, como pillada en falta. Amodorrada, había ido a abrazar muy fuerte a su hija, como si quisiera protegerla de los malos sueños.

—Viniste a tapar bien a Chloé y te has quedado dormida con ella.

—Mierda, perdona. ¿Qué hora es? —balbuceó, aún no muy despierta.

—Casi la una. Todavía llevas el arma en el cinturón.

Johanna se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Karl le tendió la mano.

—Dámela, voy a guardarla.

Sin mirar lo que hacían sus manos, se sacó el arma y se la entregó a su marido, luego le dio un beso en la boca y le susurró que iba a acostarse. Karl bajó al salón, en la planta baja, y con la misma tranquilidad y destreza de un policía quitó el cargador, retrocedió la culata para desalojar la última bala y lo dejó todo en la balda más alta de un armario de madera. Junto al arma reglamentaria, otras dos descansaban en sus estuches. Armas de concurso; con una de ellas Johanna ganó el primer premio en el prestigioso campeonato de tiro policial de Francia. Con un metro ochenta, orígenes nórdicos y cierto aire vikingo, Karl De Ritter habría podido formar parte de las fuerzas del orden. También es verdad que, sin hacerse de rogar, dejaba de lado su actividad dentro del campo de la ingeniería civil para acompañar de vez en cuando a Johanna al campo de tiro y descargar varios cargadores contra las dianas de papel.

—¿Vienes? —dijo impaciente Johanna desde la planta de arriba.

Karl cerró el armario con dos vueltas de llave y guardó esta debajo del mueble.

—Ya voy.

Subió la escalera, pasó por delante de las puertas abiertas de Malo y Chloé, comprobó de oídas que estaban dormidos y fue apagando las luces a medida que se dirigía hacia su habitación. Solo la lámpara de la mesilla de noche iluminaba débilmente la silueta de Johanna.

—¿Estás cansado? —le preguntó su mujer.

—No.

Johanna se levantó, se colocó delante de él y lo miró como si fuera la primera vez.

—Desnúdame, por favor.

* * *

El piso de tres habitaciones de Sam estaba medio a oscuras. Había que pasar por el recibidor y el pasillo, dejando a un lado el dormitorio, para llegar a tientas al salón y luego descubrir, en un recoveco, un escritorio iluminado con un flexo. No era exactamente un escritorio, sino más bien una mesa de trabajo. La luz proyectaba en la pared de la derecha la delgada silueta de Sam, inclinada por encima de un revoltijo de piezas electrónicas y mecánicas.

Agarró un microchip, lo colocó bajo una lupa, también de brazo articulado, refunfuñó y lo tiró a un extremo de la mesa. Comprobó de nuevo en el ordenador el tutorial que había encontrado en internet y que le permitiría, si por fin localizaba los elementos necesarios en medio de aquel caos, construir un rastreador GPS.

Desde que había aceptado ser el padrino del hijo de Johanna, se sentía un poco más responsable. Bueno, responsable de otra persona. Si a eso se le añadía el final dramático del caso del secuestro, y aunque su idea rozara los preceptos del Gran Hermano, quería regalarle a Malo un aparatito que le permitiera saber siempre dónde estaba. También habría podido comprarlo por ochenta euros en los chinos de Daumesnil, en el distrito XII de París, pero le parecía mucho más interesante construirlo con sus propias manos.

Hasta bien entrada la noche estuvo ensamblando, en un minicontrolador del tamaño de un azucarillo, un módulo GPS acoplado a un módulo 3G, equipado con una tarjeta SIM, que se alimentaba por medio de una batería de iones de litio. Una vez estuviera en activo la tarjeta SIM, bastaría con enviar un SMS para conocer la localización de su ahijado.

Realizó las últimas soldaduras y lo guardó todo en un estuche del tamaño de una caja de cerillas. Malo podría llevarlo en el bolsillo de su abrigo o en la cartera del cole. Ahora, tan solo le quedaba convencer a Johanna para que le dejara rastrear a su hijo como a un coche robado.

Cogió del cenicero la toba de un canuto, le dio tres caladas antes de quemarse la punta de los dedos y lo apagó. Y eso que había prometido dejarlo. También había prometido dejar los videojuegos. Pero ¿prometido a quién? Sam vivía solo y no consideraba ese estado como un castigo. Le gustaba la soledad. O había terminado por acostumbrarse.

Con las neuronas un poco ahumadas, se tumbó en el sofá. La tele estaba encendida pero sin sonido. En la pantalla, una serie en la que unos policías acababan de poner fin, en menos de cuarenta y cinco minutos, a la macabra carrera por todo Estados Unidos de un asesino en serie. Apagó el televisor y se quedó con el ruido de la ciudad como música de fondo. Un grito a lo lejos. El rugido de un motor. El chirrido de unas ruedas. La alarma de una tienda. Otros problemas para otros policías.

Instituto Anatómico Forense (IAF) de París

8.00 h

En el depósito de cadáveres, sacaron el cuerpo del cajón refrigerado, lo colocaron en una camilla y lo subieron en ascensor hasta la planta de arriba. Sobre las ruedas chirriantes, el cuerpo atravesó el pasillo del IAF, giró hacia la sala de radiología y se detuvo debajo de un aparato de rayos X. Cuando la placa fotosensible alcanzó la correcta inclinación, el que manipulaba el aparato hizo una doble placa de cara y de perfil del cráneo. Como con cualquier herida de bala, había que buscar un proyectil o fragmentos metálicos presentes en el cuerpo. A continuación, las radiografías se incorporaron al informe y el cuerpo dio otro paseo hacia la sala de autopsias, donde lo esperaba desde hacía un rato Léa Marquant.

Cuando el camillero se marchó, la forense dejó la sábana blanca que cubría el cuerpo y lo rodeó. De momento, la mesa de aluminio, las gafas y el delantal protector, así como el instrumental para cortar, triturar y serrar estaban immaculados. En menos de una hora estarían llenos de sangre, como si una granada de hemoglobina hubiera estallado en una caja cerrada.

Léa consultó el informe que iba con el cadáver. David Sebag. Homicidio voluntario con arma de fuego. Investigación a cargo de la SDPJ 93. Las radiografías no mostraban ningún cuerpo extraño. Sencillamente, una bala en la cabeza. Eficaz.

Sonó el interfono de la sala y le informaron de que había llegado un policía de la Judicial. Salió al pasillo y cuando llegó a la recepción del IAF, incluso de espaldas, lo reconoció. Mientras caminaba, se recogió el pelo caoba en una cola de caballo prieta, miró su reflejo en una de las ventanas y luego se reprochó esos actos instintivos. Cuando llegó a su altura, optó por un tono distante.

—¿Has recordado de pronto cómo se llega a mi lugar de trabajo? Me había acostumbrado a tratar con Ronan.

—Buenos días, Léa —respondió Coste mientras se daba la vuelta.

—Hola, Victor. ¿Me sigues? Hoy tengo bastante trabajo, así que dispongo de poco tiempo para ti.

En vista de su actitud durante los últimos meses, no se merecía otro recibimiento. Acompañó sus palabras con un movimiento y se puso dos zancadas por delante de Coste, que la siguió sin poder ver la sonrisita de satisfacción en la cara de la forense.

Como dos bailarines que se reencuentran y encadenan instintivamente los pasos que en su día bailaron, Coste y Léa recuperaron sus puestos en aquella sala de un blanco clínica, donde se habían admirado a nivel profesional antes de acercarse de una manera más íntima.

Ella cambió sus gafas finas rectangulares por unas protectoras de plástico, se puso un par de guantes de látex reforzados y, con delicadeza, levantó la sábana, dejando al descubierto el cuerpo desnudo, la piel gris, los brazos y las piernas rígidas. Faltaba una parte del pómulo y de la mejilla izquierda, como unas piezas retiradas de un puzzle. Coste conocía el ritual y los dos permanecieron unos segundos en silencio, inclinados sobre el chico. Una última muestra de respeto antes de abrirlo desde la garganta hasta el bajo vientre.

—¿Han pasado los padres por aquí? —preguntó Coste.

—Sí, ayer se quedaron todo el día deambulando por los pasillos.

—¿Y han visto el cuerpo?

—No, me he negado. Primero quiero hacerle la autopsia y luego coserlo, y también tengo que encontrar algún apósito lo suficientemente grande para que cubra lo que le falta de cara. Esa imagen se les quedará grabada para toda la vida, intentaré que les impresione lo menos posible.

De un carrito que tenía al lado, Léa cogió un escalpelo y la hoja le hizo un guiño reflejando la luz del fluorescente blanco.

—En este caso, puedo darte las conclusiones por adelantado. Disparo a bocajarro con entrada de bala por la nuca; la bala atravesó el cráneo y al salir se llevó todo a su paso. Entre el impacto de la detonación y la trayectoria de la bala, el cerebro debe de estar hecho papilla. Causa de la muerte, una bala en toda la cara. Es probable que tu chico ni se enterara, solo lo desconectaron.

Léa era forense, y los cuerpos, su materia prima. Su aparente insensibilidad y la crudeza de su vocabulario eran escudos que le permitían olvidar la humanidad de los cuerpos. Coste lo sabía y nunca le había molestado. Pero ese día, delante de David Sebag, no lo aceptaba.

A Léa no se le escapó su malestar y por primera vez lo observó con detenimiento. Parecía que había pasado la noche en un banco de un parque público, tenía la cara tan arrugada como el traje, la barba de tres días dejaba ver otros tres sin afeitarse y olía ligeramente a alcohol. Sus ojos azules y su mirada, más tristes que nunca.

—No tienes mejor pinta que mis pacientes, Víctor. ¿Hay algo que debería saber? En la ficha solo pone «homicidio voluntario».

Coste apartó los ojos del cuerpo y consultó el reloj.

—Hace exactamente veintiséis horas, su padre fue a verme para denunciar su secuestro. Yo le dije que confiara en mí, metimos la pata y este es el resultado. Un crío al que hay que cubrir con vendas para que sus padres puedan verlo. Y todo esto por ochenta mil euros.

Sorprendida, Léa dejó el escalpelo y se colocó las gafas en la cabeza.

—No te entiendo. En menos de una hora, Lara Jevric, tu colega del Grupo Crimen 2, nos trae otro caso. Un tipo se ha cargado a su vecino de un tiro con un fusil de caza porque le robaba el correo. Eso es mucho menos que ochenta mil euros. Sabes que en el 93 la muerte no tiene nada de razonable. ¿Desde cuándo eres tú responsable de eso? ¿Adónde han ido a parar tus buenos consejos? ¿Tomar distancia? ¿Que los propios sentimientos no interfieran nunca en una investigación? Actúas como si llevaras un año trabajando aquí.

—Desgraciadamente llevo casi quince y empiezo a estar cansado. Imagino que, a fuerza de recoger unos cincuenta cadáveres al año, llega un día en el que te saturas. Vale, cambian sus caras, también la ropa que visten y el móvil que terminó con sus vidas, pero, a fin de cuentas, siempre es la misma canción.

—Creo que te vinculas demasiado con las víctimas; sin embargo, hasta ahora sabías dejar todo esto en el despacho.

—Ya no queda sitio. Está desbordado. Tengo imágenes residuales, como cuando conduces durante toda la noche por una autovía y, horas después de haber llegado a tu destino, sigues viendo la línea blanca. Es la fuerza de la costumbre. Cuando hablo con alguien, ya sea un desconocido o alguien cercano, mis pensamientos van en paralelo y llego a imaginarme cómo estará después: la piel marchita, la tez como la cera, casi aceitosa, los rasgos crispados y el velo que la muerte pondrá en su mirada. No es algo voluntario, aparece sin más.

—Oh, sí. Eso es algo terrible. ¿Quieres que descansemos cinco minutos para tomar un café?

—No, gracias, me gustaría acabar con esto.

Léa se había planteado hacerle pagar caro el final de su relación, pero se le habían quitado las ganas. Colocó la punta del escalpelo en la piel, la atravesó sin resistencia y luego presionó más en los músculos.

* * *

Una hora más tarde, ambos estaban fuera tomando el aire, sentados en los cinco escalones de entrada al IAF, con un café en una mano y un cigarrillo en la otra. También eso formaba parte del ritual que compartían.

—Esta tarde te enviaré mis conclusiones por correo electrónico, extraoficialmente.

Coste apagó la colilla en el fondo del vaso de café.

—Mejor envíaselas a Ronan. Me voy al campo unos días.

—Unos días sin tele, ni radio, lejos de la vorágine. Cuando estábamos juntos, eso era lo único que te pedía.

Coste no tenía nada que responder, ni ninguna circunstancia atenuante. No sabía vivir en pareja.

—¿De qué estación sales?

—Me voy en eso —respondió, y señaló hacia el aparcamiento privado, un viejo Ford Taurus negro, nada elegante, mal aparcado.

—¡Dios, qué feo! ¿Un coche en París? Creía que era inútil.

—Es de mi padre. Quería deshacerse de él y yo no tuve valor. En este coche nos íbamos de vacaciones cuando tenía diez años. Estoy seguro de que aún se pueden encontrar granos de arena de Vieux-Boucau entre los asientos.

Léa iba a añadir un comentario burlón cuando sus ojos se desviaron detrás de Coste. Inmediatamente se le ensombreció la mirada.

—Victor..., los padres.

Coste se volvió, dejó el café en un escalón, se levantó y se alisó el pantalón con la palma de la mano, como si fueran a pasarle revista. El matrimonio Sebag llegó a su altura y Coste dio un paso adelante, dispuesto a saludar y a asumir todo lo que viniera a continuación. Marc y Sandra Sebag cruzaron por delante de él y pasaron de largo sin un gesto, sin una mirada. La pareja empujó la doble puerta de madera del IAF y desapareció. El policía se quedó en el sitio, en vilo.

—¡Joder, es muy fácil lanzarte su dolor a la cara! Los comprendo, los compadezco y todo eso, pero es demasiado fácil —renegó Léa.

—¿Contra quién quieres que arremetan?

—No lo sé. ¿Contra el tipo que apretó el gatillo, por ejemplo?

—Todavía no le han puesto cara. De momento la mía les viene muy bien.

Léa lo acompañó hasta el Ford, donde Coste tiró la chaqueta hecha un ovillo, y con falsa inocencia, ella le lanzó un anzuelo:

—¿Te vas enseguida o tienes que ir a recoger... a algún pasajero?

—Me voy ahora. Solo. ¿Y tú? ¿Sales con alguien?

—Eso no es asunto tuyo —respondió Léa, satisfecha por el interés que mostró Coste.

Ronan arrojó el casco y la chupa de cuero en el sofá de la oficina del Grupo Crimen 1. Había llegado pronto, a las ocho en punto y, aun así, era el último en llegar y ya lo esperaba un café. Johanna y Sam, concentrados, escribían el informe de las operaciones de la víspera y, al verlos, se dio cuenta de que empezar a currar era lo que menos le apetecía. Se acercó a los dos ordenadores de Sam, el de las escuchas y el de la geolocalización.

—¿Se han activado las líneas esta noche? —preguntó a nadie en particular.

—No, nada. Tengo la sensación de que nunca volveremos a verlos. Habrá que preguntar a Coste si quiere que demos por terminada la vigilancia.

—Por cierto, ¿dónde está Coste? —continuó Ronan.

—No ha regresado de la autopsia.

—¿Le ha tocado a él?

—Eso parece. Se lo pidió Damiani.

—No tengo ganas de nada esta mañana, es inhumano —dijo Ronan justo antes de desplomarse en el sofá.

—¿Habéis podido dormir esta noche? —preguntó Johanna.

Los dos hombres se miraron y, un poco incómodos, sacudieron la cabeza negando.

—Solo hay que esperar a que el jefe tenga bastante batería para reiniciarnos —comentó Ronan para tranquilizarse.

En ese mismo momento, Marie-Charlotte Damiani abrió la puerta de golpe, con un informe bajo el brazo.

—Ronan, Victor se ha cogido unos días y se ha ido al campo a respirar aire puro. Está usted al frente del grupo. No la joda, lo estaré vigilando. A trabajar.

La orden restalló igual que la puerta que Damiani cerró sin ninguna delicadeza, dejando un momento de silenciosa indecisión flotando en la oficina. Sam y Johanna miraron a Ronan con una amplia sonrisa. Este último perdió su seguridad y se acojonó un poco.

—Mierda, no me gusta que Coste haga eso.

—Si piensas que voy a llamarte «jefe» es que aún estás dormido —empezó Sam.

—Hay un nuevo sheriff en la ciudad —remató Johanna.

—Está bien. Confío en vosotros. Eso me ayuda. Sois amigos de plástico y compañeros de cartón; ni siquiera sabría en qué contenedor reciclaros.

Sam enterró el hacha de guerra y volvió a centrarse en la investigación.

—Bueno, entonces, las vigilancias, ¿las suspendemos o qué?

—Dame treinta segundos, sé amable. Voy a dar una vuelta por secretaría a ver qué novedades hay; ahora vuelvo.

Ronan se levantó y los dejó con sus informes. Se dirigió hacia secretaría, pasó de largo y giró hacia los baños. Abrió las puertas para asegurarse de que estaba solo, se colocó delante del enorme espejo, luego se echó un poco de agua en la cara y se centró. Coste le había pasado el mando durante los próximos días y la responsabilidad que eso implicaba intimidaba tanto al gran tipo de treinta y cinco años como al teniente Ronan Scaglia.

Cuando abrió de nuevo la puerta de la oficina, su actitud no dejaba lugar al equívoco. Más cansancio y adiós a la siesta en el sofá.

—¿Entonces? ¿Respecto a la vigilancia? —preguntó Sam.

—La mantenemos un día más.

—Realmente no sé qué puede aportarnos.

—¿La empresa es de tu padre? ¿Lo vas a pagar tú? No. Pues no me des el coñazo.

Sam y Johanna se miraron con complicidad y divertidos. Preferían que Ronan se tomase en serio el papel de jefe. El desarrollo de los acontecimientos iba a darles la razón.

—Bien, si no hay nada nuevo, volvemos a empezar con lo que ya tenemos. Interrogamos otra vez a los amigos de David Sebag y vemos de nuevo los vídeos de la discoteca y del centro comercial Le Millénaire. Azuzamos a la Científica con los resultados de la recogida de muestras. Citamos a Kumar, el propietario de la tienda de teléfonos, y le enseñamos el fichero de fotos hasta que se quede ciego o lllore sangre. Quiero tener una pista antes de que papá vuelva a casa, ¿queda claro?

—Así me gusta, con dos cojones —le pinchó Johanna.

Saïd estaba acostumbrado a las promesas incumplidas: «Te llevaré allí», «Haremos eso», «Te enseñaré aquello»... Y otros tantos recuerdos por el estilo. Un hermano mayor que no servía para nada, cuya ausencia no habría cambiado su vida. A las ocho de la mañana, pese a todo, intentó despertar a Yassine varias veces, pero solo recibió gruñidos y algún insulto. Adiós al viaje al cole en coche que le prometió la víspera.

Iba a salir de la habitación de su hermano después de la última negativa cuando pasó por delante del escritorio, un mueble casi incongruente, pues Yassine nunca había estudiado. Entre un revoltijo de ceniceros llenos, de mandos de videoconsola, de gafas y relojes de marcas falsas, había cuatro móviles. En la penumbra de la habitación, con los estores bajados tres cuartas partes, Saïd los revisó uno tras otro pero no encontró el suyo. Le esperaba un día sin teléfono, sin poder llamar ni recibir llamadas. Al parecer así era antes, en la época de sus padres. Salvo que utilizara...

* * *

En la SDPJ 93, la mañana había volado y había dado paso a una tarde soleada. «No hay nada más inútil que una tarde soleada en los suburbios —pensó Johanna—. Eso solo te recuerda que no tienes ni la playa ni la montaña para disfrutar, solo unos edificios de hormigón que se calientan para nada.»

Ya habían analizado segundo a segundo las imágenes de los vídeos de vigilancia, de la discoteca y del centro comercial, y no habían identificado a ningún sospechoso. Aún faltaba cerrar algunas pistas y horas para que acabara el día. Sam se levantó, estiró brazos y piernas y luego movió la cabeza a izquierda y derecha, haciendo crujir las vértebras del cuello. Johanna reconoció ese tic.

—Vale. ¿Así que esa manía es tuya? Malo lo hace continuamente. Es gracioso cómo te imita.

Malo... Sam recordó de pronto el regalo que había estado construyendo la noche anterior y rebuscó en el bolsillo delantero de su mochila, que tenía a sus pies. Sacó la cajita con el rastreador GPS y la dejó encima de la mesa de enfrente, donde trabajaba Johanna.

—Una caja de plástico —constató la policía—. No hacía falta, Sam, estoy emocionada.

—Es un rastreador. Para Malo. Si se lo pones en el abrigo, puedo saber dónde está en cada momento.

—Eh, gracias...

Ronan se metió en la conversación:

—No acabo de tenerlo claro, ¿es algo normal o preocupante?

—Sí, ya lo sé. Yo también me hice esa pregunta mientras lo construía. Pero entiéndeme, Johanna, el asunto de David Sebag, el hecho de no poder localizarlo, me ha despertado extrañas ideas sobre vigilancia y control. Escucha, haz lo que creas conveniente.

Johanna agarró la cajita y se la guardó en uno de los bolsillos del uniforme.

—Eres un encanto, cariño mío. Lo comentaré con Karl. ¿Me explicas cómo funciona? —le pidió para tranquilizarlo.

Sam se levantó para enseñarle cómo lanzar una localización y, cuando estaba pasando por delante de los ordenadores, le llamó la atención un parpadeo. Subió el volumen, que habían bajado la víspera con resignación.

—¿Es una broma?

—¿Qué? —preguntó Ronan.

—La línea de Brando. Se ha activado. Están utilizando el móvil.

Los tres se pegaron literalmente a las pantallas. Clic de conexión. Nuevas voces. Máxima atención.

«—Sí, ¿quién es?

—Soy Saïd.

—Este no es tu número.

—No. Mi hermano me ha quitado el móvil, pero antes le saqué la tarjeta. Le he mangado uno de los suyos. ¿No estás en clase?

—No, estoy enfermo.

—¿Es contagioso?

—No, tranquilo, me encuentro bien. Si quieres, puedes venir, estoy solo, tengo la consola para mí.

—Vale, ahora voy.»

Clic de desconexión. La llamada era una mina de información inesperada. No obstante, Ronan se quedó en blanco pese al golpe de suerte que acababa de tener.

—Qué bonita es la familia. Gracias, hermanito —soltó Johanna.

—¿Quieres que llamemos a Coste? —preguntó Sam.

—Vete a la mierda.

—¿Y después?

Ronan reaccionó con rapidez.

—¿Qué repetidor ha activado la llamada?

Sam señaló en la pantalla con el dedo la terminal 2231 y las tres calles que cubría. Ronan, ya centrado en sus nuevas funciones, repartió las tareas con tono autoritario.

—Mira qué colegios hay en la zona. Luego ve con Johanna y localizáis a todos los «Saïd». Enviadme los datos al teléfono y nos centramos en los que tengan un hermano mayor. A partir de ahí, iremos tirando del hilo y veremos quién está en el otro extremo.

—Si lo identificamos, ¿quieres organizar el arresto para mañana por la mañana? —preguntó Johanna.

—No. De momento solo tenemos a uno. Si lo encerramos, los otros dos se pondrán a cubierto y nos arriesgamos a perderlos. ¿Os parece bien?

—Esto va por buen camino, jefe —respondieron los dos al unísono.

Jefe. La sensación no era desagradable. Ronan decidió no llamar a Coste y dejarlo tranquilo al menos veinticuatro horas; quería demostrarle que no necesitaba a nadie que lo supervisara.

Cuando caía la noche, el viejo Ford dejó la carretera principal, pasó por un pueblo y al salir tomó un camino de tierra que serpenteaba hasta lo alto de una colina. Encaramada en una ladera, a varios kilómetros de cualquier vecino, se encontraba una antigua granja rehabilitada rodeada de enormes árboles.

El coche hizo que la gravilla rechinara y espantó a una cierva, que Coste solo vio un instante antes de que desapareciera. Aparcó delante de las ventanas de la cocina, la única estancia que tenía la luz encendida. Coste apagó los faros y en ese mismo instante se iluminó la escalera de entrada. Allí apareció un hombre de edad avanzada, con jersey, pantalón de pana ancha y una mata de pelo blanco.

—Podías haberme avisado.

—Cambié de opinión a mitad de camino. En realidad, no sabía que aterrizaría aquí.

El anciano miró el coche con sorpresa.

—¿No te has deshecho de él?

—Ve tú a saber por qué.

Cerró la portezuela y los dos hombres se besaron rápidamente en ambas mejillas.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, Víctor.

* * *

El señor Coste desenrolló un paño de cuadros que protegía un pan rústico apenas empezado. Dejó delante de su hijo un plato de queso y embutidos y sirvió vino en dos vasos desparejados.

—¿Han vuelto las ciervas?

—Sí. Son preciosas, aunque se comen todas las yemas de las flores. Pero no voy a liarme a tiros con ellas por eso.

—No, claro.

Después, Víctor examinó la habitación buscando un objeto que faltaba.

—¿No había una foto de mamá al lado de la ventana?

—Sí, ahora está en mi dormitorio.

—Es un buen momento para acercaros.

—No empieces, por favor.

Por dos pullas y un comentario desafortunado, Víctor y su padre eran capaces de poner la casa patas arriba y prenderle fuego. El señor Coste decidió que los muebles se quedarían en su sitio y que no alimentarían las llamas.

—¿Cómo te va?

—De maravilla —eludió el hijo.

—Es evidente. Por eso haces quinientos kilómetros y apareces aquí sin avisar. ¿Y Léa?

—Solo te he hablado de ella una vez. No sé ni cómo recuerdas su nombre.

El señor Coste se apoyó la hogaza en el estómago y cortó otra rebanada de pan.

—Porque es de la única que me has hablado alguna vez.

—Duró cinco meses. Ya no estamos juntos.

—Cretino —refunfuñó el padre.

—¡Oh, sí, tienes toda la razón! —respondió Víctor, divertido.

—A mi edad, no desafías a la soledad con tanto aplomo. Y pronto tendrás mi edad.

—Escucha, de momento me viene bien.

—Claro, cuando uno está solo no es responsable de nada. Ni de la desgracia ni de la felicidad.

—¿Por qué? ¿Conoces a muchas parejas felices?

—Nadie como vosotros, los policías, para saber lo podrido que está el mundo. Deja que los demás tengan alguna esperanza; quizá la tengan por ti, quién sabe.

El señor Coste cogió la botella de vino y Víctor puso la mano encima de su vaso, en señal de negativa.

—¿Puedo usar mi habitación?

—Siempre la tienes preparada.

—¿Te veré mañana?

El anciano asintió. Víctor se levantó y cogió su chaqueta. Cuando pasó por detrás de su padre, lo abrazó y estrechó la piel arrugada de sus manos.

A las ocho de la mañana, la costumbre despertó al señor Coste. Con la casa en silencio, preparó una cafetera italiana, ignorando la sofisticada máquina de cápsulas que le había regalado su hijo el año anterior. En la mesa, a su espalda, el móvil de Víctor vibraba, avanzando con cada timbrazo unos centímetros por entre las migas de pan. Por curiosidad, el padre comprobó la llamada: «SDPJ 93, Ronan».

Una hora más tarde, el aparato comenzó a danzar de nuevo y, una hora después, otro baile, perseverante. Al cuarto, el señor Coste llamó despacio a la puerta de la habitación de su hijo y entró.

—La policía te ha localizado, pobrecito mío.

—¿Cuántas llamadas? —farfulló Víctor al tiempo que se incorporaba en la cama.

—Cuatro.

—Me doy una ducha y voy.

Tras veinte minutos bajo el agua hirviendo, se tomó un café bien fuerte que acabó de despertarlo.

—Qué buen café hace la máquina que te regalé —comentó.

—Sí, ya no podría vivir sin ella. Voy al pueblo, ¿quieres comer algo especial?

Sobre la mesa, el móvil se puso en movimiento una vez más y Víctor lo cogió, dejando en el aire la pregunta de su padre. El señor Coste dejó a su hijo con sus asuntos, que, por otra parte, nunca le habían gustado demasiado. Un raudal de palabras en un tono sobreexcitado sonó a través del teléfono.

—Tranquilízate, Ronan, acabo de levantarme.

—Perdona. Te decía que hemos dado con uno de los tipos de la banda.

—Pues ha sido rápido. ¿Cómo?

—La línea de Brando se puso en marcha ayer por la tarde. La llamada acotó el colegio Pablo Neruda, de Stains. El chaval hasta dio su nombre. Saïd.

—¿Un escolar? Demasiado joven para organizar un secuestro, incluso en el 93. ¿Habéis tirado del hilo?

—Sí. En esa escuela hay tres Saïd. El primero tiene un hermano menor, el segundo solo tiene

hermanas y el último tiene un hermano mayor que nos parece un buen candidato.

—Te escucho.

—Yassine Chelli. Veintidós años y veintiséis delitos en su haber. Un mes de prisión en Marveil por extorsión con violencia. Tres meses en Fleury-Mérogis por robo con fuerza y allanamiento. Atracos y agresiones, da el perfil, no hay duda.

—Uno de tres. Tenemos que identificar a los otros antes de detenerle; esa sería la mejor manera de acojonarlos.

—Lo mismo pensamos nosotros. Escucha, no sé dónde estás escondido, pero si quieres volver, a mí me parece bien.

—Es verdad, veinticuatro horas de descanso ya empieza a ser un abuso.

—No pretendía decir eso. Lo único es que...

Coste le cortó.

—¡Es broma, capullo! Has hecho un excelente trabajo. Estaré allí dentro de cuatro horas.

—¿Sabes cómo podemos llegar a los otros?

—Tengo una ligera idea, pero necesitaré que me prepares dos o tres cosas.

* * *

El señor Coste dejó dos bolsas de papel kraft sobre la mesa de la cocina. Sus patatas rellenas habían consolado algunas tristezas de Víctor cuando era pequeño, así que pensó que, aunque apenas recordara la receta, la ocasión era perfecta. El señor Coste había dedicado toda su vida al trabajo, le faltaba tiempo para todo, y siempre respondía «mañana» cada vez que le hablaban de hoy. Lo que es tiempo ahora tenía para aburrirse, pero le tocaba a Víctor no disponer de él. Con el paso de los años, el hijo se había vuelto exactamente igual que el padre.

Sacó el contenido de las dos bolsas y le llamó en voz alta:

—¿Victor?

La habitación estaba vacía y el viejo Ford había desaparecido. En el alféizar de la ventana, en el lugar de la foto cambiada de sitio, había una nota. El señor Coste la desdobló, la leyó y sonrió con tristeza.

Definitivamente, su hijo se había vuelto igual que él.

Tras tres semanas de vigilancia y seguimiento, el Grupo «Suburbios» de la Brigada de Estupefacientes había procedido, esa misma mañana, a dos detenciones y a la incautación de doscientos kilos de una hierba nueva, genéticamente modificada, que se vendía a precio de oro. No fue posible meter tanta cantidad en las cajas de seguridad de la comisaría, por lo que hubo que requisar un despacho para depositar el sobrante. Desde entonces, un olor mareante a clorofila ácida flotaba por todo el edificio. Como problema añadido, a través de las escuchas telefónicas de los de Estupefacientes, se habían enterado de que algunos delincuentes bajo vigilancia ya hablaban del modo de recuperar el alijo cuando la policía lo transportara al vertedero donde se incineraría. En consecuencia, la SDPJ 93 se había convertido en un búnker, vigilado por cuatro policías con metralleta o fusil de percusión en bandolera en cada una de las tres entradas al edificio.

Coste llegó a la entrada del aparcamiento y un policía de guardia le dio el alto. Bajó la ventanilla del coche y saludó.

—Ay, mierda... ¿Es suyo este coche, capitán? —se disculpó el policía de guardia—. He estado a punto de dispararle.

—Es por una cuestión sentimental y eso excusa todos los atentados contra el buen gusto. ¿Qué ocurre?

—Una incautación de los de Estupefacientes. Una droga nueva. No sé más.

—Está bien. ¿Me deja pasar o le paso por encima?

Coste dejó el coche en el aparcamiento subterráneo, iluminado con un pésimo gusto patriótico, con fluorescentes azules, blancos y rojos, y luego se metió en el ascensor.

Empujó la puerta del Grupo Crimen 1, donde encontró a su equipo al completo. Una sala grande, algunos carteles de cine, órdenes de búsqueda de criminales aún optimistas respecto a su fuga y cuatro mesas de trabajo. Sam frente a Ronan. Johanna frente a Coste. Los jefes de grupo normalmente tienen su propio despacho, pero Coste no soportaba trabajar solo. Le daba la sensación de estar castigado o chupando banquillo. En el tablero blanco, nadie había tenido el valor de quitar las fotos

de David Sebag y el chico parecía observarlos, recordándoles que había trabajo que hacer y basura que limpiar. Junto a estas, la foto en blanco y negro del siguiente objetivo del grupo: Yassine Chelli.

—Hola, Víctor. Pareces descansado. Dime, ¿te han sentado bien las vacaciones? —dijo Sam, burlón—. ¿Adónde has ido?

—He ido a visitar a una persona que no veía desde hacía tiempo.

—¿No vas a decirnos nada más?

Coste dejó la chaqueta en el brazo del amplio sofá rojo.

—Nada especial. ¿Vosotros habéis investigado lo que os pedí?

—Sí, acabamos de terminar, el álbum de fotos está sobre tu mesa. Tenemos diecisiete candidatos y los CD de las grabaciones de sus interrogatorios. Pero, salvo que vayas a seleccionarlos a voleo, no entiendo muy bien qué piensas hacer.

—Les haré hablar.

—¿A los diecisiete?

—Tranquilo, será mucho más rápido de lo que te imaginas. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y veinticinco.

—Ya no debería tardar demasiado.

* * *

El chico que se presentó en la comisaría pasó por delante de la cola entre las quejas de los que esperaban, para su gusto desde hacía demasiado tiempo. Dejó el maletín negro en el suelo, rebuscó en el bolsillo interior de la sudadera con capucha y sacó un carné tricolor.

—Buenos días. Julien Degrève. BCIHT. Me esperan en Crimen.

El policía de recepción se lo devolvió, un poco incómodo.

—¿BCI... qué?

—Nada. Déjelo, nadie nos conoce. Me espera el capitán Coste.

Lo acompañaron por las plantas y pasillos hasta la puerta de entrada a la oficina. Al verlo, Coste se levantó del sofá.

—Buenas tardes, Julien.

—Hola, capitán. Qué bien huele en vuestras oficinas. ¿Cultiváis vosotros mismos la hierba?

Coste se volvió hacia el equipo y lo presentó:

—Os presento a Julien Degrève, de la Brigada Central Informática y Huellas Tecnológicas.

Sam se levantó de un salto, con la mano extendida y la cara iluminada. Se encontraba con un

colega de su altura, con sus mismos intereses y de una brigada pionera, en la que incluso se planteó entrar hace un tiempo.

—¿La BCIHT? ¡Eso es genial! ¿Vienes desde Lyon?

—Sí. Generalmente sois vosotros los que os desplazáis o nos enviáis las búsquedas, pero esto parecía urgente y además es Coste... Difícil negarle algo.

Degrève acabó de estrechar manos y Coste lo condujo hacia la cafetera echándole el brazo por los hombros, como dos buenos amigos.

Ronan susurró a Johanna:

—Tengo la impresión de ver doble. Sam y Degrève son iguales. Parecen dos empollones chiflados. —Luego se volvió hacia Coste y el recién llegado—: Vale, pareja de enamorados, ¿nos contáis cómo os conocisteis? El jefe nunca nos ha hablado de ti.

Degrève se bebió el café y cedió ante su curiosidad.

—Si no recuerdo mal, Víctor buscaba a un nuevo candidato para su equipo, hará como ocho años. Ya tenía los músculos y le faltaba el cerebro. Yo estaba en su lista, pero luego tuve la posibilidad de entrar en la BCIHT. Esa clase de oportunidades no se dejan escapar, así que tomé una decisión.

En torno a ocho años. Sam no tuvo que hacer el cálculo para darse cuenta de que formaba parte del grupo desde hacía exactamente ocho años y que, si había entendido bien, Coste tuvo que escoger entre él y ese Julien Degrève. La idea de que pudiera ser una segunda opción le produjo un ligero cosquilleo de celos en la boca del estómago. De pronto, ese gilipollas de la BCIHT ya no le resultaba nada simpático, por muy delgado que pareciera con aquella sudadera con capucha de delincuente.

—¿Me explicas el caso con más detalle? —pidió Degrève.

Victor cogió el álbum de fotos y los CD de su mesa y se los entregó.

—Estamos con un secuestro que salió mal.

—¿El chico de la piscina? Lo han dicho en las noticias esta mañana.

—Hemos identificado a uno de los hombres: Yassine Chelli. Pero sabemos que eran tres. También sabemos que un secuestro con extorsión es complicado de organizar y que hace falta un mínimo de confianza. Así que el golpe tuvieron que prepararlo personas que se conocían. Le pedí a Sam que hiciera un álbum de fotos con todos los cómplices conocidos de Yassine Chelli. Es el que tienes en las manos.

Degrève abrió el documento y observó, en cinco hojas, diecisiete fotografías de rostros descontentos y poco cordiales, unos más patibularios que otros. Las fotos del fichero del TAJ[6] se hacen justo después de la detención, de ahí la escasez de sonrisas en el momento del disparo de la foto. Degrève continuó como si hubiera seguido la investigación desde el principio:

—Y crees que los otros dos miembros de la banda se encuentran entre los antiguos cómplices de Yassine. Por lo tanto, entre estas diecisiete fotos.

—Eso espero, porque de momento nos guiamos por el olfato. La policía interrogó a los diecisiete en distintos procedimientos en el curso de los últimos años, tanto en nuestra brigada como en distintas comisarías del 93, y esos interrogatorios se grabaron. Son los diecisiete CD que tenemos aquí. Y también tenemos grabadas las voces de los tres miembros de la banda mientras llevaban a cabo el secuestro.

—¿Pudisteis escucharlos? ¿Cómo?

—Cuestión de olfato otra vez, pero sería un poco largo de contar. De todos modos, aquí es donde te necesitamos.

Degrève sacó un portátil de su maletín, pulsó una tecla y el aparato empezó a ronronear.

—Yo no voy a hacer mucho, pero Batvox puede seros útil. Es nuestro programa de reconocimiento de voz. Puedo comparar las voces de los interrogatorios de los diecisiete cómplices de Yassine con las que grabasteis en vuestras escuchas. Si hay alguna coincidencia, habréis identificado a la banda.

Sam enarcó una ceja con desconfianza.

—¿Y es eficaz?

—¿Batvox? Es el que se utilizó en el caso Cahuzac. Compararon su voz durante un discurso con la que tenían en una grabación sobre transacciones, en la que hablaba de su cuenta en Suiza y de evasión fiscal. Así cayó.

—Anda, ¿Cahuzac cayó? —se sorprendió Ronan.

—Evidentemente no —reconoció Degrève—. Es un político. Los políticos titubean, se tambalean, pero nunca caen de verdad.

Preparó el programa y se dirigió al grupo, impaciente.

—¿Empezamos?

Degrève solo necesitaba diecisiete segundos de una grabación clara de la voz para extraer las particularidades concluyentes. Empezó con la conversación de Pacino, que reprodujo repetidamente y comparó con un extracto de cada uno de los diecisiete interrogatorios de los cómplices conocidos de Yassine.

En la primera declaración no apareció ninguna similitud; en la pantalla, las curvas vocales se solapaban y no coincidían nunca. La segunda no dio mejor resultado y hubo que esperar hasta el undécimo interrogatorio para que la curva se superpusiera perfectamente con la voz grabada de las escuchas. Pacino cesó sus actividades cinematográficas y recuperó su verdadera identidad: Sofiane

Badaui, conocido, entre otros delitos, por robo con fuerza y allanamiento y estafa. Sofiane Badaui, el que esperaba la entrega del rescate en el centro comercial.

Degrève volvió a reproducir los diecisiete interrogatorios desde el principio, esta vez comparando con la voz de Delon. Esta se superpuso con el noveno interrogatorio y este también quedó desenmascarado: Lorenzo Weinstein, agresiones sexuales, violencia filio-parental en la persona de su padre —al que había enviado muchas veces al hospital—, y varios robos con tirón durante su juventud. Lorenzo Weinstein, el que había vigilado a David Sebag y quien había ejecutado la orden de matarlo.

Degrève había llegado a las cuatro y media, y, a las cinco en punto, Batvox y él habían identificado a los cómplices de Yassine Chelli, quien, por eliminación, se había convertido en el jefe y el cerebro de la banda. Satisfecho por el deber cumplido, daba por finalizada la comparación ante la mirada impresionada de Johanna y de Ronan. Solo Sam se aguantaba las ganas de felicitarlo. Podría haber convertido en oro lo que tocara que Sam no le habría aplaudido.

—Premio para tu olfato —dijo Degrève dirigiéndose a Coste—. Pero aprovéchalo bien, porque con el ADN, las huellas digitales, las ondas vocales, y si a eso les añades las redes sociales y pronto los análisis de olor corporal, lo de tener olfato será como una vieja herramienta superada. Una especie de Minitel. De aquí a diez años, para ser policía bastará con un buen ordenador, un técnico de calidad y varios ayudantes de laboratorio. Adiós a los investigadores a la antigua usanza.

—Espero que al menos lleves flores a mi tumba —respondió con frialdad el capitán.

Ronan se inclinó hacia Sam y murmuró:

—No sé tú, pero yo no lo echaré de menos cuando se vaya.

Seguro de tener un auditorio entregado, Degrève continuó:

—Sabes, esta investigación me está dando una idea; tendré que hablar de ella en el BCIHT. Si almacenamos siete segundos de los interrogatorios grabados en todos los servicios policiales de Francia y los comparamos con las escuchas en las que aún no se haya identificado a los interlocutores, se podrían resolver miles de casos de una vez.

—¿Miles de una vez? Sé amable y espera a que me jubile antes de hacer esa propuesta. ¿Te quedas esta noche en París? —preguntó Coste.

—No, cojo el tren de las seis. Pero si pasas por Lyon, haznos una visita; a Maud le encantará volver a verte.

Los dos hombres salieron de la oficina dejando al grupo un poco perplejo respecto al personaje que les acababa de presentar Coste. Cuando el capitán estuvo de vuelta, Sam, en un tono que pretendía ser indiferente, le preguntó:

—¿Cuántos candidatos tenías cuando me seleccionaste?

—Dos. Tú y él.

—¿Y me elegiste porque él se fue a la BCIHT?

Coste fingió no entender y se puso a imprimir las fotos de los ganadores del día, Lorenzo Weinstein y Sofiane Badaui; luego las imantó en el tablero blanco. Sam se enfadó y olvidó cualquier noción de jerarquía.

—No me jodas, Victor, ¿soy tu segunda opción o no?

Coste se habría divertido un poco más fastidiándolo, pero recordó que Sam era huérfano y que para él ese equipo era lo más parecido a una familia. Eso lo frenó. Eso y el hecho de que Johanna le lanzaba miradas asesinas.

—Te elegí a ti, y cuando Degrève lo supo, se fue a la BCIHT. Le gusta contar la otra versión y es posible que con el tiempo hasta se haya convencido de ello.

—¿Y por qué yo? A todas luces él es mejor, ¿no?

—Mejor técnico, quizá. Pero eso no lo convierte en un buen policía. Y se lo tiene bastante creído, creo que salta a la vista.

—Y por eso le has preguntado que si se quedaba en París esta noche. Como si fuerais a salir por vuestra cuenta.

—No había peligro. Le había visto el billete de vuelta en el maletín.

A Sam le costó disimular su alegría y Ronan autobloqueó la decena de bromas que tenía en la boca. Le encantaba ver a su amigo feliz y, sobre todo, no le gustaba que alguien que no fuera él lo sacase de quicio. Coste continuó:

—Bien, son las cinco. Ronan, quédate conmigo para poner en marcha las detenciones. Sam y Johanna, podéis iros a casa. Os quiero aquí mañana por la mañana a las cinco en punto. —Luego señaló a los objetivos en el tablero blanco—. Yassine, Sofiane y Lorenzo. Mañana acabamos con ellos. Mañana es su último día en libertad.

Johanna y Sam cerraron la puerta de la oficina y caminaron por el pasillo de la SDPJ 93 hacia los ascensores. Sam se aventuró:

—Me he portado como un crío, ¿no?

—No. Con un pequeño berrinche nos has recordado a todos la importancia del equipo. Está bien.

—Y tú, ¿adónde vas ahora?

—A buscar a Malo al cole.

Sam pareció dudar, temía imponer su presencia o abusar, pero luego se lanzó.

—¿Puedo ir?

—Me sabe mal pero se lo he pedido a Degrève. Si quieres la próxima vez... —Luego, antes de que él se enfadara, le lanzó las llaves—. Conduce tú, estoy cansada.

Barrio del Clos-Saint-Lazare, Stains (93)

6.00 h

Una habitación ordenada pese a algunos libros escolares mal colocados encima de una mesa y un montón de ropa debajo. En la pared, la bufanda de un club de fútbol y una serie de fotos de una excursión que había organizado el colegio el año anterior. Una habitación normal de un chico normal. En silencio, Sam se acercó a la cama de Saïd y puso una rodilla en tierra. Lo sacudió despacio por el hombro y el niño abrió los ojos. Sam le puso la mano en la boca, susurró que era policía mientras le enseñaba la credencial y le pidió que mantuviera la calma durante los siguientes minutos.

Luego apartó la mano, pensando que se había ganado la confianza del niño. Pero, contra todo pronóstico, este se incorporó de un salto y gritó el nombre de su hermano para avisarlo.

—Yass...

Como si lo hubiera invadido una descarga eléctrica, Sam agarró al chaval del brazo para sujetarlo y le puso de nuevo la mano en la boca. Esta vez se la cerró casi herméticamente, dejándole respirar solo por la nariz. Durante el altercado, los dos cayeron en la cama.

—¡Para, mierda! No sirve de nada. Tranquilízate.

No obstante, el policía no aflojó la presión de la mano. Sentía en los dedos cómo decaía la respiración de Saïd y, en el brazo que aprisionaba firmemente su cuerpo, los latidos aún enloquecidos del niño.

—Tranquilízate, por favor.

Cuando entraron en el piso, no encendieron ninguna luz, y más que verse se adivinaba el interior. Solo los haces de las linternas se cruzaban e iban mostrando paulatinamente las distintas estancias. De la entrada salía un pasillo que comunicaba con las habitaciones. En la primera, la tarea de Sam había sido ocuparse de Saïd. La segunda habitación estaba vacía y con la cama deshecha; Suila ya se encontraba en el tren de cercanías que la llevaba todas las mañanas a limpiar las oficinas de las

torres gemelas de una entidad bancaria, junto con otras madres negras y magrebíes de Francia que se levantan temprano.

En la última habitación, Yassine dormía a pierna suelta. El grito abortado de Saïd había llegado hasta allí y el hermano mayor gruñó antes de darse la vuelta en la cama.

Por encima de él, en la penumbra, las tres siluetas que lo rodeaban también vivieron un momento de tensión. Pero Sam había sido rápido y Yassine tenía el sueño profundo. Tras esa alerta, volvió a hacerse el silencio. Coste y Johanna sacaron sus armas y apuntaron. En la intersección de sus puntos de mira estaba la cabeza de su objetivo. Ronan, con unas esposas en la mano, solo esperaba una señal para saltarle encima.

Con un movimiento de cabeza, Coste dio la orden de atacar.

Johanna dio un tirón seco a la sábana, dejando al descubierto el cuerpo dormido boca abajo, y vieron que no había nada oculto al alcance de su mano. Yassine se despertó sobresaltado y soltó «¡la hostia!» como primera palabra del día.

Ronan se abalanzó sobre él y le plantó la rodilla entre los omóplatos, al mismo tiempo que tiraba del brazo izquierdo en el sentido opuesto a la articulación hasta el punto de ruptura, dejándolo bloqueado. El grito de dolor de Yassine se ahogó en el colchón contra el que tenía aplastada la cara.

Coste metió rápidamente una mano debajo de la almohada, por si tuviera un arma escondida. Ronan le colocó las esposas, una muñeca después de la otra, e incorporó a Yassine en posición de sentado. Las pistolas volvieron a sus fundas y la situación se calmó de nuevo.

—Son las seis y dos minutos de la mañana —le informó Ronan—. Quedas detenido por secuestro, extorsión y complicidad en homicidio. Tienes derecho a cerrar el pico.

Yassine los miró uno tras otro con el ceño fruncido, la mandíbula apretada y el cerebro en ebullición. Las imágenes de su futuro se le agolpaban como una mala película que ya había visto demasiadas veces. El arresto provisional, los interrogatorios, la declaración en el juzgado y, si la cosa se complicaba, la cárcel. ¿Habían dado un soplo? ¿Había cometido un error? Mientras esperaba respuestas, optó por la actitud que le aconsejaron todos los abogados penalistas que había conocido:

—No sé de qué me hablan. Yo no he hecho nada. No he sido yo.

En la habitación de Saïd, Sam había oído los ruidos secos y violentos de la detención. Había pasado la tormenta.

—Voy a levantar la mano, ¿vale?

El niño asintió con la cabeza.

—Lamento todo esto, chaval. No nos quedaremos mucho tiempo. ¿Me dices dónde está el móvil que utilizaste ayer?

Saïd lo miró desafiante y no se movió. A Sam no le sorprendió su actitud; sabía que el crío protegía a su hermano mayor. Cada uno en su papel, y Sam se mantenía en el suyo aunque fuera tan distinto a su carácter.

—O me lo dices o ponemos toda la casa patas arriba. Tú decides.

Mientras que, bajo la inquieta mirada de Yassine, Johanna y Ronan procedían al minucioso registro de la habitación, Coste contactó por radio con los dos grupos de apoyo de la operación y le confirmaron que las otras detenciones se habían producido sin incidentes. En algún lugar en Stains, en dos pisos diferentes, Sofiane Badaui y Lorenzo Weinstein también estaban fuera de juego, pese a un intento de rebeldía por parte de este último que le había costado un dedo roto. Coste pensó que ya se compadecería de él más tarde y citó en la comisaría a todos los miembros del operativo.

Los tres policías salieron con Yassine, las manos esposadas a la espalda, dejando tras ellos una habitación completamente del revés y, si eso era posible, aún más desordenada de cómo la habían encontrado. Johanna llevaba en la mano una bolsa precintada que contenía todos los móviles que habían descubierto. Recorrieron el pasillo que conducía a la entrada, donde estaba Sam, con una mano en el hombro de Saïd, aún en pijama. Los dos hermanos se miraron: Yassine, triste y humillado; su hermano pequeño, perdido y atemorizado.

—¿Has encontrado el móvil? —preguntó Coste a Sam.

—Sí. En la mochila del crío —respondió mostrándoselo a todos.

Y Yassine Chelli comprendió cómo, y sobre todo por qué, la policía se le había echado encima tan pronto. Tendría que haberse deshecho de los teléfonos en cuanto fracasó la operación y, sin embargo, por vaguería o, más probablemente, porque pensó que conseguiría algunos billetes vendiéndolos, no lo hizo. Unos billetes a cambio de unos años en la cárcel. Un mal negocio.

En ese mismo momento, Saïd también se dio cuenta de las consecuencias de sus actos. No comprendía del todo el golpe del efecto mariposa, pero parecía evidente. Hacerse con el teléfono de su hermano mayor había puesto a este a los pies de los policías. Y era todo por su culpa.

—Lo siento mucho —resopló bajando la mirada.

Con un movimiento de espalda sin violencia, Yassine se liberó del dominio de Ronan, quien se lo permitió. Entonces, se arrodilló y se encontró a la altura de su hermano pequeño, que lo abrazó y ocultó el rostro en su cuello.

—Lo siento mucho.

Yassine apretó los dientes.

—Tú no tienes la culpa de nada, tío. Solo hago gilipolleces. Ahora tú tienes que ocuparte de la

casa.

Ronan lo levantó despacio y se dirigió hacia la salida, seguido por Coste y Johanna. Sam se volvió hacia Saïd.

—Un cerrajero ha forzado la puerta, pero no está rota. No olvides cerrar con llave cuando nos vayamos, ¿vale?

El niño estaba tan desorientado que ni siquiera pareció escuchar la frase. Sam le dedicó un poco más de tiempo.

—¿A qué hora empiezas hoy?

—A las ocho y media.

—Deberías volver a acostarte. En unos minutos avisaremos a tu madre.

Sam salió del piso. Después del tornado policial, Saïd se vio en medio del pasillo sumido en la oscuridad, asfixiado por la culpabilidad. Se sentó en el suelo y lloró en silencio.

Primero, una ronda de interrogatorios durante los cuales todo el mundo negó los hechos repitiendo una lección bien aprendida, la del inocente. Luego llegaron las pruebas, perturbadoras, que presentaron a cada uno como tijeretazos en la tela de sus coartadas. Entonces, como siempre, cambiaron de actitud y empezaron a acusarse unos a otros. No para probar su inocencia, sino más bien para verse lo menos implicados posible en el asunto, y el castillo de naipes, ya frágil, se derrumbó.

Solo existe el cómplice durante el crimen. Frente a la policía, cada cual mira por su libertad.

A las dos de la tarde, el procedimiento ya estaba bien atado, y Yassine, Sofiane y Lorenzo se encontraban en un buen lío. Ronan salió de la sala después de un último interrogatorio y se cruzó con Coste, en plena discusión con Damiani.

—Yassine dice que la voz de las escuchas no es la suya y que se encontró los móviles en la calle.

—Normal, da igual lo que digan las pruebas, lo negará hasta el final —dijo Coste, sin sorprenderse.

—Acompaño a su abogado a recepción, bajo a Yassine al calabozo y llamo a Saint-Croix para hacerle un resumen del procedimiento.

—Haz lo que quieras con el abogado, pero déjame a su cliente. Me gustaría pasar un minuto con él.

Coste entró en la sala y le pidió a Sam que saliera. Se sentó delante de Yassine y por primera vez se tomó un poco de tiempo para observarlo. Veintidós años, decía su ficha, ojos castaño claro y una cara bastante seductora, casi dulce.

—Tienes buena cabeza —empezó Coste—. No te imaginaba así.

—Tú pareces menos tonto que tu colega. ¿Puedes decirle que no he hecho nada y que me deje en paz?

Coste se encendió un cigarrillo y guardó el paquete en la chaqueta.

—No te canses, ya no estamos grabando. Puedes decirme lo que quieras, que quedará entre nosotros.

También Yassine miró de arriba abajo a su interlocutor y reconoció a uno de los policías que lo habían despertado en plan *hardcore*.

—Una buena jugada lo de pincharnos los móviles. Nunca debimos comprarlos todos en el mismo sitio.

—Gracias —respondió Coste, serio.

—Francamente, pensaba que ibas a estar más contento. Nos habéis pillado. Has resuelto el caso, debes de estar flipando, ¿no? —le tomó el pelo Yassine.

Coste casi perdió el aplomo y le contestó, en un tono de confidencia, entre el psicoanálisis y la confesión:

—¿Contento? Mierda... ¿No hablarás en serio? —susurró—. Estás a años luz de enterarte de cómo estoy y ni siquiera sabría por dónde empezar para explicártelo. Este caso ha sido un fracaso desde el momento en que encontramos a David Sebag en la piscina. Después de eso, solo hemos intentado equilibrar la balanza, pero, pase lo que pase, siempre se inclinará de tu lado. Lo normal sería que no te tuviera en cuenta. Solo eres un asesino, ni siquiera una persona, y si palmaras ahí mismo, seguiría fumándome este cigarro tan tranquilo.

—Venga, prefiero que me insultes como tu colega, pero no me hables así. ¿Esto es algo personal? ¿Qué te he hecho? —empezó a decir Yassine, preocupado.

—Me has hecho tirar la toalla. Casi me has hecho abandonar. Eres la gota que ha colmado mi vaso. Solo era cuestión de tiempo. Podría haber sido cualquier gilipollas, pero te ha tocado a ti.

Coste tiró la colilla en una lata de refresco vacía.

—Sí... Tú eres mi gota de agua.

—No entiendo nada de lo que dices —se ensombreció Yassine.

El policía se levantó y se dispuso a abandonar la sala.

—No importa. No hablaba contigo realmente.

* * *

Yassine Chelli y sus dos cómplices pasaron la noche detenidos, en calabozos separados. Una vez cerrado el procedimiento, la fiscal Fleur Saint-Croix los mandó escoltados a los calabozos del juzgado.

Dos horas más tarde, los respectivos abogados los asistían ante el juez de guardia, que dictaminó prisión provisional y, con buen criterio, los envió a tres prisiones diferentes. Lorenzo Weinstein a Fresnes y Sofiane Badaui a Fleury-Mérogis. Cuando, acompañado por su abogado, Yassine Chelli entró en el despacho del juez, este le anunció la noticia:

—Veo que ya conoce Marveil. Pues bien, allí vuelve.

Yassine se derrumbó y, por un instante, se comportó como un niño. Marveil tenía ese efecto, incluso en los más duros.

—No, señor juez, en serio, allí no.

El magistrado levantó la mirada del procedimiento, sorprendido.

—Esto no es una agencia de viajes. No le pido que elija entre las Maldivas y Marruecos. Lo mando a prisión, así que no hay opción. Y lo mando a Marveil.

Yassine intentó convencerlo una vez más, luego el miedo lo volvió agresivo y se puso a insultarlo. Mientras vociferaba a una distancia prudencial del juez, los dos policías que lo habían escoltado tuvieron que intervenir. Lo agarraron por la cintura y, con los brazos sujetos, Yassine lanzó una patada al aire, le dio a la pantalla del ordenador y la mandó a un rincón del despacho con ruido de plástico roto. Cuando lo vio inmovilizado en el suelo, el juez recuperó todo su aplomo detrás de los dos policías.

—Saquen esta mierda de mi despacho.

El secretario judicial no anotó la última frase y, en vista de la actitud de su cliente, el abogado no se atrevió a señalar el insulto.

A las siete de la tarde, el servicio de catering que había contratado Damiani para su fiesta de despedida estaba organizando las mesas y colocando los canapés en la sala de reuniones, que habían cedido para la ocasión. Una vez reunido todo el personal de la brigada, el comisario se marcó un discurso que recorría la cronología de toda una carrera; discurso que Damiani sufrió al ver cómo desfilaba su vida, a cámara rápida, desde su primer puesto con veintiún años hasta el último, a las puertas de los sesenta. Por un instante, hasta llegó a creer que el botón de avance rápido se había bloqueado y que el comisario sobrepasaba el presente para llegar al día de su muerte. Esa retrospectiva tenía un tono de oración fúnebre, que el champán intentó atenuar, copa tras copa.

Los que habían acudido por cortesía o por obligación abandonaron la fiesta sobre las diez, dejando a Marie-Charlotte Damiani con sus policías. Encantadora y afable, habló con unos y otros controlándose para ocultar su pena, pero Coste la conocía demasiado bien como para dejarse engañar.

—Y mañana, ¿qué será normal para ti? —le preguntó al tiempo que le tendía un whisky con Coca-Cola que Ronan había cargado bien.

—Ya sabes. Todas esas cosas que nunca has tenido tiempo de hacer. Y otras.

—Ya veo que has pensado mucho en eso.

—No seas cabrón. A ti te pasará lo mismo. Lo das todo en este trabajo y luego, un día, eres demasiado viejo para hacerlo, y como no has tenido tiempo para nadie, pues no hay nadie a tu alrededor.

—Tendría que presentarte a mi padre, tenéis puntos de vista en común. ¿Te vas a Cahors, a tu casa?

—Mi casa... —repitió, pensativa—. Estuvimos arreglándola durante veinte años. Luego engañé a mi marido. Me abandonó, como es lógico, me comí un divorcio tremendamente duro y, desde entonces, mis hijas tomaron partido por su padre y me detestan cordialmente. Ahora bien, conservo la casa. Pero mierda, es tan grande y tengo tan poco que hacer allí...

Coste se acercó más a ella. Durante toda su carrera Damiani había mantenido una distancia de

cortesía profesional con sus hombres. Con el paso del tiempo, el tuteo con el capitán se dio de manera espontánea, pero siempre en privado. No obstante, cuando el policía la abrazó por primera vez desde que se conocían, Damiani no dio un paso atrás y se permitió perderse entre sus brazos unos segundos, con los ojos cerrados.

—Querida mía —susurró Coste—, no tengo palabras de consuelo.

—Lo sé, Victor. No las hay.

Damiani se quedó hasta las dos de la madrugada acompañada por los más temerarios, luego volvió la calma y ella recorrió el pasillo silencioso hasta su despacho, donde la esperaba una última cajita.

En el ascensor que la llevaba al aparcamiento subterráneo, se cruzó con su reflejo en el espejo y solo vio a una mujer cansada. Le dio la espalda, como si quisiera dejar esa imagen prisionera en el espejo.

Una vez en el coche, lanzó una mirada por el retrovisor. Los asientos traseros estaban abarrotados con sus objetos personales, y encima de ellos, engalanado con algunas medallas, su uniforme de gala, de un elegante color azul oscuro. El que uno viste cuando le felicita el prefecto o el que le ponen para el ataúd si el trabajo ha acabado contigo.

Damiani arrancó, dejó en marcha el motor y luego lo apagó. Apoyó la cabeza en las dos manos, agarradas al volante. Respiró profundamente y luego pensó que ya no tenía a nadie delante para fingir. Y dejó correr las lágrimas.

Tiretto tenía miedo de que dañaran su Audi TT en el distrito XX de París, que él ya consideraba los arrabales. El taxi lo dejó a los pies de un edificio de oficinas aún desocupado y se dirigió hacia un panel de interfonos virgen, donde ninguno de los cuatro timbres tenía propietario. Tocó el primero, tal y como le habían dicho que hiciera, y se presentó.

—Tiretto, el abogado.

—Último piso —escupió el altavoz.

Alex Mosconi había reunido a su banda para la ocasión. Cuando sonó el timbre de la puerta y el letrado entró en el gigantesco loft, se dio de narices con Rino, con sus ojillos viciosos y la cicatriz que le atravesaba la cara.

—Hola, abogado. Dame tus móviles.

Tiretto obedeció, le entregó dos móviles y Rino se los guardó en el bolsillo después de haberlos apagado.

—Ábrete la chaqueta y levanta los brazos.

Sin un mal gesto, el abogado permitió que lo registraran, hasta que aquel tipo rechoncho vio que no llevaba ni micro ni arma y se quedó tranquilo.

—Está limpio.

—Pues claro que estoy limpio —repitió Tiretto abotonándose de nuevo la chaqueta mientras avanzaba por la amplia habitación.

Dejó el maletín en la mesa central, entre unos teléfonos móviles y un ordenador. No le agradaba especialmente volver a ver a esa banda, pero tenía que hacerlo. Resignado, los miró de arriba abajo con calma.

Dorian, el antiguo atracador, con su traje negro y su camisa blanca, siempre impecable, como si fuera a una inauguración, le hizo un gesto con la cabeza equivalente a un saludo sin levantarse del sillón.

Al fondo del loft, para que nadie les oyera, Alex y su primo Franck hablaban delante de la

crystalera con París como telón de fondo. Tenían un evidente parecido, aunque Franck se asemejaba más a Nano, con gafas graduadas y menos esbelto, como un primer esbozo. Franck parecía preocupado y Alex razonaba con pocas palabras:

—No te hagas pajas mentales. Deja que hable el picapleitos y luego decidiremos.

Le pasó el brazo por los hombros y lo acompañó al centro de la habitación, donde ya los esperaba todo el mundo.

—Hola, Tiretto.

—Señorita Mosconi.

Dorian acercó el sillón a la mesa y se lo cedió a Alex, mientras Rhinocéros colocaba cuatro sillas para que empezara la reunión.

—¿Noticias de su hermano? —preguntó el abogado.

—Sí. Lo he visto hace unos días. Se ha hecho amigo del psiquiatra de Marveil, que lo tiene colocado con pastillas todo el día. Ha perdido diez kilos, se niega a volver con los presos comunes y si no hacemos algo perderá la cabeza por completo. De manera que si quiere explicarnos su plan, ha llegado el momento.

Tiretto abrió el maletín y, antes de que se diera cuenta, Rino se lo quitó y se puso a registrarlo sin miramientos.

—Puede seguir jugando con el maletín, solo necesito el expediente azul que hay dentro.

Más divertido que humillado, el cara marcada sacó el expediente, lo tiró encima de la mesa y lo empujó hasta el abogado, esparciendo un poco su contenido. Tiretto lo ordenó de nuevo y se volvió hacia Alex, acostumbrado a dirigirse a los jefes más que a la tropa.

—Hay un fallo en el procedimiento de su hermano.

—¿Y te das cuenta ahora?

—Porque ahora es cuando puede sernos útil. ¿Continúo?

Alex asintió y Dorian se echó contra el respaldo de su silla.

—Falta un peritaje. No voy a contarles todo otra vez, pero a su hermano lo atraparon en un control policial con un reloj de lujo en la muñeca, cuyo número de serie lo relacionó con el atraco a la joyería Van Cleef and Arpels. El atraco que cometieron ustedes. El joyero reconoció el reloj y, aunque normalmente eso es competencia del perito oficial de Van Cleef, a la policía y a la justicia les bastó para dictar prisión provisional contra Nunzio.

—No nos joda —saltó Dorian—. Llevaba ese puto reloj. Lo único que hará un perito será confirmarlo.

—Exacto, a no ser que el reloj desaparezca. Sé que la joyería ha solicitado que se lo devuelvan. Está con las pruebas, a punto de ser devuelto, pero de momento sigue en el juzgado de primera

instancia e instrucción de Bobigny, en el almacén de pruebas. Puesto que solo hay un reconocimiento por parte del joyero, con el que todo el mundo se contentó, pienso solicitar un peritaje en regla. Y si el reloj ya no está, entonces se viene abajo toda la instrucción. Ya nadie podrá certificar que el reloj que su hermano llevaba en la muñeca era un reloj procedente de un atraco. Y Nunzio quedará en libertad.

Franck Mosconi empujó su silla hacia atrás, salió del círculo de la reunión y se acercó al oído de Alex, aunque no le importaba que le oyeran.

—¿Y quieres que no me preocupe cuando estamos hablando de atracar un juzgado? Tiene que haber policías por todas partes, cámaras de vigilancia en todas las esquinas y la seguridad de una central nuclear. Lo repito, es una pésima idea.

Tiretto cerró el expediente.

—Franck tiene razón. Por eso mismo, no iréis allí.

Todos se volvieron hacia el abogado, intrigados. Hasta ese momento, el auditorio se había mostrado difícil pero Tiretto por fin había captado su atención.

—Si solicito un perito, el juez de instrucción pedirá que le lleven la bolsa de la prueba la víspera para que esté a disposición del perito. Así que el reloj debería estar en su despacho, cerrado hasta el día siguiente.

—Vale, ya sabemos dónde estará el reloj. Eso sigue sin resolver el problema de cómo echarle mano —objetó Dorian.

—Ahí voy. Hay alguien dentro del juzgado que nos sería muy útil. Este hombre trabaja allí desde hace tanto tiempo que se ha convertido en invisible. Es el responsable de las pruebas. Él recibirá la solicitud del juez. Él irá a comprobar que el reloj está en el almacén de pruebas y lo llevará al despacho del juez. De ese modo podemos estar seguros de que está allí. Debido a sus funciones, puede entrar y salir del juzgado e incluso quedarse hasta tarde sin despertar la menor sospecha. Bastará con esperar a que el juzgado se quede vacío, ir al despacho del juez, forzar la cerradura, robar el reloj y entregárnoslo.

—¿Cuánto? —le cortó Alex.

—No la sigo.

—¿Cuánto pide ese tipo por asumir semejante riesgo?

—Ah, no tengo ni idea. Para empezar, ese tipo ni siquiera sabe que estamos hablando de él en este momento. Yo propongo el plan, ustedes se encargan de la logística.

—¿Ese tipo tiene nombre? —se interesó Franck.

—Me paso los días en el juzgado, conseguir su identidad no ha sido nada complicado, y menos

aún su dirección. Y tiene familia. Lo digo... —El abogado se volvió hacia Dorian—. Según su biografía criminal, usted puede entrar en cualquier parte.

Dorian aceptó el cumplido, asintiendo con la cabeza.

—Y usted, señor Rinoceronte, me imagino que una vez dentro sabrá convencer a nuestro hombre para que nos ayude.

El animal exhibió una amplia sonrisa que convirtió su cicatriz rectilínea en un relámpago.

—Es una de mis habilidades.

Tiretto sacó del maletín un papel doblado en dos.

—Su dirección.

* * *

El traje caro permitía hacerse una idea del tipo que estaba dentro. Así que, cuando aquel cliente le pidió que esperara el tiempo que fuera necesario, el taxista aceptó, y al ver que volvía a meterse en el coche, treinta minutos más tarde, con el contador en marcha marcando una cantidad indecente, se felicitó por aquella carrera. La tarde tocaba a su fin y durante el trayecto de vuelta a los barrios elegantes, a la hora punta, circularía a una media de veinte kilómetros por hora y calculaba una factura de tres cifras.

Apenas arrancó, Tiretto ya estaba colgado al teléfono, en la línea segura.

—Señor Darcy.

—Buenas tardes, letrado.

—El futuro de Boyan Mladic se aclara, si eso le tranquiliza.

—Así es. Parece que los corsos confían en usted.

—Lo cierto es que no tienen elección; cuantos más días pasan más se deteriora la situación de su protegido. Una parte del plan no es del todo exacta, porque no saben nada del funcionamiento interno del juzgado. Eso ayuda.

—Aún tienen que colarse ahí dentro.

—En efecto. Todo depende de que fracasen. Después, la maquinaria ya habrá empezado a rodar y no tendrán más remedio que continuar.

Centro penitenciario de Marveil

Encaramados sobre un montón de inmundicias a lo largo de los cimientos de Marveil, ratas, gatos y palomas se pelean bajo las miles de ventanas de las celdas para conseguir, a base de zarpazos y picotazos, los detritus que tiran los presos. A veces, durante alguno de los pocos registros sorpresa, cuando la administración de Marveil quería imponer su autoridad, a los reclusos solo les quedaba mandar a hacer puñetas el alcohol o la marihuana, y los carroñeros, con un colocón considerable, se empleaban a fondo en maullar durante horas con las patas en cruz, en volar zigzagueando hasta empotrarse contra las alambradas de espino y en aparearse interracialmente, si la droga era de buena calidad. Así que no era extraño que la información pasara de las cloacas a los vertederos y que ese gran lugar fuera víctima de su éxito.

Una paloma más afortunada que las otras descubrió los restos de un tarro de natillas con sabor a pistacho e intentó salir volando torpemente con él. Después de cuatro aleteos, otra se abalanzó sobre ella para birlarle el botín, que volvió a caer tontamente al suelo, mientras las dos se enzarzaban en una batalla aérea que terminó con un gran estruendo de plumas contra el cristal de Martineau, el subdirector de tratamiento. Este se sobresaltó, lanzó un juramento y esa interrupción en su trabajo le recordó una de sus obligaciones diarias.

Con las pesadas llaves en el cinturón, abrió la puerta de barrotes del pasillo de aislamiento, que cerró tras él. Pasó frente a las primeras celdas y se detuvo delante de la número 20, a la que llamó educadamente antes de entrar. Alertado por el ruido del primer cerrojo, Boyan Mladic se levantó y el neón del techo proyectó su sombra, en la que Martineau desapareció por completo.

—Buenos días, Boyan. Tengo correo para ti.

El sobre aún estaba cerrado. El subdirector de tratamiento desconocía el contenido y el idioma en que estaba escrito, aunque seguía ignorando si Boyan hablaba francés o no. Se lo entregó a través de los barrotes y, en las manos del preso, el sobre adquirió el tamaño de un pòsit. Boyan lo abrió y sacó una cuartilla que leyó con atención. Luego arrugó la carta, se la metió en la boca y la masticó con una

calma bovina. Cuando cerró la puerta, Martineau se preguntó qué información podía justificar semejante precaución. Luego decidió, por su paz de espíritu, no pensar más en ello. Una vuelta a la llave en la cerradura y al centro de mando. En el pasillo, se cruzó con el vigilante nuevo.

—¿Qué haces aquí, Demarco?

—Voy a la celda 13. Antoine Doucey, para su consulta semanal con el psiquiatra.

—Pasa a verme después. Ha entrado uno nuevo, Yassine Chelli. Tenemos que encontrarle sitio.

Y, sin esperar respuesta a una orden que no la necesitaba, Martineau se alejó.

Demarco aguardó a que desapareciera para desviarse primero hacia la celda 2, que descubrió sumida en la oscuridad.

—Hola, Nano. No se ve nada. ¿Otra vez has reventado la bombilla del techo?

—Es culpa vuestra. Esa puta luz te vuelve loco. Te crees que estás en un quirófano.

Demarco rebuscó en el bolsillo de su uniforme y sacó un libro con las puntas de las páginas dobladas.

—Ven, Nano, levántate.

—¿Para qué? Estoy bien aquí.

—Tengo otro libro, de parte de Escalpelo.

—Que se vaya a tomar por culo. Está con ellos. Con los que quieren liquidarme. Al menos, ¿habrás registrado el libro? Nunca se sabe.

Completamente afligido, Demarco cerró los ojos un momento. Nunzio Mosconi empezaba a perder la razón de modo evidente y no había nadie que pudiera frenar su caída. Tiró el libro al centro de los cuatro metros cuadrados como quien tira comida a los animales del zoo.

—Sí, lo he registrado, el libro no tiene nada. Y voy a pedir que te arreglen la luz.

Volvió a cerrar la puerta. Nano dejó en el suelo el regalo de Escalpelo. *El hombre que atravesaba las paredes*, de Marcel Aymé.

El vigilante continuó por el pasillo de las celdas de aislamiento, se detuvo en la 13 y la abrió.

—Doucey. Consulta con el psiquiatra.

El preso se levantó, fue renqueando hasta los barrotes mientras repetía mentalmente unas palabras de ánimo: «Léo ya no existe. Ya no pienso en Léo. ¿Léo? ¿Quién?».

El psiquiatra acababa de dar las gracias a Demarco y de invitar a sentarse frente a él a Doucey.

—¿Cómo está usted, Antoine?

—Pues bien, la verdad. ¿Y usted?

—No estoy mal, gracias. ¿Cómo van las muelas?

—Ya vi al dentista, me sacó tres. Ahora paso las noches más tranquilo.

—¿Y los sueños?

—Cada vez sueño menos.

Con quince minutos por paciente, el psiquiatra no tenía tiempo para tonterías, ni ganas.

—¿Léo? —le soltó de manera abrupta.

—He entendido perfectamente que aquello estaba mal. Ya no pienso en él.

—Tal vez sea cosa de los medicamentos.

—O yo, que escucho la voz de la razón. Espero hacer tanto por mi curación como esas pastillas.

—Por supuesto —le tranquilizó el psiquiatra, que odiaba tener frente a él a Doucey. Conocía su trayectoria y sus aberraciones. Pero, sobre todo, sabía que esas breves consultas eran inútiles y que ese monstruo saldría de allí tan peligroso como había entrado.

En el trayecto de regreso a su celda, escoltado por otro vigilante, Doucey se preguntó si el psiquiatra tendría hijos. ¿Quizá un niño? También se preguntó si lo ducharía o si se bañarían juntos. Frotar bien por todas partes. Eso es importante. Bajo los brazos. Los muslos. Entre las piernas. Entre las nalgas. Con dedicación y método. Para estar bien limpio. Y Léo, que nunca se había ido muy lejos, recuperó todo el espacio de sus pensamientos.

Demarco abría el camino al nuevo detenido, que llevaba en los brazos una manta apestosa y los productos de baño, cortesía de la administración, y miraba a izquierda y derecha con ansiedad. Una vez en la celda, Demarco le indicó su litera, le mostró a su compañero y desapareció.

Yassine dejó sus cosas encima del colchón, cubierto con una sólida funda impermeable de plástico azul. Recorrió la celda con la mirada y allí donde iban sus ojos había materia repugnante. Su compañero de celda permitió que se instalara antes de entablar conversación.

—¿Cómo te llamas?

—Yassine. ¿Y tú?

—Yo soy el Máquina. Y tú ahora eres Nena.

Yassine lo miró, algo sorprendido. La explicación, somera, llegó a continuación.

—Porque eres maricón.

—Pero... Para nada soy maricón...

El Máquina se levantó y dio unos pasos hacia él, ya animado.

TERCERA PARTE

Home Invasion

Hemos aterrorizado a ese tipo. Si le pidiera que se comiera un brazo, me preguntaría que cuál. Haría cualquier cosa por su familia, al menos tenemos eso en común

ALEXANDRA MOSCONI

Oculto en el coche, a pocos metros del chalé, Franck se había pasado las últimas cuarenta y ocho horas anotando las idas y venidas del matrimonio Alves y de su hija de dieciséis años. La adolescente salía de casa por la mañana a las ocho en punto, con el bolso al hombro y los auriculares atornillados en las orejas, y se encendía un pitillo al doblar la primera esquina. A las ocho y media, el marido aparecía en las escalinatas, intercambiaba un beso con su mujer y la dejaba al cuidado de la casa. El magnífico hogar de una pareja perfecta de los años sesenta. Luego, la mujer se pasaba el día dentro de un reconfortante aburrimiento, entre limpieza, cocina y series alemanas después de comer. Hacia las cinco, salía para hacer algunas compras o se iba de tiendas; la cuestión era no sentirse demasiado encerrada. A las siete, se reunían de nuevo todos para pasar una velada en la que la tele, miembro activo de la familia, los entretendría hasta la hora de acostarse.

Para evitar cualquier sorpresa desagradable, Franck había esperado al segundo día para hacer una repentina visita justo después de comer. Con unas cuantas muestras de perfume dentro de un paquete, simulando una campaña promocional, se presentó con un uniforme de cartero que había comprado en eBay, comprobó que no había mirilla y llamó a la puerta. Isabel Alves abrió e invitó a pasar al cartero mientras iba a buscar un bolígrafo para firmar el acuse de recibo. La mujer solo había mirado el uniforme, sin prestar atención a quien lo vestía. Franck se quedó poco tiempo, el suficiente para asegurarse de que no había alarma, ni perro ni un amigo culturista que se le hubiera escapado durante la vigilancia. Nada de todo eso. Incluso pensó que la familia Alves era tan vulnerable que casi se merecía lo que iba a pasarle.

* * *

Domicilio de la familia Alves

Lunes, 19.00 h

Home Invasion, día 1

—¿Ni siquiera mirilla? —repetía Dorian, decepcionado—. Francamente, esa familia se busca los problemas. Parece que nos están invitando.

—Entonces llamo a la puerta y hago las presentaciones, ¿es eso? —dijo Rino—. De todos modos, ya tengo la frase introductoria.

Dorian frunció el ceño.

—Intuyo que no tendrá mucha clase. Lo harás como un bestia, para variar.

—Si quieres, cuidaré las formas.

No engañó a nadie. En esas situaciones, todos sabían que lo esencial se juega en los primeros segundos y estos debían marcar los ánimos, para prevenir cualquier revuelta o acto heroico.

Alex comprobó por última vez los dos extremos de la calle, poco transitada a esa hora, y dio el pistoletazo de salida. El grupo salió del coche, Dorian y Franck lo rodearon y cogieron dos bolsas de tela negra del maletero. Los cuatro se dirigieron hacia el chalé con paso decidido y por el camino Franck se puso la capucha de la sudadera.

—Deberías quitarte la capucha, no ves lo que ocurre por detrás —le previno Dorian.

Franck se encogió de hombros como un adolescente al que irritan los consejos del abuelo y se adelantó al grupo.

—Veo muy bien lo que pasa por detrás y de todas formas...

Rino puso fin a la frase con una colleja. Franck se volvió, crispado, pero, como no sabía con quién tomarla, se tragó la rabia.

—Vale. No la vi venir. Está bien, me la quito.

Cruzaron la puerta de madera del jardín, pisaron un parterre de flores, subieron los pocos escalones y dejaron las bolsas negras en la entrada. Rinoceronte pasó delante, se colocó frente a la puerta e hizo que le crujieran las vértebras uniendo los omóplatos por detrás. Los otros se apartaron a un lado.

Isabel abrió el horno y comprobó que el gratinado aún no tenía el tono dorado necesario. Sonó el timbre de la entrada y la mujer pidió que alguien se ocupara de abrir. La petición cayó en saco roto; el timbre tocó la misma melodía e Isabel se enfadó.

—Estoy en la cocina, ¿alguien puede ir a abrir?

De la primera planta, una voz estridente respondió al ataque:

—¡Y yo en mi habitación! ¡Estoy al teléfono! —gritó, como si esa fuera la actividad más importante del mundo.

A Tomas Alves le hizo gracia aquello y se levantó del sofá, deformado por el tiempo y el uso. Tras la puerta de cristal opaco, una sombra imprecisa. El hombre abrió sin ningún recelo.

—Buenas noches —saludó.

Rinoceronte lo miró de arriba abajo en dos segundos. Ese cuarentón rollizo, al que una vida de hábitos había vuelto inofensivo, no supondría ningún peligro.

—¿Por quién pregunta? —continuó Tomas, ante el silencio del visitante.

«El cabezazo debe salir de aquí», decía Depardieu golpeándose el pecho en *Los compadres*. La nariz de Tomas estalló con un ruido seco. El golpe le hizo salir despedido tres pasos atrás, desequilibrados, y luego cayó de culo, con las manos sujetándose la cara. Los cuatro intrusos entraron en la casa y Alex cerró la puerta tras ella. Rino agarró al padre de familia de los pelos, lo levantó y lo amenazó, apretando los dientes, con su famosa frase introductoria:

—Escucha, papá, harás exactamente lo que te diga. Si no, te obligaré a follarte a tu hija delante de tu mujer.

Las palabras se convirtieron en imágenes y Tomas se vació de toda energía, petrificado de miedo. Dorian levantó los ojos al cielo, aún le seguía sorprendiendo la perversa imaginación de su compinche, mientras este arrastraba al padre hasta la cocina.

—¿Quién es? —preguntó Isabel, todavía de espaldas.

Luego se volvió, con un paño en el hombro y la cuchara de madera en la mano, y se dio cuenta de que la velada se les había ido de las manos.

Música de fondo en los auriculares, ojeando las lecciones sin mucho interés, la adolescente de la familia todavía no había notado nada. Una silueta pasó por delante de la columna de luz de su habitación y proyectó su sombra en los cuadernos de clase.

—¿Y ahora qué? —soltó en un tono perpetuamente irritado.

Apenas le dio tiempo a volverse cuando recibió una bofetada de esas que te silban en las orejas y te dejan la cara roja.

—Tú, tontita, vas a aprender a hablar bien a los mayores.

Rinoceronte bajó la escalera desde la primera planta al salón controlando a la adolescente con una llave en el brazo bastante dolorosa. La sentó por la fuerza en una silla alrededor de la mesa, donde ya estaban su padre y su madre; Isabel deshecha en lágrimas, y Tomas paralizado, incapaz de ser más fuerte que su miedo. Alexandra se sentó frente a ellos y, con voz neutra, les explicó la situación.

—Espero que disculpéis a mi amigo, a veces incluso a mí me parece demasiado violento, pero a partir de ahora yo me haré cargo de la situación. Si os portáis correctamente, él debería de mantenerse tranquilo.

Los padres y la chica, unidos por el miedo, se lanzaron unas miradas enloquecidas, como para

comprobar que todo aquello era real. Cuatro intrusos acababan de entrar en su casa y ellos estaban a su merced.

—Me llamo Alexandra, y si no ocultamos nuestras caras es porque estoy convencida de que puedo confiar en ustedes. Tomas, ¿tengo razón?

El padre levantó la mirada hacia ella. Un tembleque incontrolable de mandíbula le había vuelto la voz trémula, le chorreaba la nariz y tenía sangre en los labios y la barbilla.

—Haremos todo lo que quieran. Pueden llevarse todo. Tengo algo de dinero arriba, si es eso lo que buscan.

Alexandra juntó las manos encima de la mesa y luego cambió de interlocutor. Pasó de la madre a la hija.

—Usted debe de ser Isabel... y usted Aurélie.

Al oír a una desconocida pronunciando sus nombres se pusieron tensas.

—Si todo va bien, mañana por la noche nos habremos ido. Dentro de veinticuatro horas exactamente. Pero, antes de nada, denme sus móviles.

Tomas dejó su teléfono en la mesa y Dorian escoltó a Isabel hasta la cocina para que recogiera el suyo. Una humareda intensa empezaba a salir del horno y Dorian la invitó a salvar el asado porque, probablemente, esa noche también los alimentaría a ellos. El hombre observó a Isabel, una morenita apetecible y generosa como un bollito de yema que, demasiado nerviosa, estuvo a punto de volcar la bandeja al sacarla. Dorian cogió un paño.

—Deje, yo lo haré.

Puso la bandeja en la cocina mientras Isabel iba a buscar su teléfono, que estaba en la encimera, justo al lado del cajón de los cuchillos, abierto. Su mano se detuvo cerca de una de las largas hojas. Dorian se acercó a ella por detrás, se pegó a su espalda y se inclinó sobre su oreja.

—¿Y después? ¿Qué harías?

Isabel se estremeció, luego cerró el cajón, cogió el móvil y se lo entregó.

Bajo la mirada inquieta de Tomas, Rino acompañó a Aurélie a su habitación para buscar allí su teléfono. Una vez en la planta alta, la chica se dirigió a la mesa de estudio y rebuscó debajo de los cuadernos. El cuerpo de Aurélie era tan sexy como el de su madre con veinticinco años menos. Al ver que el sujetador le mordía la carne por debajo de la camiseta, un impulso invadió al cara marcada. La agarró del culo y la sobó sin delicadeza.

—Espera, voy a ayudarte. A lo mejor está aquí, en el bolsillo trasero del pantalón...

La chiquilla perdió el equilibrio con la rudeza del gesto, apoyó las dos manos en la mesa, apretó los dientes y cerró los ojos. Detrás de ellos, se oyó una voz:

—¿Qué estás haciendo?

Rino se volvió y se encontró a Franck de frente.

—¿Quieres probar? —le preguntó.

—¿Y tú? ¿Quieres que se lo cuente a Alex?

Rino levantó la mano como si la hubiera puesto sobre una plancha caliente.

—Te la dejo. Dos pulguitas, os entenderéis.

Una vez hubo salido la amenaza de la habitación, Aurélie se atrevió a darse la vuelta, tendió el teléfono a Franck y, por descuido, se tocaron las manos. Durante un extraño segundo, la chica se fijó por primera vez en el verde de los ojos del hombre y a él le gustó el negro profundo de los de ella. La cría estuvo a punto de darle las gracias, pero recordó la situación en la que estaban y se echó atrás. Aurélie se dirigió hacia la puerta y, al pasar delante de Franck, tiró de la camiseta como para taparse el culo, en un acto reflejo de adolescente rellenita acomplejada.

Ya estaban todos los teléfonos encima de la mesa y la familia se volvió hacia Rino cuando arrancó los cables de internet de un tirón, por si acaso. Alex reanudó la conversación donde la había dejado.

—Mañana, Aurélie se pondrá enferma. Isabel, usted llamará al colegio para avisar de que no irá.

—Alex se interrumpió, irritada con los resoplidos incesantes de la madre—. Mierda, contrólate un poco, ¡deja de lloriquear! Hay que aguantarse, cariño. Estamos en tu casa y no tienes elección. Así que coge un pañuelo y escúchame.

Isabel se secó las lágrimas con el dorso de la manga y el rímel se le corrió, dibujándole dos ojos negros como el betún.

—Bueno, llamarás al colegio y pasaréis el día con nosotros esperando pacientemente a que regrese Tomas. En cuanto a vosotras, es bastante simple, solo tenéis que esperar.

Alex se volvió hacia el padre.

—En cuanto a usted, Tomas, es algo más complicado. Pero sé que quiere lo bastante a su familia para hacer lo que vamos a pedirle. La noche va a ser larga para todo el mundo, tendré tiempo de explicárselo. —Alex apoyó una mano en su antebrazo—. ¿Usted es el responsable del almacén de pruebas del juzgado?

Martes, 8.30 h

Home Invasion – *Día 2*

En la entrada, Tomas descolgó el abrigo y se lo puso despacio, primero un brazo y luego el otro. Miró el salón, donde aún estaban los dos colchones en los que habían intentado dormir, vigilados. Isabel y Aurélie cerraron los ojos durante unas pocas horas a mitad de la noche. Él se había mantenido despierto en todo momento, con un fuego ácido en el estómago.

A unos pasos de la puerta, Alex se terminaba el café. ¿Qué haría ella en la situación de Tomas, si cuatro intrusos amenazaran a los suyos? Antes morir que agachar la cabeza. Habría sangre por las paredes. A los Mosconi nadie los toca. Alex se acercó a Tomas y abrió la puerta, dejando que entrara el frescor de la mañana.

—Aún tienes la nariz hinchada. Tenemos suerte de que no te la haya roto. Dirás que estás acatarrado, deberían tragárselo.

—Nadie se fijará —respondió muy bajo Tomas al tiempo que cogía su maletín.

—Me da la impresión de que poca gente se fija en ti.

—Sí, ustedes, desgraciadamente.

—Haz lo que tienes que hacer. Yo no le quitaré ojo a tu familia. Nadie les hará daño, a no ser que tú nos obligues. —Alex le entregó su móvil—. Desde ahora, tú decides.

Una vez fuera, con el maletín en la mano, Tomas pensó en todos los escenarios posibles. Solo podía adoptar una actitud para garantizar la seguridad de su mujer y su hija. Colaborar. Un coche de la policía pasó a lo lejos. Tomas lo ignoró y se subió al suyo.

Alex se sentó a la mesa donde ya estaban Isabel y Aurélie. El pánico había pasado. Rehenes en su propia casa desde hacía más de doce horas, ahora estaban resignadas, pensando solo en sobrevivir. Sumisas y prisioneras.

—Vamos a necesitar más café —ordenó Alex.

Isabel se levantó y desapareció en la cocina. Franck rebuscó en el bolsillo de la sudadera, sacó un cigarrillo y se lo ofreció a Aurélie.

—Es la hora de tu cigarrito, ¿no?

La chica no supo qué responder, sorprendida.

—Te he observado durante dos días. Sé que te apetece.

Aurélie ladeó la cabeza en dirección a la cocina, dudó un instante y luego aceptó el pitillo y lo encendió con el mechero que le tendía. Unas profundas caladas, como oxígeno puro. Su madre volvió a aparecer con una cafetera en la mano. Aurélie intentó en vano esconder el cigarrillo debajo de la mesa mientras Isabel llenaba las tazas. Cuando lo hizo, se volvió hacia su hija.

—Dame una calada.

—No sabía que fumaras.

—A escondidas, como tú.

Esa complicidad pasajera las acercó por un instante. Pero Rhinocéros, después de haberse dado una ducha, bajó de la primera planta y se unió a ellas. Su mirada viciosa escudriñó los cuerpos. La tensión y la angustia volvieron a ocupar sus puestos. El cara marcada, con una camiseta blanca de tirantes y el pelo aún mojado, había utilizado la colonia de Tomas y olía a él. A Isabel, esa asociación le revolvió el estómago.

* * *

—¿Se encuentra bien, Tomas?

Tomas se dio cuenta de que tenía en la mano el documento del que quería hacer veinte copias y de que la fotocopidora solo escupía papel en blanco. Su compañera, con un pesado expediente en brazos, lo observaba divertida.

—¿Una noche de perros?

«Más bien —pensó—. Unos tarados retienen a mi familia y yo tengo que robar en el despacho de un juez de instrucción.»

—No, no, tengo la cabeza en otra parte —se limitó a responder.

Aún no había recibido ninguna solicitud de la tercera planta. A las diez, procuró armarse de paciencia. A las once, sufrió una crisis de angustia, escondido en el cuarto de baño. Pero ya eran las tres y su estado de estrés se reflejaba claramente en la cara, lívida y enfermiza.

Para calmarse, se repitió una vez más las instrucciones que había recibido la víspera: «Meterás una de nuestras bolsas en tu maletín. A lo largo de la mañana, te llamará un juez para que le llesves una prueba. Comprueba que se trata de un reloj y que el procesado es Nunzio Mosconi. Tú se la

llevas amablemente, luego esperas hasta que esa planta se quede vacía al final del día. Usa como pretexto que llevas retraso en tus expedientes, di lo que quieras, pero sé convincente. En nuestra bolsa encontrarás una barra de hierro. Uno de los lados está aplanado; utilízalo de palanca para forzar el despacho del juez y lo mismo con los cajones. Consigue el reloj, pero no solo eso. Hay que cubrir las pistas. También robarás una decena de expedientes al azar y el disco duro. Los policías tienen que creer que el robo del reloj es accesorio. Casi una casualidad, mala suerte. Juega en nuestro equipo, es el único modo de salvar a tu familia».

«Es el único modo de salvar a tu familia.» Como una melodía que se te queda grabada, esa frase dio vueltas en bucle en la cabeza de Tomas hasta las seis, momento en que decidió telefonar a Alex.

* * *

Uno habría dicho que el abogado estaba a menos de diez centímetros del teléfono, porque descolgó al primer timbrado.

—Acabo de hablar con el tipo de dentro —arremetió Alex—. Ninguna noticia del juez de instrucción.

—De «la» jueza de instrucción. Lo sé, no va a llamarle —confirmó Tiretto.

Alex resopló su descontento en el auricular.

—Dijiste que pediría que le subieran las pruebas la víspera de las entrevistas. ¿Tenías una mierda de información o qué?

—En absoluto. El perito joyero es el que nos ha metido en esto. Tenía que pasar por el juzgado a recoger el reloj, pero ha cambiado de opinión y ahora solicita que le sea entregado. De manera que el peritaje se hará en la sede central de Van Cleef and Arpels, en París, y, si resulta positivo, la jueza está dispuesta a devolverlo. En vista de que la prueba se llevará desde el juzgado directamente al perito, la jueza no ve ningún motivo para custodiarla en su despacho.

—¿Quieres decir que se ha acabado? ¿Que hemos perdido la vía de escape?

—Algo así.

—Espera, hemos aterrorizado a ese tipo. Si le pidiera que se comiera un brazo, me preguntaría que cuál. Haría cualquier cosa por su familia, al menos tenemos eso en común. Solo tengo que decirle que coja el reloj y que nos lo traiga. Él es el responsable de ese puto almacén, ¿no?

—Responsable o no, hay reglas. Para sacar una prueba hay que firmar un registro. Este lo gestiona una secretaria que está tras una mampara de cristal blindado. Si el reloj desaparece, bastaría con consultar el registro y la atención se centraría inmediatamente en el señor Alves. Ustedes quizá lo hayan asustado tanto para que tenga ganas de olvidarlos lo antes posible; sin embargo, si la policía se

le echa encima y lo presiona, ¿está segura de que aguantará? ¿Estaría dispuesta a arriesgar su libertad en esta jugada? ¿Y la de Dorian? ¿Y la de su hermano?

—Te encuentro muy tranquilo para no tener un plan B, Tiretto.

El abogado dejó transcurrir unos segundos.

—Desgraciadamente, el plan B siempre es más arriesgado.

—Cuenta, y con detalle, porque tengo una banda que mantiene a una familia como rehén desde anoche y voy a tener que explicárselo sin ponerme en ridículo.

Desde el principio, Tiretto había esperado que llegaran a ese punto. Desde el principio, el plan A estaba pensado para que fracasara y llegar al plan B, el único que interesaba de verdad al abogado. Que la jueza de instrucción no hubiera llamado a Tomas no le extrañó, porque eso jamás entró en sus planes. Pero Alex Mosconi tenía que estar con el agua al cuello, en plena *home invasion*, para no tener otra elección que optar por el plan B. La partitura que el abogado se disponía a tocar en ese momento era un solo que no admitía ningún desafíe.

—Habrá que hacerse con el reloj donde esté. Es la única solución antes de que desaparezca.

Le tocaba a Alex tomarse un tiempo para ser consciente de lo que el abogado estaba diciendo.

—No nos estarás proponiendo que asaltemos el almacén de pruebas del juzgado de Bobigny, ¿no?

—Lo sé. Parece una temeridad, pero creo que puede llevarse una sorpresa. Hable de ello con el señor Alves. Usted tiene al mejor infiltrado y la mejor banda para conseguirlo. Permítame que le envíe algunos datos al móvil.

* * *

En vista del fiasco de la operación, llamaron a Tomas para que volviera a su casa, y durante el camino de vuelta este no pudo impedir que su cerebro imaginara lo peor. ¿Aquellos miserables las habrían tocado? ¿Las habrían golpeado? ¿El cara marcada habría subido a la planta de arriba con Isabel? ¿Habría cerrado la puerta del dormitorio tras ellos para mayor intimidad? A no ser que Aurélie hubiera sido el objetivo. Ante semejante idea, golpeó el volante del coche y estuvo a punto de atropellar a una anciana al saltarse un semáforo.

Cuando abrió la puerta del chalé, su mujer y su hija se le echaron al cuello y, pese al lío asqueroso en el que se encontraba, se preguntó desde hacía cuánto tiempo Aurélie no le había mostrado semejante arrebató de cariño. Luego cruzó la mirada con Alex y, detrás de ella, con Rino. El lío asqueroso volvió a aflorar al instante.

—Le prometo que no he recibido ninguna llamada. Hasta he subido a la planta de Instrucción. Los despachos están acristalados y ahí no he visto ninguna prueba que destacase.

—Lo sé —lo tranquilizó Alex—. Todo va bien.

Tomas pasó el brazo por los hombros de su mujer y el otro por los de su hija, y si no hubiera sido por las caras cansadas y por las ojeras azules, podría haber sido una foto de familia para enmarcar.

—Sabe que no diremos nada a nadie —suplicó Tomas.

—No tengo ninguna duda al respecto —le aseguró Alex, y cerró la puerta de entrada con la punta del pie—. Porque nos quedamos.

Miércoles, 6.00 h

Home Invasion, día 3

Antes del amanecer, el móvil de Alex vibró en el sofá, donde había dormido. A sus pies, encima de un colchón sobre el suelo, Tomas, agotado, había sucumbido al sueño abrazado a su hija y a su mujer. Alex se restregó la cara para despertarse y abrió el mensaje que acababa de recibir: una serie de nombres, de delitos penales y de números de procedimientos, que le había enviado el abogado. Primera etapa de la operación, el plan B podía empezar.

Alex había pasado buena parte de la noche explicando la propuesta de Tiretto. Franck la había aceptado porque Nano era su primo y la familia estaba antes que nada. Dorian la había aceptado por amor. «Hasta el infierno», añadió. Y Rino lo había aceptado porque el golpe parecía tan peligroso como legendario. Solo faltaba poner al tanto a Tomas Alves.

Quince minutos más tarde, la banda estaba en torno a la mesa del salón con las tazas llenas de café. Tomas se vio en el centro de esa reunión, sin su mujer y su hija, a las que habían ordenado que se quedaran en la cocina.

—Describeme el almacén de pruebas —le pidió Alex.

Sorprendido con la pregunta, buscó las palabras. Impaciente, Rino cogió la cafetera caliente y la colocó encima de su cráneo, con la boca ligeramente inclinada.

—¿Necesitas cafeína o vas a despertarte solo?

—Está en la planta baja. Hay un despacho con una secretaria que recibe y registra las pruebas. Al fondo de ese despacho, hay una escalera de caracol que baja hacia un almacén de doscientos metros cuadrados, donde se guardan las pruebas.

—¿Y tú puedes entrar ahí sin que te controlen?

—Siempre que no lleve ni saque algo, la secretaria no tiene por qué preguntarme nada.

Alex empujó su teléfono hacia Tomas.

—Lee. Es una lista de nombres de distintos procedimientos y las pruebas de cada uno de ellos que

nos interesan. Hoy tendrás dos cosas que hacer, dos cosas muy fáciles. Cada prueba lleva un número de registro, es el único dato que no sabemos. Irás al almacén, localizarás su ubicación y apuntarás el número. Es todo. ¿Podrás hacerlo?

—Sí. Realizo controles a menudo. Eso no tendrá nada de raro.

—También necesitaremos un plano de la planta baja. —Le tocó el turno a Franck—. Oficina por oficina. Con todos los accesos.

Tomas frunció el ceño, incómodo.

—¿Con los accesos? Algunos son salidas de emergencia, por si ocurre algo en el juzgado o la policía tiene que sacar urgentemente a algún detenido; esa clase de información no se encuentra fácilmente. Ni siquiera yo los conozco todos. Como mucho, puedo hacerles un dibujo de memoria, pero no les aseguro que sea exacto.

Dorian se echó un segundo azucarillo en el café antes de tomar la palabra, bastante orgulloso de poder utilizar por fin su experiencia.

—No te preocupes por eso, los bomberos ya han hecho el trabajo por ti. Bastará con que te hagas con las consignas de evacuación en caso de incendio. Por ley, tienen que estar enmarcadas en cada planta de todos los edificios de la administración con el plano concreto del lugar.

—¿Cuántas entradas hay al juzgado? —preguntó Alex.

—Una para el público y cinco más para los trabajadores.

—¿Cuál es la que está más cerca del almacén de pruebas?

—La de la parte trasera. La llaman la «entrada de los artistas». Por ahí entran los policías y los gendarmes para depositar los procedimientos y las pruebas.

Alex se volvió hacia Franck.

—Primo, hoy vas a tomar el aire. Pasa discretamente por delante con el coche y nos haces un balance de la seguridad exterior. Del interior, ya nos ocuparemos más adelante.

Aurélie salió de la cocina y dejó en la mesa lo que su madre consideraba apropiado para un desayuno.

—¿Están dispuestos a hacer lo que pienso? —dijo Tomas, preocupado.

—Pensar es exactamente lo que te pedimos que no hagas —lo llamó al orden Rino—. Recuerda lo que está en juego y lo que podrías perder. —Y, sin apartar la mirada de Tomas, acompañó su amenaza pasando la mano por las caderas de Aurélie, que se estremeció de asco. Luego, dirigiéndose a toda la familia, añadió—: Ahora largaos de aquí. Meteos en la cocina, sentaos en el suelo y cerrad el pico.

Después de que se fueran, Rino se inclinó hacia Alex y bajó la voz.

—¿Por qué vamos a jodernos robando varias pruebas? Eso alargará el tiempo del asalto.

—Si solo desapareciera una, sería como firmar el robo con nuestros nombres. Si desaparecen cinco, se instala la confusión.

—¿Y por qué las de esa lista en concreto?

—Doce gramos de costo y una navaja no llamarían la atención. Según Tiretto, las que él ha seleccionado son de procedimientos con auténticos cabrones entre rejas. La clase de robo que va a llevar a la poli de cabeza y les hará correr en todas direcciones.

—En resumen, muy divertido —señaló Dorian.

* * *

Al final de la tarde, Franck detuvo el coche a diez metros de la entrada trasera del juzgado. Enfrente de esa entrada había un paso de peatones que le proporcionaría el tiempo que necesitaba. Esperó unos minutos y luego apareció un grupo de críos, unos colegiales revoltosos y ruidosos con la mochila a la espalda. Cuando se acercaban al paso de peatones, Franck arrancó, llegó en el mismo momento en que cruzaban y se detuvo para dejarlos pasar. Así dispuso de diez segundos para escanear tranquilamente el lugar con total impunidad. Luego arrancó de nuevo.

A menos de quince metros, en el mismo edificio, Tomas había bajado por la escalera de caracol y se encontraba en el sótano anotando en un papel los números de las pruebas que Alex había seleccionado. Cuando terminó, volvió a subir a su despacho en la segunda planta y esperó a que acabase el día. Se puso el abrigo a las 17.59 y salió a las seis en punto.

* * *

Domicilio de la familia Alves

20.00 h

El repartidor de pizzas no sospechó ni por un instante lo que pasaba detrás de la puerta de esa casa. Dorian pagó, añadió la propina, el tipo volvió a montarse en su escúter roja y salió pitando hacia la siguiente dirección de su recorrido.

De la cena ya solo quedaban las cajas vacías y grasientas, que recogieron y sustituyeron por el plano de evacuación de incendios y la lista, escrita a mano, de los números de las pruebas y su ubicación aproximada. Rino la cogió y se quedó bloqueado en un número.

—¿Este es un 8 o un 3?

Tomas se inclinó y lo leyó:

—«2015/58/1.» Año 2015, prueba número 1, procedimiento 58. Es un 8.

—No es por nada, pero escribes como un niño de cuatro años.

—Ya lo sé, lo siento. No es que estuviera muy relajado.

Mandaron a Isabel y Aurélie al sofá y la reunión continuó donde se había quedado la víspera, con Alex al mando.

—Te escuchamos, Franck.

—Lo he observado bien y me parece raro. Hay mucha seguridad y probablemente muchos guardias, pero son invisibles. No sé muy bien dónde están situados y eso me preocupa bastante.

Cogió de un extremo de la mesa un cuaderno de notas en el que había esbozado unos dibujos del exterior del juzgado y había añadido algunas anotaciones. Lo puso todo delante de él, a la vista de la banda y de Tomas.

—Vale. La entrada es por esta calle. Primero, una verja reforzada con un puesto de control. Detrás, un pequeño patio que da al vestíbulo de entrada con doble puerta y otro puesto de control; lo supongo porque solo he visto a tres tipos con traje negro, de una empresa privada de seguridad, fijo. Y, según Tomas, después de ese control, inmediatamente a la derecha, una puerta con código de acceso que da a la secretaría de la oficina de pruebas, protegida por una mampara antibalas. Allí por fuerza tiene que haber cámaras de vigilancia, pero no he tenido tiempo de encontrarlas. Esto no es ni mucho menos lo que nos ha vendido Tiretto.

—¡Está tres veces más vigilado que una joyería! —dijo Dorian, furioso.

—¡Cabrón de abogado! —soltó Alex—. Según él, tendría que ser fácil...

—Necesitaremos más gente. Armas. Varios vehículos y probablemente uniformes de policía. Es una preparación que exige al menos tres días más. Bueno, si al final nos decidimos a hacerlo porque, entre nosotros, huele a esposas —terminó Franck.

Tres días más... Tomas los había oído; luego se volvió hacia su mujer y su hija. Buscó fuerzas en el miedo que ellas sentían y en el amor que ambas le inspiraban. Dentro de toda la complejidad de aquella situación, su mente se había mantenido despejada, como frente a una evidencia. La mejor manera de ayudar a los suyos era formar parte de esa banda y colaborar para que tuviera éxito. Decidió hacerse cargo del asunto.

—Si me permiten... El abogado tiene razón y ustedes ven problemas donde no los hay.

Los cuatro lo miraron atónitos. Alex empujó el cuaderno de notas hacia él.

—Esa es la actitud que espero de ti desde el principio. Hazme el favor.

Tomas consultó rápidamente las notas, luego apoyó los codos en la mesa inclinándose hacia las notas, como si trabajaran juntos desde siempre.

—Rehagamos el trayecto obstáculo tras obstáculo, ¿de acuerdo?

Isabel y Aurélie, sorprendidas, escucharon cómo Tomas tomaba el mando.

—Para empezar, la primera verja. Pueden olvidarse de ella. Siempre está abierta, y el primer puesto de control, vacío.

—¿Es para despistar al personal? —quiso saber Dorian.

—No. El mecanismo de la verja está roto y no hay presupuesto para poner a un guardia. Luego, el vestíbulo de entrada del que hablan ustedes, solo son dos puertas batientes de madera que también están siempre abiertas. Los vigilantes del segundo puesto de control efectivamente pertenecen a una empresa privada de seguridad, pero no tienen armas ni medios de defensa. Son cuatro, generalmente subsaharianos, y algunos ni siquiera tienen papeles. Los cambian cada dos o tres semanas, así que ninguno conoce realmente el trabajo. Les endilgan mil quinientos euros al mes para hacerse pasar por vigilantes. Los llaman los «pagados para estar de pie». Únicamente están ahí para intimidar.

—Pero ¿al menos tendremos que usar los uniformes para entrar?

—No es necesario. Los policías de la judicial van de civil, por ejemplo, igual que los trabajadores del juzgado que usan esa entrada.

—Entonces ¿hace falta enseñar una credencial o una tarjeta?

—Les digo que pasan de todo. Teniendo en cuenta su sueldo, ni siquiera controlan los puestos de videovigilancia. Casi ni levantan la mirada cuando alguien se presenta. Una vez que entren, llegarán al puesto de la secretaria de pruebas. La puerta con código de acceso tampoco es problema porque solo está cerrada entre las doce y la una, en el rato de la comida. El resto del tiempo, la entrada es libre, de manera que bastará con que se presenten a las 11.58. A ningún policía se le ocurriría ir a dejar una prueba durante las horas de cierre, la puerta estará abierta y ustedes tendrán muchas posibilidades de que nadie los moleste.

—¿Y la mampara antibalas entre la secretaria y nosotros?

—Hay una abertura en la parte inferior para pasar las pruebas. Bastará con meter el brazo y amenazar a la secretaria con un arma. No dudará en apretar el botón que abre la puerta y ustedes estarán dentro.

—¿Y no hay otro botón para activar una alarma? Debajo de la ventanilla, por ejemplo, disimulado, como en los bancos.

—Sí, pero no debajo de la ventanilla. Está a dos metros de su silla; no corren ningún riesgo.

—Vale, ¿y una vez dentro?

—Al fondo del despacho hay una escalera de caracol; la bajan con la secretaria, la atan en algún sitio, hacen lo que tengan que hacer y salen de allí. —Tomas cerró el cuaderno de notas y lo empujó al centro de la mesa antes de concluir—: En resumen, necesitan un arma, un coche y sangre fría. Y eso es todo, ya está preparado el golpe.

Un silencio siguió a la inesperada demostración de Tomas y, pese al peligro y el miedo, Isabel descubrió una faceta desconocida de su marido y se dio cuenta de lo que estaba dispuesto a hacer por ellas. Rino, por su parte, se negaba a creer en ese plan, tan sencillo que parecía sospechoso.

—Imposible. Es imposible. O te estás riendo de nosotros en la cara o quieres que nos pillen. Lo que nos acabas de contar parece una broma.

Tomas no se dejó desarmar.

—Y el robo de cocaína en la Dirección General de la Policía Judicial, la sede central de la élite de la policía, ¿era imposible? El tipo llegó con dos bolsas de deporte, a pleno día, entró en el almacén de pruebas, robó cincuenta y dos kilos de coca y salió como si acabara de hacer la compra en el supermercado. Cuando nunca te asaltan o te roban, los dispositivos de vigilancia se reducen y todo el mundo pasa de todo, hasta que al final todas las puertas se quedan abiertas. A eso se le llama la fuerza negativa de la costumbre. En resumen, lo que es una broma es la seguridad en los edificios de la administración, no mis explicaciones.

Acababa de dar una lección a Rinoceronte sin darse cuenta. Este último se levantó, humillado, y se largó a registrar la nevera. Con un gesto de tranquilidad, Alex aconsejó a Tomas que no presionara demasiado. El cara marcada era un animal peligroso y Tomas estaba al principio de su cadena alimenticia.

—Franck, vuelve al loft y consigue algo con lo que intimidar a la secretaria —soltó Alex.

—Tengo la pistola y el revólver que usamos en la última joyería.

—Encuentra algo mejor. Algo que impresione. Un atraco es igual que la publicidad: impacta el marketing y la imagen.

Antes de salir, Franck, con la sudadera al hombro y las llaves del coche en la mano, se acercó a la ventana de la entrada y levantó la esquina de la cortina para echar un vistazo a la calle.

—¿Cuándo vuelves?

Aurélie estaba justo detrás de él, ya con la cara agachada por haberse atrevido a hablarle.

—Dentro de una hora, máximo dos.

La chica abrió ligeramente la boca, se echó hacia atrás y se dispuso a dar media vuelta. Franck la sujetó del brazo.

—No te alejes de Alex. Y nunca te quedes sola con Rino. No tardaré mucho.

Franck abrió la puerta y Aurélie lo miró desaparecer en la noche. Dieciséis años, rebelde, confundida, acomplexada, con una tormenta hormonal en pleno síndrome de Estocolmo. La chica lo detestaba por lo que le hacía pasar a su familia. Lo detestaba tanto como lo habría besado...

Jueves, 11.00 h

Home Invasion, día 4

Dorian no paraba de dar vueltas de la cocina al salón. La idea de cometer un atraco con Alexandra, así como si nada, le parecía suicida. Suicida, por lo tanto romántica. Todo se basaba en la confianza que ella tenía en Tomas y en el miedo que Tomas le tenía a ella. Un delicado equilibrio.

Alex repasaba mentalmente las tareas de cada uno. Tomas Alves ya estaba en la oficina, para no despertar sospechas. Franck en el coche, a diez metros del juzgado, para salir de allí a una velocidad proporcional a las complicaciones con las que se encontrarán. Dorian y ella, vestidos de policías de paisano por un día, dispuestos a conseguir la Palma de Oro a la interpretación, mientras Rinoceronte vigilaba a la madre y a la hija. Alex lo observó mientras hacía flexiones, con los pies en el suelo y las manos en el cuarto escalón de la escalera, y confiaba en que no interpretara el papel de tirano perverso durante la hora que durara la operación.

Aurélie salió del cuarto de baño, duchada y vestida. Se dispuso a bajar la escalera y se dio cuenta de que el camino estaba bloqueado. Rino la vio, se levantó y se pegó a la pared. Encima de su cabeza, una foto de la familia Alves, con botas de nieve en una estación de esquí, cuando la hija tenía ocho años.

—Vamos, pasa. No te tocaré —le prometió con una sonrisa de carnívoro que él debía de considerar tranquilizadora.

La adolescente bajó tímidamente los primeros escalones. Se había secado a todo correr y lamentaba que su camiseta se le pegara a la piel húmeda, revelando unas redondeces del gusto de Rino. Este la olfateó como un perro cuando ella pasó a su altura y, a propósito, ocupó más espacio en la escalera para que los dos cuerpos se rozaran. Isabel había visto la escena desde el extremo del salón y clavó los dedos en el cuero del sofá. Al cara marcada le hizo gracia ver cómo se crispaba, completamente impotente.

—Mamá, yo en tu lugar estaría preocupado. Tu hija es una salida, debe de haberlo heredado de ti.

Te va a resultar muy difícil atarla en corto. Estoy seguro de que si hubiera chicles con sabor a polla, tu hija se pasaría el día mascándolos —dijo, y soltó una enorme carcajada de lo gracioso que le había parecido.

Tampoco a Franck se le había escapado nada de aquella humillación gratuita y, mientras sacaba de una bolsa de deportes ropa limpia y algún disfraz que había recogido en el loft, su mirada se cruzó con la de Aurélie, que tenía los ojos inundados de lágrimas. Cerró la cremallera de la bolsa con un gesto seco y se dirigió hacia la cocina.

—¿Puedo hablar contigo, Alex?

—No hace falta. Ya lo sé. —Luego Alex se dirigió a todos—: Empezamos. Dorian, prepárate. Rino, tú al coche. Franck, tú vigila a la familia.

Rinoceronte, en mitad de la escalera, plantó las manos en la barandilla y se inclinó hacia los otros, visiblemente contrariado.

—¿Desde cuándo cambiamos los planes diez minutos antes de empezar? Yo era el que tenía que quedarse aquí.

—¿Y qué quieres que contemos en la isla? ¿Que dimos el golpe mientras tú hacías de niñera? —se burló Alex.

Rino pasó de Franck a Aurélie, con pinta de malvado, y atrapó al vuelo las llaves que Dorian le lanzaba por encima de la mesa.

—Me sé la dirección. Siempre podré hacerle una visita uno de estos días —añadió, para no quedar en ridículo.

* * *

Juzgado de primera instancia e instrucción de Bobigny

11.54 h

El coche frenó despacio hasta detenerse en el lugar previsto. Alex se había puesto una peluca rubia con corte cuadrado para ocultar su pelo castaño y lentillas azules encima de sus ojos verdes.

—Estás guapa de sueca —le piropó Dorian.

Dorian, solo un par de gafas y un bigote fino. No hacía falta nada más para que las descripciones de los atracadores que se dieran a la policía estuvieran bastante alejadas de su apariencia real. La triquiñuela, por muy superficial que fuera, había funcionado en cinco joyerías; no había razón para cambiarla ese día.

—Si todo acaba como el rosario de la aurora, te largas de aquí y recoges a Franck, ¿entendido? No te preocupes por nosotros; de todos modos no podrías hacer nada.

Rino apagó el motor y confirmó que había entendido. Dorian se ajustó el cuello de la camisa y los faldones de la chaqueta, que había elegido de color gris para conjuntar, excepcionalmente, con un vaquero azul oscuro y no parecer demasiado elegante. Algo más policía que hombre de negocios. En ese momento, una preocupación le rondaba la cabeza.

—En realidad, ¿cómo se hace para parecer un poli?

—Frunce el ceño y mira a la gente por encima del hombro, y ya deberías estar metido en el papel —le aconsejó Rino.

—¿Estás preparado, mi niño? —preguntó Alex.

—Hasta el infierno.

Entonces, mientras franqueaban, tal y como había indicado Tomas, la primera verja abierta y el puesto de control desierto, la adrenalina desaguó como un torrente por las venas de los atracadores.

«Hasta aquí va bien. Hasta aquí va bien», decía Steve McQueen en *Los siete magníficos*.

El patio pequeño. A cinco metros del siguiente obstáculo. Por el camino, Alex se ordenó el pelo rubio con una mano y Dorian fingió consultar el móvil. Unos gestos naturales para parecer naturales. Al final del patio, empujaron la primera puerta batiente del vestíbulo de entrada y se encontraron en una sala acristalada, en la que seis monitores barrían aleatoriamente lo que filmaban las cámaras de vigilancia en diferentes lugares del juzgado. En el centro de la sala estaban los guardias de seguridad, cuatro gigantes africanos, de los que el más pequeño ya era muy grande, que solo echaron una mirada sin mayor interés a Alex y a Dorian antes de que estos empujaran la segunda puerta batiente y los dejaran atrás.

Ya estaban dentro del juzgado, con centenares de policías, abogados y jueces cuatro plantas por encima de ellos.

Aún faltaban unos metros más para llegar a la puerta con código de acceso, en la que Dorian plantó toda la palma de la mano como para sentir el pulso. Dejó pasar un segundo, casi seguro de que estaría cerrada o de que sonaría una alarma.

Detrás de ellos aparecieron tres uniformes azules acompañados de un abogado con toga negra que iban charlando. Dorian y Alexandra se sentían tan visibles y vulnerables que tuvieron la sensación de vestir un traje de payaso con la nariz roja y unos zapatos del número 64. Sin embargo, los tres policías los miraron y saludaron respetuosamente a los que creyeron compañeros vestidos de civil. Siguieron con su charla, luego se metieron en un ascensor al final del pasillo y el corazón de los dos atracadores recobró un ritmo normal mientras se cerraban las puertas automáticas.

—¿Tan fácil? —resopló Dorian.

—Aún no hemos terminado.

Dorian puso la mano en el pomo y lo giró. Dos pasos más y se encontraron frente a una chica de

unos veinte años, delgada y con unas gafas redondas sujetas con un cordón, inclinada sobre una decena de procedimientos y de pruebas para registrar, separada del pasillo por un grueso cristal. La puerta se cerró sola tras ellos. La secretaria levantó la mirada en su dirección, ya cansada ante la idea de tener más trabajo. Comprobó la hora y una ligera esperanza iluminó su rostro: las 11.58.

—Lo siento, es la hora de comer. Tendrán que volver a la una —soltó al tiempo que se ajustaba las gafas de abuela.

Dorian metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó lo que Franck había ido a recoger al loft. Quitó la espoleta de la granada, la mantuvo firmemente sujeta en la mano para que la palanca de contacto no saltara, pasó el brazo por la abertura en la parte baja del cristal antibalas y se la plantó en las narices a la secretaria, a la que el objeto metálico estriado dejó paralizada. Luego hizo una adaptación de Jacques Audiard para la situación.

—Si haces cualquier gesto sospechoso te hago estallar como un puzle de cinco mil piezas. Abre o te reviento.

Hipnotizada por la granada, la secretaria apretó el botón de apertura y la última puerta se abrió con un chasquido metálico. Alex pasó la primera mientras Dorian volvía a insertar la espoleta con cuidado.

—Vamos al sótano y tú te vienes con nosotros. Levántate —ordenó Alex a la secretaria.

La chica no se movió, empezó a parpadear detrás de las gafas y su cara adquirió un tono blanquecino que Dorian había visto a menudo en los dependientes de las joyerías que visitaban.

—La estás perdiendo. Haz que reaccione —dijo Dorian.

El bofetón de Alex tuvo el efecto esperado y la secretaria, con la mano en la mejilla, al fin prestó atención.

—He dicho que vamos al sótano y que tú te vienes con nosotros. Levántate.

Cuando bajaron la escalera de caracol, se quedaron boquiabiertos. Doscientos metros cuadrados de estanterías apretujadas a distintas alturas, el equivalente a un tesoro de guerra del tamaño de dos campos de fútbol. Cerca de cinco mil pruebas, de todas las formas y tamaños, relatando la historia criminal de los últimos años de Sena-Saint Denis. A Dorian lo invadió un vértigo bulímico.

—Alex, mira esto. Hay droga, dinero, joyas, documentos comprometedores que nos comprarían a precio de oro. Es el atraco definitivo, todo en uno. Sería de locos coger solo cinco.

Alex se sacó del bolsillo de su chaqueta una bolsa de tela fina hecha una bola del tamaño de una mandarina que, una vez desplegada, tenía bastante capacidad. Sacó unas bridas de plástico y se las lanzó a Dorian.

—No nos salimos del plan. Nunca nos salimos del plan, lo sabes. Átala.

Dorian sujetó a la secretaria por las muñecas a una de las estructuras metálicas fijadas al suelo y le puso la pulsera de plástico, que apretó y cerró sobre sí misma. Como un muñeco de trapo, la chica se dejó hacer. La había atado lo bastante abajo para que pudiera sentarse, e incluso se lo propuso:

—Puedes sentarte si...

Sin esperar a que terminara la frase, la chica cayó pesadamente al suelo, aún ausente, con el cuello incapaz de sujetar el peso de su cabeza que oscilaba como si estuviera borracha.

—Déjala, ya no es una amenaza —observó Alex.

Luego rasgó la lista en dos y le entregó una mitad a su novio.

—Tú tres pruebas y yo dos, y tenemos cinco minutos.

Se pusieron unos guantes de látex y recorrieron las estanterías, estante por estante, columna tras columna, guiándose según las indicaciones de Tomas por aquel dédalo de maravillas prohibidas y tentadoras. Dorian consiguió las dos primeras pruebas fácilmente y, casi por casualidad, a menos que fuera efecto de la atracción, rozó con los dedos una bolsa transparente de plástico grueso en la que se veía un joyero. Un estuche de terciopelo sin tapa lleno de anillos, pulseras y collares entremezclados que daban la impresión de un nido de serpientes doradas. En medio, como protegido por los reptiles, un anillo con un diamante de una talla que hasta a Dorian le pareció exagerada. Leyó el título de la ficha descriptiva: «Robo con escalo – 2015/21/9 – Caso contra M. Mayeras».

Gran profesional, hizo una estimación del valor y agarró la pesada bolsa que mostró a Alex a través de una estantería.

—¡El equivalente al atraco de una joyería! Sin hacer nada más. Sería una descortesía.

Alex, pese a sus principios, dudó un instante. Se acercó a Dorian e, igual que él, fue débil ante la tentación. Luego se fijó en la ficha descriptiva grapada en la bolsa.

—No es un atraco, es robo con escalo. Sabes que soy supersticiosa. Son joyas usadas, hay demasiado amor ahí dentro. Me da mal fario. Déjalo.

Alex giró sobre sus talones y desapareció tras una estantería. Dorian obedeció refunfuñando, dejó la bolsa en una de las estanterías y continuó la búsqueda intentando no pensar en lo que iban a dejar tras ellos. Cuando localizó el 2014/56/3, la última prueba de su lista, la cogió y la metió con las otras en la bolsa de tela. Alex se encontró con él en el centro del almacén, llevando dos sobres de papel kraft en las manos.

—Cinco pruebas y unas de ellas es el reloj. Ya está.

Se miraron una última vez antes de rehacer el camino en sentido inverso.

Escalera de caracol, puerta con código de acceso, vestíbulo de entrada, puesto de control, vigilantes poco atentos, patio, verja, último puesto de control. Oxígeno.

Cuando Rinoceronte los vio, con la bolsa de tela al hombro de Dorian, caminando tranquilamente en su dirección, apretó los puños y dio dos golpes en el techo del coche.

—¡Imposible! —gritó, literalmente exaltado—. ¡No podía creerlo, hasta el último segundo no podía creerlo!

—Tranquilízate. Por favor, arranca y ponte en modo código de circulación —le rogó Alex mientras se sentaba a su lado—. No es el momento de que nos paren.

El coche, con los intermitentes de rigor, abandonó el aparcamiento. Hasta que el juzgado desapareció por el retrovisor, la tensión se mantuvo contenida, y el miedo, presente. Cuando llegaron a la carretera nacional, que los llevaba al domicilio de la familia Alves, el dique cedió, explotó la presa y los gritos de alegría estallaron como fuegos artificiales en el habitáculo. Alex se volvió hacia Dorian, lo agarró por el cuello de la chaqueta, lo acercó y lo besó ardientemente, casi lo devoró. Rino, más bien tolerante con ese tema, incluso empezó a sentirse incómodo.

—Ey, vosotros dos, despacio... Le vais a prender fuego al coche.

A las 13.02, una brigada de policía se presentó en la secretaría. El jefe abrió la puerta con código de acceso llevando en la mano una caja de pruebas para registrar. En primer lugar se dio cuenta de la ausencia de la funcionaria, luego de que la puerta estaba abierta y, por último, inquietantes, había unos procedimientos desparramados por el suelo. Dejó despacio la caja, sacó su arma, bajó la escalera de caracol y desapareció en el sótano.

Tres segundos más tarde, volvía a subir los escalones de dos en dos y apretaba el botón de alarma, que resonó por todo el juzgado. Un juzgado que alguien acababa de asaltar como si fuera un supermercado de barrio. Tomas, pendiente desde la mañana, vio al resto de sus compañeros ponerse nerviosos. Las palabras de Alex volvieron a su memoria: «Juega en nuestro equipo, es el único modo de salvar a tu familia».

Y rezó para que el golpe saliera bien.

En pocos minutos, el edificio se convirtió en un hormiguero de policías rugiendo órdenes y maldiciones porque se habían burlado de ellos en su propio campo, casi en su casa. Acordonaron el juzgado, los funcionarios quedaron retenidos cada uno en su planta, incluso los jueces no tuvieron nada que decir, prisioneros en sus propios despachos. Los efectivos de la comisaría de Bobigny fueron los primeros en actuar, pero pronto los apartaron y dejaron paso al GRB^[7] de la policía judicial del 93.

A las ocho y media de la tarde, la conclusión que elaboró el GRB cayó como una sentencia. Nadie había visto ni oído nada. Los atracadores, no se sabía cuántos, habían entrado y salido sin violencia, entre las doce y la una. Imposible, de momento, conocer la naturaleza de las pruebas sustraídas, y la secretaria, aunque testigo y presente durante toda la operación, aún no había conseguido formular una frase con sentido.

En aquella situación, Alex y Dorian eran como fantasmas.

Tomas empujó la puerta de su casa y con tres pasos apresurados se dirigió hacia el salón. En cuanto apareció, la banda empezó a aplaudir, con las caras radiantes y botellas de champán en la mesa. Todo tan incongruente que Tomas dejó caer el maletín al suelo. Dorian se le acercó y le puso un brazo en el hombro, imitando a los ujieres que presentan a los invitados, y anunció con énfasis:

—Señoras, señores... Tomas Alves, ¡nuestro agente doble!

Y se reanudaron los aplausos con más fuerza, esta vez acompañados de silbidos. El padre, algo sorprendido, se volvió hacia su mujer y su hija, cada una con una copa de champán. Ellas lo miraron, incómodas por la inaudita situación. Incómodas, pero menos aterrorizadas. De víctima, la familia se había convertido en cómplice.

Los colchones habían vuelto a las habitaciones y el salón tenía el cálido aspecto de siempre. A los pies de la mesa, las bolsas cerradas, listas para que las cargaran en el maletero del coche. Rino sirvió una copa hasta arriba y el champán se desbordó, dispersándose por el mantel, luego cogió una silla e invitó a Tomas a sentarse.

—¡Vamos! ¡Bebe! ¡Cuenta! ¿Y los polis? ¿Qué jeta tenían? ¿Y los jueces? ¡Cuánto me habría gustado estar allí! ¡Pero bebe!

Tomas, superado, mojó los labios en las burbujas y, como toda la atención recaía sobre él, se aclaró la voz antes de hacer un resumen.

—La alarma sonó a las 13.02. Lo sé porque tengo el reloj de pared enfrente. Luego, el juzgado quedó completamente paralizado. Nadie podía entrar ni salir. Nos tomaron declaración en nuestras propias oficinas, tanto a jueces como a funcionarios. Me enteré de que la policía se enfadó no poco con los guardias de seguridad de la planta baja y les preguntaron para qué servían realmente. Quisieron hacerse con las cintas de vigilancia, pero la mayoría de las cámaras solo filman y no graban nada, así que ni un vídeo. Por parte de la secretaria, creo que no tienen nada que temer. Está demasiado impresionada para decir si había una o cuatro personas, hombres o mujeres, blancos o negros.

—No le hemos hecho daño, si eso te tranquiliza —aclaró Dorian.

—Lo sé y se lo agradezco; es una buena chica. Por cierto, mañana estoy citado con un comandante de la policía judicial. Esperen... —Tomas sacó una tarjeta de visita del bolsillo y leyó en voz alta—: Comandante Rivière, GRB.

—¡El Grupo de Represión de Bandas Armadas, nuestros mejores amigos! —dijo encantado Rino—. ¿Qué quieren de ti?

—Saber qué pruebas se han robado. Pero, de momento, creen que es posible que aún estén en el juzgado, ocultas en alguna parte, así que van a pasar la noche registrándolo, con la supervisión del

decano del juzgado de instrucción y los presidentes de cada tribunal. Nos han pedido que dejemos todas las oficinas abiertas. Es lo nunca visto.

—Creen que es un golpe en dos tiempos. Primero robamos y escondemos, luego recogemos. No es ninguna tontería. Pero no es el caso. Somos mucho más eficaces —presumió Dorian mientras balanceaba la bolsa de tela con el botín sobre la mesa.

—Os he pedido que sacáramos a mi hermano del talego —continuó Alex—. Y todos habéis accedido. Sin ninguna contrapartida ni recompensa. Así que ahora sé a quién tengo a mi lado. No somos solo una banda, somos una familia.

Tras ese discurso se levantaron las copas, pero tres permanecieron en la mesa. Dorian empujó una copa hacia Tomas, y Franck miró a Aurélie e Isabel, ya un poco achispadas después de la segunda.

—Vais a ofendernos.

Apenas hubieron bebido, Rinoceronte, insaciable, llenó de nuevo las copas. Tomas miró a su mujer y a su hija. Lo único que deseaba en ese momento era recuperar la normalidad de su vida anterior, a veces aburrida pero inestimable. Sin más problemas.

No obstante, aún ignoraba cómo terminaría aquella colaboración forzosa y jugó la baza de la complicidad, repitiendo un fragmento de conversación que los halagaría.

—Cuando se marchaba, oí hablar al comandante con uno de sus hombres. Hablaban de ustedes. Los llaman «los magos».

Un torrente de aplausos y carcajadas. Alex levantó la copa y todo el mundo se volvió hacia ella.

—Abracadabra, señores.

* * *

Poco antes de medianoche, todo lo que habían llevado al domicilio de la familia Alves durante las noventa y seis últimas horas lo habían amontonado en la entrada. Alex, por seguridad, envió a Franck a dar una vuelta por todas las habitaciones para un último repaso. Este comprobó el salón y la cocina, subió a la primera planta y miró en el cuarto de baño, no perdió el tiempo en la habitación de los padres, en la que nadie había entrado y, al volver a la escalera, vio que la puerta de la habitación de Aurélie estaba entreabierta y la empujó despacio. La chica estaba apostada delante de la ventana, dispuesta a verlos marchar. Aurélie se sobresaltó cuando sintió la presencia de Franck.

—Perdona, no quería asustarte —se excusó Franck.

Aurélie le lanzó una sonrisa decepcionada, como un reproche, que lo incomodó un poco.

—Sí, vale, quizá tendríamos que haberlo pensado hace cuatro días, antes de secuestraros.

Avanzó un paso y la chica dio otro hacia él.

—Nos vamos. Y no te preocupes por Rinoceronte, esta noche volvemos a meterlo en el zoo.

Tampoco lo volverás a ver.

Otro paso más. El pecho que golpea y el estómago que presiona un poco.

—Gracias por haberme defendido —susurró Aurélie—. No tenías por qué hacerlo.

—Me apetecía.

Desde la planta baja, la voz autoritaria de Alex le recordó sus obligaciones.

—Ahora tengo que irme —se despidió, y dio media vuelta para marcharse.

Ella lo agarró del brazo, se acercó y le robó un beso en la boca, tan rápido que Franck solo se dio cuenta después, con los labios aún húmedos como única prueba.

—No tenías que hacerlo.

—Me apetecía —dijo la chica poniéndose colorada.

La banda ya estaba en el coche con el motor en marcha y Franck al volante. Alex se quedó sola con Tomas en el umbral del chalé. Un par de lámparas esféricas iluminaban las flores del jardín en la noche y Alex bajó dos peldaños de la escalinata. Durante esos días difíciles, la familia Alves se había portado bien, pero, por última vez, tenían que quedar bien claros los términos del negocio. Alex le pidió a Tomas que se acercara.

—Más cerca, no voy a comerte...

No muy tranquilo, Tomas dio dos pasos en su dirección. Alex se inclinó y le felicitó en voz baja:

—Has estado perfecto. Valiente. Un auténtico padre de familia.

—Gracias —respondió Tomas, nervioso.

—Tú y yo tenemos un acuerdo, ¿lo sabes?

—Sé lo que va a decirme, pero no es necesario.

—Sí lo es —le corrigió, casi molesta—. Dentro de una semana, el miedo se esfumará. Incluso pensarás que podrías haber hecho esto o lo otro para impedir que entráramos. Repasarás la película, rebobinarás. Y dentro de dos semanas estarás convencido de que puedes entregarnos a la policía sin consecuencias. Si se te pasa esa idea por la cabeza, sabes todo lo necesario para que nos pillen. Caras, nombres. Pero, una noche, regresarás a tu casa y yo habré enviado a alguien para que ponga la cabeza de tu hija encima del cuerpo de tu mujer y la cabeza de tu mujer en su puto horno.

Tomas bajó la mirada.

—De verdad, no era necesario.

Un vecino salió con una bolsa de basura en la mano y dirigió su atención hacia ellos. Entonces, Alex abrazó a Tomas como se hace con un viejo amigo y luego, por fin, salió de su propiedad.

Y de su vida, al menos eso esperaba Tomas.

CUARTA PARTE

Efecto dominó

Estamos jodidos, si me permiten esta introducción.

FLEUR SAINT-CROIX,
fiscal del juzgado de primera instancia
e instrucción de Bobigny

SDPJ 93

Once horas antes

Casi perdido en un despacho demasiado grande para él, con un discreto traje beis, como si intentara esconderse dentro de él, Stévenin, el comisario de la SDPJ 93, revisaba los dos gruesos procedimientos que habían acabado encima de su mesa. Pasó de uno al otro intentando hacerse una idea antes de volver a cerrarlos y devolvérselos a Coste, sentado frente a él. Coste estaba al mando de los dos grupos de la Criminal desde la marcha de Damiani y era evidente para todo el mundo excepto, quizá, para la capitana Lara Jevric, jefa del Grupo Crimen 2, que seguía sin comprender por qué la elección no había recaído sobre ella. Jevric argumentó tener más antigüedad que él, aunque solo fueran dos meses más, criticó la fama de irreverente de Coste e incluso intentó un acercamiento corporativo con Stévenin ya que, por cuarto año consecutivo, se mataba para sacar la oposición a comisario, como un perrito que se rompe la nariz intentando saltar a un sofá demasiado alto. Por desgracia para Jevric, había sido Damiani la que eligió al candidato y Stévenin lo aprovechó para parapetarse tras esa decisión.

—¿Qué le parece su nuevo despacho?

—No es mío. Era el de Damiani y será el de la persona que la sustituya. Solo es temporal.

—¿Y con Jevric?

—Se la ve venir con facilidad: despectiva con sus hombres, agresiva con los de su mismo rango y dócil con los mandos, me deja relativamente en paz.

—Tenga paciencia, el sustituto de Damiani llegará dentro de una semana. Podrá trabajar de nuevo con su grupo y volver a la calle.

Despacho o calle, esa ya no era la cuestión. Coste permaneció impassible y su superior no siguió con ese asunto, muy consciente de que el capitán atravesaba un mal momento. Puso las palmas de las manos en los dos procedimientos y habló en un tono motivado, esperando que fuera contagioso.

—¿Me hace un resumen? Así será más rápido.

—Por supuesto —obedeció Coste—. El grupo de Jevric está con el caso de la mujer que apareció ayer por la mañana en la calle con la cara destrozada a martillazos. Tras la autopsia, hemos descubierto que no solo tenía la cara hecha añicos, el cuerpo también, roto como un jarrón.

—¿También a martillazos?

—No, imposible. Según la forense, las fracturas son similares a las que se producen en las caídas de altura, como de un acantilado o un edificio. Con esa información, nos bastó con levantar la mirada. El cuerpo frente al edificio de su pareja, al que había ido a ver para anunciarle que ya no lo era. Una bronca con violencia, el hombre la tiró por la ventana del séptimo piso pero la mujer sobrevivió. El cuerpo humano a veces... Entonces, él bajó y la remató a martillazos.

—Mi mujer y yo fuimos a un consejero matrimonial —añadió Stévenin, pensativo.

—Por si cambia de opinión, el martillo está en mi despacho. Todavía tendremos al ex algunas horas más en el calabozo; luego esta noche pasará a disposición judicial.

El comisario se levantó e introdujo una cápsula en la máquina de café. Ofreció a Coste uno con la mirada y este lo rechazó también con la mirada.

—Respecto a mi grupo..., perdón. Respecto al grupo de Ronan —rectificó Coste—, está con el caso de ayer por la tarde. La niña china que apareció muerta en su cama. Seis años y ni una sola herida, ni una fractura, ni siquiera un rasguño. Los padres llamaron a la comisaría a las dos diciendo que la niña no respiraba. A las tres, Crimen 1 estaba en el lugar de los hechos con el médico de emergencias. Tras la autopsia, la forense hizo el cálculo de las horas y la temperatura del cuerpo. Un grado menos cada hora a partir de la tercera hora después del fallecimiento, si recuerda ese dato de sus clases. El cuerpo llegó al Anatómico Forense a las seis, por lo que tendría que estar a 35 grados. Pero estaba a 27. La niña murió la víspera o de madrugada. Los padres nos mintieron. Esta mañana, Ronan ha interrogado a los nueve miembros de la familia para ver si sacaba algo en claro.

—¿Y el ganador fue?

—El padre. La cría tenía bronquitis desde hacía siete días. Y como no le dejaba dormir, la atiborró de somníferos, pero hace dos noches se le fue la mano. Una muerte estúpida.

—No creo que las haya de otro tipo. Felicite a la forense, ha tenido mucha vista en los dos casos. Un buen trabajo, ¿no cree?

—Sí, tiene usted razón. Es mejor mirarlo desde esa perspectiva. Un buen trabajo.

—¿Y esta mañana?

—Una gitana rumana ha aparecido apuñalada con ensañamiento a doscientos metros de su campamento —respondió Coste con voz desanimada.

Stévenin dejó la taza vacía.

—Solo son casos, capitán, no personas.

—Ya lo sé, y aun así me siento cada vez más permeable.

—Tómese unos días.

—Ya lo he intentado. Y solo he conseguido aplazar el problema.

Stévenin estuvo a punto de preguntar cuál era el problema, pero se dio cuenta a tiempo de que no quería saber la respuesta y, como ya había abierto la boca, aprovechó para despedirlo cortésmente.

Apenas hubo salido del despacho, Coste vio a Jevric al fondo del pasillo. Con su paso pendular, dirigía su enorme esqueleto hacia él con aire de reproche. Ni siquiera esperó a estar a su altura para vociferar:

—¿En serio, Coste? ¿En serio?

Ya asomaban algunas cabezas fuera de las oficinas a lo largo del pasillo, divertidas ante la nueva bronca de Jevric. Aunque estuviera frente a un superior temporal, ella continuó sin bajar el volumen:

—Ayer nos endosaste el fiambre del martillo y ¿ahora la gitana del ensañamiento salvaje? ¿Crees que somos tus basureros o qué? ¿Por qué no se lo asignas a tu grupo? ¡Esto es favoritismo!

—Me parecía bastante evidente como para no tener que subrayarlo.

Jevric estuvo a punto de quedarse sin voz ante tanta franqueza, y Coste la dejó en medio del pasillo con toda la rabia en el cuerpo y una buena dosis de irritación, que recaería sobre el siguiente que llegara.

Una vez solo en su nuevo despacho, con la puerta cerrada, Coste se sentó y sacó de debajo de un montón de expedientes una carta que había escrito por la mañana y que había considerado apropiado ocultar por el momento. Solo faltaba su firma al pie para hacerlo oficial. Cogió un bolígrafo, le quitó el capuchón, vio que en ese preciso instante sonaba su móvil y aplazó la firma para más tarde. Leyó en la pantalla el nombre de la persona que llamaba y guardó el informe en un cajón.

—Hola, Léa. Iba a llamarte. El comisario me ha pedido que te felicite por tu trabajo.

Léa mantuvo el teléfono entre el hombro y la oreja mientras detenía la camilla que empujaba en el pasillo del Anatómico Forense, se subía encima y se instalaba cómodamente.

—Entonces, hazlo.

—¿Perdón?

—Felicítame.

Coste dudó respecto a sus siguientes palabras. Pensaba en aquello desde hacía unos días. Su propio examen de conciencia conjugado con la realidad de su trabajo y las palabras de su padre. Después de quince años con las manos metidas de lleno en la mierda, se había dado cuenta de que, quizá, solo existían dos cosas auténticas en su vida: la amistad de su equipo y Léa.

—Por teléfono, no. De todos modos, tenemos que vernos. Me gustaría pedirte disculpas por mi actitud, si no es demasiado tarde.

—Cuidado, Víctor. Te juro que te partiré la cara si juegas conmigo.

—Tendrías que haberlo hecho hace mucho tiempo. Escucha, si te pidiera...

Unos portazos, alboroto y ruido de carreras. Coste se levantó a mitad de la frase y asomó la cabeza por el pasillo. Un primer grupo de policías esprintaba hacia la salida sin siquiera prestarle atención. Más lejos, vio al comandante Rivière, prototipo de jugador de rugby, tanto física como mentalmente, con la radio en la oreja dando una serie de instrucciones firmes y, detrás de él, dos tenientes, uno poniéndose el chaleco antibalas y el otro metiendo su arma en la funda.

—Léa, tengo que dejarte, ha pasado algo.

Y colgó en el momento en que Léa iba a ceder con un «Te echo de menos» que luego se habría reprochado todo el día. Como una bala perdida, la confesión falló el blanco. Por su parte, Coste detuvo a Rivière a su paso.

—¿En dos palabras?

—Asalto al almacén de pruebas del juzgado.

—Del juzgado... ¿Quieres decir nuestro juzgado? ¿A veinte metros de aquí? —exclamó Coste.

—Sí. A veinte metros de doscientos policías.

Y el comandante del GRB desapareció seguido de sus hombres. Víctor se volvió y por la ventana de su despacho observó el juzgado, paredes de ladrillo rojo y enormes cristaleras, con una arquitectura cúbica un poco coja, como si un chaval perturbado hubiera jugado con una caja de Lego.

—Tenía que pasar algún día —reconoció para sí mismo.

Al día siguiente del robo, Dorian, tumbado en el sofá con la cama abierta, peleaba con un reflejo del sol naciente que teñía el loft de un naranja oscuro otoñal. Durante la noche había dado vueltas y más vueltas hasta que al amanecer por fin se durmió. Ni siquiera se había dado cuenta de que Alex no estaba a su lado. Pero se percató muy claramente cuando ella le lanzó, casi a la cara, una de las pruebas robadas, pesada como un ladrillo.

—¡Mierda! ¿Qué te pasa? —refunfuñó, medio dormido.

Alex se sentó en la cama y le tendió un trozo de papel, con cara seria. Dorian reconoció la mitad de la lista de la que se había encargado.

—En la tercera línea, ¿qué lees? —le preguntó Alex, como quien pregunta a un niño por sus malas notas.

Dorian se incorporó y vio que Franck y Rino, sentados a la mesa con un café delante, en el centro del loft, lo miraban incómodos. Se restregó los ojos y leyó:

—«2015/58/1», ¿por qué?

Ella recuperó de las sábanas la bolsa precintada que le había arrojado para despertarle y se la puso delante de las narices.

—Y aquí, ¿qué lees?

—«2015/53»... Mierda.

—Sí, ¡mierda! 2015/53/1. Has confundido el número.

Se levantó, furiosa, y se hundió en la silla que había al otro lado del sofá.

—¿Quieres leer el delito al que acompaña esta prueba?

Dorian, confundido, lo leyó.

—«2015/53/1 – Un ordenador portátil – Acusación contra Doucey Antoine – Posesión de imágenes y vídeos de carácter pedopornográfico».

Dejó la prueba sin comprender muy bien el enfado de Alex y, al parecer, esta aún no había terminado con él.

—Sé perfectamente cuándo pasó. En el momento en que pusiste los ojos en el joyero, empezaste a

divagar y te desconcentraste. Tan útil como un cubo agujereado.

—En su descarga, hay que decir que no estaba muy bien escrito —intentó mediar Rinoceronte, escondido detrás de su taza de café.

—¡Tú, cierra la boca! —lo llamó al orden Alex.

Dorian, algo más despierto, recuperó el ánimo e intentó salvar su orgullo.

—Bueno, para empezar, ¡cálmate, Alexandra! Cálmate y explícanos. Cogimos cinco pruebas para lanzar cinco pistas diferentes a los polis. Ya sean vídeos de bebés en una orgía o una cabeza nuclear, nos la sopla, lo importante era despistar el robo del reloj. Así que eso no cambia nada, ¿no?

Alex bajó la mirada y Dorian repitió más despacio:

—Alex, eso no cambia nada, ¿no?

Estaban reunidos alrededor de la mesa y Alex acaparaba la atención de su banda.

—Tenían que ser esas pruebas, justamente esas.

—Alex, no te entendemos. Sé más clara —le rogó Franck.

—Tiretto no hizo la lista al azar.

—Eso ya lo sabemos. Eran las pruebas de unos casos importantes; la cosa era que la pasma anduviera perdida.

—No, el abogado fue muy explícito, tenían que ser esas y no otras.

—¿Piensas que le ronda algo por la cabeza?

—Mierda, es un abogado, ¿te crees que hace las cosas por altruismo? Es evidente que tiene algo en la cabeza y siempre le queda la posibilidad de delatarnos con una simple llamada anónima.

—Vale, espera. Repítenos lo que te pidió —le exigió Dorian.

—Robamos el reloj para Nunzio y las otras cuatro pruebas. Esas no las tocamos, ni siquiera las abrimos, y esperamos a que nos llame para ponernos de acuerdo sobre el lugar de entrega.

—¿Sabes qué quiere hacer con las pruebas?

—Ni idea.

—¿Y no se lo preguntaste?

—No. —Alex se enfadó—. Me dijo cómo sacar a Nano de allí y luego añadió que lo demás serían sus honorarios. No rechisté.

Rino se levantó, rompiendo el círculo de la reunión.

—Este asunto apesta. Yo digo que no le demos nada antes de que Nano esté fuera y nos hayamos ido a Córcega. Si esas pruebas son tan importantes para él, serán nuestra garantía para largarnos del continente sin problemas. Además, solo tenemos tres de las que pedía, y algo me dice que espera algo más que fotos de niños con medias de rejilla.

—Solo hay que confiar en que siga con el plan —refunfuñó Alex—. Ahora que no puede peritarse el reloj, tiene que hacer un requerimiento para sacar a Nano. No es momento de llevarle la contraria.

En el bolsillo de Franck vibró su móvil. Leyó el mensaje, cogió el abrigo y se disculpó:

—Voy a hacer de *public relation*. Os dejo.

—¿Adónde y a quién vas a ver?

—Si te interesa, prima, puedo darte la lista de todos mis contactos. Quieres armas, te las consigo; coches, también te los consigo, pero eso requiere confianza y tengo que dejarme ver de vez en cuando. Solo pasaré la tarde fuera. ¿Algo más?

Franck abandonó el escondrijo, bajó a todo correr los cuatro pisos, abrió la puerta de entrada y miró a ambos lados de la calle antes de hacerle una señal a la chica que lo esperaba sentada en el capó de un coche. La chica se acercó, Franck la sujetó del brazo y la invitó a entrar en el edificio.

—¿Adónde me llevas? —preguntó la chica.

Las tres primeras plantas del edificio estaban desocupadas. Solo la cuarta se había convertido en un loft para alojar a la banda de Alex. Primero para preparar los golpes y luego hasta que se arreglaran las cosas.

Llegaron al rellano del primer piso, empujaron una doble puerta batiente y descubrieron un espacio inmenso y silencioso. Una serie de oficinas vacías, la moqueta aún sin pisar y, aquí y allá, algunos muebles todavía embalados. Restos de un proyecto inmobiliario malogrado. Al fondo, una amplia sala con la misma cristalera que el loft, con un sofá cubierto con un plástico, probablemente pensado para el futuro director.

—Te he echado de menos —le susurró Aurélie en el cuello.

Se besaron cariñosamente, se acariciaron, luego se dejaron caer encima de la gruesa moqueta y los movimientos se volvieron más desordenados. Dos minutos más tarde, se habían subido al sofá y se metían mano sobre el papel de burbujas.

—Tengo que volver a las seis —le avisó Aurélie, y aprovechó para recobrar el aliento, con los tirantes del sujetador bajados.

—Escribiré un justificante para tus padres. Vuelve aquí —se impacientó Franck, atrayéndola hacia él.

Pocos minutos antes de las siete, sonó el teléfono fijo de Coste. Jevric había dejado en su mesa las pruebas de la ropa que vestía la chica gitana apuñalada, las declaraciones y las fotos del vertedero. Aquello desprendía un olor a basura, fruta podrida y carne descompuesta que flotaba en el despacho aunque Coste había intentado ventilarlo abriendo las ventanas. Descolgó el teléfono, encantado de pensar en otra cosa.

—¿Capitán Coste? Fleur Saint-Croix. Tengo que verle, a usted y a su equipo.

—¿Ahora? —preguntó el capitán mirando la hora en el reloj de pared.

—¿De verdad quiere que le responda?

Por el tono de su voz, Coste comprendió enseguida que el ambiente no era de fiesta. La víspera habían asaltado a la Justicia y la Justicia estaba crispada.

—Denos cinco minutos.

Johanna, Sam y Ronan eligieron unas sillas un poco apartadas de la mesa. Coste se sentó en la que quedaba, enfrente de la fiscal. Una habitación gris y negra con decoración inexistente. Fleur Saint-Croix ni siquiera se había permitido un cuadro en la pared. Aquel lugar le recordó a Coste su propia casa.

—Estamos jodidos, si me permiten esta introducción.

—Sí, eso creímos entender —confirmó Coste.

—No, estamos aún más jodidos que ayer.

—Te escuchamos —dijo Ronan, y acto seguido arrugó la nariz por haberla tuteado, algo que solo estaba permitido debajo de las sábanas.

Fleur Saint-Croix ni siquiera contestó.

—Si el GRB no les ha hecho un resumen, se lo haré yo. El responsable de las pruebas y los ocho miembros de ese departamento se han pasado el día inventariando las pruebas. Nos faltan cinco.

—¿Solo? —dijo Sam, sorprendido—. ¿Tanto para eso?

—El número no es lo que nos preocupa, sino lo absurdo de lo que contiene cada bolsa precintada. Un portátil, un reloj de lujo, un CD de escuchas telefónicas, un GPS y un cuchillo de caza. Cinco pruebas de cinco procedimientos distintos, tramitados por cinco departamentos de policía. Y la mayoría de los objetos sin apenas valor económico. Ni siquiera hay relación entre los delitos. ¿Cómo voy a investigar cinco departamentos para un mismo hecho?

—Son demasiado dispares e incoherentes para que no haya alguna relación —aventuró Coste.

—En realidad, no sé cómo enfocar todo esto —confesó la fiscal—. Tengo la impresión de que alguien está jugando con nosotros y, precisamente, son las reglas de ese juego las que no entiendo.

—¿Nos está pidiendo consejo? —preguntó Coste gratamente sorprendido.

—No, les pido que se encarguen de la investigación y que lo centralicen todo.

—Pero está en manos del comandante Rivière del GRB. No veo ningún motivo para quitársela.

—Yo tampoco, tranquilícese. Deje al GRB las cuestiones técnicas y usted céntrese en la relación entre los cinco casos de la que hablaba antes. Por fuerza tiene que existir alguna conexión. ¡Por el amor de Dios, nadie asalta un juzgado de primera instancia e instrucción por un GPS!

Coste se volvió hacia Ronan.

—Jevric está ocupada con la rumana apuñalada, de manera que, si Crimen se hace cargo de este caso, lo llevarás tú. ¿Te sientes capaz?

—Por supuesto —respondió Ronan, casi ofendido.

—En ese caso, no habrá ninguna zona oscura —continuó Coste—. Quiero los cinco procedimientos iniciales y todos sus anexos con los requerimientos de la defensa.

—De eso me ocupo yo —le aseguró Saint-Croix—. Mañana por la mañana, a primera hora, tendrán a su disposición una copia de los procedimientos. Todo el mundo anda de cabeza, nadie se guardará información.

Coste se despidió con un movimiento de cabeza y se levantó. Su equipo lo imitó, aunque a uno de los miembros le pidieron que no se marchara.

—Teniente Scaglia, ¿puede quedarse un minuto?

Johanna guiñó un ojo a Ronan mientras cerraba la puerta tras ella. Una vez solo con la fiscal, Ronan quiso disculparse.

—¿Es por tutearte?

—Ya basta, todo tu equipo está al corriente. ¿Cómo está Coste? —preguntó la fiscal al tiempo que se acercaba a Ronan y se sentaba en una esquina de la mesa.

—Dirige la brigada desde su despacho. Hace más de una semana que no ha salido de allí.

—Cuando dice que el caso lo llevarás tú... ¿Él estará encima? Bueno, quiero decir, ¿participará también él?

—No cuentes demasiado con ello —respondió Ronan con una sombra en los ojos—. Pero puedes estar tranquila, pondré todo de mi parte.

Herido por la falta de confianza, Ronan se dio la vuelta, aferró el pomo de la puerta y subrayó un poco más su disgusto antes de salir.

—Además, si te preocupa si seré capaz, recuerda que no estoy solo.

Saint-Croix se mordió la lengua, lamentando haberse mostrado poco delicada con Ronan una vez más. Este salió del despacho y se encontró al equipo, que le estaba esperando.

—¿Va todo bien? —preguntó Sam en tono burlón—. ¿Te ha reñido?

—Tendré que evitar tutearla en el futuro —se escabulló Ronan.

La noche no fue buena consejera y Coste había dudado ya cien veces si llamar a Léa. La mañana tampoco le aclaró nada y, en su despacho, se encontraba otra vez frente a esa carta que no conseguía firmar. El encabezado, «Acta de dimisión», le hacía sentirse cobarde, como si tirara la toalla.

Tres golpes, la puerta se abrió y Lara Jevric irrumpió en el despacho. Coste ocultó la carta con torpeza; parecía un adolescente escondiendo demasiado tarde una revista para adultos.

—¿Te molesto? ¿Qué escondes? —dijo con curiosidad.

—Métete en tus asuntos. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada. Vengo a traerte las conclusiones del caso de la chiquilla del vertedero.

—¿Ya? —dijo Coste, sorprendido.

—A lo mejor soy menos mala de lo que piensas.

Jevric se sentó frente a él y abrió el procedimiento sobre sus rodillas:

—Denitza Boti, diecisiete años. La única niña escolarizada del campamento. Solo he conseguido declaraciones anónimas, pero, en resumidas cuentas, la cría se negaba a ir con el grupo a mendigar al metro. Al jefe del campamento eso no le gustó y le dio una primera lección que la mandó al hospital. He encontrado el informe médico; le dio una buena paliza. Pero, pese a todo, la niña volvió al instituto y ya sabemos el resultado. El jefe la castigó para dar ejemplo.

—Denitza Boti, me suena de algo —repitió Coste para estimular la memoria.

—A mí también, así que me he informado. Publicaron su historia en *Libération*. La chica quería ser pediatra para ocuparse de las personas ambulantes y de los gitanos rumanos.

Lara se levantó al tiempo que cerraba el procedimiento y, antes de salir del despacho, se sintió inspirada para soltar una de esas frases suyas que tenían el don de irritar a Coste como un eccema.

—Pues sí, Victor, el barco se hunde y no podrá salvarse todo el mundo.

Con la puerta de nuevo cerrada, Coste recuperó la carta y la firmó sin dudar. Daba tiempo a sus superiores para que el sustituto de Damiani se presentara; luego tendrían que seguir sin él. Miró la carta una última vez y se dirigió hacia la secretaría para hacer oficial su decisión. Se adentró por el

pasillo acristalado, pasó por delante de la oficina del Grupo Crimen 1 y vio, con el corazón encogido, a su equipo trabajando.

«Nadie es irremplazable. El barco se hundirá muy bien sin mí», pensó.

* * *

Como habían acordado el día anterior, el grupo recibió alrededor de cuatro mil páginas de los cinco procedimientos y un delicado detalle: Saint-Croix había añadido una caja de muffins de chocolate.

Frente a aquella cantidad de información, Ronan borró el tablero blanco con la firme intención de llenarlo de negro rápidamente.

—Bien, Johanna y Sam, coged el informe de cada uno de los procedimientos y dadme los detalles.

Johanna dejó el café y el muffin a medio comer, se limpió las manos en el jersey y pasó la página del primer montón con la boca aún llena.

—Primera prueba robada: un ordenador portátil con imágenes y vídeos pedopornográficos.

Ronan escribió en mayúsculas las primeras indicaciones.

—Caso de la Brigada de Delitos Sexuales y Menores del 93 contra Antoine Doucey. Lo descubrieron los padres de un crío. Sus propios vecinos, según leo aquí...

Centro penitenciario de Marveil

Celda de aislamiento 13

El recuerdo de aquella tarde acompañaba a Doucey la mayoría de las noches. La tarde que había pasado en la casa de Léo, cuando el niño se puso enfermo y él se ofreció para cuidarlo. Cuando, ocho años antes, la pareja se instaló allí, unos provincianos que desembarcaron en el extrarradio, la mujer ya tenía el vientre muy redondo y Léo llegó tres meses más tarde. Pasaron los años y los vecinos se convirtieron en amigos. Hasta aquella tarde en que, con Léo a su merced y el último *Harry Potter* como cómplice, Doucey aprovechó para estar algo más cerca, más táctil. Esa misma noche, la madre preparaba al niño para el baño. Primero el jersey, luego la camiseta, luego el pantalón y, para su gran horror, no había calzoncillo. La evidencia paralizó a la mujer y los ocho años de estúpida amistad le saltaron a la cara. Después de una noche en blanco, por la mañana marcó el 091. Al registrar la casa de Doucey, la policía encontró la prenda interior entre dos cojines del sofá y, en la mesa del despacho, un ordenador portátil lleno de imágenes y vídeos descargados para quedarte ciego.

—Nunca se desconfía bastante de los vecinos —añadió Sam mientras abría el segundo procedimiento—. Segunda prueba robada: un GPS. Un caso de la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal contra Boyan Mladic. Incendio criminal.

—¿Qué tiene que ver un GPS con un incendio criminal? —dijo Ronan, extrañado.

—Espera un minuto que lo mire.

Marveil, celda de aislamiento 20

«Solo unos pocos días más, ten paciencia.» A Boyan no le gustaba demasiado la idea de que su futuro estuviera en manos de un abogado, pero sabía demasiadas cosas sobre Darcy para que este lo dejara en aquel agujero. A su jefe le convenía que Boyan no tuviese demasiado tiempo para pensar. Cuando uno se siente abandonado, se toman malas decisiones, aunque, y Boyan lo reconocía, la había jodido un poco en el último trabajo. Se había presentado en el domicilio del dueño de una fábrica de cerveza para explicarle lo mucho que le interesaba aquel terreno al señor Darcy y al grupo inmobiliario que él representaba. En vano. Así que, sencillamente, quemó la fábrica con enormes chorros de gasolina. Por desgracia para él, las llamas alcanzaron tal magnitud que el resplandor permitió al único testigo en el lugar de los hechos identificar su número de matrícula. Cuando detuvieron al serbio, este lo negó todo, pero, dados su condición de extranjero y su pasado como legionario y guardaespaldas, el juez prefirió dejarlo en prisión provisional hasta que analizaran el GPS de su coche y comprobasen si había estado en la fábrica antes de que esta quedara reducida a cenizas. Sí, Boyan lo reconocía, se había vuelto menos concienzudo, menos precavido. «Solo unos pocos días más», se tranquilizaba, mientras reforzaba los puños con tremendos puñetazos contra la pared de su celda, durante horas, hasta sangrar.

—Si fue él quien provocó el incendio, debe de estar muy contento con el robo del GPS —dedujo Sam en voz alta mientras Johanna se ocupaba del siguiente procedimiento.

—Tercera prueba —anunció—. Un reloj de lujo Van Cleef and Arpels. Un caso del GRB, el grupo de Rivière, contra Nunzio Mosconi. Atraco a una joyería...

Marveil, celda de aislamiento 2

Nano se despertaba a menudo en plena noche. O en pleno día. No podía saberlo, sin ventana, ni evidencias del paso del tiempo. Y siempre la misma particularidad, cualquiera que fuese el sueño: relojes por todas partes. En la muñeca, en el suelo, por el aire, enganchados en árboles o escondidos debajo de las almohadas, redondos, cuadrados, blandos, relojes y más relojes. Justo después del atraco, se fue con unos amigos a una fiesta en la que probó por primera vez la cocaína. Un feliz encuentro, buen subidón, malas consecuencias. Completamente colocado, arrancó el coche pero solo consiguió empotrarlo con el de delante. Control de policía, evidentemente, e intento de fuga a pie, evidentemente. Recordó haberse hecho un lío con las piernas y haber caído de cabeza en un cubo de basura. Ridículo. Hasta que no estuvieron en comisaría, el policía no se dio cuenta de que el reloj que llevaba valía su sueldo de dos años pero, sobre todo, de que su número de serie lo relacionaba con el atraco a una joyería. Los ficheros policiales lo registran todo.

Esa vez, Nano había soñado con un perro que llevaba un collar reloj y orinaba encima de su billete de avión de París a Ajaccio. Nano se dio la vuelta en la cama de hormigón y muy despacio golpeó, con un ritmo regular, la cabeza contra la pared para dormirse.

—Lo que demuestra que se puede planear un buen golpe, que el golpe salga bien y ser tonto de capirote —dijo Ronan, divertido.

—Cuarta prueba —continuó Sam—, y esta procede de nuestro departamento. Un cuchillo de caza. Un caso de homicidio contra Gabriel Rezelny, que llevó el Grupo Crimen 2 de nuestra querida Lara Jevric.

Marveil, módulo 3, patio

Gabriel Rezelny, conocido como Escalpelo, estaba en un rincón de la Selva, con la espalda apoyada en la pared, observando a sus compañeros de miseria. Compartía todo con ellos: comida y aburrimiento, violencia y soledad. Todo excepto, quizá, su inocencia. Trabajador de la construcción, al frente de su propia empresa, aceptó una obra de dos semanas, además de una buena bonificación de aquella chica, recién separada, con la que conectó hasta el límite de la electrocución. Que luego había engañado a su mujer con ella, nunca lo negó. Que había borrado los mensajes de su clienta, locamente enamorada, en los que lo amenazaba con destaparle todo, tampoco. Pero la violación de la que fue víctima, con un calcetín en la boca para que no gritara, seguida del degüello a cuchillo, eso siempre lo negó.

Nunca recibió ni una sola visita de su mujer, convencida como los demás de que su marido,

además de promiscuo, también era un violador y un asesino. Desde entonces, se había rendido ante su destino y se resignó, entre aquellas cuatro paredes, hasta que se produjo otro caso, a poca distancia de la casa de la víctima, con un *modus operandi* similar. La violación de una mujer, amenazada con un chuchillo y reducida al silencio con un simple calcetín en la boca. Víctima, pero combativa, porque consiguió que su agresor huyera y luego dio su descripción en comisaría. Se detuvo a una persona que vivía en la calle, medio indigente, medio vagabundo, que llevaba encima un cuchillo de caza dentado. Ante la solicitud de su abogado, el cuchillo se transfirió al juzgado de Bobigny para una comparación con las heridas que tenía en el cuello la cliente de Gabriel Rezelny y, en caso de resultado positivo, plantearse su salida de la cárcel.

Escalpelo no se alegraba de que hubiera hecho falta una segunda víctima para que se volviera a reabrir su caso, pero la esperanza de salir le roía las tripas y lo empujaba a convertirse en un preso modelo, a pocos días de una posible decisión de la justicia a su favor. Una sola vez había roto su código, cuando intentó proteger al joven Nano. Batalla perdida, el chico había entrado en barrena y llevaba demasiado tiempo en aislamiento. Entonces, Escalpelo se juró a sí mismo no dejarse ablandar nunca más y, por esa misma razón, cuando vio en mitad de la Selva al nuevo preso, con la mirada clavada hacia delante y la mandíbula apretada, dirigiéndose hacia el Máquina que estaba sentado en plena partida de póquer, prefirió separarse de la pared y alejarse de las posibles salpicaduras. Cuando llegó a la altura del negro, el nuevo se sorbió los mocos, carraspeó y escupió un lapo amarillento de lleno sobre las dobles parejas de sotas y damas del Máquina. Este último levantó la mirada hacia él, tranquilamente, y tiró las cartas al suelo.

—Cuanto más avanzamos, más perdido estoy —confesó Ronan—. Sigo sin ver una conexión entre todos estos delitos. Un pedófilo, un pirómano, un atracador y un asesino. Si los metiéramos en un bar, tendríamos el principio de un chiste malo. Vamos, ánimo, la quinta.

—Y la última —concluyó Johanna—. Un CD de escuchas telefónicas. Un caso contra...

Johanna se detuvo cuando leyó el nombre del acusado y del departamento responsable.

—¿Un caso contra quién? —se impacientó Sam.

Marveil, módulo 3, patio

El nuevo acababa de desafiar al Máquina con un tremendo escupitajo, interrumpiendo la partida de póquer y una mano que prometía. Pero el Máquina ya se había olvidado de las cartas y estaba de pie,

en un primer momento sorprendido por la actitud de su compañero de celda y luego impaciente por meterle una tunda delante de todo el mundo.

—Ayy, Nena, ¿se te ha desconectado algo en el cerebro o pretendes llamar mi atención?

Yassine Chelli no respondió, dio media vuelta y se dirigió hacia el Porche. Los otros jugadores, atentos desde ese momento, dejaron las cartas delante de ellos. Los curiosos se apartaron al paso de Yassine, murmurando que no daban un duro por el pellejo del chaval. Su silueta se volvió imprecisa bajo la sombra del Porche, a cubierto de los prismáticos de los vigilantes de la torre. Yassine arqueó el pecho, miró fijamente al Máquina con aire desafiante, se agarró el sexo con toda la mano y soltó con voz fuerte e inteligible:

—¡Eh, gorila! Ven aquí, tengo un nabo para ti.

Igual que los perros antes de atacar, el Máquina empezó a gesticular con la nariz y la comisura de los labios, preparándose concienzudamente para destrozar a Yassine. Apretaría las manos alrededor de su cuello y le golpearía la cabeza contra el suelo hasta que solo tuviera papilla entre los dedos. Arrancó a cámara lenta y sus primeros pasos fueron pesados, luego aceleró y llegó a toda velocidad bajo el Porche. Cuando extendió el brazo para atrapar a su presa, aparecieron cuatro presos por detrás de Yassine que, estoico, no se había movido ni un milímetro. El Máquina se dio cuenta de la trampa y frenó, pero ya era demasiado tarde y le empezaron a llover golpes. Mandíbula, costillas, pómulos, estómago, hígado. Bajo toda aquella violencia se acurrucó en el suelo, apretó las rodillas contra el estómago y hundió la cabeza entre los brazos. El Máquina había recibido palizas en el pasado y sabía cómo protegerse. Por desgracia para él, sintió cómo le tiraban de los brazos y las piernas todo lo largos que eran y, pese a su fuerza, no pudo evitar que le dejaran la entrepierna sin defensa. Yassine se le acercó, desprovisto ya de cualquier resto de humanidad.

—Te gusta mucho cuando te acaricio en la celda, ¿no?

Cogió impulso y lanzó un primer patadón con la tibia justo en el medio, aplastando de manera irreversible un testículo. El Máquina aulló como un cerdo y puso los ojos en blanco. Yassine golpeó más fuerte y, esa vez, el cuerpo cavernoso del sexo quedó aplastado. Se repitieron las patadas una y otra vez, y con cada una de ellas, la misma pregunta, gritada como si estuviera reviviendo el momento.

—¿Y ahora? ¿Te gustan mis caricias, porculero?

Con el tercer golpe, el intenso dolor hizo que el Máquina perdiera el conocimiento y ya no sintió lo que vino a continuación. Ni siquiera cuando le soltaron los brazos y las piernas y Yassine siguió dándole puñetazos interminables, dejándole un aparato genital definitivamente inservible.

Si el Máquina tenía amigos en aquella cárcel, Yassine tenía más, y nadie fue a defender al negro.

Dos chavales lo arrastraron por las piernas hasta que estuvo a la vista de la torre de vigilancia y el altavoz escupió:

—¡A la puerta!

Dos chavales agarraron otra vez el cuerpo, mientras a unos metros de ellos Yassine, sin aliento, se encendió un cigarrillo.

—¿Caso contra quién? —se impacientó Sam.

—Caso del Grupo Crimen 1 contra Yassine Chelli —continuó Johanna—. Secuestro, extorsión y complicidad en asesinato.

Ronan tenía la punta del rotulador apoyada en el tablero blanco pero no escribió nada.

—Mierda —resopló—. Pero ¿qué coño pinta aquí este? —Puso la capucha al rotulador y se volvió hacia Sam—. ¿Te importaría ir a buscar a Coste, por favor?

Mientras ordenaba la carpeta para las firmas, la secretaria del comisario leyó la carta que acababan de dejar encima de su mesa. Una dimisión era lo bastante infrecuente para leerla por segunda vez y estar segura de la mala noticia que iba a llevarle a Stévenin. La guardó con el resto del correo para sellar y salió de su oficina con la clara impresión de que, una vez más, iban a disparar al mensajero. Al final del pasillo, vio al cabo Sam Dorfrey hablando con Coste. Parecían discutir acaloradamente.

—Pero ¡la hostia puta, no puede ser verdad! ¡Qué cojones está pasando aquí! —dijo el capitán hecho una furia.

Intrigada, la secretaria se acercó para enterarse mejor.

—De momento no sabemos más. A lo mejor nada. Ronan solo ha dicho que quizá querías...

—Espera aquí —le cortó Coste.

Se dio la vuelta y, con paso decidido, fue hasta donde estaba la secretaria y estiró la mano hacia ella.

—El acta, por favor.

—Pues claro.

La secretaria abrió la carpeta de firmas y sacó la carta, que estaba la primera.

—De momento, no se lo cuentes a nadie.

—Pues claro —repitió.

—Eres un amor.

Luego Coste se volvió hacia Sam; le había desaparecido todo el cansancio, la cabeza le echaba chispas y estaba tan motivado como el primer día.

—Bueno, ¿vamos a por todas o qué?

* * *

Una obra de teatro con los papeles invertidos: Ronan, como jefe del grupo, resumió los hechos a Coste, al principio con cierto malestar. El ordenador del pedófilo. El GPS del pirómano. El reloj de

lujo del atracador. El cuchillo del asesino y el CD de las escuchas telefónicas del secuestro. A medida que presentaba los hechos y ante la actitud reflexiva de Coste, Ronan fue recuperando la seguridad y luego llegó el momento de la tormenta de ideas. Las hipótesis salieron a chorro. Unos trazos en el tablero unían unas con otras, interrogaciones, no pocas conjeturas descabelladas, ideas más o menos sensatas y sospechas. Al cabo de unas cuantas horas, un silencio sepulcral, cada uno con la nariz metida en un procedimiento, sin haber llegado a nada concluyente.

—¿Entonces? —preguntó Johanna esperanzada.

Coste levantó la mirada y se dio cuenta de que la pregunta iba dirigida a él.

—Entonces ¿qué? —repitió—. Si con tres cerebros no habéis llegado a ninguna conclusión, yo no voy a hacer un milagro.

Aunque rechazó ese sentimiento, Ronan se tranquilizó al comprobar que Coste no era un policía de cine, con la solución siempre en el bolsillo, identificando al culpable antes que los demás. Andaba tan pez como el resto. En su antigua mesa sonó el teléfono y, por costumbre, lo descolgó.

—Coste.

—¿Qué hace ahí? —preguntó Saint-Croix.

—Me intereso por su caso.

—Me alegro. ¿Han encontrado el vínculo?

—De momento no.

—Pues a mí me ha caído una buena bronca. Este robo tiene repercusiones que nadie habría podido imaginar, se nos avecina un infierno. La justicia va a quedar en ridículo.

—Vamos para allá.

—No, ya tengo puesto el abrigo y voy cargada con la documentación. Estoy a veinte metros de su oficina.

* * *

Desde por la mañana, a Fleur Saint-Croix le habían llovido las llamadas telefónicas, y en las secretarías de los jueces de instrucción se vivía literalmente una tormenta. Empezaban a aclararse los motivos del robo de las pruebas y fueron tres abogados los que habían proporcionado la clave. En cuanto dejó el abrigo encima del sofá rojo, la fiscal no perdió ni un segundo con Coste y su equipo. Observó el tablero blanco con las hipótesis.

—Veo que el asunto está estancado —dijo al tiempo que le tendía el rotulador a Ronan—. Si me lo permiten, tengo nueva información.

Abrió la carpeta en la mesa más cercana y sacó la primera hoja.

—Han robado cinco pruebas. Una prueba es una evidencia, un elemento que inculpa o exime, que permite conocer la verdad y, si se da el caso, que encarcela a un culpable. Lo siento mucho por la parte académica, pero eso explica muchas cosas. Eso explica, por ejemplo, por qué a los abogados de los provisionales les interesan de pronto esas pruebas y por qué los secretarios judiciales se ven bajo una lluvia de recursos complementarios y contraperitajes.

—Y, concretamente, ¿eso a qué se parece?

—A un día nublado, cargado de malas noticias. En primer lugar, el abogado de Boyan Mladic. Este hombre había solicitado el análisis del diario de a bordo del GPS del coche en el que se vio a su cliente justo después del incendio. Sin el GPS, ignoramos si Mladic estaba en el lugar de los hechos.

—¿Y el testigo que apuntó su matrícula?

—Se retractó hace una semana. Ya no está muy seguro de haber visto bien la matrícula, o recibió una visita persuasiva; eso nunca lo sabremos. El caso es que Mladic estaba en prisión provisional porque por su doble nacionalidad franco-serbia había riesgo de fuga, pero ahora no tenemos nada contra él y su demanda de libertad no tardará en llegar. A este puede tacharlo.

De un golpe de rotulador, Ronan obedeció.

—Del mismo abogado, pero fechada hace unos quince días, hay una solicitud de peritaje de la prueba del reloj Van Cleef and Arpels procedente de un atraco. La identificación la hizo el propio joyero, que certificó que el reloj le fue robado. Una identificación no es un peritaje. El trámite tenía que haberse llevado a cabo en la sede de Van Cleef and Arpels, los creadores de la joya. Pero sin el reloj no hay peritaje, por tanto se instala la duda en beneficio del preventivo. Nunzio Mosconi, también puede tacharlo, no tardará en salir. Sigo, pero imagino que empiezan a entender.

—Espacio —dijo Coste, inquieto—. Desaparecen unas pruebas y entonces los abogados se espabilan. Hacen comprobaciones y no dejan escapar la ocasión si esta juega a favor de su cliente. De momento, parece que la cosa les ha salido tirando a bien. ¿Lo que viene a continuación es igual de catastrófico?

—Seguimos en el mismo registro. Antes de las doce, el abogado de Antoine Doucey ha presentado, para incluir en el procedimiento, la factura de la compra de un ordenador de segunda mano. Ahora que está seguro de que no podemos comprobarlo, afirma que las fotos y los vídeos pedófilos estaban ya allí. A él le habría gustado, dice, que se hubieran chequeado las fechas de las descargas, pero sin ordenador no hay análisis y se plantea la duda. Junto con la factura, el abogado ha presentado una petición de libertad para su cliente. Doucey pronto podrá tomarse un refresco en un parque público, rodeado de niños.

—Pero de todas maneras encontraron el calzoncillo del vecinito en el sofá —renegó Johanna, aún

menos tolerante que los otros con ese tema.

—Sí, pero el menor nunca ha declarado contra él porque, y cito: «Es mi vecino y mi mejor amigo». Un cerebritito manipulado.

—Este asunto chirría por todas partes —dijo Sam, enfadado—. Los picapleitos buscan cualquier resquicio para sacar a sus clientes.

—Les hemos ofrecido esa posibilidad —precisó Coste, decepcionado—. Y la imagen del que no sepa aprovecharla quedará maltrecha. Es como un concurso de notoriedad y, de momento, libre de sospecha.

—Y esto continúa —reanudó Saint-Croix—. A la una, se manifestó el abogado de Gabriel Rezelny. El *modus operandi* de un vagabundo que violó a una mujer en la Somme coincide con el del asesinato por el que está acusado Rezelny. Pero, lo más importante, el cuchillo que llevaba encima al vagabundo encaja con las heridas del caso Rezelny. Para facilitar los trámites, la prueba se transfirió hace un mes al juzgado de Bobigny para realizar la comparación. Probablemente, este sea el caso más desagradable de todos. La desaparición del arma nos deja sin ninguna posibilidad de declarar inocente a Rezelny del crimen del que está acusado, de manera que tenemos a un posible inocente en la cárcel. Y, peor aún, al otro, al de Somme, solo se le acusará de violación. La pena media para un violador es de siete años, mientras que para un asesino en serie es de treinta. ¿Se lo imaginan? Y todo esto porque somos incapaces de proteger nuestras pruebas.

Johanna, consternada, no pudo quedarse en silencio.

—Chicos, yo, igual que vosotros, aborrezco a los abogados penalistas, pero de ahí a pensar que podrían aprovecharse de un robo para convertir a un asesino en un vulgar violador, solo para mantener su imagen, es satanizarlos un poco.

A Coste le divirtió su ingenuidad.

—Lo hacen porque la ley se lo permite. Es una frase que me revuelve las tripas cuando la sueltan. Si un abogado descubre una prueba que acusa a su cliente, no tiene obligación de facilitarla a la policía. En ese caso, cualquier otra persona sería cómplice, pero ellos tienen el famoso derecho a la defensa. Resultado, no es raro que liberen a sus clientes sabiendo que han cometido un delito. Porque la ley se lo permite. Por tanto, si los abogados pueden no decir toda la verdad, yo me pregunto por qué tendríamos que creerlos.

—De acuerdo, pero estamos hablando de un asesino en serie; eso ya es otro cantar.

—Podría darte diez ejemplos, pero solo voy a elegir uno de este año. Una mujer resulta condenada a treinta años por envenenar sucesivamente a sus cuatro maridos. Su abogado recurre y como la resolución del recurso se retrasa, más de un año para ser exactos, enarbola el artículo que establece que un preso preventivo tiene que ser juzgado dentro de un plazo razonable y consigue sacar a la

viuda negra. Cuando un periodista le preguntó si se daba cuenta de la inquietud que podía provocar la puesta en libertad de una asesina en serie, en especial para los familiares de las víctimas, el abogado se limitó a responder, con aplomo, que la ley se lo permitía. ¿Dónde están la ética y la moral?

—Siempre me he preguntado si los abogados tendrían madre. Me parecería raro —dijo irónicamente Sam.

—Y, si no, sus madres no los quisieron mucho —contestó Johanna, consternada.

Coste vio que Saint-Croix titubeaba frente al último expediente antes de abrirlo.

—Capitán, lamento no haberlo soltado antes. Yassine Chelli era suyo, creo.

—Durante un tiempo. Luego se lo entregué a Marveil.

—Con lo que le ha caído encima, me sorprendería mucho que saliera —alardeó Ronan.

Ante esas palabras, Saint-Croix bajó imperceptiblemente los ojos. Coste se dio cuenta de que también Yassine se beneficiaría del premio del grupo. La fiscal cambió de tono, menos autoritario, con una pizca de culpabilidad.

—Su abogado es bastante desvergonzado, es lo menos que puede decirse de él. Ustedes utilizaron un programa de reconocimiento de voz para identificar a Chelli, el mismo que se utilizó en el caso Cahuzac. Pero el político sigue fuera y el programa es fiable en un 95 por ciento. El abogado intenta sentar una especie de jurisprudencia Cahuzac y solicita un perito de voz. Sin los CD de las escuchas telefónicas, eso será complicado. Por casualidad, ¿no habrán hecho una copia?

—Eso es ilegal y lo sabe.

—Probaba suerte. Por una vez, me habría encantado que se hubieran tomado ciertas libertades respecto al código penal.

—¿Y los teléfonos que se encontraron en casa de Chelli y que sirvieron para que el grupo se organizara? —señaló Sam.

—Se lo concedo, se encontraron en su casa, pero pudo comprárselos a cualquier persona y en cualquier momento, antes o después de los hechos. Eso no lo convierte en criminal.

—¿Y sus dos cómplices?

—La investigación demostró que Lorenzo Weinstein tenía residuos de pólvora en la ropa y en las manos. Ese se queda a la sombra. En cambio, aunque a Sofiane Badaui se le ve en los vídeos del centro comercial dando vueltas durante más de cinco horas, siempre podrá decir que esperaba a su novia. Por suerte, se peleó con un vigilante en Fleury-Mérogis y le rompió un brazo, así que, de momento, seguirá allí dentro.

La exposición de los hechos llegaba a su fin y el tablero blanco, sobrecargado, habría resultado incomprensible para cualquier recién llegado. Saint-Croix pensó que era el momento de concluir:

—El asalto al juzgado pone en libertad a cuatro criminales. Esa es la relación.

—Yo no lo creo —dijo Coste—, y siento la aparente estupidez de la frase pero no hay relación porque no hay relación. Esa es la relación.

—¿Pareceré idiota si digo que no te sigo? —confesó Ronan.

—Una misma banda no tiene cuatro objetivos diferentes —continuó Coste—. Los que organizaron el robo de las pruebas nos han soltado una cortina de humo. Desde el primer momento, solo quisieron sacar a una persona; los demás han tenido la suerte de servirles de señuelo para mandarnos hacia todos lados. La cuestión es saber quién es el objetivo inicial: Doucey, Mosconi, Mladic o Chelli.

—¿Y el del cuchillo de caza, Rezelny?

—Rezelny no es para nosotros sino para la opinión pública. Él es la piedra angular, la palanca de toda la historia. La justicia podría ponerse cabezona y mantener a esos cuatro en el trullo, pero en el caso de Rezelny es diferente porque quizá deje a un inocente en la cárcel. No van a arriesgarse a una acumulación de errores judiciales.

—La única manera de encontrar las pruebas es dar con los atracadores —añadió Saint-Croix—. Pero con cuatro objetivos diferentes, como usted dice, Coste, si el GRB no localiza algún ADN o alguna pista en el lugar de los hechos, nos quedamos a dos velas.

—Parece un golpe perfecto —dijo Johanna, desolada.

—Porque es un golpe perfecto —confirmó Coste—. Sacad algún provecho de esto; es bastante raro que nos jodan de esta manera.

Apenas había terminado la frase cuando la secretaria de la SDPJ 93 asomó la nariz por el marco de la puerta con la cara compungida por dos motivos: por interrumpir la reunión y por llevar una mala noticia.

—Un periodista quiere hablar contigo, Victor.

—Dile que no es recíproco.

—Es Farel —añadió la secretaria, consciente de que ese nombre podía cambiar la situación.

Coste cambió de opinión en un segundo y la secretaria desapareció.

—Espero que no le informe sobre el caso —protestó Saint-Croix.

—No es solo un periodista. Marc Farel escribe en la sección judicial, confío en él y si nos llama seguro que es para hacernos un favor más que otra cosa.

Coste descolgó al primer timbrazo y, después de los saludos de rigor, Farel abordó el asunto que tenía revolucionada a toda la redacción de su periódico.

—Parece ser que hay jornada de puertas abiertas en Marveil, capitán.

—Algo así. Estamos solucionando como podemos la falta de espacio en la cárcel. ¿Quiere información?

—No, gracias, ya tengo toda la que necesito. Lo llamo solo para decirle que saldrá mañana.

—¿Puede retrasarlo?

—Imposible. Todo el mundo está al corriente.

—Por supuesto. ¿Y quién le ha pasado la exclusiva?

La conversación continuó sin que Coste la pusiera en manos libres. Cuando terminó, colgó y respondió a la pregunta que nadie le hacía:

—Mañana en todos los quioscos. Los abogados no han esperado para informar a los medios de comunicación; quieren dar consistencia a su actuación. Con todo el jaleo que está armando la derecha por la organización de la justicia, los abogados quieren tener el apoyo de la opinión pública.

—¿Y nosotros? —dejó caer Ronan.

—Nosotros no tenemos nada. —Coste, realmente hastiado, se quedó mirando por la ventana—.

¡Qué buen tiempo para un día de mierda!

Escalpelo no se llevaría nada. No quería ningún recuerdo de ese tugurio. Dejaría tras él tres años de pacientes economías: los productos higiénicos, las conservas, un poco de dinero y algo de marihuana que guardaba para las noches complicadas. Ni siquiera el televisor, se lo dejaría a Cuistot, su compañero de celda; él fue quien le explicó los códigos de Marveil y quien lo había protegido. El vigilante dio dos golpes en la puerta.

—Rezelny, locutorio extraordinario.

Escalpelo bajó la cabeza y se mordió las mejillas para no sonreír. Solo con ese gesto ya se enfadaba su amigo.

—¡Te prohíbo que hagas eso, coño! Salta, grita, da gracias al cielo. ¿Qué haces? ¿Protegerme de tu felicidad? Mierda, yo también me alegro, creía que la felicidad ya no existía.

El viejo turco se acercó a él y lo abrazó.

—Hasta tengo la sensación de que hueles bien, cabrón.

—Eso debe de ser un anticipo del exterior.

* * *

Cuando se acercó a las cabinas transparentes de los locutorios, todas vacías excepto una, reconoció, de espaldas, la silueta encorvada de su abogado. Juntos habían pasado la época tormentosa y vivido las horas oscuras, pero ese no era un día cualquiera. Era su último día como asesino. Dio la vuelta a la cabina y le vio el rostro. Serio. Los ojos bajos evitaban el contacto. El corazón de Escalpelo dio un brinco y se le formó un agujero negro en el estómago, que aspiraba la luz, la esperanza y el infinito de todas las cosas en las que aún creía un segundo antes. La puerta de plexiglás se cerró tras ellos mientras él se sentaba enfrente de su abogado.

—Mírame al menos —rezongó Escalpelo entre dientes.

El hombre no se movió. Escalpelo golpeó la mesa con la palma de la mano, dándole un susto.

—¡Mírame, coño!

El vigilante puso los dedos en el mango de la porra y dio un paso hacia el preso.

—El cuchillo ha desaparecido, no habrá comparación. Lo siento, de verdad, lo siento mucho, no sé qué ha pasado, Gabriel —soltó el abogado del tirón, como si el dardo de sus palabras se le clavara al pasarle por los labios.

—Es imposible —rechazó Escalpelo—. Eso no puede pasar. Ahora no.

Y, como pudo, el abogado le explicó a Escalpelo los detalles de la historia de la que él era un daño colateral.

—Tienes que decírselo a mi mujer. ¿Lo entiendes? Ella tiene que saberlo. Eso es lo más importante.

Y, como pudo, el abogado le explicó a Escalpelo que, desde hacía seis meses, Lola Rezelny no le cogía el teléfono. Desde que se había mudado, con otra persona, a un lugar lejos del 93 porque no lo consideraba seguro para el hijo que esperaba.

Escalpelo lo escuchó, tranquilo, con las manos apoyadas encima de la mesa, inmóvil, más allá de la rabia y las lágrimas.

* * *

Cuistot lo sabía demasiado bien. Tener esperanza es lo peor que te puede pasar en la cárcel. Su compañero de celda había regresado del locutorio y se sentó sin decir ni una palabra. Un silencio abrasador que el turco comprendió inmediatamente. Escalpelo no era de naturaleza violenta, y menos aún con él, pero todo el mundo tiene su punto de fricción y Cuistot consideró que las preguntas podrían esperar.

Cayó la noche y Gabriel seguía sin despegar la mirada del suelo, como si estuviera viendo el infierno a través de él, miles de kilómetros más abajo. Cuando fue lo bastante tarde para que en la televisión repitieran la programación del día, Escalpelo se tumbó en la cama, mirando al techo, y Cuistot se incorporó en su litera para vigilarlo. Se quedaría así, alerta, todo el tiempo que fuera necesario. Y estaría dispuesto a hacerlo día tras día si hiciera falta; luego se cerraría la herida, no del todo, por supuesto, pero lo suficiente para poder respirar. Él estaría ahí y...

Abrió los ojos como platos con un sobresalto de alarma. ¿Cuánto tiempo había dormido? El televisor estaba apagado y la celda se hallaba sumida en la oscuridad. Buscó el mando y lo encontró entre los pliegues de las sábanas. Incluso con los ojos cerrados, se sabía el lugar de cada tecla y la encendió de nuevo. En la pantalla había un anuncio que mostraba a una familia en bici pedaleando sobre unas hojas muertas en el jardín de un hotel a diez minutos de París, pensado para los urbanitas

con falta de clorofila. El anuncio luego mostraba a la familia en una piscina y el oleaje artificial lanzó su luz azulada sobre Escalpelo, colgado de una sábana enganchada a un barroto de la ventana.

El nudo corredizo se había apretado con el peso del cuerpo y Cuistot no tuvo la fuerza necesaria para descolgarlo. Golpeó la puerta hasta romperse los puños, gritó para que acudieran en su ayuda y así despertó al módulo 3 de Marveil.

Demarco llegó el primero, alertado por los gritos. Con su cuchillo, cortó la sábana y el cuerpo de Gabriel se desplomó. El vigilante le puso los dedos en la yugular, miró al viejo Cuistot y se sentó con él en el suelo, impotente.

Durante los minutos que siguieron, la información circuló de celda en celda. Escalpelo nunca había estafado a nadie, ni robado, ni había bajado los ojos. Formaba parte de esos pocos presos a los que todos respetan.

Demarco salió al mismo tiempo que la camilla y la celda se quedó de nuevo en silencio, como si Escalpelo hubiera decidido mudarse. La sábana, retorcida como una mecha, serpenteaba en el suelo, la única prueba de que eso no había sido solo una pesadilla.

Cuistot cogió su vaso de aluminio y dio un golpe contra uno de los barrotes de la ventana. Otro. Y otro. Luego, cada segundo, otro. Los dos reclusos de la celda contigua siguieron el ritmo y los golpes resonaron más fuerte. El mensaje se fue contagiando en todas las celdas del módulo y la cárcel vibró al ritmo de los golpes, como si un gigante golpeará Marveil con una barra de hierro de diez toneladas. Una oración de reclusos por un inocente.

A Escalpelo le habría emocionado aquella escena. No porque mil delincuentes le hubieran dado muestras de respeto, sino porque le habría traído un recuerdo feliz. Entonces, le habría contado a su amigo el día en el que, en Vietnam, debajo de aquel árbol, le había pedido a Lola que se convirtiera en su mujer. Ese árbol en el que las luciérnagas encontraban cobijo. Al caer la noche, una de ellas emitía una primera luz de manera intermitente. Un simple resplandor de un verde boreal. Luego otra, junto a ella, la imitaba, y luego otra. Y la intensidad aumentaba. Al principio, de manera anárquica, el árbol se iluminaba en diferentes lugares; luego los culitos titilantes de las luciérnagas se armonizaban como instrumentos y, al final, el árbol irradiaba, pasando de una luz verde intensa al negro profundo con la regularidad de un corazón que late a cámara lenta.

Aquella noche, en Marveil, los presos jugaron a las luciérnagas durante una hora en recuerdo de un hombre que, incluso allí, había sabido ser bueno.

Esa noche, en Marveil, Escalpelo se había regalado la libertad que le habían negado.

Dorian empujó la puerta del loft cargado de café y provisiones y, enrollado en el bolsillo trasero de su pantalón, el periódico del día.

Franck había ido a ver a un conocido a un desguace para reciclar el coche que habían utilizado en el robo de las pruebas y Rino se había largado a «alguna parte, ¿a vosotros qué coño os importa?», sin más precisión. Dorian encontró a Alex sola, frente al portátil, hablando por Skype con la isla, con su padre para ser exactos. Les gustaran o no las nuevas formas de comunicación, Skype les permitía hablar con el planeta entero sin correr el riesgo de ser escuchados o vigilados por la policía. Dorian guardó la compra en el frigorífico mientras escuchaba algunos fragmentos de la conversación. El señor Mosconi, impaciente, preguntaba cuánto tiempo les iba a llevar aún todo eso y Alex intentaba tranquilizarlo, aunque no tenía respuesta. A Dorian no le gustaba oírle hablar con su padre; su voz era sumisa, como si estuviera pidiendo perdón por todo. Terminó la llamada y Dorian dudó un instante antes de acercarse a Alex. Aún tenía en el bolsillo el periódico, y eso iba a fastidiarle el día. Preparó dos sándwiches; la cosa era disfrutar de ella antes de ver cómo se subía por las paredes.

—¿Has comprado el periódico?

Se acabó el rato tranquilo. Dorian dejó en la mesa el periódico con un titular en la portada que enganchaba la mirada como un anzuelo.

¿INOCENTES?

Debajo de esa palabra, las fotos de cuatro hombres, en este orden: Doucey, Chelli, Mosconi y Mladic. Entre aquellas caras poco agraciadas, la de Nano parecía un error de casting. Después, un artículo firmado por Marc Farel que Alex leyó con atención. Frase tras frase, Alex al fin comprendió que habían sido marionetas en manos de Tiretto.

—No solo hemos ayudado a tu hermano. Cada prueba que robamos ha servido para sacar a alguien.

Alex empujó el periódico delante de ella y su calma sorprendió a Dorian.

—No puedo decir que esto me sorprenda. Ya sospechaba que Tiretto tenía otra agenda, además de la nuestra. Pero de ahí a mandarnos hacer el trabajo para sus amigos... Me la ha jugado pero bien.

—Nos la ha jugado, si no te importa.

—Te aconsejo que no te pongas quisquilloso, Dorian, dado que hay un pedófilo entre los que salen. Y solo porque tú te confundiste con un número.

—Tiretto sabrá qué hacer para volver a meterlo en la jaula. Llámalo.

—No. Quedamos en que hablaríamos por teléfono mañana a las nueve de la mañana, tres días después del golpe. Eso dijo.

—¿Él nos jode y nosotros respetamos las reglas?

—Hasta que Nano salga, el abogado tiene las cartas en la mano.

Dorian se dirigió hacia la encimera de la cocina americana y cogió los sándwiches que había preparado. Desde el fondo de la habitación, intentó minimizar los reproches de Alex y quiso enmendar su error.

—Bueno, a lo mejor ese es de los que solo miran. Un tipo al que le excitan los niños es que tiene un problema de virilidad o algo parecido. Es solo un mirón. Descarga fotos de críos en la piscina y se hace una paja con un guante mojado.

—Pero porque hay tipos como él existe un mercado. Porque hay tipos como él otros abusan de niños. Y con el tiempo que ha estado a la sombra rodeado de golfos, ¿quién te dice a ti que cuando salga le bastará con las fotos? Pasar al acto es lo habitual. Yo pasé años admirando joyas en los escaparates. Luego empecé a acariciarlas.

—Encontraremos el modo de solucionarlo. Tú no te preocupes por nada.

—Si tú lo dices —cedió Alex.

* * *

Franck había aceptado pasar la velada con su amigo, el dueño del desguace, en una cena familiar. La chatarra mancha y no es muy elegante, pero se gana mucho con ella, y a Franck le sorprendió el lujoso chalé que tenía. A no ser que lo hubiera conseguido gracias a su actividad extra de receptor de coches robados.

Rino, por su parte, había conseguido convencer a su nueva conquista para que se quedaran en aquella habitación de hotel y, por unos cuantos billetes más, a la chica la idea le pareció excelente. La feliz consecuencia era que Dorian y Alex tenían el loft para ellos solos y, a la hora de cenar, con la segunda miradita melosa, la comida perdió todo el interés y la ropa se volvió superflua.

Cuando pasaron a los abrazos, Dorian abrió el sofá cama. Sacó el colchón y lo puso en el suelo delante de la cristalera que se abría ante París y de la que Alex estaba disfrutando en silencio. Vista de espaldas, desnuda como una sombra china, Alex parecía volar por encima de las calles de la capital. Cuando Dorian se tumbó, le tendió la mano y Alex se acurrucó junto a él. Solo una de las ventanas estaba entreabierta y unos minutos más tarde se durmieron con el ronroneo de la ciudad.

En plena noche, Alex se despertó con una violenta náusea y corrió al cuarto de baño a vomitar. Se mojó la cara, llenó un vaso de agua fresca, luego encendió una de las lámparas que iluminaba la mesa y se sentó. Se volvió hacia Dorian, amodorrado, y después su mirada se centró en las pruebas, amontonadas delante de ella. Como una señal, la de Antoine Doucey era la que más cerca estaba. Alex se llevó una mano al estómago, dudó y cedió. Con un golpe seco rompió el sello de cera y sacó del sobre reforzado el ordenador y el cable de alimentación. A decir verdad, Alex se estaba conteniendo desde que leyó el artículo por la mañana, perfectamente consciente de que no aguantaría mucho tiempo. Si un predador sexual quedaba en libertad por su culpa, ella tenía que saber con qué se alimentaba.

La pantalla tembló y luego se arregló sola, mostrando una foto de unas colinas verduzcas. Plantado en una de las colinas, el único icono que había. Alex hizo doble clic encima y aparecieron dos carpetas más: «fotos» y «vídeos». Sin protección, sin contraseña, sin ninguna seguridad. Su propietario tenía exceso de confianza o un síndrome de superioridad evidente. Alex pinchó en la carpeta «fotos» por temor a lo que pudiera contener la otra. Ante sus ojos, una interminable columna de archivos ordenados por número. Movié la rueda del ratón y comprobó que había más de mil. Abrió el primero e hizo clic encima de la primera foto. Una decoración exótica, el mar azul y una puesta de sol con colores vulgares. En la playa, con una sonrisa triste, como si se lo hubieran ordenado, un crío completamente vestido estaba sentado en una silla de plástico. Castaño, diez años como mucho, piel tostada y los rasgos cansados, como extenuado. Alex hizo clic en la segunda foto. El mismo decorado, el mismo niño, pero en esa foto completamente desnudo y menos sonriente. Hizo clic en la novena foto para estar segura. El niño estaba sentado junto a un hombre encapuchado, también desnudo. La presencia del tipo encapuchado en una playa era tan chocante como su desnudez. Alex no se atrevió a ir más lejos y cambió de archivo. Nuevo decorado. Un bosque por el que cruzaba un río y en un camino había otro niño. Algo menor, pero del mismo tipo mediterráneo que el primero. Se dirigió inmediatamente a la foto número 14. El niño estaba de rodillas y vestido, pero su mandíbula parecía a punto de desencajarse por lo desmesurado de lo que le estaban metiendo en la boca. El flash automático de la máquina de fotos había conseguido la proeza artística de hacer que brillara, como un diamante, la lágrima que le caía por la mejilla. Alex se levantó de un salto y tiró la silla hacia atrás. Dorian se volvió en la cama. Ella cerró la carpeta «fotos», se bebió el vaso de agua

de un trago y, con una perseverancia tan malsana como incontrolable, abrió la carpeta «vídeos». Aparecieron un centenar de iconos, cada uno de ellos de una película corta. Le dio al primero sin saber muy bien por qué, quizá simplemente porque debía hacerlo. Una mesa de acero inoxidable reluciente cubierta con una sábana blanca. Una silueta deja allí a un bebé que lanza los brazos regordetes en todas direcciones, como las criaturas que aún no controlan los gestos. Alex se llevó las manos a la boca. Un hombre vestido con traje y una máscara veneciana blanca se acerca y con una mano le separa una pierna para acariciar la piel suave del interior de sus muslos. Luego, con la lengua, se moja con saliva el dedo corazón para lubricarlo. Como si pudiera realmente poner fin a la escena, Alex cerró de golpe el ordenador antes de que ocurriera lo peor y corrió de nuevo al cuarto de baño. Pero ese gesto brusco hizo que la pantalla rebotara en el teclado y el ordenador no se apagó. En el cuarto de baño empezaron a oírse los lloros de la criatura. Arrodillada delante del inodoro, Alex se secó la boca y se levantó precipitadamente para parar aquello cuanto antes. Vio a Dorian, al que había despertado el ruido, de pie delante de la pantalla levantada con el rostro iluminado por las imágenes. Tragó saliva con dificultad, cerró correctamente el portátil y se volvió hacia Alex.

—¿A qué hora has quedado mañana con Tiretto?

—A las nueve —susurró.

—Pongo el despertador.

Noche en blanco. Se habían tomado el café. Dorian daba un masaje en los hombros a Alex y sintió bajo sus dedos la nuca rígida y los trapecios duros como la madera.

—No te tires a la yugular, ¿vale?

Por toda respuesta, Alex puso su mano sobre la de Dorian sin volverse. A las nueve y un minuto, sonó el móvil encima de la mesa y la vibración hizo que la cucharilla chocara contra la porcelana de la taza. Alex descolgó.

—Imagino que habrán leído la prensa —empezó Tiretto.

—El día que te explote el coche, tendrás una milésima de segundo para recordar el momento en el que me tomaste por tonta.

Dorian frunció el ceño. Aunque Alex aparentase estar serena, siempre llevaba dentro un rottweiler dispuesto a atacar.

—Comprendo su nerviosismo, es normal. Pero no se engañe a sí misma. Usted sabía muy bien que yo no habría hecho todo esto si no tuviera un interés propio.

—Me gusta saber lo que está en juego desde el principio; de lo contrario me siento vulnerable, y cuando soy vulnerable, necesito una garantía.

—¿Qué significa eso?

—Que hasta que mi hermano no esté fuera y toda mi banda en Córcega, yo guardo las pruebas. Una garantía. ¿Lo entiendes ahora?

—No es buena idea. Es posible que eso disguste a alguien.

—¿A quién? Yo quería sacar a Nano, pero ¿cuál de los otros es tu objetivo? Espero que no fuera el 58, porque nos equivocamos de número.

—Ya lo he leído. Bravo. Un error que puede poner en libertad a un pedófilo. Tranquilícese, eso no cambia nada. Puede quedarse con las pruebas si es lo que desea, siempre que respete las reglas.

Alex abrió el periódico de la víspera y leyó el nombre debajo de una de las fotos.

—Estoy dispuesta a correr un tupido velo si me dice cómo volver a encerrar a Doucey.

—Es bastante fácil, solo tiene que devolver la prueba intacta al juzgado. ¿No lo habrá abierto?

Tiretto tradujo el silencio de Alex como una confesión.

—El sello de cera lleva el membrete del departamento de policía que la ha requisado. Si el sello está roto, el contenido ya no tiene validez como prueba. Usted podría haber metido cualquier cosa dentro del sobre, añadir, quitar, modificar. Así que le repito la pregunta: ¿no lo habrá abierto?

Nuevo silencio, nueva confesión.

—Pues ya puede tirarla, no sirve para nada. Tendrá que vivir con eso. Pero no se preocupe, Doucey está clasificado como pasivo, si eso tranquiliza su conciencia. En cambio, tanto por su seguridad como por la mía, no abra las demás. Póngalas en un lugar seguro, donde quiera, pero no las pierda.

—El que parece preocupado eres tú. Es casi agradable escucharte.

—Es que usted no conoce a todos los actores.

—Precisamente, ¿cuándo será el estreno?

—Las solicitudes de puesta en libertad ya han salido esta mañana hacia la oficina de instrucción. Tienen cinco días para resolver o para nombrar al juez, quien añade tres días más. Así que en un plazo de uno a ocho días.

Más calmada, Alex se dejó caer en el respaldo de la silla.

—¿Nos esperan más sorpresas?

—Eso sería abusar de su confianza, Alexandra.

Franck se presentó una hora más tarde, con un ligero tufillo de alcohol flotando a su alrededor. Se derrumbó en el sofá, con la cabeza como un bombo.

Dorian metió las pruebas en una de las bolsas grandes de tela negra y Alex le dio un golpe cariñoso a su primo, medio aturdido, en la cabeza.

—¿Qué has cogido?

Franck rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó un juego de llaves, un regalo del chatarrero.

—Un Volvo. Es feo pero discreto.

—Qué nivel. No hacía falta —refunfuñó Alex.

—También he conseguido un montón de móviles con líneas nuevas. Servíos vosotros mismos, están en una bolsa en la entrada. Uno para cada uno. —Luego se fijó en que Dorian llevaba una bolsa al hombro—. ¿Y adónde vais vosotros?

Alex le lanzó el sobre con el reloj Van Cleef a las rodillas.

—A la estación del Norte. Dejaremos las otras tres pruebas en consigna y tú haz que desaparezca esta. La fundes, te la comes, la envías a otro planeta pero no quiero volver a ver ese reloj. Nunca más.

Setenta y dos horas más tarde
Centro penitenciario de Marveil
18.00 h

Boyan Mladic firmó el registro de salida bajo la atenta mirada del funcionario de guardia, que veía cómo se evadía legalmente el último de los que ya llamaban «las cuatro hojas de trébol». Los afortunados, en definitiva.

—Tendrás que jugar a la lotería, estás en racha —soltó el vigilante haciéndose el gracioso.

Boyan levantó los ojos de color gris blanquecino hacia él y desapareció todo rastro de humor. Se iría de Marveil sin haber pronunciado ni una palabra. Recogió la bolsa con sus efectos personales y franqueó la pesada puerta de hierro. Respiró profundamente el aire fresco, pasó delante de un contenedor de basura y levantó la tapa y dejó caer la bolsa en el interior, sin sentir añoranza por lo que contenía. Boyan se dirigió hacia el taxi que lo esperaba con el motor en marcha y metió dentro su pesado esqueleto. Sin ninguna indicación, el coche arrancó y Mladic se volvió hacia la prisión, que encogía a medida que se alejaba de ella. El taxi atravesó Marveil y luego se encontró en tierra de nadie entre la ciudad y el campo, un terreno agrícola hasta donde alcanzaba la vista que colindaba con los almacenes de las zonas con actividad comercial. A continuación, el coche se incorporó a una carretera nacional que cortaba un campo de colza en dos rectángulos amarillos inmensos y se detuvo más o menos en ninguna parte. Mladic bajó, dio un portazo y el taxi volvió a arrancar. Sin transición, Boyan había pasado de una celda de aislamiento de cuatro metros cuadrados al centro de un mar de flores doradas, totalmente solo. De pronto, un avión fertilizante pequeño, biplano, llamó su atención. Pasó a lo lejos, lanzó una nube brumosa de abono, volvió a acelerar y desapareció.

Diez minutos más tarde, en la carretera, apareció un punto negro que fue creciendo hasta convertirse en una berlina, un Bentley gris metalizado, que se detuvo a la altura de Mladic. La puerta se abrió, Boyan se metió en el coche y ocupó el asiento junto al hombre que estaba en la parte trasera.

—Buenos días, Boyan.

—Mis respetos, señor Darcy.

Así que Mladic hablaba. Y lo que es más, un francés sin acento. Darcy hizo una seña al conductor y, sin ninguna sacudida, el Bentley navegó a través de la colza.

—Tenía que haberme dejado allí. Se ha arriesgado mucho.

—¿Qué clase de amigo sería si lo abandonara a usted al primer error?

Mladic se volvió hacia él y asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. Darcy le sonrió paternalmente y, por el cristal, dejó que su mirada vagase más allá de los campos. Ese día había elegido el mismo traje que el que vestía en los carteles promocionales de su empresa. Color gris antracita, camisa negra, corbata roja y el pelo plateado peinado hacia atrás. Una cifra de negocio de cuarenta mil millones de euros anuales y, sin embargo, el deseo de obtener más, siempre más, hasta la extenuación.

—Qué divertidas son las coincidencias. En este momento estamos atravesando mi última adquisición. Doscientas hectáreas de campo que voy a hormigonar para que acoja a mi último pequeñín: el supermercado Darcy número ciento sesenta.

La mitad de ellos estaban contruidos ilegalmente, por lo que tenía que pagar una multa de noventa y cuatro mil millones de euros que el Estado nunca se atrevió a reclamar. De eso se las daba el personaje, de su red de distribución y del poder de su emporio. Así que era difícil saber quién de los dos hombres que iban en ese Bentley resultaba más peligroso.

—Ni siquiera sé lo que voy a arrasar, pero es bonito —continuó, pensativo.

—Creo que colza —precisó Boyan—. Su padre se sentiría muy orgulloso de usted.

—Mi padre era un pobre representante de comercio sin ambición, un vendedor de detergente. Yo soy un hombre de negocios y usted debería alegrarse de ello. Mi padre no habría podido sacarlo de Marveil.

—¿Y cómo lo ha conseguido? Si puedo preguntar.

—He hecho desaparecer el GPS y envié a alguien para que hiciera cambiar de opinión al testigo que lo vio en el lugar del incendio.

—¿Ya me ha sustituido? —preguntó Boyan, preocupado por su trabajo.

—Respecto al GPS, aproveché una oportunidad. En cuanto al testigo, el pobre tenía setenta años; se ocupó Philippe.

—Gracias, Philippe.

El conductor se volvió con el rostro serio por la alusión a aquel recuerdo desagradable.

—De nada, pero ya se lo he dicho al señor, no me gustó la experiencia.

Darcy dejó escapar una risita burlona.

—¿Se da cuenta, Boyan? No todo el mundo tiene su nivel de tolerancia con la violencia. Y, sin embargo, para mí es como si formara parte de toda negociación. Por eso siento debilidad por su persona, aunque, siendo usted militar, pensaba que preferiría un buen mapa de los antiguos a un GPS.

Boyan acusó el golpe. Sabía muy bien que, bajo esa fachada de cortesía, Darcy estaba descontento. Y no ignoraba que en la guantera de Philippe había una 9 milímetros y que el conductor sabía utilizarla, aunque luego dijera al señor que no le había gustado hacerlo. Boyan intentó redimirse:

—He combatido en Costa de Marfil y en el Chad. Fui a la antigua Yugoslavia como francotirador de la Legión Francesa, pero durante los tres años que llevo trabajando para usted he aterrorizado a verduleros, jefes de obra y abogados, y todos tienen una resistencia mínima al dolor. Creo que bajé la guardia, me ablandé. Y caí. Tendría que haberme dejado con los presos comunes; me habría entrenado.

Darcy puso una mano en la rodilla de Boyan y le dio unos golpecitos con indulgencia. De haberse tratado de otro, habría perdido dos dedos, pero el empresario experimentaba cierto afecto hacia Boyan, que refrenaba en lo profesional y que Boyan fingía no darse cuenta.

—Tengo algo para que vuelva a ponerse en forma —continuó Darcy.

—Le escucho.

—Alexandra Mosconi. Sí, una mujer, pero no se fie de eso. Ella fue la que consiguió nuestra prueba.

—Pues más bien debería agradecerérselo.

—El caso es que se ha vuelto egoísta. Ella guarda el GPS y no tiene mucha prisa por devolverlo.

—¿La elimino y recupero lo que es nuestro?

—Aún estoy dudando.

* * *

Stains, barrio del Clos-Saint-Lazare

19.00 h

Nadie lo esperaba delante de las puertas de Marveil. Yassine subió al microbús gratuito que transportaba a los que salían en libertad hasta la estación más cercana del tren de cercanías y, después de dos horas de trayecto por la grisalla de los suburbios, al fin dejó la bolsa en el descansillo de su casa. Levantó el brazo pero dudó antes de pulsar el timbre. Quizá ya sabía lo que le esperaba detrás de la puerta.

Su madre le daría una bofetada y luego lo abrazaría con el mismo amor en los dos gestos. Al

principio, su hermano no se atrevería a mirarle a los ojos y él tendría que tranquilizarlo, decirle que no tenía la culpa de nada. También les prometería que todo aquello no había sido más que un error y que él jamás había participado en ningún secuestro. Mentiría como lo hacía desde que tenía trece años, cuando lo detuvieron por primera vez. Luego leería la duda y la resignación en los ojos de su madre, sentimientos que ella no se atrevería a expresar: prefería mentir, fingir que todo iba bien y que la vida podía continuar. Hasta la próxima vez.

Yassine se echó atrás, dio media vuelta y, al final del pasillo, quitó una plancha de madera de un conducto eléctrico y metió ahí su bolsa. A través de la única ventana de la planta, miró con detenimiento los bajos del edificio contiguo y reconoció algunos rostros familiares, apoyados en las paredes como si las sostuvieran. Prefería que su leyenda creciese en el barrio cuando contase cómo había mantenido el tipo en Marveil.

* * *

Centro penitenciario de Marveil

19.30 h

Hasta el último momento, Nano creyó que aquello era una trampa. Cuando Demarco fue a decirle que iba a ponerlo en libertad. Cuando abrió la puerta de su celda e incluso una vez que estuvo fuera, frente al taxi que lo esperaba. Los acontecimientos se habían desarrollado con tal rapidez que Nano se vio, sin entenderlo, con la bolsa en la mano, fuera del recinto de la prisión, como un visitante expulsado. En el bolsillo, un bote de antidepresivos para aguantar, atención del psiquiatra de Marveil.

Alex, confundiendo seguridad con paranoia y profesionalidad, había decidido que no se verían hasta dos días más tarde, en el aeropuerto, con los billetes de avión en el bolsillo. Entretanto, había organizado todo lo mejor posible y, al cabo de una hora, el taxi detuvo su carrera delante del hotel de Banville, un cuatro estrellas a pocas calles del Arco del Triunfo.

Con un piano de cola en el vestíbulo, además de conserje y mozo de equipajes al acecho, Nano no pasó desapercibido. Lo acompañaron a su habitación, pagada por adelantado en metálico, y, en vista de sus pintas, el olor y que parecía estar perdido, el botones ni siquiera esperó esos incómodos cuatro segundos que te obligan a buscar la propina en el bolsillo.

Un momento después, el botones se presentó de nuevo con una carta en la mano. Nano reconoció la letra aplicada y redonda de su hermana. Despegó el sobre y sacó una hoja de papel que desdobló.

Dejó caer la nota, que revoloteó y se posó encima de la cama de sábanas blancas impecables, mullida y acogedora. Limpia, todo estaba tan limpio... Abrazó con la mirada la habitación y el saloncito donde, encima de una mesa de cristal esmerilado, lo esperaba una botella de champán. La suite real tenía noventa metros cuadrados, es decir, exactamente veinte veces y media el tamaño de su celda. De pronto lo invadió el vértigo y una crisis de ansiedad lo llevó a encerrarse en el cuarto de baño, más a su medida. Rebuscó en el bolsillo, abrió el bote, dejó caer tres comprimidos en el hueco de la mano y se los tragó sin agua.

* * *

Le Pré-Saint-Gervais (93)

20.30 h

Doucey había llegado a su barrio al caer la tarde, cuando la gente regresa del trabajo o vuelve del colegio con sus hijos pegados a los talones como una manada de patitos. Realmente no era el mejor momento para asomar la cabeza, sobre todo cuando corría el riesgo de que los vecinos pusieran precio a esa cabeza. Esperó a que la noche le regalase suficiente oscuridad para ocultarse en ella y con el rostro agachado subió la calle hasta su casa.

En el portal, pasó por delante de su buzón, hasta los topes de publicidad. Se disponía a aligerarlo deshaciéndose de todo cuando se dio cuenta de que, si lo vaciaba, lo único que conseguiría sería anunciar su regreso. No tenía ninguna necesidad de anticipar nada, la noticia ya se extendería bastante rápido. Seis plantas más arriba, rezó para que las puertas del ascensor no se abrieran delante de alguna cara conocida. Idéntica oración cuando atravesó el pasillo para llegar a su casa. Vio que el nombre que aparecía junto al timbre de sus vecinos había cambiado. Aunque temía cruzarse con Léo y sus padres, no pudo evitar sentir una ligera decepción en el estómago. Obviamente, sus antiguos amigos habían preferido dejar atrás aquella historia truculenta, pero, sobre todo, aquella violación de la confianza que les hacía sentirse completamente ingenuos los días buenos, y odiarse, los otros. En su puerta, bastante grueso, bastante rojo, un mensaje escrito con rotulador: VETE O SUICÍDATE, PERO AQUÍ NO TE QUEDES.

La noticia se había adelantado a su regreso; quizá los periódicos habían hablado de ello. Frotó con

la manga del jersey, pero comprendió bastante rápido que la tinta era indeleble. Giró la llave y solo lo recibió un olor a cerrado.

Hacía más de año y medio que ningún mueble había visto la luz del día y que por las habitaciones circulaba el mismo oxígeno. Por el suelo, sus cosas y los libros llenos de polvo y desperdigados desde que los tiraron durante el registro. Hasta los cojines del sofá seguían dispersos por el piso. Los policías, bajo la supervisión de Doucey, tal y como obliga la ley, se lo pasaron de lo lindo en el registro. Doucey recordó cómo se le encogía el estómago cada vez que alguno de ellos se acercaba al suelo de baldosas blancas. Luego abrieron el ordenador, vieron algunas fotos y centraron toda la atención en el contenido del portátil que, sin embargo, solo era la punta del iceberg.

Doucey cogió un cuchillo de un cajón cerca del fregadero, se arrodilló y, a veinte centímetros del frigorífico, pasó la hoja por debajo de una de las baldosas y esta se despegó fácilmente. Allí abajo guardaba una llave y un documento de identidad francés que, aunque con la foto de Antoine Doucey, no tenía su apellido, ni siquiera su nombre.

Debajo de ese edificio, en un Volvo con las luces y el motor apagados, Dorian tiró un cigarrillo por la rendija de la ventanilla. Echó el humo y una parte de él llenó de bruma el habitáculo.

—Ya sé que desde hace tres días solo piensas en eso, pero ya ves que no hace nada. ¿Qué esperabas? ¿Que un autobús escolar se detuviera debajo de su casa y que él sacase una máquina de fotos con la polla en la mano?

Alex ni siquiera le dedicó una mirada que prefirió mantener fija en la puerta del portal.

—Según Tiretto, ha estado veintiún meses en Marveil —respondió Alex—. ¿Te imaginas? Debe de estar ardiendo. Nos vamos del continente dentro de cuarenta y ocho horas, así que tú haz lo que quieras, pero yo me quedo aquí. Quiero saber quién es. Quiero saber a quién hemos dado la libertad.

Puesto que Dorian se sentía un poco culpable de la situación, se aconsejó a sí mismo cerrar el pico y se felicitó por haberse hecho caso cuando, después de una hora de vigilancia, Doucey asomó la nariz. Parecía estar nervioso, tenso como un zorro el día en que se abre la veda. Un taxi con la luz verde dejó atrás al Volvo y se detuvo delante. Vieron cómo cambiaba a roja cuando Doucey subió al taxi y Alex arrancó tras él.

—Ya te dije que ese tipo no aguantaría.

* * *

Como un agente inmobiliario aplicado, el comisario Stévenin había acompañado al comandante Ventura en una visita completa por el edificio: oficina tras oficina, jefe de grupo tras jefe de grupo. El sustituto de Damiani ocupó su puesto en su nuevo feudo y, durante más de dos horas, estuvo reunido con Lara Jevric, jefa del Grupo Crimen 2. Sentada en una silla, igual que un elefante marino en una roca, Jevric le entregó una lista interminable de reivindicaciones y luego se puso a parlotear porque le había gustado ese nuevo superior directo y su aspecto *italianini*, un poco mafioso. En torno a los cincuenta, barba negra cortada al milímetro, pelo castaño, corto y alborotado, un ligero principio de barriga y todo aderezado con un traje marrón oscuro. Ventura había calculado que la reunión le llevaría un cuarto de hora, pero Jevric lo había vampirizado y para liberarlo fue necesaria la intervención del jefe del Grupo Crimen 1, que los avisaba de la copa de bienvenida en su honor, en la sala de reuniones.

—Millones de gracias. Coste, ¿es siempre así? Pensé que tendría que dispararle con una pistola eléctrica para que se callara.

—Pues entonces he llegado demasiado pronto —bromeó el capitán.

—Lo siento, no he podido recibirte y sin embargo tenía interés en hablar contigo. Tu grupo está a cargo de un caso peliagudo, el de las cuatro hojas de trébol.

—Por desgracia, sí. Pero con ese caso no vamos a lucirnos.

—¿Podrías hacerme un resumen en treinta segundos o eres de la misma escuela que Jevric?

—Treinta segundos es factible. Ni una pista de los atracadores en el lugar de los hechos, ni ADN, ni huellas dactilares, ni vídeos, y los testigos, inservibles. Cuatro pistas puesto que son cuatro los que se benefician, pero los cuatro tienen la mejor coartada posible porque estaban en prisión, bajo vigilancia y a cuarenta kilómetros de aquí. Su paso por chirona los ha dejado como vírgenes: sin teléfono conocido, ni cuenta bancaria, ni redes sociales, de manera que ninguna fisura. Los he incluido en los controles fronterizos para seguir sus movimientos pero, de momento, se portan muy bien. Ya está, y aún me sobra algún segundo, pero estamos tan en cueros que no podría llenarlo.

—No los han ayudado unos desconocidos. Hay que buscar entre sus antiguos cómplices —se atrevió a apuntar Ventura.

—Es de suponer que, por seguridad, no se pondrán en contacto entre ellos antes de varias semanas. Eso si lo hacen. Respecto a Nunzio Mosconi, era su primera visita a París. Antes del atraco de la joyería era un completo desconocido para la policía. En cuanto a Doucey, tiendo a creer que los pedófilos actúan solos la mayor parte del tiempo, o a sueldo de alguien importante.

—Hay que frenar esa leyenda urbana —replicó con cierto desprecio Ventura—. Las veladas pedófilas con críos alquilados para el placer de algunos pervertidos.

—Sí, orgías pedófilas con niños y niñas. Me parece que están lo bastante establecidas para tratarse de algo más que una leyenda, pero ya hablaremos de eso. Después tenemos a Boyan Mladic. Un antiguo legionario. Puede decirse que sus cómplices son todos los legionarios. Esos tipos están soldados como elementos de una única pieza; no sacaremos nada de ellos. Y, por último, Yassine Chelli, pero a sus compinches ya los detuvimos.

Abandonaron la pasarela de cristal que unía las dos zonas de la policía judicial y se dirigieron hacia la reunión.

—Bien. Preséntame un informe. Quizá yo tenga un enfoque distinto, pero eso podría sernos útil. Aunque imagino que tendremos tiempo durante los próximos días.

—En cuanto a eso... —intentó rectificarlo Coste.

Stévenin los vio desde el fondo del pasillo y les hizo amplios gestos con los brazos, como si fuera a perderlos.

—Me temo que tendremos que dejar esta conversación para más tarde, Coste.

La llegada de un nuevo compañero solo es un acontecimiento dentro del departamento al que se incorpora, pero la del nuevo jefe de la Brigada del Crimen genera algo más de público. Por eso, en la sala de reuniones estaban todos los oficiales de la SDPJ, algunos jueces y fiscales, entre otros Fleur Saint-Croix, y el equipo de la DACRIDO,^[8] además de una amplia representación de comandantes y comisarios de otros departamentos.

—Ha venido lo más granado —reconoció discretamente Ventura, con una pizca de orgullo satisfecho.

Aceptó una copa de champán y un canapé de contenido sin identificar. Se bebió la primera de un trago y dejó el segundo sin probarlo. Estrechó algunas manos y llamó la atención de Coste cuando vio a una chica de espaldas.

—Perfecto, ha venido mi *petit chou*. Trabajé con ella en bastantes casos en la policía judicial de París, antes de que la trasladaran aquí. Llevo años intentando trajinármela. Hace seis meses estuvo a punto de ceder, pero no pasamos de la primera base. Observa, me gusta mucho cuando se resisten un poco.

Ventura la agarró del brazo y ella se dio la vuelta. El recién llegado le puso la mano en la cintura y la acercó para darle dos besos ruidosos en las mejillas.

—¡Léa Marquant! ¡Mi *petit chou*! La forense más sexy de París. Con un 20 por ciento más de delincuencia en el 93, nos veremos un 20 por ciento más. ¿No te parece una buena noticia?

Léa vio a Coste y fingió ignorarlo, dedicando todo su interés al encantador italiano que seguía con

sus zalamerías. Coste se sintió un poco estúpido asistiendo a aquel cortejo, pero un equipo siempre es un equipo y Johanna y Ronan aparecieron al segundo.

—Buenos días, comandante Ventura —saludó Johanna de la manera más cordial posible—. Hemos visto que va de los altos mandos a los jefes de grupo, pero si solo habla con ellos no se enterará de nada de lo que ocurre aquí.

—Lo más importante, el pilar fundamental, son las abejas obreras, las que hacen la miel —continuó Ronan tirando del comandante y apartándolo de Léa—. Síguenos, vamos a presentarle.

El grupo se alejó dejando a la forense sola con Coste.

—Los has adiestrado bien, no hay duda —observó Léa.

—Por norma, tendrían que haberlo tumbado en el suelo, pero supongo que, en este caso, los celos están fuera de lugar.

—Sobre todo si vienen de alguien que quería decirme algo muy importante... hace seis días.

—Mis chicos quizá hayan estado un poco autoritarios. ¿Quieres que vuelva a traerte a Ventura?

Léa rebuscó en el bolsillo de la chaqueta de Coste y sacó su paquete de tabaco.

—Me han contado que tenéis una azotea con hamacas donde se puede disfrutar tranquilamente de la noche.

—Te perderás la fiesta.

—He venido por ti.

Abandonaron la sala de reuniones bajo la intrigada mirada de Ventura y subieron la escalera reservada para el personal...

—*¿Petit chou?* —preguntó Coste, intrigado por esa familiaridad.

—Ya te explicaré —dijo Léa, divertida.

* * *

El taxi se detuvo en pleno suburbio, por la zona de Noisy-le-Sec, en una esquina en la que las farolas iluminaban las calles vacías. Doucey pagó, bajó del coche y se encontró frente a una enorme nave de almacenaje, cuyo cartel publicitario anunciaba alegremente y con letras luminosas: M2H: UNA HABITACIÓN AÑADIDA.

Dorian aparcó unos pocos metros atrás.

—¿Ves? No ha salido de caza. Solo es un trastero. Si ha dejado a un crío ahí dentro, veintiún meses después tiene que empezar a oler, ¿no crees? Bueno, ¿podemos ir ya a reunirnos con los demás?

Alex seguía sin cambiar de actitud, arisca y decidida.

—Si viene aquí es porque la policía no lo ha hecho.

—Genial, ¿quieres robarle la ropa de esquí y el traje de la primera comunión? ¿Tú qué crees que se guarda en un trastero?

—Puede que no tuviera todo en el ordenador. Si entramos ahí y encontramos más fotos y vídeos, vuelve a la cárcel. ¿Me sigues? Lo atamos, esparcimos las pruebas a su alrededor y llamamos a la policía. No está mal que sirva para algo de vez en cuando.

Dorian dudó unos segundos que irritaron a Alex.

—De todos modos, no tenemos elección. Si no te hubieras equivocado con el puto número de procedimiento...

—Y si tú no hubieras abierto la prueba...

—Por eso mismo estoy aquí —se enfadó Alex—. Y tú, ¿estás conmigo?

Dorian sacó de la guantera un par de bridas de plástico y se las metió en el bolsillo, cogió una pistola de debajo del asiento y la montó echando para atrás la culata con un ruido metálico.

—Hasta el infierno, mi niña.

El guarda de la nave vio llegar a una mujer joven que se tambaleaba un poco, rubia y con la cabeza gacha, como si estuviera buscando pistas en el suelo para regresar a su casa. Salió de la garita para ayudarla o, quién sabe, para aprovecharse de la situación. Pronunció «señorita» y luego vaciló a causa de un culatazo. Dorian vio que oscilaba de izquierda a derecha y le dio un segundo golpe. El hombre clavó una rodilla en tierra, a la vez que se frotaba estúpidamente el cuero cabelludo, algo aturdido. Entonces Dorian lo golpeó por tercera vez para que se derrumbara definitivamente.

—¡Mierda! ¡No sé cómo lo hacen en las pelis! Por lo general, con un golpe en la nuca está solucionado.

Alex se metió en la garita para consultar el ordenador.

—Último trastero abierto, el 297.

Al fin Doucey había recuperado su *Neverland* a lo Michael Jackson. Abrió la puerta basculante de abajo arriba y una lámpara automática se encendió, proyectando una luz viva sobre su colección. Treinta metros cuadrados dedicados a su pasión inconfesable: los menores de dieciséis años. En una mesa pegada a la pared, álbumes de fotos amontonados, cajas con películas antiguas de Super-8 compradas en el mercado negro online y más cajas con cintas de vídeo. En el centro, un reproductor de vídeo de los años ochenta enchufado a un televisor, frente a una vieja butaca de cuero con brazos anchos. Un ordenador, perdido entre montañas de CD, conectado a una pantalla junto a la tele, y en lo alto de cada pared, a izquierda, derecha y de frente, un rollo de tela sujeto con una cuerda con nudo

corredizo. Debajo del rollo del centro, colgaba un osito de peluche marrón con unos ojos negros muy grandes, como en una horca.

Antes de regalarse una inmersión en sus perversiones favoritas, Doucey se dirigió al fondo del trastero, a una toma de corriente donde estaba enchufado un teléfono móvil. Lo encendió, abrió el único archivo que se veía en la pantalla de inicio y miró su contenido. Se lo guardó en el bolsillo del pantalón y respiró tranquilo.

Ya más calmado, metió la mano en una de las cajas, rebuscó y sacó aquel álbum que tanto había echado de menos. Se lo puso encima de las rodillas y lo abrió, cómodamente instalado en la butaca. Pasó varias páginas y eyaculó sin tan siquiera haberse abierto el pantalón para rozarse el sexo. Le sobrevino un maremágnum de mariposas detrás de los párpados y le invadieron varias sacudidas de éxtasis. Tenía el calzoncillo mojado y disfrutaba sintiendo el líquido caliente contra su vientre cuando la puerta del trastero se abrió de par en par.

—Quédate sentado, cabrón —le dijo Dorian, con un pasamontañas negro en la cabeza.

Doucey dejó caer el álbum, que mostró una serie de fotos de niños con unos penes peludos en la mano.

Alex entró detrás, con la parte inferior del rostro oculta con un pañuelo. En lo primero que se fijó fue en la amplia mancha a la altura de la cremallera del pantalón, luego en las ocho fotos amarillentas en dos páginas que tenían las esquinas dobladas. Empezó dándole una sonora bofetada.

—Hijo de puta.

—Esperen... —balbuceó Doucey.

Pero un segundo tortazo lo dejó sin palabras.

—No puedo prometerte que vayas a seguir vivo —le informó Dorian—. Así que te sugiero que cierres el pico.

Alex lo agarró del brazo y lo obligó a levantarse.

—Escúchame bien, vas a sacar todas tus guarradas y las vas a colocar en el centro de la habitación; así, incluso la policía lo entenderá.

Doucey suplicó y lloró, con hipidos en medio de las frases, como los niños completamente desconsolados, pero a Alex eso solo le dio más energía, incluso placer.

—Pueden llevárselo todo si quieren —probó Doucey—. Aquí hay muchísimo dinero. Hasta puedo decirles a quién vendérselo.

Entonces el que se cabreó fue Dorian.

—Pero ¿por quién nos tomas, cabrón?

Empuñó el arma por el cañón y le asestó un golpe muy feo en la esquina de la ceja. Doucey se tambaleó, estuvo a punto de caer y se agarró como pudo a la cuerda que sujetaba el rollo de tela de la

izquierda. El nudo corredizo se deshizo y dejó caer la tela de arriba abajo, ofreciendo a la habitación una sublime puesta de sol sobre una playa desierta. Alex se quedó literalmente bloqueada, con la boca medio abierta; había reconocido el paisaje. Miró a su alrededor, paralizada de espanto, y se fijó en el rollo de la derecha y en el del fondo. Tiró del primer nudo corredizo y un paisaje de montaña cubrió de nieve la pared. Se dirigió hacia el último, lo desató y la tela los transportó a un bosque atravesado por un río y un camino. Alex dio un paso atrás como si estuviera asistiendo al más sangrante de los crímenes y se chocó con la mesa, en la que aún estaban las cajas amontonadas. Se dio la vuelta y, por debajo de una de las cajas, la mesa lanzó un destello luminoso. Con una fuerte sacudida, Alex despejó la mesa y las cintas y las fotos cayeron al suelo, dejando una mesa inmaculada de un acero inoxidable tan reflectante como un espejo. El recuerdo de los lloros del bebé le quemó en los oídos.

—Un mirón, ¿no? —dijo Alex con rabia a Dorian.

Este último, igual de impresionado al darse cuenta del monstruo con el que se la estaban jugando, bajó los ojos, molesto por su metedura de pata respecto a la personalidad de Doucey. Dorian se levantó, lo empujó hasta la butaca, se arrodilló junto al él y le agarró las muñecas para rodearlas con una brida de plástico. Hizo lo mismo con los tobillos, y con otra brida le ató las muñecas a los tobillos. Contraído como estaba, Doucey podría arrastrarse y patalear todo lo que quisiera. Daba igual lo que hiciese, la policía lo encontraría cuando ellos dieran el soplo. Y vuelta a Marvel.

—No llamen a la policía, por favor —imploró Doucey—. No quiero volver a la cárcel. Podemos llegar a un acuerdo, tengo dinero. No aquí, pero puedo conseguirlo, y mucho.

Dorian, ya asqueado solo por haberlo tocado, ni siquiera respondió.

El recuerdo de la imagen de un niño con la boca muy abierta indignó a Alex. Luego recordó otra: un hombre enmascarado lamiéndose el dedo corazón. Alex se quitó el pañuelo que le ocultaba el rostro.

—De todos modos, sea cual sea la pena, un día u otro saldrá —masculló.

Dorian sintió en la parte baja de la espalda cómo se deslizaba la pistola cuando Alex se la cogió. Se levantó, pero era demasiado tarde y dio un paso atrás.

—La perpetua —dijo Alex, y disparó dos veces a la cabeza de Doucey.

Este cayó hacia atrás, rebotó en el blando relleno de la butaca y se derrumbó en el suelo delante de ella. Al principio, nada. Luego, de los dos agujeros salió una sangre espesa que se extendió por encima de las fotos de uno de los álbumes.

Dorian necesitaba aire, se sacó de un tirón el pasamontañas e inspiró profundamente.

En la azotea de la SDPJ, Victor y Léa habían dejado de lado las hamacas y se sentaron en el suelo, encima de la chaqueta del policía. Léa estaba entre las piernas de Coste, acurrucada de espaldas contra su pecho, y ambos miraban la ciudad.

—Un día, no sé por qué, ya no me acuerdo, le dije que me gustaban los profiteroles y, desde entonces, en cada autopsia, Ventura me lleva una bandejita. A eso se le llama tener un detalle y desarma a las chicas.

El policía le entregó el mechero y la forense se encendió un cigarrillo. Divertida con el silencio que había provocado, no hizo nada por romperlo. Coste se mantuvo en ese silencio incómodo durante unos segundos antes de aclarar la situación.

—Ventura me dio a entender que os conocíais.

Léa estalló en carcajadas.

—¡No puede ser cierto! ¿Os conocéis hoy y ese es vuestro tema de conversación?

—Para el carro. Solo me ha dicho que había conseguido que cedieras y no sé qué de la primera base. Supongo que es una metáfora deportiva. ¿Habéis...? Bueno, quiero decir, ¿habéis...?

Léa se volvió y le echó el humo a la cara.

—Capitán Coste, ni siquiera tienes derecho a hacerme este tipo de preguntas. Me apartaste de tu lado como si fuese un objeto que tuvieras repetido. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo?

—Perdóname. Tienes razón. En toda la línea de flotación. Da igual, pero... ¿qué es la primera base?

Léa estiró el brazo hacia atrás y le acarició la nuca.

—Tranquilízate. La primera base es ir a un restaurante demasiado ampuloso, con un intento de ligue bastante pesado, acompañarme al portal de mi casa y, para no ser grosera, esperar allí lo que se tarda en fumar un pitillo antes de quitármelo de encima.

Coste estuvo a punto de ahogarse y se le cayó el cigarrillo de los dedos.

—¿Eso te molesta? —dijo Léa, divertida.

Coste apretó los dientes para no desbocarse y Léa sintió que se le tensaba el cuerpo.

—No seas tonto. No me ha tocado. —Léa volvió la cabeza y lo besó con dulzura—. Aún te odio, ¿sabes?

Con el contacto de sus labios, el policía se ablandó un poco.

—Lo sé. Pero espero cambiar. De verdad.

—¿Esa es la noticia de la que querías hablar conmigo?

Coste la abrazó un poco más fuerte y Léa se acurrucó contra él.

—¿Has visto alguna vez la aurora boreal? —le preguntó Coste.

—Sí, en los protectores de pantalla y en los cuadros de Ikea.

—Se ven en Canadá y en Noruega. Tengo la sensación de que allí uno puede encontrar la paz.

—Siempre he soñado con Canadá y me gustaría charlar de la naturaleza contigo, pero ¿qué intentas decirme?

Conste continuó hasta el borde del precipicio y saltó:

—¿París y sus alrededores son el entorno necesario para ti?

Ella, de un salto, se le puso de frente, lo empujó al suelo, se tumbó encima de él y lo abrazó apasionadamente.

—Espero que no juegues conmigo, Victor.

* * *

De regreso al coche, a Alex le temblaba todo el cuerpo. Se acababa de cargar a una persona. Matar es matarse un poco. Algo dentro de su alma se había desajustado.

Dorian no había dicho ni una palabra desde que había cerrado la puerta basculante ante el cuerpo inerte. Tendría que haber sospechado la reacción de Alex. Tenía que haber sospechado que, en su estado, no pasaría eso por alto. Antes de arrancar, apoyó la mano en el vientre de su pareja, preocupado.

—¿Estáis bien?

Alex lo miró al borde de las lágrimas y puso su mano encima de la de Dorian.

—No le diremos nada, ¿de acuerdo?

Dorian ni siquiera tuvo tiempo para tranquilizarla o para hablarle de la balanza universal del bien y del mal que ella había inclinado sensiblemente hacia el lado bueno, porque el teléfono de su novia empezó a sonar. Un número desconocido y Alex dudó. Era extraño y completamente absurdo, pero por un instante tuvo miedo de que Doucey la llamara desde el más allá para decirle que la esperaba el tiempo que fuera necesario. Respondió al móvil. Al otro lado de la línea, el hombre parecía incómodo y preocupado, pero mostraba una cortesía muy profesional.

—Buenas noches, señora Carat. Créame que lamento mucho molestarla, pero tenemos un pequeño problema con su amigo.

Alex pegó la mano al auricular e informó a Dorian con pocas palabras:

—Es del hotel. Un problema con Nano.

—Hemos oído mucho ruido en su habitación —continuó el recepcionista— y se niega a abrirnos. Si usted cree que puede solucionar esta situación, nos ahorraríamos tener que llamar a las fuerzas del orden.

—Gracias por no hacerlo. Si le parece bien, puedo estar allí en menos de treinta minutos.

—Perfecto. ¿Podría venir con el señor Demarco? Su amigo grita su nombre a la vez que da golpes en la puerta, y parece que solo quiere abrirle a él.

Alex frunció el ceño y se preguntó en qué laberinto mental seguía perdido su hermano.

—Yo misma lo solucionaré. Voy para allá. Y gracias otra vez. —Alex colgó y, como Dorian la miraba perplejo, dijo—: A Nano se le ha ido la olla. Vamos a recogerlo.

—¿Estás totalmente segura? Porque habíamos dicho que no antes...

—Me la sopla —dijo, enfadada—. ¡Me la sopla! ¿Lo entiendes? Quiero estar con mi hermano.

El recepcionista y el responsable de la seguridad del hotel caminaban delante de Alex por el pasillo enmoquetado de color rojo de la última planta. A su paso, se abrieron algunas puertas dejando ver unas caras llenas de reproches. Se detuvieron delante de la habitación de Nano, que, según los empleados, se había tranquilizado hacía solo cinco minutos. El responsable de seguridad permitió que Alex entrara sola y pasó la tarjeta por la cerradura electrónica.

Alex entró en la suite y se la encontró patas arriba. Detrás de la cama, también cambiada de sitio, vio a Nano rodeado de una mesa y un colchón ladeado, sentado de espaldas a la pared, con la ventana abierta a su derecha, en medio de una fortaleza infantil de unos cuatro metros cuadrados. En el suelo, restos de hamburguesas en sus envases de cartón.

—Hola, hermanito.

Nano se volvió hacia ella con los ojos enrojecidos, la comisura de los labios blanca y la boca seca por los medicamentos.

—¡Alex!

—¿De verdad? ¿Te digo que es un «todo incluido» y llamas al McDonald's? Esto es más grave de lo que creía —intentó ironizar la hermana. Pasó por encima de la cama y se acercó a Nano—.

¿Puedo?

—Sí. Siéntate. Escucha.

A unos cuantos metros en línea recta se oía claramente el periférico a la altura de Porte de Champerret y el rugido de los coches le servía de nana. El cerebro confuso de Nano convertía el tráfico en olas que terminaban en París. Primero un soplo lejano, cuando el coche se acercaba; luego una borrasca cuando el coche pasaba por delante y una caricia sobre la arena cuando el coche se alejaba.

—¿Lo oyes?

—¿Qué?

—El mar.

Alex cerró los ojos, aterrada.

—Pues claro, por supuesto que lo oigo. Vamos al mar, ¿vale?

—¿Has visto a Demarco? —preguntó Nano, nervioso.

Como los dos lo estaban deseando, Léa no tocó el suelo desde el momento en que abrieron la puerta. De una pared a otra hasta la habitación, fue chocando con todo, agarrada con los brazos y las piernas a Coste, y la ropa se desperdigó sin delicadeza durante un abrazo que no terminaría hasta mucho tiempo después.

A las cinco de la madrugada, Coste buscó el móvil a tientas antes de que sonara por tercera vez y despertara a Léa. Respondió y la voz de Ronan, ya despejada, lo recibió.

—El trébol ha perdido una hoja.

Coste grabó mentalmente la dirección donde iba a reunirse el equipo y colgó.

—A esta hora, mejor no te pregunto si es trabajo.

Coste se volvió y Léa, por coquetería, ocultó una parte del rostro debajo de su larga melena castaña.

—Aun así, veo que estás guapa, ¿sabes?

—No, adivinas que estoy guapa. ¿Te tienes que ir ahora?

—Han matado a Doucey.

—¿El pedófilo? Eso casi es una buena noticia, ¿no?

—Vuelve a dejar la investigación en un punto muerto, pero sí.

Coste se levantó, cogió algo de ropa limpia y desapareció en la ducha. La cortina se abrió y Léa pegó su cuerpo contra el de Víctor bajo el agua caliente.

—Me va a costar mucho dejar este caso.

—Nadie te lo ha pedido.

* * *

Coste detuvo su coche delante del cartel luminoso «M2H: UNA HABITACIÓN AÑADIDA». No necesitó que nadie lo guiara hasta el lugar de los hechos, solo tuvo que seguir los coches de policía y pasar por delante del de la Científica para llegar al trastero 297, protegido con una cinta amarilla que prohibía

el paso. Por una vez, Sam había aceptado entrar en la escena del crimen porque consideraba que, probablemente, el horror se soporta mejor cuando se ceba con un monstruo, así que Coste encontró allí a todo su equipo.

Doucey, atado como una presa de caza, estaba tumbado en el suelo y rodeado de un patchwork de fotos, entre un bosque, una playa desierta y una montaña en la que un chorro de sangre manchaba la nieve. Johanna se acercó a su jefe y le entregó un par de guantes de látex.

—Ya sé que no es prioritario, pero ¿te fuiste a casa solo ayer?

Sam y Ronan levantaron la nariz, atentos.

—¿No crees que tenemos cosas más importantes que solucionar? —sugirió Coste.

Johanna miró su alianza, al tipo en el suelo y luego a Coste.

—No, precisamente creo que no hay nada más importante.

—¿Ronan? Hazme un resumen —se escaqueó el capitán.

—Antoine Doucey y su imperio del porno pedófilo. Vamos a tardar días en clasificar todo esto.

Me he puesto en contacto con la APEV.^[9] Se pasarán por nuestro departamento para buscar coincidencias con críos desaparecidos. También he llamado a la Brigada Central de Menores de París. Ellos cotejarán todo este material con sus casos abiertos, pero ya sabemos que Doucey no era pasivo.

Sam le entregó una foto que le había parecido más soportable que otras. Un niño negro de unos cinco años jugaba en una playa y Coste reconoció el decorado en la pared izquierda. Johanna se acercó a él.

—Entre las cintas, los CD y las fotos habrá centenares de críos diferentes. ¿Cómo pudo encontrar tantas víctimas sin llamar nunca la atención?

—Registrados, hay más de mil menores extranjeros solos en París y sus alrededores. De manera que habrá el triple sin registrar. Añade los niños rumanos gitanos que deambulan por la capital y que se subirían a cualquier coche por diez euros; eso si el jefe del campamento no los ofrece él mismo. Suma cuarenta y cinco mil fugas al año y los puntos de prostitución infantil oficiales, como Porte Dauphine o el bosque de Boulogne, y te encuentras con un auténtico supermercado. No es muy complicado y, sobre todo, no hace falta ir a Filipinas.

Ronan, por su parte, abrió un primer álbum, luego un segundo, lo dejó estar y empezó a meter todo lo que había en el trastero en unas cajas grandes sin pararse a comprobar lo que tenía en las manos. El profundo asco que sintió le proporcionó una hipótesis.

—¿No creéis que podría ser alguno de los padres?

—Yo creo que sería capaz de hacerlo —confesó Johanna—. Cualquiera que sea la pena de cárcel, nunca será bastante para lo que les ha hecho sufrir.

Se presentó un policía de uniforme, preguntó quién era el responsable, siguió las miradas y se dirigió a Coste.

—Tengo una pareja con una hija pequeña que quiere acceder a su trastero. Les he dicho que era imposible, pero necesitan recoger cosas para irse de vacaciones.

—Diles que esperen tres segundos; cerraremos esto. Da dos golpes cuando hayan entrado.

Ronan levantó los brazos para agarrar la manija de la puerta basculante, tiró hacia abajo y la luz del techo se apagó.

—Ay, mierda —rezongó Sam—. Se encendió automáticamente cuando abrimos, así que, como es obvio, se apaga cuando cerramos. Tiene que haber un interruptor en alguna parte.

En la oscuridad, sonó una melodía de tres notas de piano.

—¿Es de alguien? —preguntó Ronan al tiempo que encendía una linterna Maglite.

Nadie respondió, pero se oyeron dos golpes secos en la puerta. Ronan volvió a abrir la puerta y la luz se encendió de nuevo. Y un piano tocó por segunda vez una corta sonata de tres notas. Todo el mundo se miró y luego miró al suelo.

—¿Alguien ha registrado el cuerpo?

—Todavía no, la Científica acaba de terminar con la toma de muestras.

Ronan, con los guates de látex puestos, se arrodilló, palpó la chaqueta y luego el pantalón. Detectó un objeto sólido rectangular dentro de uno de los bolsillos. Sacó un móvil que entregó a Sam. Este tardó poco en analizarlo, porque no había mucho que decir.

—Ni siquiera tiene compañía. Imposible llamar ni recibir llamadas. No entiendo para qué sirve. Solo hay un icono de un programa que nunca había visto. ¿Lo abro?

Todos se acercaron, intrigados, y Coste dio el consentimiento. Sam rozó la pantalla táctil y apareció un calendario. En la fecha de ese día había una nota: «7 entradas». En la fecha del día anterior, otra nota: «4 entradas». Presionando con el dedo, abrió el archivo del día en curso. Para su sorpresa, Ronan apareció en la pantalla, con los brazos levantados, abriendo la puerta. Sam necesitó unos segundos para entenderlo.

—Ese cabrón tenía vigilada su madriguera. Ronan, eres el último que ha abierto la puerta cuando el compañero golpeó dos veces. Tiene que haber un disparador de contacto que activa algún aparato. Abrió las siguientes fotos y le tocó el turno a Johanna.

—Esta es de cuando llegamos.

Sam fue abriendo las fotos en orden, retrocediendo cuando se abría y se cerraba la puerta, como un reportaje fotográfico montado al revés.

—Aquí los policías que llegaron primero. Un poco antes, el guarda cuando bajó de las nubes y vino a comprobar.

—¿Estás diciéndonos que si retrocedemos en el tiempo tendremos un retrato de los asesinos? — dijo Ronan, nervioso.

Sam abrió el archivo de la víspera y las cuatro entradas. Para leerlas en orden, las seleccionó en sentido contrario.

Primera foto, Doucey abriendo.

Segunda foto, Doucey de espaldas, cerrando.

Tercera foto, un hombre encapuchado y una mujer rubia con el rostro tapado con un pañuelo, abriendo. Enfrente, Doucey sentado en una butaca.

Cuarta foto, el hombre y la mujer con los rostros al descubierto, él sin el pasamontañas y ella sin el pañuelo con un arma en la mano. En el suelo, Doucey, con los puños y los tobillos atados, en un charco de sangre.

Sam apoyó dos dedos en la última foto y los separó encima de la pantalla, haciendo zoom en los rostros.

—Hola, vosotros dos.

—¿Los conocemos? —preguntó Johanna.

—De nada.

—¡Una pareja! —dijo Ronan—. Quizá no voy tan desencaminado con lo de los padres que han venido a hacer justicia.

Coste observó atentamente el ángulo del enfoque para encontrar el disparador. Al fondo del trastero, colgado de una cuerda, había un oso de peluche marrón con unos ojos negros muy grandes. Lo descolgó, abrió la cremallera y descubrió una minúscula cámara de fotos digital con el objetivo pegado al ojo derecho del peluche.

—Tú sí que eres una buena pista —reconoció, mientras metía el peluche en una bolsa de pruebas.

De regreso a la oficina, más de una hora después, Coste consideró que había llegado el momento de informar a su superior. Se dirigió hacia el despacho de Ventura, al que encontró arremetiendo contra el responsable del material, un viejo policía, herido en acto de servicio, que nunca había conseguido dejar el cuerpo.

—Me importa un bledo si hay o no presupuesto. Quiero un ordenador portátil que pueda mover de un sitio a otro, no una lavadora de esas. En París tenía uno y aquí también quiero uno, y punto.

El viejo policía salió del despacho con la cara descompuesta y dirigió una mirada de impotencia a Coste, porque, a no ser que lo comprara él mismo, nunca conseguiría un portátil para el nuevo comandante.

—Aprovecho ahora que estás de buen humor —se aventuró Coste.

—¡Hombre! A ti precisamente quería verte. Entra.

Coste aceptó la invitación recordando las palabras de su padre, que un día le aconsejó no iniciar jamás una conversación con un hombre que ya estuviera furioso. Cerró la puerta tras de sí y Ventura le entró sin rodeos:

—¿Qué? ¿Vas a esperar a que se maten unos a otros o piensas implicarte en el asunto?

Al principio, a Coste le molestó que fuese tan brusco. Pero luego recordó la conversación que había mantenido con Léa la noche anterior sobre su futuro y decidió que un dictador no estropearía sus últimas semanas. Cosa rara, Coste no le entró al trapo.

—Imagino que es tu forma de pedirme un resumen de las novedades. Si es así, Ronan ha depositado todo lo que se ha recogido en el trastero en la sala de reuniones. Como sabes, ese sitio tenía una cámara de vigilancia y Johanna está recorriendo los distintos grupos de investigación con las fotos de Bonnie and Clyde. También hemos encontrado un documento de identidad encima de Doucey. Es falso. Probablemente lo utilizó para abrir una cuenta bancaria que le permitiera pagar mensualmente el trastero el tiempo que estuvo entre rejas.

—Debe de tener un cómplice —estalló Ventura—. Yo tengo que cambiar todos los meses las pilas de mi máquina de fotos; esos chismes no funcionan con aire.

—La máquina se enciende cuando hace una foto y después se apaga. Solo hay once fotos grabadas y Doucey fabricó un adaptador para utilizar las mismas pilas que las de los detectores de humos. Esos chismes duran más de cinco años.

—Bueno. Esos cabrones del trébol de cuatro hojas no nos van a tener enredados hasta la primavera. Generalmente, un caso se resuelve en una semana; de lo contrario, se convierte en una cruz. Vamos con retraso, todo se desfasa y luego nos vamos a esquiar en julio. Espero que avances un poco más deprisa que bajo las órdenes de mi predecesora.

Coste estaba dispuesto a hacer caso omiso de un ataque directo de un comandante que busca a quien culpar, siempre y cuando solo se metiera con él... No con Marie-Charlotte.

—¿Te refieres a Damiani? No te ofendas, comandante, pero si algún día le llegases a la suela del zapato... podrás decir que eres un gran tipo.

Del rojo nervioso, Ventura paso a la calma perversa con una sonrisa irónica.

—A ti no te gusta jugar en equipo. ¿Me equivoco?

Coste enarcó una ceja a modo de pregunta. No entendía a qué venía eso. Ventura se lo aclaró de inmediato.

—Te cuento que nuestra pequeña forense Marquant es terreno vedado y tú me ocultas que estáis juntos. ¿Te gusta dejarme como un idiota?

Desde ese enfoque, Coste comprendió por qué ese día se había convertido en el blanco preferido del comandante.

—La verdad es que no estábamos juntos. Quiero decir, en ese momento.

—¡Mejor me lo pones! ¿Te digo que me gusta y tú te la llevas a la azotea y luego te la follas?

La mano de Coste temblaba con ese hormigueo que anuncia un buen puñetazo en todo el morro cuando Johanna entró precipitadamente.

—¿Podemos hablar, Víctor?

En el pasillo, Johanna se dio cuenta de que su jefe estaba tenso.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —cortó en seco.

—Pues afloja la mandíbula, que vas a partirte un diente.

Coste constató que estaba transmitiendo una tonelada de presión a los molares; aflojó, resopló y pasó a otra cosa en el momento en el que entraba en el despacho de Rivière, el comandante del GRB. En la pantalla de su ordenador estaba la cara de Clyde.

—Te presento a Dorian Calderon —anunció Johanna, bastante orgullosa—. Estaba en los ficheros fotográficos.

Coste se sentó en la silla más cercana e incitó a Rivière a que le contará más.

—Me sorprende bastante que este sea vuestro sujeto. Mi grupo lo investigó hace dos años. Su nombre apareció en las escuchas de un caso de atraco a joyería. Un asunto con una familia corsa. Las joyas tenían que salir discretamente desde el aeropuerto de Bourget y tuvimos vigilado a Dorian Calderon durante días, pero nada. Como solo era un ladrón de chalés, nos olvidamos de él y dejamos la investigación. De todos modos, teníamos tan poca cosa de esa banda que el juez nos denegó la comisión rogatoria.

Con un clic de ratón, Rivière mostró una segunda foto. La de un tipo con una cicatriz que le atravesaba la cara y macizo como un tronco.

—Calderon cayó una vez con este playboy, un tal Michaël Mention, alias Rinoceronte. Pasaron juntos dos meses en el trullo, y eso crea vínculos.

—¿Y la mujer? —preguntó Coste.

—Es guapa. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Es verdad. Esa tarada no está mal —reconoció Johanna.

Rivière imprimió los archivos y Coste desanduvo el pasillo hasta el Grupo Crimen 1. Colgó las dos fotos en el tablero blanco, encima de las otras pistas, de la información y de las hipótesis, luego señaló la foto de Dorian y se volvió hacia su equipo, que estaba reunido.

—Quiero saber por qué este tipo se la tenía jurada a Doucey. También quiero todos los vídeos de vigilancia que haya alrededor de la nave de almacenaje, privados y públicos. Dorian Calderon y Michaël Mention, el único cómplice que conocemos. Sacadme toda la información sobre ellos, profesional, personal y económica. Quiero saberlo todo, hasta lo más íntimo. Los lugares que frecuentan y con quién, sus coches, sus trabajos, las direcciones conocidas, actuales y antiguas, sus propiedades, los viajes, lo que comen, cómo se visten y qué les gusta. Investiguemos sus vidas; quiero saber más sobre sus novias. Yo me ocupo de la difusión nacional, para que se cuelguen sus caras en todas las comisarías. Son las doce, dentro de dos horas hacemos una puesta en común. A trabajar.

—¿Crees que están relacionados con el asalto al juzgado? —preguntó Johanna.

—Creo que es la única pista, así que no me planteo preguntas.

En el loft, las caras estaban serias. Sin embargo, hasta esa misma mañana todo iba sobre ruedas: habían atracado la quinta joyería con éxito, habían asaltado el juzgado de forma brillante, habían sacado a Nano y ya solo tenían que esperar a subir al avión como simples turistas.

—Hemos tomado todas las precauciones —se defendía Alex.

—No —se irritó Franck, el responsable de la logística del grupo—. No y no. Tardamos tres semanas en planear un golpe. Las costumbres, los horarios, el sistema de seguridad, el material necesario y la huida. Y tú, sin decirnos nada, sin ninguna preparación, vas y te cargas a ese cabrón. El planeta está lleno de perversos, ¿qué te ha pasado para querer hacer de justiciera?

—No lo teníamos planeado —precisó Dorian.

—Perfecto —saltó Franck—. A lo loco. Las cosas no salen bien cuando mandan las tripas en lugar del cerebro. Me estáis jodiendo. Estoy a dos pasos de llamar a tu padre, Alex.

Ella bajó la mirada, consciente de que Franck tomaba el mando del grupo. Alex, la única hija de la familia Mosconi, se había tenido que esforzar cien veces más que los hombres para conseguir el respeto de los suyos y la autorización para tener una banda. El regreso a la isla sería menos brillante de lo que había previsto.

—Que nadie salga del loft —continuó Franck—. Los móviles encima de la mesa. No habrá más comunicación. Solo respiramos. Por la noche, iré a cambiar otra vez de coche, compraré provisiones para dos días y estaré aquí de vuelta por la mañana. Hasta entonces, que nadie mueva ni un dedo.

Antes de marcharse lanzó una mirada poco amable al sofá en el que Nano seguía durmiendo, con la cara hundida en la almohada y una mancha de saliva a la altura de la boca.

—Y si le da un ataque, lo dejáis inconsciente.

* * *

Tras dos horas de infructuosa investigación, el entusiasmo que había provocado una pista nueva empezaba a debilitarse. Dorian Calderon y Michaël Mention parecían haber desaparecido de la

circulación. Sam, cansado, se hizo un resumen a sí mismo, ayudándose con el tablero en donde se habían ido tachando las opciones una a una.

—Ni trabajo declarado ni coche registrado, y la dirección que he mandado comprobar es de hace diez años. Tampoco tienen contrato de teléfono, y ni siquiera están en Facebook. Ambos se benefician de un subsidio para personas sin recursos que se ingresa en una cuenta en la que no habido movimientos desde hace semanas. Por lo que sé, esos dos podrían estar en Francia como en cualquier otro lado. La única prueba de que Dorian está en el país es la foto de ayer en el trastero.

—Hablando de eso, ¿hay noticias de la policía de fronteras? —preguntó Coste.

—No, pero tienen que proceder agencia por agencia y eso puede llevarles tiempo —respondió Ronan, el encargado de esa tarea.

—Esos dos son discretos, casi no existen. Pero no encontrar nada ya es dar con algo. Es una pareja que quiere pasar desapercibida. ¿Algo positivo en los vídeos de vigilancia?

—Sí, hay unas sesenta cámaras en Noisy-le-Sec. Una nueva política de seguridad. La calle en la que está la nave de almacenaje acaba en ambos extremos en una rotonda. Entre el momento en que Doucey abrió el trastero y la hora que marca el código de la foto en la que se ve salir a la pareja, se grabaron setenta y tres coches. Ninguno robado. Lo he cotejado con el fichero de permisos de circulación y no ha saltado nada. Cuando la propietaria del coche era una mujer, he comprobado las copias del permiso de conducir que me han enviado y ninguna se parece a la Bonnie de Dorian.

—Seguro que no fueron a matar a ese hombre en su propio coche. Para esa clase de golpes hay que ser discretos. Sin duda habrán utilizado un doblete: un coche robado con una placa de matrícula en regla. Vamos a dividir esa lista en cuatro y llamamos a los propietarios de todos los vehículos. Cuando demos con el que no estaba en Noisy-le-Sec entre las nueve y media y las diez, tendremos la matrícula. Es algo por lo que empezar.

—¿Y después qué? —preguntó Ronan—. ¿En lugar de ir detrás de un rostro buscaremos una matrícula? ¿Sabes cuántos coches hay en el 93?

Coste se volvió hacia él y le dio un golpe amistoso en el hombro. Ronan comprendió el mensaje y el Grupo Crimen 1 se convirtió en un centro de llamadas. Durante tres horas, mientras Sam repartía los números de teléfono fijo que había conseguido en las páginas amarillas y los de móviles, en las distintas compañías telefónicas, los demás iban marcando y se presentaban. Sin éxito hasta que una joven bretona empezó a tartamudear cuando recibió la llamada de la policía judicial del 93.

—¿Noisy qué? —pidió que le repitieran.

—Noisy-le-Sec —repitió Johanna—. Ayer por la noche.

La chica apartó la cortina de encaje de la ventana de la cocina y comprobó que su Volvo estaba en su sitio.

—No, ni el coche ni yo hemos salido de Brest.

Johanna le dio las gracias, colgó y puso fin al resto de las conversaciones, ya innecesarias.

—Un Volvo azul, modelo 740, una antigualla bretona. Matrícula AB 344 CA. ¿Qué gano?

—Un sueldo indecente —dijo irónicamente Ronan—. ¿Y ahora?

Coste cogió el directorio administrativo de la policía y se lo lanzó a Sam, que estuvo a punto de dejarlo caer.

—Convertimos ese vehículo en un objetivo. Ronan, inclúyelo en el registro de vehículos robados.

Sam, llama a todas las comisarías del 93 y que salgan a la calle todos los coches con dispositivo LAPI, ahora, esta tarde y durante toda la noche hasta mañana. Quiero verlos dando vueltas como peonzas hasta que enganchen ese Volvo, pero es fundamental que nadie intervenga; el coche es nuestro.

Pese a sus dos años en el grupo, Johanna no se enteraba.

—¿Dispositivo LAPI?

—Que alguien se lo explique. Yo me voy a la autopsia de Doucey.

Con el filo del cuchillo, Léa separó la carne del esternón. Un hueso impidió el paso de la hoja pero la forense lo rompió con un golpe seco de muñeca. Se derramó un poco de salsa y la reservó en una taza. Coste sacó dos platos y los puso junto a la bandeja, y Léa sirvió: pechuga para ella, muslo para él. Léa había escuchado con mucho interés el desarrollo de la investigación, permitiéndose algunas hipótesis, pero hizo una mueca al oír la misma palabra por la que preguntó Johanna.

—¿LAPI?

—Lectura Automática de Placas de Matrícula. En el 93 tenemos unos treinta coches patrulla equipados con ese dispositivo, así que se puede cubrir todo el departamento. Los coches tienen seis cámaras bajo el girofaro que pueden grabar mil trescientas placas por minuto. Cada matrícula se coteja automáticamente con un fichero de vehículos robados. La clase de herramienta que hace sola el trabajo de cien policías. De manera que, si registramos el Volvo como robado y no está escondido en algún garaje, tenemos muchas posibilidades de encontrarlo.

—Sí, pero ¿y si la bretona tiene el coche en regla?

—Mierda, tienes razón. Tendría que haberla llamado. Esperemos que sea casera.

Más tarde, esa misma noche, Léa se acomodó en el sofá apoyada en un hombro de Coste y se sumergió en un libro mientras él estaba atento a las noticias; quería conocer la repercusión mediática de la muerte del pedófilo.

Léa se apoyó el libro en el pecho y tamborileó con los dedos en la tapa. Coste sintió que dos o tres pensamientos buscaban su camino en el cerebro de la forense.

—¿Sabes? No estoy viendo la tele realmente —la invitó a hablar Coste.

—Perfecto, me viene al pelo porque tengo dos preguntas.

—Te escucho.

—Coste, tú eres policía. Solo has hecho eso y no sabes hacer otra cosa.

—Y ya hemos visto el resultado.

—Sabes que te seguiría a cualquier sitio. El trabajo, con mi titulación, para mí no supone un

problema. Pero tú, una vez que hayas hecho balance, después de tres meses con el culo en la nieve bajo las auroras boreales, ¿qué vas a hacer?

—Me estás dando dolor de cabeza —bromeó el policía—. Dices que mi trabajo me absorbe demasiado y ahora tienes miedo a no quererme si dejo de ser policía.

—Nunca te he pedido que lo dejes. Y si tu trabajo te absorbe es porque le das demasiada importancia. Nadie te obliga a pasar doce horas al día en el curro.

—Eso es lo que hace todo el mundo en la policía judicial.

—Exactamente. Tómame un tiempo para pensar. Hay mil maneras de ser policía, lo sabes muy bien, y ninguna de ellas degradante. Una pequeña comisaría, en una ciudad más tranquila, como Mathias. Estaríamos bien, ¿no?

—Tendré que pensarlo. Empecemos por las auroras boreales, ¿te parece?

Léa se incorporó, le acarició el rostro con el dorso de la mano y siguió con su libro, más relajada. Su respiración se volvió más regular y pausada. Coste dedujo que acababa de dormirse. Víctor observó su cara, en paz, y vio que se le movía el labio superior, como si estuviera soñando que era una cantante. Pese a su poco peso, le estaba destrozando literalmente el hombro, pero no habría interrumpido ese momento por nada del mundo. Con el brazo libre, bajó el sonido de la tele y zapeó dos o tres veces antes de dormirse él también.

A las cinco de la madrugada, sonó el teléfono de Coste y cuatro lacónicas frases lo mandaron a la ducha.

—¿Capitán Coste? Aquí la patrulla TN 816 de Saint-Denis. Hemos localizado el AB 344 en los alrededores de un desguace. ¿Cuáles son sus instrucciones?

«Ese Volvo acaba de utilizarse en un asesinato. Lo normal es cambiarlo, y qué mejor sitio para hacerlo», pensó.

—Llame a su BAC^[10] y que lo sustituya un coche sin distintivos. Cuando lleguen, que no se muevan de allí y que tomen nota de todo el que entre y salga. Nos reuniremos con ellos en menos de treinta minutos.

Ronan aparcó el 306 a veinte metros de la entrada del desguace. Apagó las luces y dejó la ventanilla abierta una rendija para evitar que la condensación empañara los cristales y los delatase. En el asiento trasero, tumbado y dispuesto a pasar ahí la noche, Sam luchaba para que no se le cerrasen los ojos.

En el segundo coche, Coste y Johanna los dejaron atrás y aparcaron delante de un Renault Mégane negro. Coste bajó por el lado del conductor y corrió hasta el Mégane, agachado para ocultarse detrás de la carrocería. Dio un golpe en el cristal y se abrió la puerta trasera.

—Señores.

—Capitán —respondieron los tres miembros de la BAC a la vez.

—¿Cuénteme?

—A las cinco menos diez, el LAPI de Saint-Denis detectó el objetivo y lo siguió hasta aquí.

—¿Durante mucho tiempo? —se preocupó Coste.

—No, solo una calle. Después se replegaron para que no los detectasen, pero por el retrovisor lo vieron entrar en este desguace. A usted, capitán, le llamaron a las cinco y nosotros los reemplazamos siete minutos más tarde. Ahora son las 05.32 y desde entonces no ha salido nadie.

—Muy preciso. ¿Conocen al propietario de este sitio?

—Sí, es un gitano gordinflón que nos disparó con perdigones la semana pasada. Pensamos que oculta bastantes cosas. Por otra parte, tener un desguace en el 93 es demasiada tentación.

—Gracias, ya seguimos nosotros, pero aún los necesito.

—Sin problema, avisamos a nuestros superiores.

Unos minutos antes de las ocho, Sam recibió una vigorosa palmada en el muslo. Se despertó sobresaltado y tardó un poco en darse cuenta de que no estaba en su habitación. Ronan cogió la radio y se dirigió a la otra patrulla mientras Sam se espabilaba.

—¿Lo veis?

Circulando muy despacio, un Clio verde oscuro cortó la neblina matinal por el camino de tierra

que conducía del desguace a la calle asfaltada. Antes de incorporarse a ella, Franck miró a izquierda y derecha. Tuvo que inclinarse hacia el parabrisas y levantó la cara a la luz del alumbrado público.

—policía judicial a BAC —dijo Coste por radio—. ¿Ese es vuestro gitano gordinflón?

—Negativo —escupió la radio—. El nuestro abulta tres veces más.

—Perfecto. No se muevan, vamos a salir. Después pueden volver a su servicio. Gracias por echarnos una mano.

Coste se dirigió a Ronan y a Sam para organizar la operación, consciente de que no hay nada más complicado que seguir a una persona que teme que la sigan.

—Vale, chicos. Desde las cinco de la mañana, no ha entrado nadie después del Volvo. Las probabilidades de que este sea nuestro hombre con un vehículo nuevo son del 90 por ciento. Personalmente, creo que es un buen porcentaje. Johanna empieza el seguimiento. Como a estas horas hay poco tráfico, vosotros quedaros muy atrás y os iremos diciendo por dónde vamos. Inversión de vehículos cada tres minutos.

En la carretera los carriles empezaron a ramificarse y Coste siguió al Clio ocultándose detrás de las furgonetas y los camiones, invisible. Cuando pasó el tiempo previsto, puso el intermitente a la izquierda y se salió de la carretera. Inmediatamente detrás, el 306 de Ronan ocupó su lugar y continuó con la vigilancia durante los tres minutos siguientes. Esa maniobra se repitió hasta que el paisaje se hizo más familiar. Sam, aún tumbado en el asiento trasero, se comunicó con Coste.

—Estamos entrando en Bobigny. Nos lleva a nuestro terreno. Pasamos por delante de las oficinas centrales de la RATP, ¿cogéis el relevo?

Ronan giró, desapareció y Coste continuó con el baile. Vio al Clio pasar por delante de los autobuses apiñados en la estación y aparcar en la carretera que bordea el centro comercial de Darcy. Johanna le indicó una plaza de aparcamiento a unos diez vehículos de distancia y Coste la ocupó. Vio al objetivo salir del coche y dirigirse hacia la escalera de piedra que llevaba a la explanada que había frente a la entrada del centro comercial. Dos mendigos, uno de ellos músico, unos quince chavales subidos en sus escúteres, fumando, insultándose, silbando a las chicas guapas y a las otras también, y una riada continua de gente anónima que entraba con las manos vacías y salía con los brazos cargados de bolsas de la compra. Detrás del supermercado destacaba una barriada en semicírculo con bloques gigantescos, como si el centro comercial de Darcy fuera su vestíbulo.

—Coste a Ronan. He aparcado demasiado lejos. No sé si va a entrar en el supermercado. Si ha venido a comprar provisiones, es posible que después nos lleve hasta su banda, pero ahora no puedo verlo.

—Me he colocado justo delante de la entrada, en la misma calle que tú. Está llegando a mi altura. Corto.

Ronan se hundió en el asiento y, aunque no sirviera de nada, contuvo la respiración mientras Sam se escondía todo lo que podía en la parte de atrás justo cuando Franck Mosconi pasaba por delante de su coche. La tensión no se disipó hasta que Mosconi puso un pie en la explanada y entonces Ronan encendió la radio. El objetivo se acercó a las puertas de entrada, aminoró la marcha y cambió de dirección hacia los chavales de las escúteres. Uno de ellos, con la capucha puesta, se separó del grupo y se acercó a Franck.

—Entra en contacto con un tipo —anunció Ronan.

—¿Lo conocemos?

—No puedo confirmártelo. No desde donde estoy.

Coste consideró que, con la poca información que tenían, el contacto de su objetivo podía tratarse de alguien de la banda. Un momento de incertidumbre, cable rojo o cable azul, y dio las órdenes.

—Que Sam se equipe y vaya para allá. Entra en el centro comercial y sale por detrás, nada más. Quiero saber quién es el nuevo.

Ronan dio un golpe a la guantera y esta se abrió, sacó otra radio y se la entregó a Sam. Este enchufó en la radio un auricular que se colocó en la oreja. Por desgracia, los delincuentes ya están acostumbrados a buscar esos detallitos y los reconocen al primer vistazo. Así que Sam se cubrió el audífono con unos enormes cascos de audio, menos discretos pero más apropiados en aquel ambiente. Para mezclarse con la gente, se puso la capucha de la sudadera y salió del coche. Ronan bajó el cristal y lo llamó.

—Quítate la capucha, se carga la visión periférica.

Sam obedeció y se dirigió hacia la explanada. Metió las manos en los bolsillos, frunció el ceño y movió la cabeza al ritmo de una música imaginaria. Con paso desenfadado, se acercó hacia el objetivo y su contacto, que le daba la espalda cuando pasó por su lado. Aminoró la marcha, buscando un ángulo de visión mejor. Franck se volvió y se cruzaron las miradas durante un cuarto de segundo. Como si nada, Sam miró a otra parte y entró en el centro comercial, ya abarrotado.

—Lo siento, no he visto nada. ¿Queréis que vuelva a pasar?

—Negativo. Busca una tienda con un escaparate de espejo e inténtalo por última vez.

La primera tienda que Sam vio en su camino, a la izquierda según se entraba, era una joyería y tenía bastantes superficies reflectantes para ver la salida. Fingió interesarse en los relojes, dejó correr su mirada despacio por uno de los espejos, vio las ruedas de las escúteres y las deportivas de los chavales, levantó un poco la mirada y vio que Franck lo estaba observando. Entonces no le quedó más remedio que continuar con su papel y entrar en la tienda. La vendedora se le acercó y le preguntó si estaba interesado en algún artículo. Sam la ignoró, se llevó la mano a la oreja y susurró muy bajo.

—Bueno, he cruzado la mirada dos veces con el objetivo. Si sigo, se va a mosquear.

La dependienta se preguntó con quién estaría hablando y Sam se lo aclaró levantándose un poco la sudadera y enseñándole el arma. Por su parte, Franck susurró unas palabras al oído del joven encapuchado, se separaron y volvió a cruzar la explanada, con un paso que no delataba nerviosismo. Al contrario, a Ronan le pareció casi lento.

De vuelta en la acera, Franck recorrió tranquilamente la fila de coches hasta llegar al suyo, y al pasar por delante del de Ronan miró al techo del vehículo con aire distraído. Por el auricular, Sam recibió una nueva orden de Coste.

—Quédate donde estás y mantén la vista en los chicos de las motos.

Ronan había dejado que el objetivo se adelantara unos dos metros y, con la radio entre los muslos, informó a Coste.

—Se dirige hacia vosotros. Despacio. Yo diría que demasiado despacio. No sé qué hace, pero creo que está con la mosca detrás de la oreja.

Buen análisis. En efecto, Franck había pasado al modo escáner y barría todo lo que le rodeaba en busca de alguien sospechoso, de un detalle fuera de lugar o de un color que desentonara. Ya le había mosqueado el tipo del centro comercial, pero en ese sitio la gente se cruza la mirada más que mirarse. Así que se quitó la paranoia de encima. Pero, luego, el techo del coche gris le dio mala espina y sus sentidos se pusieron en máxima alerta contra la pasma. Siguió caminando, siempre mirando los techos de los coches. Llegó a la altura de uno en el que los pasajeros estaban haciendo manitas, en plena conversación de pareja; ella, un poco marimacho, rubia con el pelo cortado al cepillo, y él, un cuarentón canoso. Cuando iba a pasar por delante, sus ojos se dirigieron al techo del coche y, por segunda vez, en la misma calle, vio que tenía los mismos arañazos. Unas ralladuras profundas que van dejando poco a poco las intervenciones, cuando los policías atiborrados de adrenalina pegan sin ninguna delicadeza el girofaro imantado en el techo. La voz de Ronan se oyó en el habitáculo:

—Joder, ¡ya sé lo que está haciendo! El muy cabrón está comprobando las huellas de los girofaros.

Coste miró cómo el objetivo se acercaba al Clio e, igual que Johanna, puso la mano en la manilla de la puerta, dispuesto a salir disparado.

—Confiemos en que te equivoques. Si vamos tras él, Sam y tú os ocupáis del contacto de la explanada.

Franck Mosconi puso la mano en la puerta del Clio e inspiró profundamente. La espalda se le cubrió con una fina capa de sudor. Pensó que antes de que consiguiera arrancar se encontraría con un mogollón de polis armados pegados a su parabrisas y apuntando en su dirección. Miró a su alrededor, la barriada y los accesos laberínticos, y tomó una decisión. Inspiró de nuevo y echó a correr hacia los bloques de pisos.

—¡A por ellos! —gritó Coste.

Johanna y él estuvieron fuera del coche en menos de un segundo y corrieron para remontar los diez metros que el objetivo ya había puesto entre ellos. Durante la persecución, Franck se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y, en la primera curva, lo lanzó a la boca de una alcantarilla sin que lo vieran. Se volvió y comprobó que la mujer policía ya había reducido a la mitad la distancia que los separaba y, cuando cruzaba el paso de peatones a toda velocidad para llegar a la barriada, solo en el último momento vio la camioneta que lo golpeó de lleno con un chirrido de neumáticos ensordecedor.

La circulación se detuvo a ambos lados. Algunos curiosos salieron de sus vehículos, mientras que el conductor de la camioneta se quedaba en shock haciéndose la estúpida pregunta que se hacen todos los que acaban de tener un accidente: «¿Ha sido culpa mía?».

—Me has dado un susto, cabrón —dijo Coste al tiempo que le ponía a Franck las manos en la espalda—. Creía que estabas muerto.

«¡A por ellos!»

Tan pronto como oyeron la señal de Coste, Sam salió de la joyería justo cuando el chaval encapuchado entraba en el centro comercial y se mezclaba con el gentío. Sam dio codazos para abrirse paso, pero lo único que consiguió fue llamar la atención. El chico lo miró de refilón y se metió en el supermercado para perderse entre los estantes.

Cuando Ronan llegó a la altura de la joyería, dio una vuelta de trescientos sesenta grados. No veía a su compañero.

—Sam, ¿dónde estás? —gritó por radio.

—En el supermercado. ¡He perdido al contacto!

A la vuelta de un pasillo, entre los cereales y la leche, Sam vio que la silueta encapuchada giraba a la izquierda y se lanzó a toda velocidad hacia ella. Evitó un carrito, giró derrapando en el suelo embaldosado y apareció en los congelados. En un segundo barrió con la mirada a unos veinte clientes, perdidos en la organización de los menús de la semana, pero nada del encapuchado. Cansado de que lo llevara de aquí para allá, se subió a las cámaras refrigeradas y escaló la pared de congelados para tener una visión global de los estantes que lo rodeaban. Localizó al encapuchado, que pasaba por donde los geles de ducha y los dentífricos, mirando regularmente hacia atrás. Si Sam iba por el pasillo paralelo, podría cerrarle el paso en el extremo. Saltó en medio de los clientes desconcertados y corrió hasta el cruce, donde se dio de narices con el encapuchado, que dio media vuelta y salió corriendo. Sam no tenía nada de deportista, pero al menos podía hacer un sprint de cinco zancadas. Cuando estaba a un metro del objetivo, saltó encima de él y, con el impulso,

chocaron los dos contra una pirámide de mermeladas bajas en calorías y bio que Darcy tenía en promoción. Los tarros se rompieron al caer, rojo fresa y violeta higo en un cuadro abstracto, mientras el encapuchado se resbalaba cada vez que intentaba levantarse. Sam le sujetó las piernas, lo bloqueó, hizo que volviera a caerse y le plantó una rodilla encima del pecho para inmovilizarlo. Durante el altercado, la capucha cayó hacia atrás dejando al descubierto una larga melena castaña.

—Joder, pero ¿tú quién eres? —exclamó Sam, sorprendido por haber peleado tanto con una adolescente.

Ronan los encontró en ese momento, en un mar de azúcar y cubiertos de mermelada, mientras Sam procedía a un cacheo rápido. Encontró una cartera de tela que entregó a Ronan. Este último la registró y sacó un documento de identidad que leyó en voz alta.

—Aurélie Alves. No sé qué coño pintas en esta historia, pero quedas detenida, cariño.

Mientras una voz anunciaba por el altavoz que por la compra de dos tarros de mermelada bio el tercero era gratis, Sam puso las esposas a la nueva protagonista de la investigación.

Arrestado sin ninguna documentación encima, llevaron al detenido a la Científica para que procediera a tomarle las huellas digitales.

—Si quieres saber quién soy, solo tienes que preguntarlo.

—Podría mentirnos —le contestó el técnico mientras preparaba la tinta negra y la ficha de datos.

—Me llamo Mosconi. Franck Mosconi. Dígaselo a los otros, eso tendría que animarlos.

Sorprendido, el técnico hizo un gesto con la cabeza a su asistente, que se dirigió hacia el teléfono de pared que había en la sala.

* * *

Sam colgó, perplejo y excitado.

—No sé por qué nos hace ganar tiempo, pero acaba de dar su nombre a la Científica. Franck Mosconi.

Mientras hablaba, Sam tecleaba en el TAJ para conocer su pasado y leyó el resultado en voz alta.

—Incendios criminales, agresiones y extorsiones varias. Todo en Córcega y nada en Francia metropolitana. Un buen espécimen.

—¿Mosconi? —repitió Coste, situándose delante del tablero del grupo.

El capitán clavó los ojos en la foto de Dorian Calderon y de la mujer desconocida saliendo del trastero con un cadáver en segundo plano, luego los nombres de las cuatro hojas del trébol y el de sus abogados, las direcciones, las matrículas de los distintos coches implicados, todo en un revoltijo organizado en el que ni siquiera ellos veían todas las conexiones.

—Es el segundo de la familia. Tenemos a Franck Mosconi al volante del Volvo a la hora y en el lugar del asesinato de Doucey, un pedófilo puesto en libertad gracias al robo en el juzgado. Y Nunzio Mosconi ha quedado libre gracias a la misma operación. No quiero decir que esté todo claro, pero esto empieza a tomar forma. ¿Cuánto tiempo hace de la detención?

—Treinta y siete minutos —respondió Johanna después de consultar el móvil.

—Nos quedan menos de treinta minutos para respetar sus derechos. Nos trasladamos a un despacho libre para los próximos interrogatorios, aquí hay demasiada información en las paredes.

* * *

Una sala con los estores bajados, una mesa en el centro y un ordenador encima. Nada más decoraba aquel lugar de paredes beis donde Coste estaba frente a Franck.

—¿Quieres ver a un médico?

—Una furgoneta se me ha llevado por delante, ¿a ti qué te parece?

—¿Quieres que le comuniquemos a alguien que estás detenido? ¿Un familiar, una esposa, incluso un cómplice? No somos tan malos, pero necesitaremos el nombre y su número de teléfono.

Franck lo miró, divertido, y su silencio fue interpretado como una negativa.

—¿Quieres un abogado? ¿De oficio? ¿Privado?

—Privado —respondió Franck sin dudar—. Tiretto, del Colegio de Abogados de París.

—¿El mismo abogado que ha conseguido sacar a tu hermano? —intentó Coste.

—Nunzio es mi primo. Y Tiretto es el abogado de la familia. Vais a tener que currar un poco, chicos, no voy a regalaros toda la información envuelta en un lazo rojo.

Coste deslizó sobre la mesa la foto de la pareja que salía del trastero.

—Y así, entre tú y yo, ¿quieres decirnos quiénes son estos dos? Tú conducías hoy el mismo coche que ellos ayer por la noche.

Franck volvió a pensar en el Volvo azul, modelo 740, convertido en un cubo de Rubik entre las prensas de su amigo el chatarrero. La policía necesitaría mucha paciencia para sacar de allí la mínima prueba de ADN.

—Y así, entre tú y yo —respondió Franck—, ¿quieres dejarme en paz y volver a bajarme al calabozo?

—¿Estás de mal humor porque te llamé «cabrón» cuando te detuve?

—Eso nunca es agradable —reconoció Mosconi.

—Lo siento mucho, creía que ya lo sabías.

* * *

—No le sacaremos nada —masculló Coste mirando cómo se alejaba Franck, con las manos esposadas a la espalda, escoltado por dos policías uniformados hasta los calabozos de la planta baja.

—No antes de que su abogado le aconseje qué decir —confirmó Ronan—. Pero no llevaba ningún

documento de identidad encima; podría haber ganado algunas horas antes de que lo delataran sus huellas. Le bastaba con callarse.

—No lo ha hecho porque quiere ver a su picapleitos lo antes posible. Sabe que informará a sus cómplices de su arresto.

—En definitiva, desde el momento en el que hable con su abogado, el resto de la banda estará al corriente y permanecerá escondida.

—Nos queda la cría —dijo Coste—. Ella puede derrumbarse y a lo mejor sabe cosas.

—Pero Tiretto tendrá acceso al informe de la detención y verá que hemos atrapado a Aurélie Alves a la vez que a Franck. No sé qué relación hay entre estos dos, pero, si los cómplices de Mosconi confían en que él no los delatará, dudo que estén completamente seguros de una cría. De manera que no van a quedarse en el mismo sitio. Se largarán de donde estén y nadie conocerá el nuevo escondrijo, ni siquiera Franck Mosconi.

—A no ser que olvidemos mencionar a Aurélie Alves en el informe —propuso Coste, consciente de estar sobrepasando los límites.

—¿Quieres que hagamos un informe falso? —preguntó Sam, sorprendido.

—Quiero que lleguemos al final de esta investigación. Meted a la cría en las celdas de nuestro departamento, en la tercera planta, y que Mosconi se quede en la planta baja. No deben cruzarse.

* * *

—¿Quieres que te vea un médico? —preguntó Johanna.

—No. No, estoy bien —farfulló la chica.

—¿Y un abogado?

Aurélie estuvo a punto de deshacerse en llanto.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Dudo entre un montón de delitos. ¿Sabes que tu amigo Franck podría ser cómplice de un caso de asesinato y, en consecuencia, tú también? Y cuando hemos intentado hablar contigo, has echado a correr y eso no dice mucho en tu favor. Así que, ¿quieres un abogado? Hay que pagarlo, son muy caros y solo los culpables los necesitan —la enredó Johanna.

—Pues no —rechazó Aurélie, cada vez más perdida.

—Eres menor, tengo que ponerme en contacto con algún responsable legal. ¿A quién eliges?

—A mi padre. Tomas Alves.

—¿Número de teléfono?

Tiretto llegó en un cuarto de hora al mostrador de información de la SDPJ. Allí lo recibió un tal capitán Coste, responsable del caso que afectaba a su cliente, y lo condujo a un despacho. Bajo la atenta mirada de Sam, que había modificado el informe de la detención lo más rápido que pudo, el abogado pasó las páginas del procedimiento y apuntó en un bloc la información que le parecía útil.

—Es bastante molesto tener a alguien mirando por encima del hombro mientras leo —le soltó a Sam.

—Me imagino que eso no será lo más desagradable de su profesión, pero usted está en mi despacho. Si quiere, puedo sacarle una silla al pasillo.

Tiretto no respondió a la pulla, acostumbrado a que pocas veces lo recibieran bien en las dependencias policiales.

—¿Puedo ver a mi cliente ahora?

Sacaron a Mosconi de la celda y lo acompañaron a una sala preparada para las reuniones con los abogados, donde Tiretto se unió a él. Cuando lo vio, los hombros de Franck se hundieron. Se acabó el teatro. La actitud orgullosa y la máscara de criminal imperturbable que tenía reservada para la policía desaparecieron.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Nada —dijo el abogado—. La policía de Saint-Denis le ha visto al volante de un Volvo robado. Le acusarán de robo o, como mucho, de receptación. Aunque ese coche haya estado implicado veinticuatro horas antes en el asesinato de Antoine Doucey, el pedófilo al que pusieron en libertad por error. Me imagino que eso se lo debemos a Alex.

—Lo hizo a escondidas, sin avisar a nadie. Te aseguro que yo se lo habría impedido. Sabía que iba a meternos en la mierda con su puta moral.

—Por eso yo no tengo. Manténgase callado mientras esté detenido. En principio debería salir pronto de aquí.

—¿Y el coche?

—Pero ¿no se acuerda? —se sorprendió Tiretto—. Lo encontró en Saint-Denis, con el motor en marcha y las puertas abiertas, y usted lo llevó a un desguace para conseguir algo de pasta.

—Difícil de tragar, ¿no?

—Quizá, pero es la policía la que tiene que demostrar lo contrario. Así que mantenga esa versión.

—Por cierto, ¿quién es ese que tengo en la chepa? ¿Lo conoces?

Tiretto se sacó el bloc del bolsillo de la chaqueta y encontró la página en la que había apuntado

los datos.

—El Grupo Crimen 1 del capitán Coste. En mi opinión, eso no es una buena noticia. Dicen que es tenaz y, a veces, bipolar. Y dicen lo mismo de su equipo. Espere... —Pasó a la siguiente página y leyó los nombres subrayados en el informe—: teniente Ronan Scaglia, teniente Johanna De Ritter y cabo Samuel Dorfrey.

Franck pareció dudar antes de formular la siguiente pregunta, luego se lanzó.

—¿Y me han detenido a mí solo?

—¿Por qué? ¿Estaba con alguien?

—Coño, Tiretto, ¿tu madre no te dijo nunca que no contestaras a una pregunta con otra?

—Sí, Franck. En el procedimiento solo lo mencionan a usted. Pero me deja preocupado. ¿Sabe que para poder defenderlo tengo que saberlo todo?

—No hay nada más que saber. Avisa a mi tío.

—¿No a Alexandra?

—Se ha colocado fuera de juego ella sola. A partir de ahora, tratamos con el señor Mosconi.

* * *

El propio Coste acompañó a Tiretto hasta la salida. Abrió la puerta acristalada de la entrada y le cedió el paso al abogado.

—Como bien sabe, tiene derecho a estar presente en todos los interrogatorios.

Tiretto mostró una compasión fingida.

—Estamos hablando de un simple robo, capitán. No le diré gran cosa, así que me limitaré a leer el informe mañana, pero gracias por la atención. No obstante, que no se demore la visita del médico, mi cliente ha sido víctima de un accidente. Sería una pena que un error de procedimiento eche por tierra la investigación.

Coste vio cómo se alejaba hacia su Audi, aparcado indebidamente en una plaza reservada a la policía. Cuando llegó a la altura del parabrisas, el abogado desenganchó la multa sujeta al cristal con la escobilla, regalo de la casa. En ese mismo momento, Ronan se unió a Coste.

—Dentro de dos minutos se lo largará todo al resto de la banda.

—Todo excepto lo de Aurélie. Que Johanna empiece con el interrogatorio y busque la relación entre esa cría y Franck Mosconi. Con un poco de suerte, conoce la identidad de los otros, alguna dirección, el lugar donde se esconden, el menor detalle que nos haga avanzar.

Abandonaron la entrada de la comisaría y se dirigieron a los ascensores que conducían a las plantas de la policía judicial. Por el camino se cruzaron con un hombre regordete con la cara

crispada. Se detuvo delante del mostrador de información, frente a un auxiliar de seguridad que acababa de bostezar.

—Buenos días, me ha citado aquí la teniente De Ritter. Es por mi hija.

Su voz preocupada llegó a través del vestíbulo hasta los oídos de los dos policías.

—¿Señor Alves? Capitán Coste y teniente Scaglia, SDPJ. Nos encargamos del procedimiento contra Aurélie.

Tomas casi se enfadó.

—¿Qué ha hecho? ¿Otro lío con los chicos del centro comercial? Le he dicho mil veces que no eran buenas amistades, que le causarían problemas. Pero no lo entiendo, normalmente me llaman de la Brigada de Menores.

Con un gesto, el policía lo invitó a seguirlo.

—Deje que le explique.

En la sala de interrogatorios, Tomas Alves, a disgusto, se retorció en la incómoda silla que le habían ofrecido. Coste abrió el expediente delante de él, bajo la atenta mirada de Ronan, apoyado en la pared en un rincón de la sala.

—¿Apellido y nombre?

—Alves, Tomas, sin «h».

—¿Fecha y lugar de nacimiento?

—2 de agosto de 1969, en Orleix, en los Altos Pirineos.

—¿Profesión?

Convencido de que su presencia allí se debía a otra tontería de adolescentes y aunque aquellos no fueran los policías a los que estaba acostumbrado, Tomas no sospechó del efecto que iba a causar su respuesta:

—Soy funcionario del juzgado de primera instancia e instrucción de Bobigny.

Los dedos de Coste se detuvieron encima del teclado.

—Funcionario. Sea más preciso.

—Soy responsable de las pruebas.

Coste se volvió hacia Ronan que, mensaje recibido, se ausentó durante unos segundos y regresó cargado con el procedimiento completo, seguido por Johanna y Sam, a los que había informado sobre el sorprendente giro que acababa de dar la investigación. Rodeado de cuatro policías, Tomas se angustió de verdad.

—Creo que están obligados a decirme los motivos de la detención de mi hija —protestó débilmente.

Por toda respuesta, Ronan abrió la carpeta de cartulina y deslizó sobre la mesa la foto de Franck Mosconi hasta situarla debajo de la nariz de Tomas. El hombre se bloqueó por completo: los policías habían encontrado la relación entre él y los atracadores, y esa relación pasaba por Aurélie sin que se explicara cómo. Volvió a ver a Rhino agarrándolo por el pelo y arrastrándolo al salón. Y a Alex susurrarle que metería la cabeza de Isabel en el horno...

Coste chasqueó los dedos y Tomas volvió a aquella sala, después de tres segundos de ausencia.

—¿Señor Alves?

Tomas cerró los ojos y controló la respiración. Por la mañana, Isabel le había dado un beso en la escalinata de su chalé, un beso cariñoso y más largo que el de otros días, como para prepararlo para aquella jornada.

—No conozco a esa persona —afirmó levantando la cara.

Ronan tomó la palabra con un tono más agresivo.

—Franck Mosconi, hemos detenido a su hija con él. Es el primo de Nunzio Mosconi, uno de los presos que salió en libertad después del robo de las pruebas del juzgado, de las que usted es responsable. Todas las pistas llevan a usted. Le va a resultar muy complicado salir de esta si sigue sin decir nada.

A Tomas le dio un vuelco el estómago al imaginarse a Aurélie y a Franck Mosconi. ¿Qué hacía su hija con ese tipo a los pocos días de que su banda y él le hubieran reventado la nariz, hubieran mantenido prisionera a la familia y los hubieran amenazado de muerte?

—Lo siento mucho. No conozco a esa persona —repitió mecánicamente, con los puños apretados.

Luego se encerró en su silencio. Coste analizó a aquel hombre y en su actitud leyó una mezcla de miedo y de resignación. Ronan sujetó los brazos de Tomas, lo levantó, le llevó las manos a la espalda y lo esposó.

—Señor Alves, son las diez y cuarto de la mañana y queda usted detenido por complicidad en robo a mano armada.

Tomas no opuso resistencia; tenía en la cabeza mil preguntas igual que mil agujas en el cerebro. Mientras se lo llevaban, Coste lo miró con la clara impresión de que se le estaba escapando algo. Cuando estuvieron solos, Sam le confirmó esa sensación.

—Estamos dando fuera de la diana, ¿no? ¿Le viste la cara cuando le enseñamos la foto? Creí que iba a desmayarse. Está claro que lo conoce. Lo que no me explico es por qué prefiere ser detenido y olvidarse de su hija para proteger a Mosconi.

—Salvo que no sea a Mosconi a quien protege. Johanna, tú tomaste la primera declaración a Aurélie. ¿Quién compone esa familia?

—Acabamos de encerrar en el calabozo a dos tercios. Fuera queda la madre, Isabel. Los padres no

tienen antecedentes. Aurélie ha hecho alguna gilipollez, cosas de adolescentes sin mucha importancia. La verdad, no me los imagino organizando un atraco juntos.

—Sin embargo, si vamos a encontrar algo nuevo será por esa vía —decidió Coste—, así que hagamos las comprobaciones habituales. Sam, quiero los datos bancarios de los dos últimos meses de las cuentas del padre, de la madre y de Aurélie. Lo mismo con los teléfonos: consigue las últimas facturas detalladas de los tres. Johanna, envía un equipo de la Científica a su casa, ve con Ronan y permaneced allí mientras registran el domicilio. Y traedme a la señora Alves. Por una parte los atracadores y, por la otra, una familia que está limpia. Quiero saber cómo se han encontrado esos dos mundos.

Rinoceronte empezaba a estar harto. Ser niñoero o enfermero nunca había formado parte del plan y se quejaba de eso a Dorian.

—Nano está delante de la teletonta desde esta mañana y ni siquiera estoy seguro de que se entere de lo que ve. Si lo seguimos atiborrando a pastillas, nunca saldrá del agujero.

—Lo sé —le concedió Dorian—, pero lleva semanas funcionando así. No podemos cortárselas de golpe, sería peligroso. Necesitamos que se comporte en el aeropuerto. Alex dice que tenemos que esperar hasta estar en Córcega, que allí todo será más fácil.

—Y yo, yo digo que le echas un par de cojones y le digas a Alex que se ocupe ella de su hermano.

Dorian volvió la cabeza hacia Alex. Estaba sentada a la mesa del centro del loft mirando fijamente el móvil, plantado justo delante de ella. Dorian se acercó y se sentó en la silla de al lado.

—¿Algún problema con Nano? —preguntó, alarmada.

Dorian la conocía lo bastante para saber que ese no era el momento de contarle los ataques de orgullo de Rinocéros.

—No, todo bien. Solo que tendremos que pensar en alimentarlo con algo más que antidepresivos.

Alex, como ausente, no había levantado los ojos del teléfono.

—¿Noticias de Franck? —preguntó Dorian.

—Nada. Ya hace dos horas que tendría que estar de vuelta con un coche nuevo. Lo he llamado cuatro veces y le he dejado mensajes. Ha pasado algo, lo presiento.

—¿No quieres aprovechar para pasar un rato con Nano? Creo que Rino está harto.

Alex titubeó, luego se decidió a cruzar el loft. A medio camino, una melodía etérea llenó el espacio. Skype la avisaba de una solicitud de comunicación. Dio media vuelta, se instaló y frunció el ceño. En un extremo de la pantalla aparecía «Sr. M.». Lo aceptó con un clic de ratón y apareció el rostro de su padre. Piel curtida, arrugas profundas en la frente, cráneo rapado y camisa blanca con unos cuantos botones abiertos. Tras él, una ventana daba a un cielo azul. Un hombre al que solo se le veía el pecho pasó a su lado y dejó un vaso de agua con gas en la mesa.

—¿Papá?

Por la distancia y la conexión, una latencia de medio segundo espaciaba las respuestas y su padre aún no se había movido, con una mirada negra y visiblemente descontenta.

—Nunca debería haberte dejado organizar tu propio equipo, no sabes proteger a tus hombres —respondió, con un fuerte acento corso que daba a sus frases un aire de lección magistral, o de moralidad.

Durante un instante, Alex se quedó desconcertada por la violencia de la introducción y, en aquel escenario, regresó inmediatamente la pequeña Alexandra.

—¿A qué te refieres, papá? Nano está aquí, con nosotros. El golpe nos salió bien y mañana por la mañana despegamos de Orly.

—¿Con Franck?

—Pues claro que con Fr...

Se tragó el final de la frase cuando se dio cuenta de que su padre sabía más que ella.

—Y después de robar en el juzgado para sacar a tu hermano, ¿piensas asaltar la comisaría para sacar a tu primo?

Rino y Dorian estaban de pie detrás de ella, a una distancia suficiente para no entrar en el campo de visión del señor Mosconi ni padecer su cólera. Alex prefirió callar, consciente de que solo tartamudearía.

—Franck está detenido desde las diez de la mañana —continuó su padre—. Tiretto acaba de salir de la comisaría.

—¿Se sabe qué ha pasado?

Mientras la pregunta llegaba a Córcega, el señor Mosconi bebió un trago de agua.

—Algo relacionado con el robo de un coche, tendrás que explicármelo.

—No... No corremos ningún riesgo, Franck no hablará —se atrevió a decir.

—Lo sé. Confío en él. Pero la policía judicial no se ocupa de los robos de coches, y menos aún la Criminal. Según el abogado, son unos policías que no hay que subestimar. Ahora, hay que partir del supuesto de que estáis todos identificados. Ese escondite es vuestro mejor cobijo. Y no podréis salir de Francia por las líneas oficiales. Haced el mismo trayecto que las joyas.

—¿El aeropuerto de Bourget?

—Estoy organizando vuestro regreso a la isla. He reservado un vuelo. Un amigo mío de París se pondrá en contacto contigo esta noche. Tiene pasaportes para todos vosotros. Imagino que estaréis cortos de liquidez. También lo solucionará. Y después de esta conversación fríe tu ordenador. Despegáis mañana a la una del mediodía. Hasta entonces, ¿crees que podrás dejar de prenderle fuego al continente?

Alex bajó la mirada. Desde que tenía ocho años, peleaba para que su padre la considerase igual

que a sus hermanos, pero solo recibía reproches y desprecio, siempre. No obstante, la voz del señor Mosconi se volvió más tranquila, casi paternal.

—Alexandra. ¿Me han dicho que has matado a un hombre?

«Hostias, el bocazas de Tiretto», pensó. Debía de haberse enterado por Franck y, como un perrito amaestrado para lamer culos, se lo había soltado todo al patriarca. Alex apretó los dientes y, por primera vez, asumió su decisión y consiguió aguantar la mirada de su padre.

—Era necesario.

—Lo sé. Me han dicho que así era. Has hecho bien. Pero es una operación dentro de una operación. Habrías tenido que regresar a casa, poner a cubierto a tu equipo y preparar el golpe. Lo habríamos pensado juntos, como es debido.

—Franck me dio el mismo consejo. No lo escuché.

—Y ahora a él lo tiene la policía.

Sintiéndose culpable, Alex lo dejó terminar.

—Vuelve a casa, hablaremos de tu futuro.

Por tercera vez durante esa tarde, Tomas, Aurélie y Franck habían estado sometidos al fuego a discreción de las preguntas del Grupo Crimen 1 y, por tercera vez, todos se habían mantenido en sus posiciones y los testimonios que salían de las impresoras no pasaban de medio folio.

Franck reconocía haber robado un coche que se encontró tirado en la vía pública, y esperaba pacientemente a que los policías se cansasen y a que transcurrieran las horas del arresto provisional.

Tomas y su hija habrían negado hasta su parentesco para proteger a la familia, y Aurélie encontraba aún más fuerzas si se trataba de salvar a Franck.

Condujeron a Isabel Alves a las dependencias policiales y allí prestó declaración. Si su marido había palidecido delante de la foto de Mosconi, ella se quedó muerta de miedo. Con una pésima interpretación y la voz a punto de quebrársele, la mujer aseguró no conocerlo de nada. Desde entonces, Isabel estaba en un despacho cerrado y le habían confiscado el móvil, en una especie de detención provisional encubierta.

Coste y Johanna se permitieron tomar un café y dejaron que Ronan saliera del embrollo de todas las respuestas a las solicitudes que se habían hecho por la mañana.

—¿Nos haces un balance de la situación? —le invitó Coste mientras dejaba la taza.

—Por lo que he visto, no hay ningún movimiento en las cuentas bancarias. Si Tomas Alves recibió dinero, fue contante y sonante. En cambio, las facturas de teléfono son más interesantes. Las líneas de Aurélie y la madre permanecieron inactivas el día del asalto y los tres días anteriores.

—A una adolescente que no usa el móvil durante noventa y seis horas, yo le comprobaría el pulso —señaló Johanna.

—En cambio, Tomas utilizó mucho el suyo. Recibió varias llamadas y todas las desvió al buzón, y solo hizo una a un número que desde entonces no existe. Mandaré analizarlo.

—O utilizaron otro móvil durante el golpe o les impidieron comunicarse —supuso Coste.

—Nada en el registro domiciliario y todo el mundo sigue mudo —añadió Johanna—. ¿Qué hacemos con la madre?

—No sé si tenemos que protegerla o sospechar de ella, quizá ambas cosas. De manera que se

queda donde está.

—¿No la ponemos en arresto preventivo?

—¿Por qué motivo? —objetó Coste—. Analicemos a ese trío: Dorian Calderon, conocido por robos con allanamiento; Franck Mosconi, un delincuente corso, y una rubia desconocida con una pistola en la mano, ¿y qué hacemos nosotros? ¿Nos centramos en un padre, su hija de dieciséis años y su mujer? La única manera de conseguir que esta historia se sostenga es considerar que la familia Alves fue utilizada, a través de Tomas, para organizar el golpe. Estoy convencido de que se trata únicamente de otras víctimas.

—Entonces ¿por qué Aurélie sigue viéndose con Franck Mosconi días después?

—Puede que lo conociera de antes. Quizá fuera ella la que le habló del trabajo de su padre. Quizá fuera ella la que, sin saberlo, le dio a Mosconi la idea de robar las pruebas.

—Y, excepto por el Volvo que conducía, ¿cómo relacionamos a Mosconi con la pareja que sale del trastero?

—No me des el coñazo, Ronan, estoy en el mismo punto que tú. Ando a ciegas, le doy vueltas al tarro, no tengo más que hipótesis. Descansemos un minuto y sigamos con los interrogatorios.

Entre el descubrimiento del cuerpo en el trastero y la captura del Volvo, el equipo había dormido seis horas en dos días y el agotamiento empezaba a pasar factura.

—Entonces ¿seguimos haciéndoles las mismas preguntas indefinidamente? —preguntó Johanna.

—Sí, indefinidamente y cada vez con más contundencia —zanjó Ventura, al que nadie había visto en el marco de la puerta.

El jefe dio un paso adelante, imponiéndose en la oficina, y siguió en un tono perentorio:

—Durante la detención preventiva hay que acabar con la paciencia de los detenidos. Estrujadlos y dejadlos molidos. Prometedles el infierno, hacedlos llorar pero, por encima de todo, conseguid que hablen. Tienen una familia. Amenacen a unos delante de los otros. Busquen sus puntos débiles. ¡Todo esto es demasiado blando! Si no se sienten capaces, puedo designar a la brigada de Jevric. Usted me ha dicho maravillas sobre ella, pero mientras tanto, ella cierra sus casos. Así que sáquense un milagro del culo que haga avanzar esta investigación.

Ventura salió de la oficina con tanta delicadeza como la que había empleado en su intervención y estuvo a punto de chocar con Sam, que llevaba un montón de papeles en las manos. Coste vio cómo se iba mientras se preguntaba quién, de entre sus profesores de gestión de la Escuela de Policía, habría inspirado a Ventura esa manera de motivar a la tropa. Sam se colocó en medio del grupo y recuperó la última frase del nuevo jefe de la Criminal.

—Si el milagro sale del fax ¿también vale?

—Los caminos del Señor... —se burló Johanna—. ¿Qué has encontrado?

Sam se hizo un hueco en el sofá y organizó la documentación encima de la mesa baja que tenía delante.

—Hace dos días, Rivière del GRB nos dio la identidad de Dorian Calderon. Vimos que ese tipo no tenía ningún movimiento bancario ni telefónico, como si estuviera en pausa. La clase de silencio que precede a un golpe. Víctor, tú nos pediste que hurgáramos en su vida y en sus desplazamientos, y lo hice. Y, mira por dónde, nos han respondido los compañeros de la policía de fronteras. —Volvió las páginas buscando el dato concreto—. Lo han encontrado en un vuelo París-Ajaccio de hace dos meses. Pedí que me pasaran el listado de pasajeros y adivinad quién estaba con él, en el mismo avión, una fila más atrás. Michaël Mention. En el asiento de la ventanilla, para ver el Mediterráneo.

—¿Quién? —preguntó Ronan.

—Qué corto eres, de verdad. Michaël Mention, el único cómplice que le conocíamos, el tipo con el que pasó dos meses en la trena por una serie de robos con escaló. Rinoceronte, ¿eso te suena?

—Vale, sí, siguen viéndose, pero eso no nos dice nada nuevo sobre el asalto —atemperó Johanna.

—Y van a Córcega —continuó Ronan—, donde tiene sus raíces el apellido Scaglia. A Córcega, como Franck y Nunzio Mosconi. Pero no todos los que va o vienen de la isla son mafiosos o llevan bombas, así que tendremos que encontrar algo más concluyente.

—Van y vienen, eso es exactamente lo que yo pensé —siguió Sam—. De manera que comprobé cuándo volvieron.

Pasó unas cuantas páginas y llegó a una lista de pasajeros en la que había varios nombres subrayados con rotulador fosforito.

—Y una semana más tarde nos encontramos, en un vuelo Ajaccio-París, con Dorian y Rinoceronte, otra vez juntos, pero esta vez en asientos en zonas distintas del avión. Y ahora llega el milagro.

—No sabes las ganas que tengo de sacudirte cuanto lo alargas todo de este modo —dijo Ronan, enfadado—. Te conviene que sea algo bueno.

—Lo decidirás tú mismo —afirmó Sam, seguro de sí. Le tendió el listado a Ronan y él fue consultando sus propias notas—. Fila 3, asiento 36, Franck Mosconi. Fila 5, asiento 59, Nunzio Mosconi. Y fila 7, asiento 71, ¿qué lees?

Ronan deslizó el dedo fila tras fila.

—¿Alexandra Mosconi?

Sam, que empezaba a dominar el difícil arte del suspense, sacó de la carpetilla la última hoja: por un lado, una foto de carné ampliada del pasaporte de Alexandra Mosconi y, por otro lado, la pareja saliendo del trastero. Todos se inclinaron.

—¿Tinte? —probó Coste.

—Peluca —corrigió Johanna.

Sam se apoyó cómodamente en el respaldo del sofá.

—¿Esto no se parece a una banda?

—No te relajes —le llamó al orden Coste—. Nos largamos a la oficina de Rivière, parecía saber mucho de esta familia.

Mientras se levantaban, sonó el teléfono de Johanna. Identificó la llamada y, con una mueca de culpabilidad, desvió la llamada al buzón.

—¿Algún problema? —quiso saber Victor.

—No, mi hijo. Es la tercera vez.

Sam, padrino del chico desde hacía poco, la interrogó con la mirada. Johanna los tranquilizó.

—No es nada. Hemos reservado una casa rural en Normandía para este fin de semana. Ya es viernes y pronto serán las seis, este caso no se termina y creo que Malo empieza a intuir que voy a dejarlos colgados.

En ese mismo momento, se activó el móvil de Sam y vio en la pantalla el icono del programa rastreador que había creado para su ahijado, después de que el dramático caso de David Sebag diera un vuelco. Johanna casi se excusó.

—Si yo no contesto te llama a ti, claro.

Sam marcó el número del domicilio de la familia De Ritter y una voz infantil le respondió.

—¡Eh, Malo! El rastreador es solo por si estás en peligro.

—Sí, ya lo sé, y ahora estoy en peligro de no irme el fin de semana. Y hay una piscina y, además, un barco pirata.

—Escucha, nos estamos ocupando de un caso importante con auténticos malvados. Deberías estar orgulloso de tu madre.

—Estoy orgulloso —respondió Malo—. Pero ¿no hay otros policías para hacer ese trabajo? Son solo dos días. ¿Puedes preguntarle a Víctor?

—Pues no, diablillo. Aquí no hay ningún policía mejor que Johanna. Sin ella estamos perdidos. Incluido Coste.

—Vale, bueno, sí, entiendo —cedió el niño.

—Así que prepara tus cosas, lárgate con tu padre y tu hermana y nosotros intentaremos terminar lo antes posible, ¿vale?

—Está bien.

—Pero, sobre todo, olvídate del rastreador. Si te ataca un pirata con un garfio, yo apareceré con Campanilla.

Sam colgó y Johanna le dio un beso en la mejilla.

—¿Ningún policía mejor que yo? —dijo con una sonrisa.

—No te emociones.

* * *

—¿Los Mosconi? Menudo ojo tienen para escoger los objetivos —soltó Rivière—. No me sorprende que nadie hable. Franck palmará con honor si es necesario y la otra familia debe de estar aterrorizada.

El grupo había ocupado el despacho del comandante, querían escuchar la información de boca de la fuente. Uno en una silla, otro en la esquina de la mesa, Coste de pie frente a Rivière.

—¿Te dije que los habíamos tenido en el punto de mira por un atraco? —preguntó este último.

—Sí, y también que no habíais conseguido atraparlos.

—Estuvimos vigilando el aeropuerto privado de Bourget durante días.

—¿Por qué ese concretamente? —preguntó Sam.

—Porque allí solo acude gente adinerada y los controles los realizan las compañías privadas y no la policía. Esas mismas compañías son las que venden los billetes a los ricachones. El pez que se muerde la cola. Apenas miran la documentación y mucho menos el equipaje. Desde allí, según nuestro confidente, era desde donde los Mosconi debían sacar el botín.

—Pero, si lo recuerdo bien, esa información no dio resultado.

—Si tenemos en cuenta lo que le pasó después a nuestro confidente, yo creo más bien que la información era buena. La policía judicial de Ajaccio encontró trocitos de su cuerpo cuando se incendió su casa. Con su hijo de cinco años en la primera planta.

A Johanna le recorrió un escalofrío pensando que su casa pudiera ser pasto de las llamas con uno de sus hijos dentro. Por su parte, Coste encajó las piezas en una frase que fue construyendo poco a poco.

—Pillan a Nunzio Mosconi con un reloj que procede del atraco a una joyería. Lo detienen y acaba en Marveil. Luego alguien se lleva las pruebas del juzgado y el pequeño de los Mosconi queda en libertad. Más tarde, descubrimos a Franck Mosconi ligando con la cría de los Alves, cuyo padre es el responsable del almacén de pruebas.

—O Tomas Alves participó voluntariamente o lo obligaron —aseguró Rivière—. Pero, en cualquiera de los dos casos, no será él quien hable. Los Mosconi ajustan cuentas con plomo o gasolina, y eso no te incita a charlar.

—Entonces ¿acabamos con los interrogatorios? —preguntó Ronan.

—De momento —confirmó Coste—. Y nos centramos en la última persona con la que aún no

hemos trabajado, Alexandra Mosconi. Traedme toda la información sobre ella que podáis encontrar. Son las seis. Dentro de una hora hacemos un repaso de la situación.

Ventura miró el reloj de la pared que brincaba de derecha a izquierda sobre el fondo de pantalla. Se exasperó aún durante unos segundos hasta que el reloj mostró las siete y cedió a su impaciencia.

Recorrió la oficina del Grupo Crimen 1 y vio al equipo. En el tablero blanco, repleto de datos y fotos, Coste estaba frente al retrato de Alexandra Mosconi y, en los pocos espacios en blanco que quedaban, apuntaba la nueva información que habían descubierto Sam, Ronan y Johanna sobre ella.

—¿Puedo saber por qué no están interrogando a los cuatro detenidos hasta machacarlos? —ladró Ventura.

—Tres. Isabel Alves sigue a nuestra disposición pero no está detenida —respondió Coste—. Respecto a los otros, creemos que conseguiremos más información por nuestra cuenta que haciéndoles las mismas preguntas una y otra vez.

—No es el momento de actuar de manera sensible. ¡Les he pedido que busquen sus puntos débiles, coño! ¿Qué parte de «punto débil» no entienden? Conseguir que unos se rindan atacando a los otros. Tenemos en nuestras manos a una familia unida, no hay nada más fácil de romper.

—También nos arriesgamos a ponerlos en peligro. Rivière tendría que hacerle un resumen sobre las personas a las que seguimos la pista. Parece ser que se irritan con bastante facilidad. No obstante, gracias a Ronan, hemos rastreado una línea telefónica a la que Tomas Alves llamó una vez. Nunca había llamado antes a ese número y, como desde entonces la línea está cortada, pensamos que puede estar relacionada con los atracadores.

—He ordenado analizarla —continuó el aludido—. Estuvo muy activa unos días antes del robo y dentro de los límites del distrito XX, hacia Belleville.

—Belleville —repitió Ventura, irritado—. Edificios, edificios y más edificios. Aunque vayan en la buena dirección, pasarían días hasta que localizaran el escondite. —Resopló mostrando su descontento y decidió tomar las riendas. Coste le parecía demasiado apegado a las normas y allí, en su opinión, faltaba nervio. Primero pensó en apretarles un poco pero luego cambió de opinión—. ¿Dónde está la madre?

—En el despacho contiguo.

Ventura los miró como quien siente lástima frente a unos malos alumnos y salió de la oficina para dirigirse, con paso decidido, hacia las oficinas del Grupo Crimen 2, donde Jevric estaba en plena reunión informativa con sus hombres.

—Lara, conmigo. La necesito para acelerar esta situación.

Después del desagradable discurso de Ventura, el equipo de Coste, boquiabierto, había salido de la oficina y presenciaba el regreso del comandante seguido de Jevric, encantada de que, al fin, alguien la tuviera en cuenta. Ventura abrió de golpe la puerta de la habitación donde se encontraba Isabel Alves dándole un buen susto.

—Capitana Jevric, detenga a esta señora. Pero antes voy a enseñarle nuestras dependencias.

La agarró del brazo, la levantó por la fuerza y, sin ningún miramiento, la condujo hacia los calabozos. Por el camino, los pies de Isabel apenas tocaban el suelo porque Ventura casi la llevaba en volandas. Johanna se volvió hacia Coste, preocupada.

—¿Qué va a hacer?

—Jugar con sus putos puntos débiles. Probablemente será asqueroso. Sam y Ronan, quedaos aquí y seguir hurgando en la línea telefónica. Johanna, sígueme.

Ventura llegó a las dependencias de los detenidos de la SDPJ, lanzó una mirada a los monitores de vídeo y se dirigió al policía de guardia.

—¿Estas cámaras graban?

—No, solo son de vigilancia, comandante.

—Perfecto, mire usted para otro lado.

Apretó aún más el brazo de Isabel y tiró de ella cuando pasó por delante de la celda de Aurélie que, al ver cómo maltrataban a su madre, saltó de inmediato.

—¿Qué está haciendo? —gritó la niña—. ¡Suéltela! ¡Ella no ha hecho nada!

Ventura se detuvo en seco delante del rectángulo de plexiglás que permitía ver el interior de la celda.

—Tú, cierra el pico. Mira a tu madre por última vez porque, dentro de unas horas, os voy a repartir a todos por diferentes cárceles.

Tiró de nuevo del brazo de Isabel, que estuvo a punto de caer, mandó abrir la celda contigua y la lanzó allí con desprecio.

—¡Sin moverte! —escupió Ventura.

Coste y Johanna permanecían alerta, con las mandíbulas apretadas, dispuestos a intervenir. Mientras Isabel y Aurélie intentaban tranquilizarse mutuamente a través de las gruesas paredes que las separaban, Ventura se dirigió al fondo del pasillo, abrió la última puerta, sacó a Tomas y lo

empujó hasta la celda de su hija. Cuando llegó allí, Ventura agarró al detenido de la nuca y lo aplastó contra el plexiglás. Aurélie, aterrorizada, apoyó la mano, como si pudiera acariciarle la cara. La cría había llorado tanto aquel día que los ojos irritados e hinchados le daban un aspecto de enferma. «Papá», susurró, desolada. A Ventura la situación se le fue aún más de las manos.

—Mira también a tu padre. Aprovecha ahora. ¿Sabes qué hacen con los gordotes como él en chirona? Les hacen lloriquear. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Agarró a Tomas del cuello de la camisa para que retrocediera unos centímetros y volvió a golpearle la cara contra la puerta.

—¡Y tú, papá, mira a tu hija! Os va a mandar a la cárcel a ti y a tu mujer. Cómplices de atraco, son veinte años a la sombra. Y todo porque esta putita se enamoró de un cabronazo. ¿Cómo te quedas? ¡Tu hija follando con un criminal!

Con un golpe seco, Ventura lo empujó hacia atrás y el hombre cayó al suelo, con la mirada baja y los ojos llenos de lágrimas. Rhinocéros no había sido más bestia que ese policía. Luego Tomas cruzó la mirada con Isabel y un sentimiento de vergüenza lo embargó. Ni uno ni otro podían hacer nada contra aquel arrebato de violencia. Ventura lo dejó en el suelo y lo ignoró como si fuera un simple vagabundo. Luego, dio un paso adelante y se plantó frente a Aurélie, enloquecida de rabia y pena.

—¿Sabías que tu Franck Mosconi está casado? —Se tiró un farol—. Tiene dos hijos, uno es una chica casi de tu edad. ¿Crees que intentará protegerte? ¿Crees que cuando salga de aquí te llamará para ir al cine o para una merienda romántica en el campo? ¿Eres completamente imbécil o qué?

El comandante señaló a su padre con el dedo, que seguía sentado en el cemento, humillado delante de los suyos.

—¡Míralo, puta! ¿Cuánto tiempo va a pasar en la trena? Y si también meto a tu madre, ¿sabes que irás a un hogar de acogida? Así que habla. Franck Mosconi se puso en contacto con vosotros, ¿no? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Ventura se volvió, levantó a Tomas, le aplastó otra vez la cara contra el plexiglás y le hizo de nuevo las tres mismas preguntas golpeándole la cabeza. «¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?». Y a cada golpe la celda temblaba con un ruido sordo.

Aurélie se lanzó contra la puerta y golpeó con las dos manos gritando:

—¡Déjelo! ¡Hablaré!

Un silencio, como el del ojo del huracán. Ventura los había machacado. Johanna se volvió hacia Coste, furiosa porque la estrategia del comandante hubiera funcionado. Tomas, abatido, dejó que su hija los salvara.

—Déjelo, hablaré —cedió la cría, con voz débil.

Ventura soltó la presa y el padre se derrumbó de rodillas. Luego el comandante se dirigió a Jevric.

—Recógeme esto y vuelve a meterlo en el agujero. Lleva a la cría a la oficina de Coste para que la interroguen y, si no ha confesado en cinco minutos, detened a la madre.

Luego dejó aquel caos tras de sí, como si nada. Tomas postrado, Aurélie acurrucada en un rincón, incapaz de contener los sollozos, e Isabel paralizada después de asistir a una escena que jamás habría creído posible ver en unas dependencias policiales.

Coste leyó cierta satisfacción en el rostro del comandante mientras este salía de allí.

—Eres un cerdo, Ventura.

—A lo mejor soy un cerdo, pero tú tienes una pista nueva.

—Todo el mundo sabe que con la tortura se obtienen más confesiones.

—¡No te hagas el indignado! Reconoce que te he hecho ganar tiempo, así que aprovecha que la pequeña Alves ahora está dispuesta. O sacas ventaja de la situación o todo esto no habrá servido para nada. Elige.

—Fui a su escondrijo. Una vez...

Cuando regresaron a la oficina, Johanna le llevó un vaso de agua y, aunque el tono de Coste no tuviera nada que ver con el de Ventura, Aurélie no había dejado de temblar. Ronan puso frente a ella dos páginas con fotos en las que se veía a la banda Mosconi al completo.

—¿Los reconoces?

Aurélie los miró uno tras otro y luego explicó detalladamente:

—Esta es Alex. Ese, Franck, son familia. A este otro lo llaman Rinoceronte; es amigo de este, Dorian. Dorian y Alex están juntos.

—¿Y quién dirige la banda?

Tanto Ronan como Sam habrían apostado por Franck. Coste y Johanna se habrían inclinado por Dorian. Cuando la adolescente señaló con la punta del dedo la última foto, todos se tragaron su pronóstico sexista.

—Ella la dirige. Alex.

Coste continuó con el interrogatorio.

—¿Y fuiste tú la que le hablaste del trabajo de tu padre a Franck?

—¡Jamás! —dijo Aurélie, enfadada—. Llegaron una noche. Ya lo sabían todo. Les ayudó porque le obligaron.

—¿Y por qué sigues viendo a Franck días después?

Aurélie se encerró un instante, luego volvió a lo esencial.

—¿Es verdad que está casado? Y mis padres, ¿los dejarán en libertad?

—¿Por ese orden? —preguntó Johanna, entristecida.

* * *

Sala de reuniones, 20.30 h

Sesión informativa de la operación

Desde el episodio de las celdas, Ventura se ocupaba directamente de la investigación y no parecía querer soltarla. Organizó a los grupos y puso en marcha la operación.

—Calle Levert número 14, distrito XX de París. Un edificio de cuatro plantas. Parece ser que la cría mantuvo relaciones sexuales en el primer piso y allí solo vio despachos vacíos. Así que empezamos por las plantas de arriba. En este orden: Crimen 2 planta 2, GRB planta 3 y Crimen 1 planta 4. Actuamos a la vez. ¿Preguntas?

Coste se encontraba cerca de Rivière y, consciente de haber perdido toda credibilidad ante Ventura, le deslizó al jefe del GRB su cuaderno, en el que solo había una palabra escrita: «guarida». Rivière lo leyó y se convirtió en su portavoz.

—¿No sería mejor que vigilásemos un poco? Aunque solo fuera esta noche, la cuestión es saber quién está allí, ver si las luces se encienden y se apagan y en qué planta.

—No —zanjó Ventura—. Mosconi ha estado con su abogado y este habrá informado a sus cómplices. O bien se han marchado o están a punto de hacerlo. No podemos perder tiempo, cogemos a los que estén.

Rivière devolvió el cuaderno a su propietario tras haber garabateado un dibujo obsceno que hizo sonreír a Coste.

Los grupos se separaron el tiempo necesario para equiparse. Armas, arietes para derribar las puertas, bombas lacrimógenas, chalecos antibalas y escudos de protección en caso de una respuesta agresiva. Antes de salir de aquella sala, Rivière habló con Ventura, de comandante a comandante.

—Tengo la impresión de que la has tomado con Coste.

—Solo es un tema profesional. Si la jode en estas detenciones, le quito el caso y se lo paso a Jevric.

—Coste es un buen policía. No creo que Jevric vaya a hacerlo mejor. ¿Nadie te ha hablado de ella?

—No me gustan los buenos policías. Me gustan los policías fieles a los rangos superiores.

Ante esas palabras, y como algunos caracteres siempre serán incompatibles, Rivière comprendió que era inútil seguir con aquella conversación.

Desde el atardecer, Dorian, con un traje negro hecho a medida y Alex, mucho menos arreglada, con un pantalón vaquero y un jersey ancho, esperaban impacientes la llamada del hombre de confianza del señor Mosconi. El hombre que en la isla era conocido como «el Retratista». Dorian pasó la mano por el vientre de Alex, porque él era el único que sabía por qué el jersey ancho se hacía cada vez más necesario.

—¿Quieres que vaya solo? —dijo Dorian, preocupado.

—No, ese hombre no te conoce. Únicamente me dará los pasaportes a mí. Las órdenes de mi padre son claras.

—No le gusto nada.

—Yo te quiero, y con eso basta.

Conmovido, Dorian se inclinó para besarla pero el teléfono vibró en la mesa y, con un gesto brusco, Alex lo apartó de su lado.

—Quita, es él.

Luego ella balbuceó al teléfono una serie de «sí, sí» y «de acuerdo», quedándose con la información antes de colgar.

—Dentro de veinte minutos en el quiosco de periódicos del metro Jaurès.

—¿Por qué no viene aquí?

—No quiere ni cruzarse con nosotros. Me conoce, es un viejo amigo de la familia. En cuanto me vea, dejará los pasaportes dentro de un sobre entre las revistas.

—Son muchas precauciones.

No había más que mirar el ordenador, en el que, por orden de su padre, Alex había plantado dos gruesas placas magnéticas a fin de borrar toda la información, para comprender que el señor Mosconi no apostaba por un regreso sin inconvenientes.

—Tenemos a la policía encima, así que mi padre ha debido de decirle que no estamos seguros al cien por cien. Ya es mucho que acepte.

Dorian cogió su impermeable y Alex su chaqueta de entre la ropa y los distintos uniformes que

estaban colgados en el perchero. Tiró del asa de una de las bolsas de tela negra, la abrió y dudó entre dos armas.

—¿Quieres ir armada? —se sorprendió Dorian.

—Hemos llegado demasiado lejos para correr ahora el menor riesgo.

Pasó la mano por encima de una pistola, rozó un revólver plateado, luego volvió a la pistola, la cogió y se la introdujo entre los riñones y el cinturón. Se volvió hacia su hermano, que seguía adormilado en el sofá cama abierto, con la tele aún encendida, y luego se dirigió a Rino:

—Un poco más de paciencia, ¿vale? Pronto se acabará esto.

Rinoceronte asintió sin estar muy convencido y dejó que se fueran.

Evidentemente, dos minutos más tarde, Nano se despertó.

—¿Dónde estamos? —preguntó, desorientado.

—En el loft. Estás a salvo —lo tranquilizó el cara cortada.

—¿Y Alex?

—Volverá en menos de una hora.

Nano se levantó de un salto, como si lo hubiera despertado una descarga eléctrica.

—¡No! Ella nunca me deja solo. Me prometió que nunca más volvería a dejarme solo.

Histérico, se puso a recorrer el loft de arriba abajo. Buscó en el cuarto de baño y, como no encontró a su hermana, se dirigió a la puerta de entrada. Rino resopló.

—¡Joder! ¿Adónde vas?

Nano puso un pie en el descansillo. Rino lo agarró de la cintura por detrás, lo metió dentro y lo lanzó encima del sofá.

—¡Quédate ahí! —le ordenó.

Nano se levantó y, como si su memoria se borrara poco a poco, volvió a dirigirse a la entrada. Se tropezó, estuvo a punto de caer, se agarró a la mesa, recuperó el equilibrio durante un momento y vomitó un chorro marrón que inundó el suelo.

—Mierda, tenía que pasar ahora, ¡hay que joderse! —dijo con rabia su niñera.

Nano se limpió los labios con el reverso de la manga.

—Estoy mal, estoy muy mal. Necesito las pastillas. No consigo respirar, me ahogo.

Luego se desplomó. Se le pusieron los ojos en blanco y un ataque de pánico agudo le provocó una serie de convulsiones. Rino le pasó un brazo por debajo de las rodillas y otro por debajo de los hombros, lo levantó y lo metió en la ducha. Abrió el agua a tope y, en pocos segundos, cesaron los temblores.

—Necesito las pastillas, te lo suplico. Es como si me aplastaran el pecho.

Rino corrió hacia el sofá y encontró el tubo, que agitó de arriba abajo. Vacío. Al otro lado del loft, en el cuarto de baño, los lamentos de Nano iban subiendo de tono. Estaba claro que no podía dejarlo durante una hora en ese estado. Entonces se acordó de cuando, durante un atraco, Dorian se abrió el brazo con un cristal roto y los cuidados que necesitó. Corrió hacia la bolsa de tela negra, que Alex había dejado a la vista, y la puso encima de la mesa. Sacó de ella las bridas de plástico, la granada que usaron durante el asalto al juzgado, un pequeño revólver plateado de cinco balas y, al fin, dio con el talonario de recetas que buscaba. En ciertas situaciones, ir a urgencias o dirigirse a la consulta de un médico resulta poco discreto, sobre todo cuando la herida es de bala o de arma blanca. Así que el recetario que robaron a un médico fue muy útil. Leyó el nombre del medicamento en la etiqueta del tubo vacío, clomipramina, lo escribió de prisa y corriendo y firmó la receta con un garabato.

De regreso al cuarto de baño, se disponía a disculparse por lo que iba a hacer, pero descubrió a Nano desvanecido encima de las baldosas, con la respiración entrecortada. Le rodeó la muñeca derecha con una brida y lo ató a la tubería de la ducha. Al final de la calle había una farmacia; no tardaría más de diez minutos en ir y volver.

Todo saldría bien.

QUINTA PARTE

Descontrol

Un miembro de mi equipo ha muerto. Es mi responsabilidad. Viene a ser lo mismo.

Capitán VÍCTOR COSTE

A las nueve, los vehículos policiales camuflados aparcaban, uno tras otro, a unos centenares de metros de la entrada del edificio. Del coche de Rivière salió un hombre vestido con un mono de trabajo y una saca de cuero. Subió la calle y se detuvo en el número que le habían indicado. Miró a ambos lados, luego se puso de rodillas y, con una taladradora eléctrica, perforó el cilindro de la cerradura. Luego se levantó, se alejó de allí, asintió con la cabeza cuando pasó por delante de los policías y dejó que siguieran con la operación.

En silencio, los tres equipos salieron de los coches y nadie hizo ruido al cerrar la puerta. Entraron en el edificio, se dieron treinta segundos para organizarse y se dividieron. El equipo de Lara Jevric se quedó delante de la doble puerta de la segunda planta. Cinco segundos. Rivière y sus hombres subieron a la tercera y se colocaron en posición. Quince segundos. Coste y su equipo llegaron a la cuarta y Ronan empuñó el ariete. Veinticinco segundos.

Nano se despertó sobresaltado. La crisis de ansiedad había afectado gravemente su cerebro embotado y no recordaba los últimos diez minutos. Se encontraba en un cuarto de baño, vestido pero calado hasta los huesos y con la muñeca atada a una tubería. Entró en pánico y, al forcejear para soltarse, se cortó con el plástico de la brida. Como un perro rabioso, lo intentó con los dientes con tanta fuerza que se rompió un incisivo y lo escupió al suelo. Buscó a su alrededor cualquier objeto cortante y sus ojos dieron con un neceser en un estante de cristal. De una patada, lo hizo trizas, el neceser cayó a pocos centímetros de él y encontró unas tijeritas con las que tuvo que intentarlo varias veces antes de cortar la brida. Tambaleándose, resbaló en las baldosas de la ducha y a punto estuvo de partirse el cráneo pero, finalmente, consiguió salir del cuarto de baño, justo en el momento en que la puerta de entrada estallaba bajo el golpe de ariete de Ronan, que se hizo a un lado para dejar que entrase el equipo, con las armas en las manos.

Frente a Nano, en la mesa central del loft, estaba la bolsa de tela negra que había dejado Franck y, a su alrededor, las esposas en forma de bridas, una granada, un talonario de recetas, un tubo vacío de antidepresivos y un revólver plateado de cinco balas.

Tras el ruido de la puerta volatilizada irrumpieron cuatro desconocidos en un lugar que no recordaba: Nano temió por su vida. Con un gesto reflejo, puso la mano en el revólver, lo empuñó y apuntó hacia delante. Según su ángulo de tiro, le bastaba con apretar el gatillo para darle al primer policía que tenía enfrente. Y como ese policía era Coste, el corazón de Johanna estalló por la adrenalina y disparó dos veces. Igual que durante los entrenamientos en la caseta de tiro. Cabeza. Corazón. Nano se tambaleó al recibir los impactos, se desplomó sobre la mesa y cayó al suelo.

En la calle, Rinoceronte casi corría con la bolsa de la farmacia apretada en la mano. Llegó al edificio, sacó las llaves y se disponía a insertar una en la cerradura cuando se dio cuenta de que ya no había cerradura. La limadura de hierro en el suelo le confirmó que la puerta había sido forzada y emprendió la huida, tirando los tubos de clomipramina en la primera papelera que encontró a su paso.

En la cuarta planta, aún les zumbaban a todos los oídos por los dos disparos de Johanna. Coste, con las sinapsis estimuladas por la tensión y la mente en un estado de claridad absoluta, evaluó las consecuencias. Expulsó el cargador de su arma y sacó dos balas.

—Dentro de tres segundos, Jevric y Rivière estarán aquí. Necesito que confiéis en mí y que nadie discuta mis órdenes.

Sam y Ronan no reaccionaron. Pese a su experiencia, acababan de asistir en directo a su primera muerte por disparo. Johanna seguía con el brazo extendido y la mirada perdida, paralizada.

—Johanna, escúchame.

Sin respuesta. Coste la sacudió por los hombros y Johanna regresó al centro del loft.

—Dame tu arma, rápido.

Ella se la entregó como un autómata, respondiendo a la orden. Coste deslizó el cargador y metió sus propias balas, luego inclinó el arma, frotó con fuerza la corredera en la piel de su muñeca y se la entregó a Johanna.

—Entramos, me apuntó y disparé. ¿Me entiendes? He sido yo quien ha disparado, ¿os habéis quedado con eso? Es todo lo que hay que decir.

Antes de que nadie formulara la menor objeción, los equipos de Grupo Crimen 2 y GRB irrumpieron en el loft a toda velocidad, pistola en mano, dispuestos a reaccionar. Cuando vieron a Nunzio Mosconi bañado en dos litros de sangre, enfundaron sus armas y Lara cogió la radio.

—Crimen 2 a Central. Necesitamos una ambulancia.

Rivière se acercó con calma a Coste.

—Victor, ¿estás bien? ¿Sabes quién es?

—Sí. Es el hermano pequeño. Nunzio Mosconi.

—En la cárcel en el momento del robo en el juzgado, ¿no?

—Lo sé. Hemos vuelto a dar fuera de la diana.

Cuarenta minutos más tarde, Dorian y Alex, con el dinero y los pasaportes nuevos en el bolsillo, caminaban hacia el loft. Una esquina más y estarían a pocos metros del edificio. En un portal se abrió la puerta y Rino les salió al paso. Había tenido tiempo de preparar una historia. Una historia que tenía que ser convincente si no quería convertirse en la siguiente víctima de Alexandra por haber dejado a su hermano atado como una ofrenda a los policías. Los hizo entrar a un patio oscuro, a resguardo de cualquier mirada.

—¿Qué ha pasado? —gritó Alexandra—. ¿Qué coño haces aquí? ¿Dónde está Nano?

—La policía nos ha encontrado —susurró.

—¿Y has abandonado a mi hermano? —le acusó Alex, con la barbilla temblando de rabia.

—Tranquilízate, no pude hacer nada. Forzaron la puerta del edificio y se oyó desde arriba. Yo quería coger nuestras cosas para no dejar ningún rastro y entonces a Nano se le fue la olla.

—Pero, hostias, ¿no puedes manejar a un crío enganchado a las pastillas?

—Empezó a vociferar. Nos iban a pillar. Nano gritaba que le habías prometido que no lo abandonarías jamás y que no se iría sin ti. Gritaba tu nombre diciendo que irías a por él. No me escuchaba. Salí del loft, me escondí en el tercero, vi pasar a los polis y me largué. Lo siento mucho, pero ¿qué querías que hiciera? ¿Que me pillaran con él?

Rino no era muy avisado, pero cuando se trataba de salvar el pellejo sabía encontrar las palabras adecuadas. Quien a hierro mata a hierro muere. Justificarse utilizando una promesa que Alex no había cumplido evitaba una posible bala del clan Mosconi en la cabeza.

Alex se sintió débil, le fallaron las piernas y Dorian la sujetó a tiempo.

—Le sacamos de la cárcel para nada —susurró Alex—. No es posible, no es justo.

Mientras intentaba enderezarse, en la calle rugió un motor acompañado de una sirena que Alex reconoció. Se volvió hacia Rino, lívida.

—¡Esa no es la sirena de la poli! ¡Es una ambulancia! ¿Por qué ha venido una ambulancia?

Dorian intentó frenarla, en vano. Nadie podía detener a Alex cuando decidía hacer algo. Y menos

aún si se trataba de su hermano pequeño. Entreabrió la puerta del portal y fijó la mirada en una cafetería que hacía esquina, desde la que se podía ver el edificio donde tenían su escondite.

—Es peligroso —se atrevió a decir Rinoceronte.

A cincuenta metros de la entrada del edificio, Alex y los dos hombres se sentaron a una mesa cerca de la cristalera, algo separada de los pocos parroquianos que había en la cafetería, lo que les permitiría disimular si la policía se acercara a husmear por allí.

—¿Qué quieren tomar?

Ninguno prestó atención al camarero, que repitió la pregunta.

—Tres cafés —respondió Dorian.

—Hay que ver la que tiene montada la policía, ¿verdad? —comentó el camarero—. Es raro verlos actuar en directo. Me pregunto a por quién van. Tal vez se trate de terroristas.

Una ambulancia, coches sin distintivos, coches patrulla y policías por todas partes, de paisano y de uniforme, bloqueando la calle en ambos sentidos. Los técnicos de la escena del crimen entraron y subieron las cuatro plantas, con el maletín de identificación forense en la mano.

En medio de ese hervidero de actividad, dejaron pasar a un coche negro. De él bajó el comisario Abassian, de la Unidad de Asuntos Internos de la Policía. Con un abrigo largo de color oscuro y el pelo tan negro como el de un cuervo, entró y se unió al equipo policial en el loft. Coste, separado de los demás, estaba frente a un hombre con bata blanca que procedía a tomarle una muestra de la piel de la muñeca. Abassian se acercó cuando el técnico guardaba el bastoncillo^[11] en un tubo hermético.

—Buenos días, capitán.

—No diría yo tanto, pero buenos días, comisario.

—¿Ha respetado el procedimiento? —continuó el comisario sin perder tiempo.

—Sí, mi arma ya está en una bolsa sellada.

—Perfecto.

—Y la Científica acaba de proceder a la toma de muestras.

—Bien. Falta por demostrar la legítima defensa —concluyó Abassian.

Luego se volvió hacia el cuerpo inerte en el centro de la habitación, que atraía toda la atención del fotógrafo de la policía.

—Aunque, con un atacante que aún tiene el arma en la mano, eso debería ir rápido.

—¿Y ahora, comisario?

—Son las diez, permanecerá bajo custodia el tiempo que dure su interrogatorio y el análisis de sangre.^[12] Que su equipo se mantenga a nuestra disposición.

Coste se volvió hacia los suyos y luego siguió a Abassian. Una vez fuera, se metió en su coche y, al mismo tiempo que este abandonaba el lugar, dos enfermeros sacaban del edificio una camilla para subirla a la ambulancia. En la camilla, una bolsa de color negro mate, cuya cremallera estaba cerrada del todo, no dejaba lugar a dudas del estado de la víctima.

Cuando Alex vio la funda mortuoria, se levantó de un salto y tiró dos de los tres cafés, lo que hizo que algunos clientes se volvieran. Rino fue quien se decidió a actuar, sujetándola del brazo y sentándola por la fuerza.

—¿Qué quieres hacer, Alex? ¿Disparar a diestro y siniestro? Son demasiados, no tienes bastantes balas. ¿Piensas rematarlos con esos puñitos?

Cargaron la camilla en la ambulancia y a Alex le sobrevino una violenta náusea. Dorian la acompañó al servicio, dejando a Rinoceronte solo en una mesa inundada de café.

Levantó la cabeza delante del inodoro y dejó que Dorian le limpiase la cara, como una niña, encima del lavabo. Rompió a llorar allí mismo, en un váter asqueroso, rodeada de mensajes groseros y con un nauseabundo olor a pis.

—Sácame de aquí, te lo suplico.

De vuelta en comisaría, Ronan, Sam y Johanna se sintieron huérfanos. Habían asistido a cursos de gestión del estrés, sabían que utilizar el arma formaba parte de su trabajo, aunque rezasen para que eso no les ocurriera jamás y, sin embargo, ninguno de ellos conseguía afrontar esa realidad.

Estar autorizado a matar cuando se trata de legítima defensa no minimiza el impacto que supone quitar una vida o ser testigo de ello. Todos estaban afectados, descolocados; ninguno había hablado aún. En sus cabezas se repetían las detonaciones, el ruido del cuerpo desplomándose, la sangre derramándose. Johanna se levantó, cerró la puerta de la oficina y, por fin, se permitió desmoronarse.

—Yo fui quien disparó... No entiendo nada. ¡Yo disparé! Nunca debí permitirle hacer eso. Está claro que fue en legítima defensa, ¿no? ¿Por qué se acusó en mi lugar?

—¿No te haces una ligera idea? —respondió Sam con indulgencia. Johanna lo miró, paralizada, y él le explicó—: Nunzio Mosconi está en prisión. Esa gente se lo juega todo asaltando el juzgado para sacarlo y dejan claro que no tienen miedo a nada. Por motivos que aún ignoro, se cargan a Doucey, en un alarde de que matar entra dentro de sus planes. Y las advertencias de Rivière: «Los Mosconi ajustan cuentas con plomo o gasolina». ¿Recuerdas lo que le ocurrió al confidente de la policía judicial de Ajaccio? Su hijo de cinco años murió carbonizado en su casa. A eso te arriesgabas tú.

Johanna sacudió la cabeza y se volvió hacia Ronan.

—No, no es por eso, ¿verdad?

Ronan bajó la mirada, incómodo, pero no lo negó.

—Parece típico de Coste.

En ese momento, el comandante Ventura irrumpió en la oficina, que consideraba como suya, sin molestarse en llamar a la puerta.

—¿Están ustedes bien? —empezó diciendo. Y como nadie se tomó la molestia de responderle, continuó—: Ningún compañero herido, eso es lo fundamental.

—Sigo pensando que con vigilancia previa habríamos podido coger al grueso de la banda. E incluso evitar un cadáver.

—Nada de sentimentalismo, teniente Scaglia, si no tendrá que cambiar de oficio. Como

contrapartida, ordenen el procedimiento y entréguenselo al grupo de Jevric.

—Me da la sensación de que nos echan de nuestra propia fiesta —masculló Ronan.

—No pueden continuar con esta investigación hasta que hayan prestado declaración ante Asuntos Internos. A Coste le llevará buena parte de la noche; ustedes están citados a las ocho y media mañana por la mañana. Declararán simultáneamente. Y volviendo a su comentario, esta investigación es decepcionante porque su superior la ha alargado demasiado. Para ser un policía eficaz, hay que jugar siguiendo las reglas de los cabrones a los que perseguimos.

Ronan apretó los puños. Sam se incorporó en el sofá.

—No vaya por ahí. No es el momento. Andamos todos con los nervios a flor de piel.

Ventura ignoró la advertencia.

—Si un policía no tiene los huevos de mancharse las manos por su trabajo, nadie me impedirá decirlo, y si Coste...

El gancho de Ronan aplastó el labio de Ventura, que perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse a la pared.

—Se lo advertí, comandante —le desafió Sam—. Tenemos los nervios a flor de piel.

Ronan seguía frente a Ventura, con el pecho abombado, la cara hacia delante y el puño aún apretado, dispuesto a volver a utilizarlo si hacía falta. Ventura, con la rabia en los ojos y la cara deformada por la ira, lo amenazó mientras se sujetaba un lado de la cara, como un niño al que le han dado una bofetada injustamente.

—¡Scaglia, acabas de cargarte tu carrera! Te lo voy hacer pagar hasta el día de tu jubilación.

Entonces le tocó a Johanna acercarse a él, en una oficina en la que Ventura se sentía cada vez menos seguro.

—Tú no vas a hacer absolutamente nada. Vas a limpiarte y a olvidar todo esto, del mismo modo que yo olvidaré tu sesión de viciosa tortura en los calabozos con una familia inocente y una cría menor de edad. Ahora déjanos, por favor.

Hotel de Banville, distrito XVII, París

23.00 h

El recepcionista reconoció a Alex, y los recuerdos de aquella noche agitada le hicieron adoptar una actitud distante. Dorian se presentó e intentó ganárselo.

—Ya sé que hace unos días pudimos parecerle un poco excéntricos —comentó, al tiempo que deslizaba por el mostrador un billete doblado de quinientos euros.

El recepcionista aceptó el billete de Dorian, lo hizo desaparecer en su bolsillo discretamente y recuperó todo su sentido de la hospitalidad.

—Si la excentricidad no cabe en los hoteles de cuatro estrellas... ¿Cuántas habitaciones?

—Dos. Contiguas. En la primera planta. Y comunicadas.

Salieron del ascensor y se detuvieron delante de las habitaciones 7 y 8. Rino abrió la primera y Dorian se disponía a seguir a Alex cuando ella lo rechazó con un gesto firme.

—Voy a llamar por teléfono a mi padre. Prefiero estar sola; no te enfades.

Durante el trayecto en taxi, Alex no había abierto la boca. Estaba encerrada en sí misma pero sorprendentemente tranquila, como si otro sentimiento hubiera sustituido a su profunda tristeza. Otro más fuerte. Dorian no se atrevió a oponerse y siguió a Rino.

Ya en la habitación, cerró la puerta tras ella y se sentó en el borde de la cama. Aunque no se encontraba en la suite que había ocupado Nano, Alex reconoció la decoración, idéntica, y se le revolvió el estómago. Sacó del bolsillo de la chaqueta el sobre que contenía los pasaportes y buscó el de su hermano. Lo abrió y miró su foto, la cara sonriente e inocente, como cuando de niños tenían la playa como terreno de juego. Solo habían hecho falta setenta y dos horas para que perdiera el control de la situación. Únicamente quedaba salvar lo que se pudiera. Consultó el buscador del móvil y marcó el número que le indicaba.

—Aeropuerto de Bourget, compañía Prime Flight, buenas noches —le respondió una voz femenina, suave como el terciopelo.

—Señora Carat. Llamo para un cambio de reserva.

El tiempo de consultar el ordenador y la azafata volvió con ella.

—Carat. Tres plazas para el vuelo de mañana sábado a la una.

—Solo serán dos personas. Y necesito una plaza para un vuelo posterior con billete abierto. El mismo destino.

Con la logística resuelta, llamó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

En la habitación contigua, Rino le hacía a Dorian un resumen recapitulativo bastante edificante:

—Esto empieza a ser demasiado. Nano muerto, Doucey muerto, Franck detenido... ¿No será que tu chavala atrae los follones?

Dorian se volvió hacia él, amenazante.

—Es curioso que no te enteres de cuándo tienes que cerrar el pico.

Dos golpes en la puerta y Dorian se levantó.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, preocupado.

—Mal —respondió Alex—. He recibido nuevas instrucciones.

—¿Nos quedamos?

—No, me quedo. Vosotros despegáis mañana, como estaba previsto. Yo tengo que supervisar a Tiretto, que se ocupará de la repatriación del cuerpo de Nano.

—¿Y qué más da que estés aquí o en Córcega? —objetó Dorian.

—¿De verdad? ¿No lo entiendes? —respondió Alex en un tono seco—. ¿Te imaginas volver a la isla sin mi hermano? Piensa en la vergüenza de dejarlo atrás. ¿Me ves frente al clan diciéndoles que llegará pronto, que lo he abandonado?

—Pues yo me quedo.

—Dorian, estás empezando a joderme. Si los polis nos han seguido la pista hasta el loft es porque nos han identificado. Por lo tanto, buscan a tres personas. Mejor será que nos separemos. Y prefiero resolver los asuntos de familia con la familia.

Dorian recibió un golpe en el corazón. Una familia, él pensaba construir una con Alex. Verse excluido le afectó más de lo que hubiera pensado. Rino, por su parte, seguía con la idea de que ella atraía los follones y estaba encantado de largarse. Sin embargo, Alex reclamó su atención.

—Mañana por la mañana voy a necesitarte. Tenemos que solucionar un último asunto.

Se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón vaquero y le quitó la funda protectora; debajo había una llave fina de una consigna de estación. El único medio de presionar a Tiretto; nunca se había separado de ella. El cara cortada la reconoció.

—¿Las pruebas? ¿Quieres que las lleve al despacho del abogado?

—No. Por ahora, mantengamos las distancias... Han encontrado nuestro escondite y sé que Franck no ha hablado. Los únicos que sabían dónde estaba eran mi padre y Tiretto.

—Pues que le den por culo a él y a las pruebas.

—No podemos. Esas pruebas son importantes para otras personas y no es el momento de echarnos más enemigos a la espalda. En cualquier caso, todavía necesito al abogado.

Lara Jevric se había pasado casi toda la noche leyendo los miles de folios del procedimiento del caso Mosconi cuando, a las nueve en punto, apareció Tiretto en el umbral de su despacho.

—El comandante Ventura acaba de informarme de que se hace usted cargo de la investigación.

—Investigación de la que no hablaré con usted. ¿Quiere ver a Franck Mosconi?

—No. Vengo por Nunzio.

Jevric levantó una ceja, molesta por tener que informarle de la mala noticia.

—Puede resultar complicado. Murió anoche.

—Lo sé. Pero hasta los muertos tienen derecho a un abogado. La familia piensa denunciar por daños y perjuicios y, mientras tanto, me han encargado que me ocupe de la repatriación. Bueno, en cuanto terminen la autopsia. Este es el motivo de mi visita.

—La forense la tiene programada para hoy. Yo me pondré en contacto con usted. Ahora, si hace el favor de largarse de aquí me daría una alegría.

No obstante, Tiretto no se movió.

—Salude al capitán Coste de mi parte. Supongo que, incluso para un profesional, hacer uso de su arma es desconcertante.

—No me venga con sutilezas, no obtendrá ninguna información de mí.

—El procedimiento cambia de manos y me entero de que Coste acaba de dejar la custodia preventiva de la Unidad de Asuntos Internos. La deducción es bastante simple. Estaré en mi despacho toda la mañana, por si necesita ponerse en contacto conmigo.

* * *

Coste salió de la ducha con una toalla en los hombros. Su cuerpo agradeció el agua caliente después de una noche en la que había repetido hasta el infinito la misma historia delante del comisario Abassian, hasta la salida del sol.

Se puso una camiseta limpia, un pantalón vaquero y se dirigió a la cocina, donde metió una cápsula

en la cafetera. Cuarto día sin dormir, el cerebro empezaba a resentirse, vio un gato negro sentado en el borde del fregadero. Parpadeó varias veces y luego se dio cuenta de que solo era una sombra proyectada. Descansar unas cuantas horas se hacía absolutamente necesario, pero acababa de recibir un SMS de Ronan informándole de que habían terminado de declarar en Asuntos Internos y que iban todos a su casa. Un SMS que debió de mandar de camino, porque en ese instante sonó el telefonillo.

Estaban reunidos en el salón y Johanna rompió el hielo.

—Me odio por haberlo aceptado.

—Tú no has aceptado nada. En realidad, no te he dejado otra alternativa.

—Sam dice que es porque temes las consecuencias.

—Johanna, tienes familia. Seguro que no ocurrirá nada, pero no quiero correr ningún riesgo.

Sam se acercó a Coste, un poco avergonzado.

—No sirve de nada decirlo ahora, pero creo que si yo hubiera tenido tu presencia de ánimo habría hecho lo mismo.

—Somos policías —siguió Ronan—, hemos firmado para meternos en la mierda. Pero ni Karl, ni Malo ni Chloé tienen por qué verse implicados.

Johanna, conmovida y a la vez furiosa al ver que la protegían de ese modo, se debatía entre decir «gracias» o «mierda».

—¿Sabes? —continuó Coste—, matar es lo peor que puede pasarle a un policía. No te hablo de la culpabilidad ni de las consecuencias psicológicas, te hablo de la larga pelea judicial que viene a continuación. Son casos que tardan años en juzgarse. Llevas una marca indeleble, una mancha en tu expediente que nunca se borrará. La administración te abandona a tu suerte y muchos policías caen en depresión. Alguno ha llegado a suicidarse.

—Ah, ¿y tú eres inmune? —se burló Ronan.

Coste no respondió y Johanna se hundió más en el sofá, molesta.

—Coste no es inmune —precisó—, lo que pasa es que ya no tiene nada que perder. ¿Me equivoco?

Sam y Ronan se volvieron hacia ella, intrigados.

—¿De qué hablas?

—Victor dimite —soltó Johanna finalmente.

El silencio invadió aquel salón, donde nadie quería creerse esa noticia.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Coste.

—Por Léa. Te recuerdo que fui yo quien la consoló cuando la dejaste plantada. Se pasó noches enteras en mi casa, con nosotros, como si nuestra presencia la acercara más a ti. Desde entonces, nos vemos a menudo y hablamos. De todo, y de eso también.

—¿Y cuándo pensabas contárnoslo? —dijo Sam, dolido.

—Cuando lo hubiera aceptado yo mismo. ¿Creéis que es una decisión fácil?

—Sabía que el caso de David Sebag te había afectado, pero pensaba que te repondrías —confesó Ronan.

—Llevo quince años reponiéndome después de cada investigación, de cada muerte, de cada víctima, de cada asesinato. Necesito parar. Por eso, cargar con la muerte de Nunzio Mosconi me pareció una buena despedida. Lo último que podía hacer por el grupo. Tu grupo, Ronan.

Oyeron el ruido de una llave en la cerradura. La puerta volvió a cerrarse y Léa apareció en el salón. Pese a que todo el equipo estaba allí, la forense, con el abrigo aún sobre los hombros, se centró en Coste.

—Acabo de terminar la autopsia de Nunzio Mosconi. El teniente que envió Jevric me dijo que fuiste tú quien disparó. ¿Por eso no he podido dar contigo en toda la noche? Podrías haberme llamado, ¿no?

Sam y Ronan bajaron los ojos y Johanna evitó su mirada. Léa comprendió que acababa de interrumpir una reunión a la que no estaba invitada, pero eso, lejos de cohibirla, multiplicó su curiosidad y su nerviosismo.

—Sé cuándo estáis hasta arriba de mierda porque ponéis cara de imbéciles. ¿Qué ha pasado?

Por un momento, el malestar se interpuso entre ellos como un velo.

—Soy yo —susurró Johanna.

La forense se volvió hacia ella con una expresión en la cara que hizo que la policía se explicara con una frase más larga.

—Léa, fui yo quien disparó.

La secretaria de Tiretto nunca lo había visto tan nervioso. El abogado le había pedido que anulara las dos últimas citas de la mañana y que luego se fuera a comer, antes de la hora, y que regresara más tarde. Quizá fuera la presencia de aquel hombre en su despacho desde hacía media hora. Un hombre que le recordó a los que se ven en el circo rompiendo cadenas de acero y doblando barrotes de hierro. Recogió sus cosas y dejó a su jefe que interpretara el papel de maestro de ceremonias.

—¿A qué hora tiene que llamar?

—A las diez. Suele ser puntual.

—Le queda un minuto para hacer honor a su fama.

—No era necesario que viniera usted hasta aquí. Yo le habría enviado la prueba en cuanto hubiera estado en mi poder. ¿El señor Darcy ya no se fía?

—El señor Darcy no se fía nunca —respondió Boyan—. Y yo tampoco. Mi mejor amigo me disparó por la espalda en la región de las minas de oro de Tibesti, en el Chad, solo porque quería quedarse un lingote de oro. Así que la confianza, créame...

Como no se producía la llamada, Tiretto intentó alimentar la conversación para evitar un incómodo silencio.

—En vista de que lo tengo aquí delante, imagino que detuvieron a su amigo.

—No. Me lo cargué a doscientos diez metros de distancia, con un fusil con mira telescópica. Nunca supo quién apretó el gatillo. Esa idea me gusta.

El abogado se dio cuenta de que, a veces, el silencio es preferible a la curiosidad. En ese momento, el tono de su móvil seguro lo salvó de aquel cara a cara. Al otro lado de la línea, otro personaje, igual de intimidante, ni siquiera le permitió responder con un saludo.

—¿Tus amigos siguen queriendo las pruebas?

—Buenos días, Alexandra. Sí, incluso están impacientes, si me permite decirlo.

—Pues no les saldrá gratis.

Tiretto sonrió a Boyan como dando a entender que manejaba la situación, pero le delató una fina

película de sudor encima del labio superior. El serbio, al darse cuenta de su nerviosismo, se incorporó por encima de la mesa, le dio al manos libres y volvió a sentarse, provocando que la silla chirriara bajo su peso.

—¿De cuánto estamos hablando?

—No quiero dinero. Se trata de otra cosa. Quiero el nombre del policía que mató a mi hermano.

Boyan levantó una ceja sopesando lo que acababa de escuchar, como si aquella negociación le pareciera lógica, y Tiretto resopló, tranquilo, porque solo tenía que revelar una simple información.

—Coste. Capitán Victor Coste, de la SDPJ 93. Es el jefe del grupo que les está pisando los talones desde principios de esta semana.

—¿Y su dirección particular?

Tiretto vio por dónde iban los planes de su clienta.

—Alex, está yendo demasiado lejos. La venganza no se detiene nunca, solo cambia de bando. Se echará a toda la policía encima y la atraerá hasta mí y mis amigos.

—Te entiendo. Respeto tu decisión. Pero entonces les dirás a tus amigos que depositaré las pruebas en el juzgado por la mañana. Y soy muy amable con ellas, porque les doy unas cuantas horas para lanzar una maleta al Sena contigo dentro.

—Alex, los policías no aparecen en las Páginas Amarillas, sus direcciones figuran en sus expedientes, que se guardan en sus dependencias. Hasta para mí...

Alex le cortó la palabra, furiosa por oír problemas en lugar de soluciones.

—¿Y cómo te las arreglas cuando buscas a un testigo o a un moroso? ¿Lloriqueas porque no están en las Páginas Amarillas? Te creía más listo.

Boyan asintió, socarrón, como si desde el principio Alex y él estuvieran compinchados. Esa mujer le parecía un adversario respetable.

—Te doy dos minutos —concluyó Alex antes de colgar.

Tiretto dejó el móvil y consultó a toda prisa la agenda telefónica.

—Un minuto y cincuenta segundos —le informó Boyan.

—Tengo la impresión de que esto le divierte.

—Mucho. Cuando se manejan bien, las negociaciones son siempre un espectáculo instructivo y agradable.

El abogado detuvo la carrera de su dedo en un nombre. Un año antes, había logrado con un alegato que parecía un truco de magia que absolvieran a un funcionario acusado de fraude. Solo el abogado sabía que era culpable, e incluso negoció para que conservara su trabajo y le indemnizaran por reparación del perjuicio moral. Marcó el número.

—Agencia Tributaria, buenos días —respondió una voz al borde de la depresión.

—Buenos días. Por favor, con el señor Dorin.

Un clic de transmisión de línea y otra voz, no más alegre, le tomó el relevo.

—Paul Dorin, Sección de Contenciosos.

—Soy Tiretto. Necesito una dirección.

—Ya le he dicho que no quería volver a hacer esto —respondió el hombre, incómodo.

—Le duplico la tarifa. Y me guardo lo que sé.

Una pausa para mostrar desaprobación pero, cogido por el pescuezo, Dorin no se lo pensó mucho.

—Le escucho.

—Victor Coste. En el 93.

Unas cuantas teclas aporreadas y el tiempo de una consulta.

—Lo tengo. Coste, Victor. Calle Victor-Hugo 10, 93.500, Pantin. Y, por favor, no vuelva a llamarme.

Solo faltaban diez segundos del plazo establecido y el móvil de Tiretto sonó otra vez.

—¿Estás en una maleta?

—No, tengo lo que quiere. Victor Coste, calle Victor Hugo 10, Pantin, en el departamento 93. ¿Y las pruebas?

—Están en la estación del Norte. Consigna 68.

—¿Y la llave?

—A punto de llegar.

En la calle se oyó el ruido de un cristal roto y luego la alarma del coche del abogado sonó por todo el barrio. Rinoceronte, con la misión cumplida, desapareció por una bocacalle.

Tiretto y Boyan salieron a toda prisa del espacioso vestíbulo del palacete que albergaba el bufete y corrieron hacia el Audi. La ventanilla del copiloto había estallado y en el asiento de cuero, entre los trozos de cristal, había una llave pequeña y fina. Boyan palmeó la espalda del abogado.

—Me da la sensación de que esos se fian de ti lo mismo que nosotros.

—¡Mierda, podían haberla metido en el buzón o debajo del limpiaparabrisas! No tenían por qué destrozarme el coche...

—Ya... No se fian... y tampoco te quieren demasiado.

Tiretto no se dio por enterado y le entregó la llave.

—Vale. Tiene lo que vino a buscar, ya puede tranquilizar al señor Darcy.

Boyan recordó la conversación telefónica.

—Pero esa Alexandra habló de varias pruebas. ¿No quiere recuperarlas?

—No me sirven para nada, solo las robaron para despistar a la policía. De todos modos, uno ha

muerto y el otro no es cliente mío, así que...

Treinta minutos más tarde, Boyan Mladic pisaba el suelo de la estación del Norte, haciendo caso omiso de rateros, vagabundos y usuarios. Ante el nivel de alerta antiterrorista escarlata, el máximo, desde principios de año, los militares con el fusil de asalto le recordaban su pasado, y las patrullas de policías, su presente.

Bajó por la escalera mecánica hasta el sótano, pasó por delante de las hileras de casilleros, metió la llave en la consigna 68 y la giró. Tres sobres de papel kraft lo esperaban allí y, ya tranquilo, cogió el móvil.

—Señor Darcy, estoy enfrente de nuestro problema.

—Y las nubes se dispersaron. Buen trabajo, querido amigo.

—Pero parece ser que también he recogido los problemas de otros.

—Eso no cambia nada. Destruya todo.

—¿Todo? Nosotros no nos inmiscuimos en asuntos que no nos conciernen. ¿No prefiere que deje el resto de las pruebas donde están?

—No sería muy discreto que solo desapareciera nuestro problema. ¿Ha salido todo bien?

—En cierto modo. La joven ladrona es más dura de lo que pensaba.

—¿La ha conocido?

—No. He asistido a una conversación telefónica entre ella y Tiretto. La chica le ha pedido el nombre y la dirección del policía que se cargó a su hermano. No sé qué piensa hacer, ni si llegará hasta el final, pero tiene recursos.

—Parece que le ha cogido cariño.

—Sabe ingeniárselas. Me habría gustado tenerla en nuestro bando.

—Por desgracia, esa mujer está demasiado cerca de Tiretto y, por lo tanto, demasiado cerca de nosotros. Ya no se trata de un triste GPS que podría meterlo tres años en la cárcel. Tiretto planeó un atraco para librarnos de esa prueba, pero, si este asunto sale a la luz, nosotros pasaremos a ser cómplices del abogado. No podemos permitir que la policía la detenga; sabe demasiado.

—Tendría que haberme dejado en Marveil —dijo Boyan, sin la menor ironía.

—Lo habría hecho con cualquier otro —confesó Darcy—. Llevamos días intentando localizar a esa Mosconi. Ahora que ya sabe adónde se dirige, que no se le escape.

Debajo de las seis primeras estatuas de la estación del Norte, Boyan quitó el precinto a los sobres, uno tras otro. Rompió el CD de las escuchas telefónicas sin el menor esfuerzo y lo tiró a una papelera. Luego sopesó el cuchillo de caza, le dio vueltas entre los dedos para comprobar el equilibrio y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Y, por último, bajo la mirada sorprendida de un sintecho metido en su saco de dormir, reventó el GPS con dos golpes contra una de las columnas de la entrada principal y lo tiró a la misma papelera.

Sin saberlo, acababa de pisotear los principios morales dejando para la eternidad a Gabriel «Escalpel» Rezelny como un asesino y absolviendo definitivamente a Yassine Chelli del asesinato de David Sebag.

Sam y Ronan habían vuelto a la oficina para redactar el informe de la intervención. Aunque les hubieran quitado el procedimiento, el Grupo Crimen 1 era el único que podía relatar lo que había ocurrido en el loft durante los cuatro segundos que siguieron al golpe con el ariete en la puerta. Y como no hacía falta ser un lumbreras para escribirlo, a Johanna le dieron permiso para irse a casa, solo el tiempo necesario para despedirse de sus hijos, y Coste se quedó en la suya con Léa, el tiempo necesario para recibir una bronca.

—Pero ¿qué se te pasó por la cabeza?

—Creí que podría protegeros a las dos, a Johanna acusándome del disparo...

—Y a mí dejándome fuera de tu vida.

—No te dejo fuera de nada. Solo te pido que no nos veamos durante uno o dos meses, hasta comprobar cómo reaccionan los Mosconi.

—Estoy hasta las narices de estar después de tu grupo. Es la última vez que acepto tus gilipolleces de gran policía protector.

—Nunca has estado después. Siempre te he considerado un miembro de mi equipo, y lo sabes.

Coste puso una mano en la cintura de Léa. Esta se erizó como un gato y la apartó de un manotazo.

—No me toques, me pones furiosa. Lo que has hecho es muy estúpido y muy bonito. Te has puesto en peligro, pero la cuestión es si hubieras hecho lo mismo por Sam o por Ronan.

—¿Estás insinuando que tengo debilidad por Jo?

—No insinúo nada —masculló Léa—, lo sé. Lo veo.

Coste estalló en carcajadas y, pese a la resistencia de Léa, la rodeó con los brazos hasta que ella cedió.

—Me sacas de quicio, es que me sacas de quicio —susurró la forense.

Coste la besó con dulzura en el cuello.

—Me gustaría que recogieras todas tus cosas y que te marcharas a tu casa. Te pediré un taxi.

—Déjalo, puedo hacerlo yo. Además, no te necesitan. Víctor, pasa el día conmigo.

—Tengo que volver a la oficina para firmar el informe de la muerte de Nunzio Mosconi y el grupo

tiene una sesión informativa para poner al día sobre el caso al equipo de Jevric. Eso nos llevará buena parte del día. Y, de verdad, me gustaría que fuéramos lo más prudentes posible durante las próximas semanas. Eso no cambia lo de las auroras boreales; no creo que los tentáculos de los Mosconi lleguen hasta Canadá. Es más, estoy convencido de que no saldrán de aquí.

—Y después, ¿se acabó?

—Se acabó. Adiós a la policía judicial, al estrés, a los horarios de mierda. Después solo estaremos nosotros, en otra parte.

—¿Coste solo para mí?

—Eso es lo único que deseo.

El capitán cogió el abrigo, se dirigió hacia la puerta y Léa lo sujetó por la cintura. Cuando se disponía a besarlo, Coste vio un conejo negro brincando por el pasillo hasta el cuarto de baño. Léa también se volvió y, evidentemente, no vio nada.

—¿Pasa algo?

—No, convierto las sombras en animalitos.

—¿Cuánto tiempo hace que no has dormido?

—Después de lo de David Sebag, las cosas se complicaron y van a peor. No lo sé, más de cuatro días.

—Noventa y seis horas es el límite. Eso es la pareidolia. El cerebro da vueltas y convierte las sombras borrosas en cosas conocidas.

—O tengo un conejo y un gato viviendo en mi casa.

* * *

Johanna ejercía de madraza, con Chloé enganchada a su pierna derecha, Malo a la izquierda y el teléfono pegado a la oreja.

—Lo siento, hay muchos berridos en casa. ¿Puedes repetir? ¿A qué hora es la reunión informativa?

—A las dos de la tarde, en la sala de reuniones, Crimen 1 y Crimen 2. Aún tienes tiempo de descansar un poco si quieres.

—No sé cómo.

Karl llegó en su auxilio, desenganchó a los dos críos y Johanna se encerró en la cocina.

—¿Le has dicho algo a Karl? —preguntó Sam.

—No, porque se quedaría aquí con los niños. Voy a aprovechar el fin de semana para digerir todo esto. En Normandía correría el peligro de asfixiarme. Me apetece quedarme con vosotros. Hablaré con él más adelante.

Johanna oyó gritos y llantos en la casa y su papel de madre la requirió de nuevo.

—Tengo que dejarte. Hasta ahora.

Karl organizó como pudo el fin de semana y las tres maletas ya se hallaban en la entrada. Los niños estaban de morros y Johanna los consoló durante unos minutos antes de que aceptaran seguir a su padre.

—Me gustaría saber si montarían este numerito si fuera yo el que se escabullese —le reprochó Karl.

Johanna le echó una mano al culo y se pegó a su espalda.

—No me escabullo, tengo un caso entre manos. Y, si te soy sincera, creo que podría llevármelos tres semanas de vacaciones sin que se dieran cuenta de que tú no estabas. Vas a tener que acostumbrarte; tus hijos te odian.

Se besaron apasionadamente, lo bastante para que Chloé y Malo dijeran «qué asco», indignados.

—Niños, ¿olvidáis algo?

—Sí, a ti —refunfuñó Malo.

Johanna miró cómo se alejaba el coche. Se le encogió el corazón y desapareció toda la alegría; se encontraba sola consigo misma. Demasiado sola. Olía a pólvora y a sudor, a ciudad y a coche de policía; decidió darse un baño. Sacó el arma y la dejó en la mesa de la cocina, se quitó el jersey y lo dejó caer en la moqueta del salón, se desató los zapatos y los dejó en la escalera, se quitó el cinturón y, cuando pasó por delante de la habitación de los niños, vio en la mesilla de noche una cajita negra. Era el rastreador de Malo. Lo cogió, se lo metió en el bolsillo y bajó la escalera de dos en dos, con la esperanza de que un último imprevisto hubiera retenido al coche delante de la casa. Pero abrió la puerta ante una calle desierta. Malo se sentiría muy mal por habérselo dejado y se lo imaginó lamentándose e incluso suplicando a Karl que diera media vuelta.

Volvió a cerrar la puerta y siguió desnudándose hasta el cuarto de baño.

Aeropuerto privado de Bourget
Compañía Prime Flight

Las patas de las amplias butacas se hundían en la moqueta morada de la sala VIP de la compañía privada de transporte aéreo. En la pared de la derecha, una enorme pantalla azul informaba a los usuarios de las salidas y llegadas. Toda la parte izquierda estaba acristalada y permitía ver el baile de los jets y las avionetas taxi maniobrando en la pista, despegando o aterrizando. Dorian, cómodo con el lujo, aceptó la copa de champán que le había ofrecido la azafata, mientras que Rinoceronte prefirió jugar al periscopio, escudriñando el lugar, examinando a todos los viajeros que llegaban y volviéndose al menor movimiento.

—Tranquilízate, Michaël, estamos en zona neutral. No puede pasarnos nada.

—No puede pasarnos nada... —repitió Rino—. ¿Sabes que todas las pelis de catástrofes empiezan así?

—Pero mira, ¿esto no es el mundo real! Todas estas personas que ves ahí están dispuestas a desembolsar ocho mil euros por hora para no tener que mezclarse con la gente corriente. ¿Has visto el control de pasaportes?

—¿Cuál? ¿Cuándo?

—Pues eso. Vamos a subir a un avión rumbo a Córcega y nadie ha comprobado quiénes somos. Simplemente porque hemos comprado nuestra tranquilidad. Así viajaban los botines de los atracos y ni una sola vez han incordiado al perista. Considera este lugar como una burbuja mágica. Una burbuja en la que puedes cruzarte con evasores fiscales, terroristas, traficantes de emigrantes, de drogas...

—Y criminales huyendo.

—También.

Esa vez, Rinoceronte no rechazó la copa que le ofrecía una seductora azafata con un traje de color gris ratón y sombrero azul. Y no porque las palabras de Dorian lo hubieran tranquilizado, sino

porque, después de un acelerón que lo pegó al asiento, el tren trasero del avión se había despegado del suelo y las nubes oscuras ya se encontraban debajo de la cabina y no sobre sus cabezas. En cuanto empezara a relajarse, el aparato ya estaría descendiendo hacia Ajaccio. El viaje sería más corto y el champán aún burbujearía en la copa a su llegada.

Léa entró en el cuarto de baño y recogió lo que Coste había llamado «todas sus cosas». Dos camisones, algunos libros, un cepillo de dientes y una crema de día. De paso, le robó una camiseta y un jersey y metió todo en una amplia bolsa de tela que había visto en el armario de la habitación.

Introdujo la dirección en el móvil y la aplicación le respondió que el taxi tardaría en llegar al portal entre cinco y siete minutos. Al minuto seis, un SMS le confirmó que el coche ya había llegado. Léa cogió el bolso, cruzó el salón, abrió la puerta y se encontró con el cañón de una pistola apuntándole a la frente.

—Si gritas, estás muerta. Date la vuelta.

Léa lo hizo. Alex le pasó el brazo izquierdo por la garganta y con la otra le puso el arma en la sien.

—Si estás aquí sola, asiente con la cabeza.

Léa, aterrorizada, obedeció y asintió.

—¿Y tú quién eres? ¿Su mujer, su hermana, la chacha?

Alex, sin dejar de apuntar a Léa con el arma, la arrastró mientras comprobaba las habitaciones una por una, aplastándole la tráquea hasta la asfixia, y luego la empujó al centro del salón.

—Te he hecho una pregunta. ¿Quién eres?

—Su... mujer —consiguió responder, al tiempo que recobraba el aliento.

—Perfecto. Me vienes muy bien. Llámalo y dile que venga. Si cambias la voz, si intentas cualquier cosa, será vuestra última conversación.

Léa no se movió. No lo necesitaba para hacer las presentaciones.

—¿Usted es Alexandra Mosconi? —se atrevió a decir.

Alex le asestó tal golpe con el cañón de la pistola en la frente que la hizo caer al suelo. La herida empezó a sangrar abundantemente y un hilillo rojo pasó por la ceja, rodeó el ojo y recorrió la mejilla hasta los labios. Léa probó su propia sangre.

—Con cada pregunta que me hagas, con cada segundo que me hagas perder, estropearé un poco más tu bonita jeta. ¿Lo pillas? Así que si te digo que llames a Coste, lo haces.

Léa se secó la cara con el revés de la manga. Inspiró profundamente, pensó en las auroras boreales, en Victor, y luego sumergió sus ojos en los de Alex.

—No.

Alex no esperaba esa reacción.

Léa nunca pensó que tuviese tanto coraje.

Alex recordó entonces las lecciones de Rinoceronte y decidió ser más convincente. La primera patada que le soltó a Léa con todas sus fuerzas en el estómago le cortó la respiración, la segunda y la tercera la hicieron doblarse sobre sí misma. Alex se colocó al lado del tobillo izquierdo de Léa y lo aplastó con un golpe seco del talón, y sonó como a biscotes rotos. Léa aulló de dolor. Luego Alex se arrodilló a su lado.

—¿Sabes qué me ha hecho?

—Solo se defendió —articuló Léa con dificultad, intentando apartar el sufrimiento y concentrándose en no desmayarse.

La culata de la pistola aterrizó de lleno entre el pómulo y el ojo, que en menos de cinco segundos empezó a hincharse y a cerrarse.

—Respuesta incorrecta. De todos modos, he cambiado de opinión con respecto a la llamada. Pareces lo bastante enamorada como para gritar que no estás sola. No me arriesgaré. No importa, lo esperaremos.

Alex cogió uno de los sillones de la habitación, lo arrastró hasta la entrada y se instaló allí, cómodamente, justo delante de la puerta, con el arma en las rodillas. Coste abriría la puerta, Alex le daría tiempo para que se asustase, diría el nombre de su hermano pequeño y dispararía.

En el salón, Léa emitía un ruido ronco y silbante con cada respiración. La forense se trasladó mentalmente a la mesa del depósito de cadáveres e hizo su propia autopsia. Tobillo fracturado. Herida en el cuero cabelludo. Aplastamiento de la tráquea. Una costilla rota, quizá dos. Pronóstico vital no comprometido, a menos que el silbido al respirar no se debiera al estrangulamiento sino a un neumotórax; en ese caso, *grosso modo*, le quedarían unos cuarenta minutos antes de que las cosas se complicaran de mala manera.

—Lo esperaremos y tú lo presenciarás todo. Tienes el mejor sitio.

Ventura había tenido la buena idea de dejar en paz al Grupo Crimen 1 y había dirigido toda su atención y su mal carácter hacia el equipo de Jevric, de modo que Coste pudo leer el informe de la intervención y corregir algunas erratas y descuidos aquí y allá.

En el sofá rojo de la oficina, a Ronan cada vez le costaba más no cerrar los ojos y miraba cómo Sam descolgaba, poco a poco, las fotos y las notas del tablero blanco, como si contara un cuento al revés. El caso pasaba a otras manos y no había más que decir. Solo obedecer.

El teléfono de Coste, junto a una montaña de procedimientos en espera, vibró, apareció el nombre de Léa y descolgó sin saber muy bien si tendría que volver a explicarse o disculparse por sus decisiones. En contra de lo esperado, una voz masculina y autoritaria se dejó oír.

—¿Coste?

Un «capitán» o un «señor» lo habrían tranquilizado.

—Sí. ¿Quién es usted? ¿Qué hace con ese móvil?

Sam y Ronan se volvieron hacia él; tenían el oído acostumbrado a identificar los tonos de voz, como duda, impaciencia... o angustia.

—Lo siento, señor. Soy el teniente Guillaume, brigada de emergencias. ¿Conoce a la propietaria de este teléfono? Su número es el último que ha marcado. Sus vecinos oyeron ruido y...

* * *

Ronan solo necesitó unos cuantos minutos y algunos retrovisores destrozados por el camino para aparcar, con el freno de mano, delante del edificio de Coste, que ya lo bloqueaban un coche patrulla y la ambulancia.

Coste dejó atrás el ascensor y subió las tres plantas dando zancadas, seguido de cerca por sus hombres. Al fondo del pasillo, la puerta de su casa abierta, un policía de uniforme con un bloc de notas en la mano y tres paramédicos alrededor de una camilla. El decorado habitual de cualquiera de

sus intervenciones cuando se trataba de un asesinato o una agresión. Con la diferencia de que, ese día, ocurría en su casa.

El policía se apartó y Coste vio a Léa, tumbada de lado, con una mascarilla de oxígeno en la boca.

—Está estable pero hay que trasladarla a urgencias —le informó un paramédico, al que Coste ni siquiera miró—. Insuficiencia respiratoria, pierde el conocimiento cada diez segundos. Probablemente una costilla haya perforado el pulmón derecho. ¿Quiere acompañarnos?

Coste se sentó en el suelo y agarró la mano de Léa, que abrió los ojos. La mirada que le dirigió era indefinible y su voz casi inaudible.

—Lo siento mucho —susurró Léa, apenas consciente, con la mascarilla llenándose de vaho.

—¿Qué sientes? Soy yo el que la ha jodido.

Léa volvió a perder el conocimiento y Coste le apretó la mano más fuerte, mientras los de emergencias lo apartaban con cuidado para levantarla.

Un poco brusco, Ronan agarró a Coste por la espalda y lo condujo al salón.

—Perdona, Victor, pero tienes que aterrizar. Ya sé que no es buen momento, pero hay algo que va mal. Por Dios, ¿no te das cuenta?

Coste no podía apartar la atención del equipo de emergencias y de Léa, pero hizo un esfuerzo para volver a ser policía.

—¿De qué estás hablando? Mosconi me encontró antes de lo previsto y yo he permitido que Léa...

—¡Para, joder! —le cortó Ronan—. Si la que vino fue ella, ¿por qué dejó a Léa con vida? ¿Por qué Mosconi no se quedó a esperarte? ¿Vas entendiendo?

El móvil de Sam vibró en su bolsillo y cuando vio el icono del rastreador dio un brinco. Sam lo rozó y apareció un plano del 93 que se redujo a un barrio y luego a una calle. Sam, pálido, se acercó al equipo.

—El rastreador de Malo se ha activado. Y no está en Normandía. Está en casa de Johanna.

En el cerebro de Coste todo encajó como un puñetazo. Léa había hecho todo para protegerlo. Todo, incluso desviar el peligro. Incluso decir la verdad. Coste se volvió hacia la camilla. Léa había recuperado el conocimiento y por fin comprendió esa mirada indefinible: una mezcla de vergüenza y culpabilidad.

—Lo siento —repitió Léa, con los ojos llenos de lágrimas.

Furioso y alarmado a la vez, Coste no controló la fuerza de su voz y gritó sobre ella. Con las manos temblorosas aferradas a la camilla, casi la zarandeó.

—¿Qué has hecho? ¡Léa! ¿No lo habrás hecho? ¡Dime que no, joder!

Desconcertado por su actitud, un paramédico se interpuso, lo apartó sin miramientos y lo empujó

contra la pared. Sam le dijo que se encargaba él, sujetó a Coste del brazo y lo llevó al exterior del apartamento, mientras la radio de Ronan daba instrucciones a la central.

—Alerta. Compañero en peligro. Todos los vehículos disponibles al domicilio de la teniente De Ritter, número 5 de la calle Renaissance, municipio de Pré-Saint-Gervais. Compañero en peligro. Repito, alerta...

Durante los cuatro kilómetros que separaban el domicilio de Coste del de Johanna, Ronan no había levantado el pie del acelerador. Sirena, girofaro, los semáforos en rojo fulminados, bocinazos y chirridos de neumáticos; el estruendo exterior reflejaba exactamente el estado de tensión interna de los tres policías. La radio no paraba y, tras la alerta de compañero en peligro, hasta la voz del operador parecía ansiosa.

—Central a policía judicial. Una BAC y dos patrullas van hacia ustedes y les alcanzarán en pocos minutos. Otros refuerzos en camino. ¿Cuál es su posición?

Ninguno respondió. Detrás, Sam marcaba por cuarta vez el número de Johanna, mientras Víctor y Ronan miraban hacia delante, con la cara seria y el cerebro invadido por el odio y la ansiedad. No les llegaba ningún sonido nítido, como si estuvieran dentro de una burbuja de ruidos apagados o con la cabeza aplastada dentro de un torno.

Cuando llegaron, Ronan subió el coche a la acera, rodó sobre el trocito de hierba de delante de la casa y frenó bruscamente, hundiendo los neumáticos en el césped. Los tres salieron con el arma en la mano apuntando al frente, dispuestos a acribillar.

Coste no pudo dejar de gritar el nombre de Johanna mientras se acercaba a la entrada. En las escalerillas, comprobó que la puerta estaba abierta. La empujó con la punta del pie e introdujo el cañón de la pistola.

* * *

Alex había tocado el timbre. Johanna la abrió y retrocedió bajo la amenaza. Jo había dejado su arma reglamentaria en la mesa de la cocina, demasiado lejos. Entonces, obedeciendo la orden, se sentó, sin demasiadas esperanzas, porque sabía lo que venía a continuación. Pese a todo, Jo apretó discretamente el botón del rastreador de Malo, que aún llevaba en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. Quizá los chicos llegasen a tiempo...

Alex la había mirado sin inquietud. No le soltó una perorata ni le explicó el porqué de su

venganza. Como último recurso, Johanna intentó el todo por el todo, con unas lágrimas incontrollables que le goteaban hasta la boca.

—Tengo dos hijos. Se llaman Malo y Chloé.

Y como Alex no podía seguir escuchándola, puso fin a todo aquello.

* * *

Sam, lívido, estaba sentado en el césped con el arma aún en la mano y la cabeza entre las rodillas. Solo pudo estar unos segundos dentro. Ronan salió del chalé tambaleándose, estuvo a punto de caerse y se apoyó en la pared.

Coste estaba sentado con las manos apoyadas en la mesa del salón. Delante de él, Johanna, con los ojos cerrados, la barbilla sobre el pecho y un agujero de color carmín en el corazón que había inundado de sangre la camiseta. Allí se quedó, mirándola.

Johanna, la tabla de salvación de aquellos tres policías un poco perdidos, cada uno a su manera.

Como música de fondo, los coches de policía cada vez más numerosos aparcaban alrededor del chalé. Y al ver a Sam y a Ronan, aturridos, sentados en el suelo como si se hubieran caído, nadie se atrevía a poner un pie en la hierba. Las sirenas se apagaron una tras otra, dejando solo a los girofaros girar silenciosamente.

En el interior, el móvil de Johanna vibró y el nombre de Karl apareció en la pantalla. Coste lo cogió, pero no tuvo fuerzas para responder y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Buscó dentro de él la ira, buscó la pena, pero no sintió nada, como si dejara de lado todo aquello. Buscó en vano los sentimientos adecuados y solo encontró resignación y voluntad. Sabía que el horror llegaría como un bumerán cuando todo hubiera terminado. Pero no todo había terminado.

Se levantó, se dirigió a la cocina, cogió el arma de Johanna y sacó el cargador para comprobar que estaba lleno. Pasó junto al cuerpo inerte y no pudo dejar de besarlo cariñosamente, por última vez.

Cuando salió del chalé, Sam y Ronan lo vieron encaminarse hacia los policías que esperaban respetuosamente, incapaces de saber cómo reaccionar ante esa situación. Coste se dirigió al primero.

—Llame a la SDPJ y pregunte por el comandante Rivière o la capitana Jevric. La víctima se llama De Ritter. Johanna. Es de los nuestros.

Los quince policías se apartaron para dejar pasar al Grupo Crimen 1. Coste llegó al coche y se

sentó delante, con la puerta abierta. Sam y Ronan se quedaron fuera, destrozados.

—Cuando tenga a esa puta entre las manos... —empezó Ronan.

Luego lo humano se mezcló con lo profesional, se acordó de Karl y los críos y se preguntó quién lo llamaría por teléfono.

—Esa mujer no puede escapar —añadió Sam—. Su cara está por todas partes, la pillarán en cualquier control. Se quedará en París o en el 93, cometerá un error y, en ese momento, ahí estaremos. —Luego, sin transición, lo invadió la realidad—. Joder, los críos y Karl... ¿Quién se lo dirá?

Coste había cerrado el compartimento de la emoción y solo se dejaba guiar por una fría rabia.

—Salvo que haga como los diamantes.

Sam y Ronan habían perdido el hilo y Coste se volvió más claro, casi robótico.

—Según Rivière, la banda Mosconi usaba el aeropuerto de Bouget para colar las joyas de los atracos, porque ahí casi no hay controles. Pasar inadvertida, eso es lo que busca. Si yo fuera ella, me iría para allá corriendo.

Con esta deducción, Coste ofrecía una salida para aquella pesadilla. Una misión, una escapatoria.

—Si yo fuera ella —añadió Ronan al tiempo que subía al coche—, me detendría en el arcén y me pegaría un balazo en la cabeza.

Cerraron las portezuelas del coche con un golpe enérgico y Coste arrancó.

—Vuelve a poner la sirena y las luces, iremos más rápido.

—¿Y qué hacemos si la encontramos? —preguntó Sam.

—Sabes muy bien lo que debemos hacer, de manera que, si alguien quiere bajarse, este es el momento.

El motor rugió y los neumáticos derraparon en un brusco giro.

Por la autovía, a tumba abierta, Coste adelantaba a los otros vehículos como si estuvieran parados. El móvil de Johanna vibró en su bolsillo. Coste apretó los dientes y aceleró.

Aeropuerto privado de Bourget
Compañía Prime Flight

Durante el trayecto, Sam se había puesto en contacto con la policía de fronteras y su interlocutor le había informado de que de las once compañías privadas de transporte aéreo de Bourget solo una tenía programado un vuelo a Córcega ese día. Para ser exactos, estaba previsto que el avión despegara en menos de una hora.

En el mostrador de información de la compañía Prime Flight, Coste enseñó su credencial y Sam su tablet, en la que se veía una foto de Alexandra Mosconi. El rostro hostil de los tres policías empujó al recepcionista a responder con rapidez.

—Efectivamente. Está en la sala de espera. Llegó hace media hora.

—¿Cuántas personas hay con ella?

—Tenemos tres vuelos previstos. El primero a Córcega con un pasajero. Los otros dos a Londres con seis pasajeros. Eso hace siete personas en la sala de espera.

—¿Puede comunicar un aviso por megafonía?

Y, como en realidad no se trataba de una pregunta, el recepcionista obedeció.

Alexandra se había deshecho de su arma deslizándola debajo del asiento del taxi que la llevó al aeropuerto. Ahora se sentía vulnerable, y la intensa dosis de estrés a la que había estado sometida le provocaba nudos en el abdomen, como si dos potentes manos le apretaran las entrañas hasta aplastarlas. Un dolor somático, punzante y vivo. Se acarició el vientre y se excusó muy bajito por lo que había hecho sufrir a su huésped. Su voz fue tapada por otra que flotó en la sala a través de los altavoces colgados en la pared.

—Un problema técnico nos obliga a retrasar los vuelos con destino a Londres. Se ruega a los pasajeros afectados que se dirijan al mostrador para recibir información sobre los nuevos horarios.

Un padre refunfuñó mientras recogía el abrigo de sus dos hijos y les vociferaba corriendo tras ellos, por entre los sillones y las mesas bajas. Tres hombres de negocios se lanzaron una mirada impasible y cómplice; luego, al tiempo que se levantaban, sacaron sus agendas para comprobar lo que ese imprevisto iba a trastocar sus compromisos. Y Alex se quedó sola.

Ella nunca había visto a Coste, ni a Sam o a Ronan, pero los reconoció en cuanto irrumpieron en la sala VIP. Se miraron a pocos metros de distancia y Alex se levantó, negándose a que la detuvieran sentada, como una víctima esperando su sentencia.

Sin dudar, Coste desenfundó y la apuntó. Alex leyó en sus ojos cierta fatalidad, como un abandono, por eso comprendió que ese hombre no estaba allí como policía. Así, cara a cara, casi podían tocarse. Con el cañón apuntando al corazón, el dedo de Coste resbaló por el gatillo, aunque sin llegar a apretarlo.

Al verlo titubear, Ronan también sacó el arma.

—Si no puedes, lo haré yo.

Alex notó cómo desaparecían los dolores de vientre de repente y se sintió libre. Había hecho lo imposible por sacar a su hermano de la cárcel. Después, cuando todo se había desbordado, había reequilibrado la balanza cargándose a la mujer policía.

En la isla estarían orgullosos de ella.

Contra todo pronóstico, levantó la mano y la puso en el cañón, sin que Coste reaccionase. Luego bajó el arma para que le apuntara al vientre, ligeramente abultado.

—Dispare aquí, así nos iremos juntos.

Coste bajó la mirada y comprobó la redondez. Esa nueva información acentuó la tormenta que destrozaba su cerebro. Con el brazo aún estirado, gritó para sus adentros para infundirse valor. Por Léa. Por Jo.

Sam se acercó. Los había acompañado para estar allí en ese preciso momento.

—Chicos, esto no va con nosotros. No somos así.

Esas palabras le cortaron a Alex la respiración.

—Nunca nos lo perdonaremos. Acabará por destrozarnos, lo sabéis.

Detrás de Alex, en las pistas, una cierva pasó por debajo del ala de un avión. Levantó la cabeza, al acecho, olfateó el aire como si percibiera un peligro y Coste parpadeó para que desapareciera.

El arma parecía pesar una tonelada. El brazo descendía despacio. Luego se dejó caer en el sillón más cercano, furioso por ser tan débil. Alexandra los miró y solo en ese instante se dio cuenta de lo mucho que se parecían. Se sentían devastados por la tristeza y el odio, igual que ella. Solo respiraban para vengarse, como lo había hecho ella. Pero una pizca de moral y lo que ese día les quedaba de humanidad le habían salvado la vida.

Ronan guardó su arma y se sentó junto a Coste. Sam puso las esposas a la chica antes de que cualquiera de los dos cambiara de opinión.

Tras salir de la compañía Prime Flight y haber dejado atrás uno de los inmensos hangares, Ronan sujetaba del brazo a Alex Mosconi. Mientras la escoltaba hacia el coche, que estaba a un centenar de metros, al otro lado de la verja que rodeaba el aeropuerto, se alegró de que aquella investigación estuviera en manos de Jevric. Él no habría tenido el valor de pasar cuarenta y ocho horas interrogando a la asesina de Johanna y, aún peor, corría el riesgo de que volviera a aflorar su primer impulso.

—¿Sabes cómo se llamaba? —le preguntó, asqueado por la injusticia de seguir viéndola respirar.

—Johanna —susurró Alex.

—¿Sabes que tenía dos hijos?

—Es lo último que me...

Una detonación a lo lejos hizo que algunos pájaros salieran volando en una de las pistas de aterrizaje y, en ese mismo instante, el lado derecho del cráneo de Alexandra estalló, salpicando de sangre y huesos el jersey y la cara de Sam. El cuerpo se desplomó mientras Ronan aún lo sujetaba del brazo y, en un acto reflejo, los otros dos policías sacaron sus armas e hicieron un barrido a su alrededor en busca del tirador.

Coste estaba en el centro de la mirilla telescópica de Boyan intentando localizar el origen del disparo. Con tres movimientos seguros, el serbio desmontó el fusil y lo guardó en el maletín. Había sentido cierto cariño por aquella joven ladrona y la misión de ese día hizo que se despreciara a sí mismo un poco más.

Mientras se dirigía hacia el coche, marcó el número del señor Darcy para informarle de que su prestigio y el de sus empresas ya no estaban en peligro.

Las manos de Alexandra apretaban un poco más el cuello de Léa... hasta que esta se despertó sobresaltada en la habitación del hospital, en la unidad de medicina legal, con la garganta aún dolorida pero a salvo.

Sentado en un sillón, a su lado, Coste le sostenía la mano para tranquilizarla, incluso cuando estaba dormida.

Con el cerebro aún reblandecido, disfrutó de un segundo sin contacto con la realidad antes de cruzarse con la mirada de Coste, que hizo que recordase todo de golpe. Sin una palabra, Léa le hizo la pregunta y Coste solo tuvo que bajar los ojos a modo de respuesta.

Por miedo a leer un reproche en esa mirada, Léa volvió la cabeza y se le agolparon las lágrimas. Recordó el rostro de Víctor encima de ella, acusador y violento.

«¿Qué has hecho, Léa?», había gritado.

Con la voz aún herida y ligeramente grave, se defendió.

—¿Debía esperar allí y ver cómo te mataban?

Coste no respondió.

—Te quiero, Víctor. No puedo querer a nadie como te quiero a ti. Te elegí a ti. ¿Me odias?

Coste besó la mano de Léa.

—No. Jamás podría odiarte. Me has salvado la vida.

Léa no se quedó tranquila porque sabía que Coste, seguramente, no se consideraba merecedor de ese sacrificio.

—¿Karl? ¿Los niños?

—No he tenido el valor. Están en algún sitio, juntos, felices. Sam ha salido hace dos horas para reunirse con ellos.

—¿Y no has querido acompañarlo?

—Estoy donde debo estar.

En su fuero interno, Léa sabía que aquello no iba a ser tan sencillo. Durante mucho tiempo ella sería la mujer a través de la cual la desgracia encontró el camino. Quizá siempre.

—¿Me perdonarás?

Coste se acercó y la abrazó, hundió la cabeza en su cuello, oliendo la dulzura de su pelo y respirando su olor.

—Tú no has tenido la culpa y no tengo nada que perdonarte, Johanna.

El lapsus le quemó los labios. Johanna... Coste acababa de disparar ese nombre al corazón de Léa. Si hubiera podido, Léa habría salido huyendo, pero, atrapada como estaba en aquella maldita cama, solo pudo volver la cabeza y las lágrimas se agolparon de nuevo. Coste nunca la perdonaría.

—Vete, por favor —le suplicó.

* * *

Hacía demasiado frío para bañarse pero no para pasear por la playa, que estaba desierta. Malo y Chloé con botas de colores y una red en la mano, y Karl haciendo un resumen con la máquina de fotos para enviar algún recuerdo a Johanna; la cosa era que su mujer echara pestes por haberse perdido esos momentos.

En esta, Malo saca la lengua. Original. En esta otra, Chloé, con una sonrisa de oreja a oreja, muestra muy orgullosa un cangrejito que ha pescado. En la siguiente, el cangrejo se ha defendido con las pinzas y la niña ha salido corriendo.

Desde el paseo que recorría la playa salía un espigón de piedra que se adentraba en el mar. Un hombre con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera se acercaba y Karl reconoció la silueta. Buscó con la mirada si lo seguía el resto del equipo. La sorpresa habría sido bonita.

Sam se detuvo y se sentó en el espigón. A Karl le sorprendió y tardó unos segundos en comprender. Se le disparó el corazón y se volvió hacia los niños.

—Malo, cuida de tu hermana, ahora vuelvo.

Aldea de Cargèse
Sur de Córcega

Dorian permanecía inmóvil en una terraza que estaba en lo alto de un acantilado, protegido por una barandilla que no aguantaría su peso si resbalaba. Cuarenta y cinco metros más abajo, el Mediterráneo salvaje y tranquilo, tal y como Alex se lo describía antes de que él fuera allí por primera vez, cinco años antes.

El señor Mosconi bajó los escalones que conducían de su villa al camino de tierra que serpenteaba hasta la terraza privada y se reunió con Dorian. Detrás, Rinoceronte y un esbirro cargaban dos maletas en el maletero de un coche.

Tiretto había telefoneado la víspera y les había contado todo.

Dorian bebió, demasiado, y se reventó los puños contra la pared de su habitación. El señor Mosconi se retiró y no volvió a aparecer en toda la noche. Por la mañana se habían evitado hasta ese momento.

—La dejaste sola —atacó el patriarca, con la mirada fija en el horizonte para no cruzarla con la de Dorian.

—Ella me lo exigió. Me dijo que era necesario para garantizar el regreso de Nano.

—La dejaste sola —repitió Mosconi, que consideraba inaceptable cualquier excusa.

—Sí, señor.

—Vuélvete, por favor.

Dorian obedeció y vio aparecer a Sofia Mosconi en las escalinatas de la villa. La madre de Alex los miraba.

—Quería tirarte por el acantilado, justo delante de nuestra terraza, para poder pensar en eso todos los días —continuó Mosconi—. Sofia me lo ha impedido. Dice que es por Alex, porque ella te quería. Alex siempre fue mi preferida. Espero que ella lo supiera.

Dorian miró cómo una ola rompía contra la pared rocosa. El amor de Alex acababa de salvarle la

vida.

—Quiero que te vayas con tu amigo. Ahora. En el pueblo, parad en la iglesia griega, allí os espera un hombre. Os dará dinero. Cambiad de coche y seguidlo hasta el aeropuerto. Os aconsejo el Magreb, es lo más cercano. Pero no volváis a poner los pies en esta isla.

Dorian no se atrevió a dar las gracias. Por última vez, fotografió mentalmente aquella vista que tanto le había gustado a Alex en cada etapa de su vida, niña, adolescente y adulta.

* * *

Carreteras estrechas y áridas, un sol plomizo, de camino hacia el centro de Cargèse, Rinoceronte quiso confirmar una confusa sensación.

—Perdona, pero ¿no deberíamos estar muertos?

—Habla por ti. Yo no me siento muy vivo.

—E imagino que no le has puesto al corriente de lo de Alex. De vuestro hijo, quiero decir.

—Ni siquiera sabía que tú te habías enterado.

—A lo mejor soy un bruto, pero presto atención a mis amigos. Así que deduzco que Mosconi no sabe nada.

—Precisamente por eso sigues respirando —precisó Dorian, sombrío.

Aminoró la marcha en la entrada del pueblo y, siguiendo las indicaciones del señor Mosconi, aparcó en la plaza de la iglesia, delante de una hilera de casas con las contraventas azules cerradas.

—¿Sabes cómo es ese tipo? —preguntó Rino.

—Realmente no he pedido muchos detalles. Él debería reconocer el coche de los Mosconi.

—Entonces, a esperar...

En el extremo de la calle, apareció un monovolumen negro con los cristales tintados que se dirigía hacia ellos, despacio.

—Eh... ¿Dorian? ¿Ves eso?

—Lo veo...

Dorian se volvió para dar media vuelta cuando tres coches aparcaron en semicírculo detrás de ellos. Bloqueado en ambos sentidos. El monovolumen aceleró, frenó en seco y se abrieron las portezuelas laterales, de donde salieron cuatro hombres con monos negros y armados con fusiles de bombeo que apuntaron directamente al parabrisas, dispuestos a hacerlo volar en mil pedazos al menor gesto sospechoso.

—¡Policía! —gritaron diez voces diferentes.

Rino y Dorian pusieron muy despacio las manos en el salpicadero del coche, no fuese que la

Brigada contra el Crimen Organizado de la policía judicial de Ajaccio los acribillara.

Mosconi le había pedido a su mujer autorización para matar a Dorian y a Rinoceronte, pero ella se había negado. Entonces le prometió que, si eso era lo que ella quería, no les pasaría nada.

Pero Sofia añadió que ella no era tan generosa.

Tres días más tarde

Unidad de apoyo psicológico operacional (UAPO)

La psicóloga empujó el cenicero de cristal hacia delante. Aunque los estores estaban bajados tres cuartas partes, un rayo de sol cruzó la habitación e iluminó la danza del humo en suspensión.

—¿Le apetece contarme cómo empezó todo?

El hombre aplastó el cigarrillo con un giro de muñeca y dijo:

—Es una historia que tiene varios principios.

La psicóloga, nerviosa, balanceaba el bolígrafo entre los dedos. Era evidente que el hombre que tenía enfrente la intimidaba.

—Al menos, ¿sabe por qué está aquí?

—Porque he matado a dos personas. ¿Teme que se convierta en un hábito?

—Solo ha matado a una. Y en legítima defensa. Respecto al segundo caso...

Seco e impaciente, el hombre no la dejó terminar.

—Un miembro de mi equipo ha muerto. Es mi responsabilidad. Viene a ser lo mismo.

Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de tabaco aplastado. La psicóloga movió el bolígrafo entre los dedos con más ímpetu.

—Nadie ha vivido lo que usted. Nadie se atrevería a juzgarlo. Solo me gustaría que lo repasáramos juntos, desde el principio.

—¿Desde el asesinato o desde la fuga de la cárcel?

—Un poco antes.

—Entonces ¿desde el secuestro del crío?

—Ese es un buen principio, y, por favor, no olvide nada.

El hombre se encogió de hombros y encendió otro pitillo.

—No entiendo qué relevancia puede tener, puesto que mi decisión ya está tomada.

—Insisto. Además, sabe que en estas circunstancias esta conversación es obligatoria.

El hombre dio una profunda calada y luego accedió de mala gana.

—Me llamo Coste. Victor Coste. Soy capitán de la Subdirección de la Policía Judicial de Sena-Saint-Denis, departamento 93. Hace... —Coste hizo un rápido cálculo y se sorprendió de todo lo que había pasado en tan poco tiempo— doce días exactamente, el Grupo Crimen 1 se hizo cargo del caso de David Sebag. Un secuestro con rescate.

—Según el informe, usted dirigió la investigación de Yassine Chelli por ese motivo. Detenido, encarcelado y luego puesto en libertad. ¿También se siente responsable de esto?

—Ese tipo me da igual. Solo pienso en la víctima.

—No obstante, parece ser que jamás recibirá su castigo. ¿No es ese el objetivo de su trabajo?

—Durante mucho tiempo pensaba lo mismo que usted. Pero me he dado cuenta de que siempre habrá un Yassine Chelli en alguna parte, que esto no tiene fin. Y que, aunque esté pudriéndose en una celda, no existe reparación para un homicidio.

—¿Nada que la justicia pueda ofrecer?

—La justicia solo es una demanda de venganza, y la venganza no alivia las almas.

—Entonces ¿qué diría de la muerte? ¿Sería más justa, según usted?

Las imágenes se atropellaron. Las lágrimas de Léa. El corazón rojo de Johanna. El cañón de su arma apuntando al vientre de Alex Mosconi.

—Tuve la oportunidad. Pero no la aproveché.

—¿Sabe por qué?

—Ya se lo he dicho: no hay reparación. El mal está hecho.

La psicóloga se echó hacia atrás en su asiento.

—Es una actitud poco común en un policía de la Criminal.

—Entonces entiende mi decisión.

La secretaria del comisario Stévenin dejó la carpeta de firmas en la mesa de su jefe y, como solo había una carta del Ministerio del Interior, la lista de los admitidos para el curso de conducción rápida y un acta de dimisión, decidió esperar, de pie delante de él, formal y silenciosa.

Stévenin hojeó todo, firmó la carta del ministerio, dio su conformidad al curso, sacó la tercera hoja y la guardó en uno de los cajones laterales.

—Es su decisión, ¿no? —dijo la secretaria, asombrada.

El comisario levantó la mirada, sorprendido por ese atrevimiento inusual.

—Conozco a Coste mejor de lo que se conoce él mismo. Es un policía. Peor aún, es un perro policía. Un cazador. Es lo único que sabe hacer. Ha sido adiestrado para eso. No podemos prescindir de alguien como él. Desde hace quince años le adjudico las investigaciones más jodidas del departamento. Casos que habrían hecho estallar cualquier cerebro.

—Y eso es lo que ha pasado, ¿no?

—No le haría ningún favor aceptando su dimisión. Coste solo necesita tiempo. Da igual dónde esté y lo que quiera que sea que espera encontrar allí, volverá al redil. Solo le dejo la puerta entreabierta.

Epílogo

Cuatro días más tarde

Cementerio de Pantin

Sam apoyó una rodilla en el impecable césped inglés y colocó bien la corbata de Malo. Chloé, en brazos de su padre, parecía totalmente absorta con los árboles de la alameda y las flores sobre las tumbas, como si no fuera consciente de dónde estaba. Ronan acompañaba a Léa, que se apoyaba en una muleta y, una vez terminada la ceremonia, se acercaron a Karl. Imperceptiblemente, Léa aminoró el paso, incómoda por su propia presencia, y fue Karl quien recorrió el resto del camino.

—Me alegro de que hayas venido.

—No entiendo cómo puedes perdonarme —susurró Léa.

Chloé pataleó en los brazos de Karl y Ronan la cogió para llevarla a ver de cerca el macizo de lilas que tanto le interesaba.

—No puedo reprochártelo, Léa. Probablemente yo habría hecho lo mismo, habría elegido a la persona que quiero. —Luego se le endureció el rostro—. Pero no te perdono. No puedo. Estás aquí por Johanna y los niños, no por mí.

Un golpe inesperado. Léa supo encajarlo y Karl la dejó allí.

—¿Va todo bien?

Se dio la vuelta y vio a Sam, sin Malo.

—Sí, gracias.

—Karl va a quedarse con los padres de Johanna. Será mejor que los dejemos. Pero Ronan y yo vamos a tomar una copa. Jo nos odiaría si no lo hiciéramos.

—No hay que ofenderla. Id delante, yo os sigo.

Léa empezó a caminar por la alameda sombreada y desapareció en la primera esquina. Dio unos cuantos pasos por los adoquines irregulares y se sentó en un banco de piedra entre dos árboles.

Marcó un número en el móvil y dejó que el tono atravesara el planeta. La voz reconfortante de Coste la calmó.

—¿Cómo ha sido?

—Bonito. Y muy digno. Te hemos echado de menos. Especialmente los críos, no lo han entendido.

—¿Hablas de Ronan y Sam?

—Eres tonto.

—Ya sé, perdona.

—¿Y tú? ¿Cómo es aquello?

Coste llevaba puesto un anorak y el frío le picaba en la nariz y las manos. Se quitó la capucha forrada y levantó la mirada. Por encima de su cabeza, inmensos paños verdes recorrían el cielo.

—Colorido —dijo sin más.

Dejaron un tiempo en suspenso, como si Léa también asistiera a ese espectáculo único. Pero ese prolongado silencio la inquietó.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó.

La respiración de Coste se convertía en nubecitas de vaho y la aurora boreal verde se transformó en violeta.

—Victor, ¿vas a volver?

Gracias a...

Mi familia, por su amor. Martine, Claude, Victor, Corinne y Bruno, nunca habrá nadie ni nada más importante que vosotros.

Michel Lafon, por confiar en mí.

Huguette Maure, mi directora literaria y amiga, y Béatrice Argentier, la atenta correctora.

Margaux Mersié, de una eficacia hiperenérgica.

Claire Germouty, mi Pepito Grillo.

Catherine Winckelmuller, mi agente pararrayos.

Pocket y France Loisirs por dar una oportunidad a un autor de novelas policíacas y a su policía de Sena-Saint-Denis.

Dominique Noviello, el ancla de mi tinta.

Éric, por su información capital respecto al mundo carcelario.

Valérie B., mi confidente en la Brigada contra el Crimen.

François Maldonado, que responde a mis problemas de investigación tanto de día como de noche... y que me acogió en su familia.

Aurélie, gracias por tu inestimable ayuda...

Mis primeras lectoras: Marine, Danièle, Dodo y Lucie.

Los librereros en general, por esa pasión que compartimos... Y en particular a: Joachim en Reims, Danièle en Bretaña, Olivier y Anne en Lille, Pépita en Mont-de-Marsan, Aline en Bobigny, Caroline Vallat en Rosny, Gérard Collard y a su extraordinario equipo, así como a sus *Déblogueurs*; Julien en Toulouse, Bruno en Toulouse, Le Genre Urbain en Belleville y Stéphanie en Mandelieu.

Los blogueros apasionados y sus páginas web. ¡Sin vosotros, qué triste sería todo! Lucie Merval de Zonelivre, Loley y sus Readers, Sang pour Sang Polar, Cédrik Armen sous sa douche, Léa Touch Book, Plume Libre, Clair de Plume, La Ligue de L'imaginaire, Les Chroniques de Mandor, Cécile y sus Mordus de Thrillers, Guillaume y sus Tribulations d'une Vie, Livraddict, Quatre sans Quatre family, Black is Black, Lila sur sa Terrasse, My Inner Shelf, Rock and Tea, Web TV Culture de Philippe Chauveau y un recuerdo de Saint-Étienne, el blog Mollat de Véronique, Totalybrune, La Vie

des Livres, EnCoeur des Livres, Littéraventures, Le Sang des Livres, Ce que Marguerite Lit, Les Cibles d'une lectrice «à visée», Le Cinéma des Livres, Les Chroniques acides de Lord Arsenik, Amis-Lecteurs, La Fabrique à Lectures, Abracadabra, Jess Kaan, Delcyfaro, In Libro Veritas, Il est bien ce livre?, Cousines de Lectures, Sous les Pavés la Plage, C'est Contagieux! avec la Smadja connexion, Lire Délivre, Lire c'est Libre, Lucie Love Live with Books, Envies de Livres, Lady's Blog, Au Bazaar des Livres, De Livres & d'Épice, Mon Féérique blog littéraire!!!!, Romans sur Canapé, Focus Littérature, Livres et Fourneaux, The Big Blowdown, Les Motordus d'Anne Ju, Les lectures de Lailai, Paroles d'Auteurs, Le Blog d'Argali, Mot-à-mots, Sous les Galets un Livre, Collectif Polar, Un livre à Nice, y Blog 813.

Una amiga... que me dijo que no tenía que citar a los periodistas porque eso provocaba favoritismos. Así que no los cito, pero doy las gracias a todos los que han hablado de mis novelas con indulgencia.

Mis compañeros del Aveyron: Bernard Hugues Saint Paul y Philippe Boscus.

Yves Rénier, mi policía de la tele... mi colega.

Joël Dupuch, por quien empezó todo...

Jamix, que nació una segunda vez, y mejor.

Fabienne Lauby, siempre en alguna parte de mi cabeza.

Lilly Orenda y su microbio, que me acompañan desde las primeras palabras...

Julien Casteran, psicólogo de apoyo a las víctimas de la embajada de Francia en el París-Dakar (¿¿??). Nunca te escaparás lo bastante lejos para que te olvide...

La pequeña Julie, el relevo... ¡Apuesto por ti!

Nicolas Cuche, ¡por este año formidable!

Mis amigos de Canadá, Sébastien (¡aguanta, tío!), Richard y France Migneault. Algún día, quién sabe...

Ange Basterga y su maléfico gemelo P. M. Mosconi.

Benjamin, por los aperitivos durante las tormentas de ideas.

Manon, por haber aguantado mi carácter y mi susceptibilidad.

Un recuerdo para las paredes de París, para «Erex» y su hermanito «Cost».

Manu, una estrella del póquer y enciclopedia de cine.

Mis amigos de siempre: Mathias, Sébastien, Marie-Charlotte, Johanna N. y Aline.

Todo mi agradecimiento a los policías, jueces, secretarios judiciales, fiscales adjuntos, abogados, médicos forenses y funcionarios de prisiones que confiaron en mí, me aportaron su experiencia y compartieron conmigo, en especial algunos, su difícil día a día.

GANADORA DEL PREMIO DE NOVELA NEGRA EUROPEA DE 2016

Por una imprudencia, el joven Nano Mosconi acaba en la temida prisión de Marveil. Aterrado y desesperado pide a su hermana Alex que haga lo imposible por sacarlo de allí. Ella presiona al abogado de la familia, quien le propone un plan sorprendente. Aunque podría funcionar.

Mientras, en la subdirección de la policía judicial del departamento de Sena-Saint-Denis, más conocida como la SDPJ93, el capitán Victor Coste y su equipo reciben el aviso del secuestro de un chico joven.

Dos piezas sin relación entre sí han caído y desatarán un efecto dominó de consecuencias imprevisibles.

Un manejo magistral del suspense y la intriga. Una trama absorbente, donde solo al final encajan todas las piezas. Unos personajes de una humanidad formidable. *Efecto dominó* ha consagrado a Olivier Norek como uno de los grandes nombres de la novela policíaca en Francia.

Olivier Norek (Toulouse, 1975) se marchó a los diecisiete años de Francia a una misión humanitaria. Tras conocer la Guayana así como los campos de refugiados y el frente de la antigua Yugoslavia, supo que quería ser policía. Durante quince años fue teniente en el departamento judicial de Sena-Saint-Denis, al noreste de París.

En 2011 participó en un concurso de relatos y decidió buscar tiempo para escribir su primera novela, *Code 93* (2014), recibida calurosamente por la crítica y los lectores. Le siguieron *Territoires* en 2015 y *Efecto dominó* en 2016. Esta última se alzó con uno de los grandes premios otorgados en Francia, concedido en ediciones anteriores a autores de la talla de Pierre Lemaitre, Petros Markaris, Philip Kerr, Arnaldur Indridason y Víctor del Árbol: el de Mejor Novela Negra Europea en el marco del festival Quais du Polar.

Título original: *Surtensions*

Edición en formato digital: enero de 2017

© Michel Lafon Publishing, 2016

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Cover Kitchen

Fotografía de la portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5494-6

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] La Rotonda: cuartel general de los funcionarios de prisiones.

[2] «The Stanford Prison Study»: estudio de la universidad de Stanford sobre el «efecto Lucifer».

[3] Síndrome del fracaso programado al que la doctora Charisse Nixon llamó «efecto Pígalión» en el Proyecto Ofelia, Estados Unidos, 2008.

[4] BRI (Brigade de recherche et d'intervention): Brigada de Investigación e Intervención, conocida como la Brigada contra el Crimen Organizado.

[5] *Pièces à conviction* (Cuerpos del delito), entrevista al director de Seguridad Pública de Sena-Saint-Denis (93), France 3.

[6] TAJ: Tratamiento de Antecedentes Judiciales. Fichero que reúne a infractores y delincuentes y a los posibles cómplices de los hechos.

[7] GRB: Grupo de Represión de Bandas Armadas, especializado en atracos.

[8] DACRIDO: División de Asuntos Criminales y Delincuencia Organizada.

[9] APEV: Asociación de Ayuda a los Padres de Víctimas Infantiles.

[10] BAC: Brigada Anti Criminal, una unidad de Seguridad Ciudadana que suele ir de paisano, especializada en la intervención en barrios sensibles. También ofrece protección sobre el terreno y apoyo de servicios externos.

[11] Para realizar el test atómico, se recoge una muestra con un bastoncillo en la zona de la muñeca y se buscan residuos de algún disparo. Esta técnica permite saber si un individuo ha utilizado su arma de fuego.

[12] Cuando un policía utiliza su arma, la Unidad de Asuntos Internos lo pone bajo custodia preventiva para tomarle declaración (establecer la legítima defensa) y realizarle un análisis de sangre (test de estupefacientes y test de alcoholemia).

Índice

Efecto dominó

Prólogo

Primera parte. Entre cuatro paredes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte. El rescate

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Tercera parte. *Home Invasion*

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Cuarta parte. Efecto dominó

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Quinta parte. Descontrol

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Epilogo

Gracias a...

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Olivier Norek

Créditos

Notas